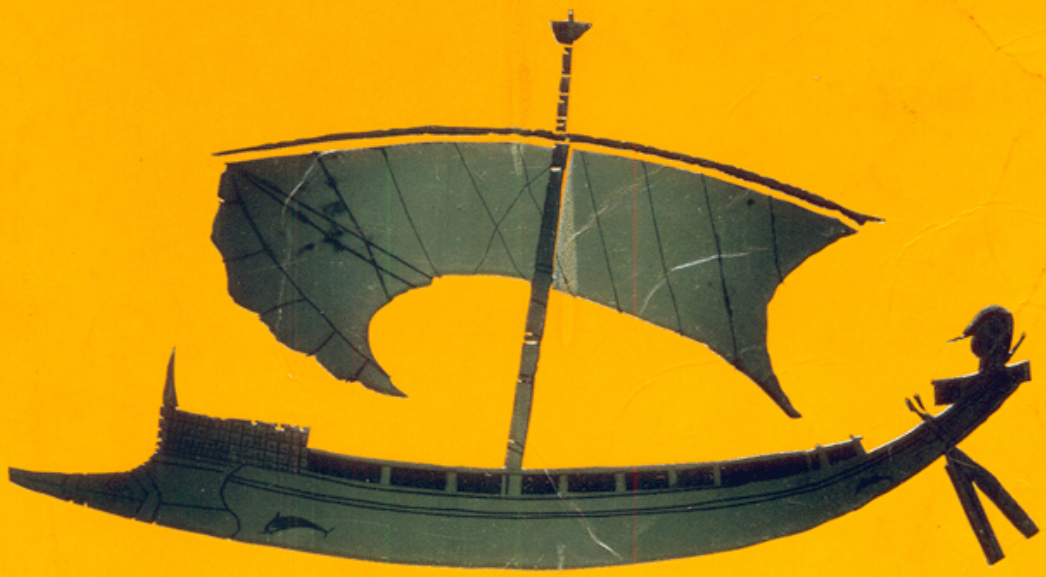
VALERIO MASSIMO MANFREDI

ALÉXANDROS

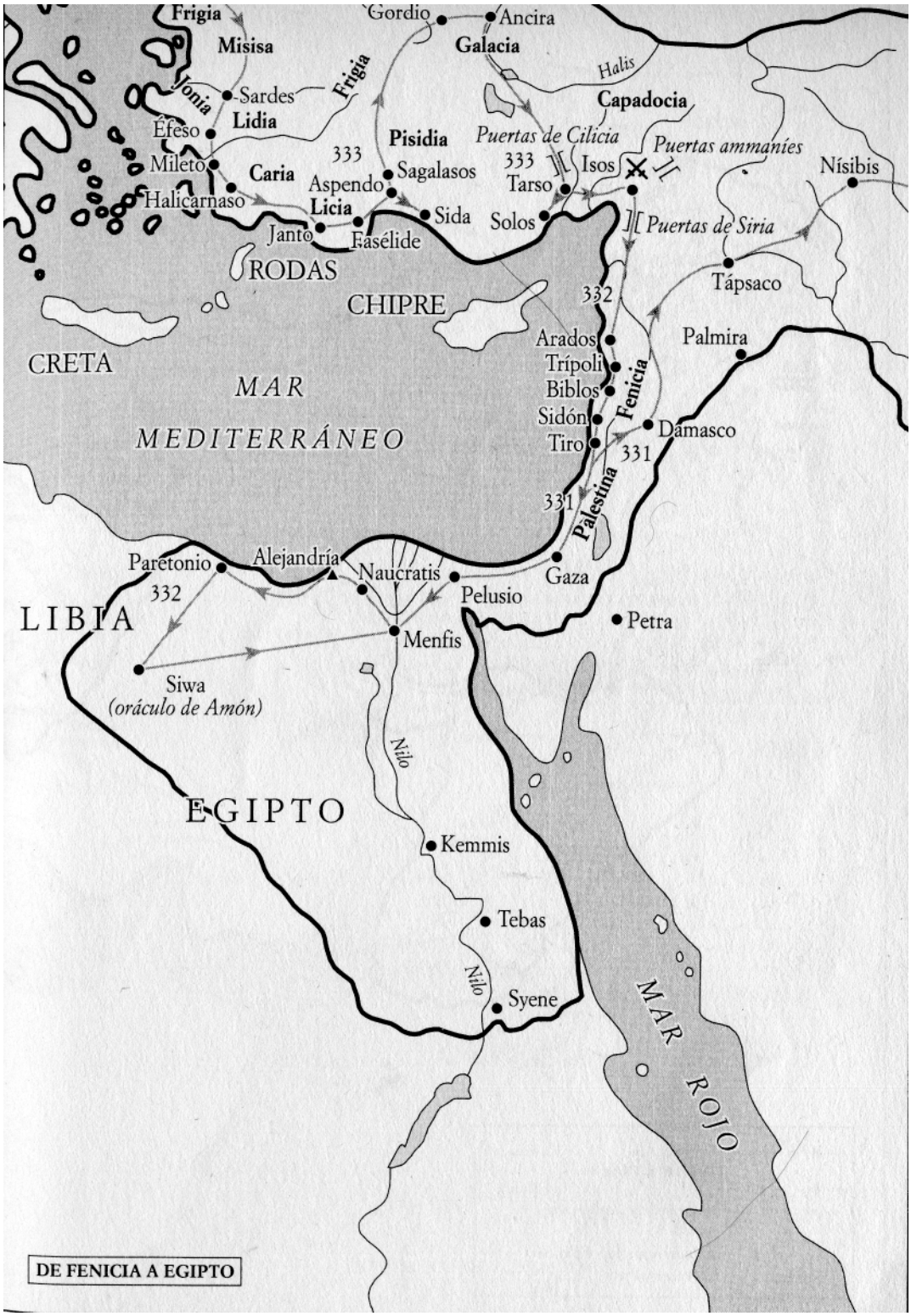
NOVELA

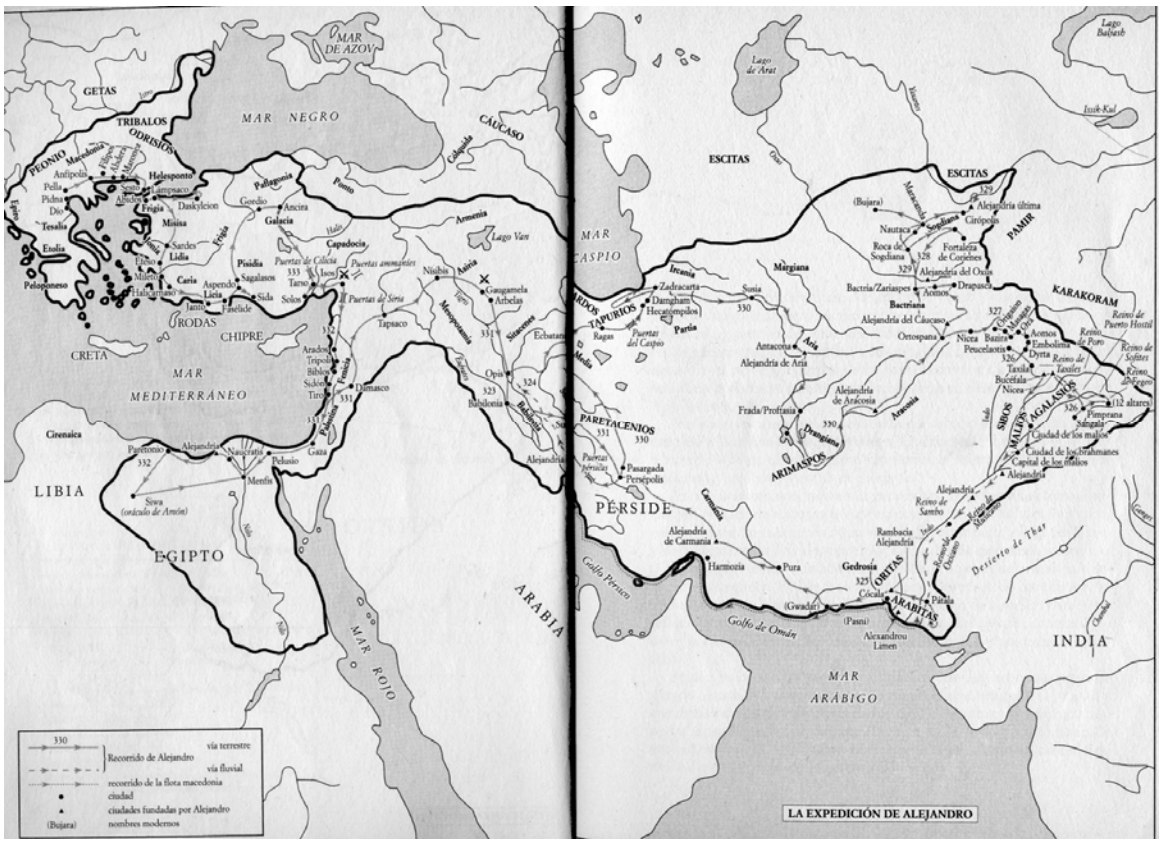


LAS ARENAS DE AMÓN

grijalbo

Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com


Frigia
Misisa
Jonia
Sardes
Lidia
Éfeso
Frigia
Gordio
Ancira
Galacia
Halis
Capadocia
Pisidia
Puertas de Cilicia
Puertas ammaníes
Mileto
Caria
333
Sagalasos
333
Isos
Nísibis
Halicarnaso
Aspendo
Tarso
Licia
Sida
Solos
Puertas de Siria
Janto
Fasélide
RODAS
Tápsaco
332
CHIPRE
Arados
Palmira
CRETA
MAR
Trípoli
Biblos
Fenicia
MEDITERRÁNEO
Sidón
Damasco
Tiro
331
331
Palestina
Paretonio
Alejandría
Naucratis
Gaza
332
Pelusio
LIBIA
Petra
Menfis
Siwa
(oráculo de Amón)
Nilo
EGIPTO
Kemmis
Tebas
Nilo
Syene
MAR ROJO
DE FENICIA A EGIPTO


MAR DE AZOV
MAR NEGRO
GETAS
TRIBALOS
ODRISIOS
PEONIO
CÁUCASO
ESCITAS
MAR CASPIO
MAR MEDITERRÁNEO
CRETA
CHIPRE
RODAS
LIBIA
EGIPTO
ARABIA
MAR ROJO
MAR ARÁBIGO
INDIA
PÉRSIDE
PARETACENIOS
ARIMASPOS
SIRIOS
ASPASIOS
AGALASSIOS
GANDARIOS
KARAKORAM
PAMIR
Golfo Pérsico
Golfo de Omán
Desierto de Thar
Recorrido de Alejandro vía terrestre
vía fluvial
recorrido de la flota macedonia
ciudad
ciudades fundadas por Alejandro
nombres modernos
LA EXPEDICIÓN DE ALEJANDRO

Librodot

1

Desde lo alto de la colina, Alejandro se volvió para mirar la playa, para contemplar un espectáculo que se repetía casi idéntico a distancia de mil años: cientos de naves alineadas en la orilla del mar, miles y miles de guerreros, pero la ciudad a sus espaldas, Ilión, heredera de la antigua Troya, no se preparaba ahora para un sitio de diez años, sino que más bien le abría las puertas para acogerle, a él, descendiente tanto de Aquiles como de Príamo.

Vio a sus compañeros que montaban a caballo para darle alcance y espoleó a Bucéfalo hacia la fortaleza. Quería ser el primero en entrar y hacerlo solo en el antiquísimo santuario de Atenea Ilíaca. Confió el semental a un siervo y entró en el templo.

En su interior, inmersos en la penumbra, relucían unas formas inciertas, objetos de contornos indefinidos, y tuvo que habituar su mirada que hasta un momento antes estaba deslumbrada por el cielo resplandeciente de la Tróade, por el sol de mediodía que caía a plomo.

El antiguo edificio estaba atestado de reliquias, de armas que recordaban la guerra de Homero, la epopeya del cerco de diez años a las murallas construidas por los dioses. En cada uno de aquellos recuerdos cubiertos por la niebla del tiempo había una dedicatoria, una inscripción: la cítara de Paris, las armas de Aquiles con el gran escudo historiado.

Miró a su alrededor, posando los ojos en aquellas reliquias que unas manos invisibles habían mantenido resplandecientes para la piedad y curiosidad de los fieles a través de los siglos. Colgaban de las columnas, de las vigas del techo, de las paredes de la cella: pero ¿cuánto había de verdad en todo ello? ¿Cuánto era fruto de la astucia de los sacerdotes, de su deseo de sacar algún provecho?

Sentía en aquel momento que la única cosa sincera en medio de aquella confusa acumulación, que recordaba el hacinamiento de objetos en un mercado más que la decoración de un santuario, era su pasión por el antiguo poeta ciego, su infinita admiración por unos héroes reducidos a cenizas por el tiempo y por los innumerables acontecimientos que habían tenido lugar entre ambas orillas de los Estrechos.

Se había presentado de repente, como un día lo hiciera su padre Filipo en el templo de Apolo de Delfos, y nadie le esperaba. Oyó un paso ligero y se escondió detrás de una columna próxima a la estatua de culto, una imagen impresionante de Atenea esculpida en la roca, pintada de colores, con armas de verdadero metal: era un simulacro rígido y primitivo, obtenido de un único bloque de piedra oscura, y los ojos de madreperla resaltaban de modo impresionante en aquel rostro ennegrecido por los años y por el humo de las lámparas votivas.

Una muchacha vestida con un peplo blanco, de cabellos recogidos en una cofia de idéntico color, se acercó a la estatua sosteniendo un pequeño cubo en una mano y una esponja en la otra.

Se subió sobre el pedestal y se puso a pasar la esponja por la superficie de la escultura, difundiendo bajo los altos armazones un intenso y penetrante perfume de áloe y de nardo. Alejandro, se acercó a ella sin hacer ruido y le preguntó:

-¿Quién eres?

La muchacha se sobresaltó y dejó caer el cubo, que rebotó en el pavimento y rodó lejos hasta detenerse contra una columna.

-No temas -la tranquilizó el soberano-. No soy más que un peregrino que desea honrar a la diosa. ¿Y tú quién eres, cómo te llamas?

-Mi nombre es Daunia y soy una esclava sagrada -repuso la joven, intimidada por el aspecto de Alejandro, que no era ciertamente el de un simple peregrino.

Bajo el manto se veían relucir una coraza y unas grebas y, cuando se movía, se oía el

ruido de la correa de malla metálica que cruzaba su pectoral.

- ¿Una esclava sagrada? Nadie lo diría. Tienes unas bonitas facciones, aristocráticas, y una mirada muy orgullosa.

- Acaso estés habituado a ver a las esclavas sagradas de Afrodita. Ellas son simplemente esclavas, antes de ser sagradas, esclavas de la lujuria de los varones.

- ¿Y tú, en cambio, no? -preguntó Alejandro recogiéndole del suelo el pequeño cubo.

- Yo soy virgen. Como la diosa. ¿Has oído hablar alguna vez de la ciudad de las mujeres? Pues yo provengo de allí.

Su acento era muy especial y el soberano no lo había oído nunca. -Ni siquiera sabía que existiese una ciudad de las mujeres. ¿Dónde se encuentra?

-En Italia. Se llama Locria, y tiene una aristocracia formada solamente por mujeres. Fue fundada por cien familias, todas ellas descendientes de mujeres huidas de Lócrida, su patria de origen. Se habían quedado viudas y se dice que se unieron a sus esclavos.

-¿Y por qué te encuentras tú aquí, en un país tan lejano?

- Para expiar una culpa.

-¿Una culpa? ¿Qué culpa puede haber cometido una muchacha tan joven?

- No yo. Hace mil años Áyax, hijo de Oileo, nuestro héroe nacional, la noche de la caída de Troya forzó a la princesa Casandra, hija de Príamo, precisamente aquí, en el pedestal que sostenía el sagrado Paladio, la milagrosa imagen de Atenea caída del cielo. Desde entonces los locrios pagan este sacrilegio con el presente de dos muchachas de la mejor nobleza, que sirven durante un año entero en el santuario de la diosa.

Alejandro sacudió la cabeza como si no creyera lo que estaba oyendo. Miró a su alrededor, mientras que afuera, en el empedrado del templo, resonaba el piafar de numerosos caballos: habían llegado sus compañeros.

Entró en aquel momento un sacerdote, que se dio inmediatamente cuenta de quién tenía delante e hizo una profunda reverencia.

-Bienvenido, poderoso señor. Siento que no nos hayas avisado, pues hubieras tenido acogida muy distinta.

E hizo una señal a la muchacha de que se fuera. Pero Alejandro la retuvo.

- Yo prefiero que se quede -afirmó-. Esta muchacha me ha contado una historia extraordinaria, que nunca hubiera podido ni imaginarme. He oído decir que en este templo se conservan las reliquias de la guerra de Troya. ¿Es eso cierto?

- Sin duda. Y esta imagen que ves es un Paladio. Reproduce las facciones de una antigua estatua de Atenea caída del cielo, que volvía invencible a la ciudad a la que pertenecía.

En aquel momento hicieron su entrada Hefestión, Tolomeo, Pérdicas y Seleuco.

-¿Y la estatua original dónde está? -preguntó Hefestión acercándose.

- Según algunos la habría cogido el héroe Diomedes para llevársela a Argos; otros dicen que Odiseo fue a Italia y se la regaló al rey Latino; no faltan tampoco quienes afirman que Eneas la puso en un templo no lejos de Roma, donde se encontraría aún. Sea como fuere, son muchas las ciudades que se enorgullecen de poseer el verdadero.

- Lo creo -observó Seleuco-. Una convicción semejante confiere valor.

-Por supuesto -asintió Tolomeo-. Aristóteles diría que la convicción, o la profecía, produce el acontecimiento.

-Pero ¿qué distingue al verdadero Paladio de las demás estatuas? -preguntó Alejandro.

-El verdadero -declaró el sacerdote en tono solemne- puede cerrar los ojos y sacudir la lanza.

- Eso no es difícil -observó Tolomeo-. Cualquiera de nuestros ingenieros militares sería capaz de construir un juguete de ese tipo.

El sacerdote le fulminó con una mirada y también el soberano sacudió la cabeza.

-¿Hay algo en lo que creas, Tolomeo?

-Sí, sin duda -repuso el joven apoyando una mano en la guarnición de la espada-. En ésta. -Y luego, apoyando la otra en el hombro de Alejandro, agregó-: Y en la amistad.

-Y sin embargo -insistió el sacerdote- los objetos que veis son venerados entre estas sagradas paredes desde tiempos inmemoriales, y los túmulos a lo largo de la orilla recubren desde siempre los huesos de Aquiles, Patroclo y Áyax.

Se oyó un ruido de pasos: Calístenes se había juntado con ellos para visitar el famoso santuario.

- ¿Y que dices tú de todo esto, Calístenes? -preguntó Tolomeo yendo a su encuentro y cogiéndole del brazo-. ¿De veras crees que ésa es la armadura de Aquiles? ¿Y que ésta que cuelga de la columna es la cítara de Paris?

Acarició las cuerdas, de las que extrajo un acorde opaco y desentonado.

Alejandro parecía no escuchar ya: miraba fijamente a la joven locria que ahora estaba poniendo aceite perfumado a los velones, miraba sus formas perfectas, en la transparencia del ligero peplo atravesado por un rayo de luz, observaba el misterio que relampagueaba en sus ojos de mirada huidiza y sumisa.

- Todo esto no tiene ninguna importancia, lo sabéis muy bien -replicó Calístenes-. En Esparta, en el templo de los Dioscuros, muestran el huevo del que nacieron los dos gemelos, hermanos de Helena, pero yo creo más bien que se trata de un huevo de avestruz, un pájaro líbico de la altura de un caballo. Nuestros santuarios están llenos de semejantes reliquias. Lo importante es lo que la gente quiere creer, y la gente tiene necesidad de creer, así como también de soñar. Mientras hablaba, se volvió hacia Alejandro.

El rey se acercó a la gran panoplia de bronce, adornada de estaño y plata, y con los dedos rozó el escudo esculpido a franjas repujadas, con escenas descritas por Homero, y el yelmo adornado con una triple cimera.

- ¿Y cómo habría llegado hasta aquí esta armadura? -le preguntó al sacerdote.

-Odiseo la devolvió, presa de los remordimientos por habérsela usurpado a Áyax, y la depositó delante de su tumba como presente votivo, implorando su regreso a Ítaca. Desde entonces fue guardada y conservada en este santuario.

Alejandro se acercó al sacerdote.

-¿Sabes quién soy?

-Sí. Eres Alejandro, el rey de los macedonios.

- Así es. Y soy el descendiente directo, por parte de madre, de Pirro, hijo de Aquiles, fundador de la dinastía de Epiro, y por tanto heredero de Aquiles. Por tanto esta armadura me pertenece, y la quiero.

El sacerdote palideció.

-Señor...

- ¡Pero cómo! -exclamó con una sonrisa maliciosa Tolomeo-. Nosotros hemos de creer que ésta es la cítara de Paris, que éstas son las armas de Aquiles construidas por el mismísimo dios Hefesto en persona, ¿y tú no crees que nuestro rey es descendiente directo del pélida Aquiles?

-Oh, no -balbuceó el sacerdote-. El hecho es que se trata de objetos sagrados que no pueden...

-Cuentos -intervino Pérdicas-. Ya mandarás hacer otras armas idénticas. Nadie se dará cuenta de la diferencia. Como puedes ver, a nuestro soberano le son de utilidad y puesto que pertenecían a su antepasado...

Abrió los brazos como queriendo decir: «Una herencia es una herencia».

-Haced que las lleven al campamento. Serán izadas ante el ejército como un estandarte antes de cada batalla -ordenó Alejandro-. Y ahora regresemos, pues la visita ha terminado.

Salieron en pequeños grupos, deteniéndose todavía a mirar a su alrededor, para observar la increíble acumulación de objetos colgados de las columnas y de las paredes.

El sacerdote observó que Alejandro no le quitaba ojo a la muchacha mientras salía del templo por una puertecilla lateral.

-Todas las noches, tras la puesta del sol, se baña en el mar cerca de la desembocadura del Escamandro -le susurró al oído.

El rey no dijo nada y se fue. Poco después el sacerdote, en el umbral del templo, le vio

saltar sobre el caballo y alejarse en dirección al campamento a orillas del mar, que hervía de vida como un gigantesco hormiguero.

Alejandro la vio llegar con paso rápido y seguro en la oscuridad, siguiendo la orilla izquierda del río, y detenerse donde las aguas del Escamandro se mezclaban con las olas del mar.

Hacía una noche tranquila y serena, y la luna comenzaba en aquel momento a surgir del mar trazando una larga estela plateada desde el horizonte hasta la orilla. La muchacha se despojó de sus ropas, se soltó los cabellos a la luz de la luna y entró en el agua. Su cuerpo, acariciado por las olas, relucía, semejante al mármol pulimentado.

-Estás hermosa como una diosa, Daunia -murmuró Alejandro surgiendo de la sombra.

La muchacha se sumergió hasta la barbilla y retrocedió.

-No me hagas nada malo. Estoy consagrada.

-¿Para expiar una antigua violación?

-Para expiar cualquier violación. Las mujeres se ven siempre obligadas a sufrir.

El soberano se desnudó y se metió en el agua, mientras ella cruzaba los brazos sobre su pecho para taparse los senos.

-Dicen que la Afrodita de Cnido, esculpida por el divino Praxíteles, se cubre el pecho así, como lo estás haciendo tú. También Afrodita es púdica... No temas nada. Ven.

La muchacha se acercó lentamente, caminando sobre la arena del fondo; a medida que se acercaba, su cuerpo divino emergía goteante del agua, y la superficie del mar descendía para ceñirle los costados y luego el vientre.

-Llévame a nado hasta el túmulo de Aquiles. No quiero que nadie nos vea.

-Sígueme -dijo Daunia-. Espero que seas un buen nadador.

-Se volvió hacia un lado, deslizándose sobre las olas como una nereida, una ninfa de los abismos.

La costa formaba una amplia ensenada, iluminada ya por los fuegos del campamento, y terminaba en un promontorio en cuyo extremo se alzaba un túmulo de tierra.

-Lo soy -repuso Alejandro nadando a su lado.

La muchacha se dirigió mar adentro atajando por el medio del golfo, directamente hacia el promontorio. Nadaba con un bracear elegante, ligero y sostenido, casi sin hacer ruido, surcando las aguas como una criatura marina.

- Eres una excelente nadadora -observó Alejandro sin resuello.

- Nací a orillas del mar. ¿Sigues pensando en llegar hasta el promontorio Sigeo?

Alejandro no respondió y siguió nadando hasta que dejó de ver hervir la espuma a lo largo de la playa a la luz de la luna o las olas dilatarse, hasta que éstas lamieron la base del gran túmulo.

Salieron del agua cogidos de la mano, y el rey se acercó a la mole oscura de la tumba de Aquiles. Sentía, o creía sentir, que el espíritu del héroe penetraba en él y le pareció ver a Briseida, la de sonrosadas mejillas, cuando se volvió hacia su compañera, que ahora estaba de pie delante de él en medio de la luz argéntea y buscaba su mirada en la oscuridad.

- Sólo a los dioses le son concedidos momentos como éste -le susurró Alejandro volviéndose para sentir el soplo de la tibia brisa que llegaba del mar-. Aquí se sentó Aquiles a llorar la muerte de Patroclo. Aquí la madre oceánida rindió sus armas, forjadas por un dios.

- Así pues, ¿lo crees? -le preguntó la muchacha.

- Sí.

- Pero, entonces, por qué en el templo...

- Aquí es distinto. Es de noche, y las voces lejanas, ahora ya apagadas, pueden aún oírse. Y tú resplandeces sin velos delante de mí. -¿De veras eres un rey?

-Mírame. ¿Quién crees que soy?

-Eres el joven que a veces se me aparecía en sueños mientras dormía con mis compañeras, en el santuario de la diosa. El joven al que me gustaría amar.

Se acercó y apoyó la cabeza contra su pecho.

-Mañana partiré, y dentro de unos pocos días tendré que librar una dura batalla. Tal vez

venza, o muera.

-Entonces, si quieres, goza de mí, en esta arena tibia aún, y deja que yo te estreche entre mis brazos, aunque luego tengamos que lamentarlo. -Le besó largamente, acariciándole los cabellos-. Momentos como éstos únicamente les son concedidos a los dioses. Y nosotros seremos dioses, mientras dure la noche.

2

Alejandro se despojó de sus ropas hasta quedar desnudo delante del ejército formado y corrió tres veces alrededor de la tumba de Aquiles, según la antigua usanza, y Hefestión hizo lo propio en torno a la tumba de Patroclo.

A cada vuelta, más de cuarenta mil hombres gritaban:

Alalaláí!

-¡Qué actor extraordinario! -exclamó Calístenes, en un extremo del campo.

-¿Tú crees? -replicó Tolomeo.

-No me cabe la menor duda. No cree en los mitos ni en las leyendas más de lo que podamos creer tú y yo, pero se comporta como si fueran más verdaderos que la propia realidad. De este modo demuestra a sus hombres que los sueños son posibles.

-Parece que le conozcas muy a fondo -dijo Tolomeo en tono sarcástico.

-He aprendido a observar a los hombres, además de la naturaleza.

-Entonces deberías saber que nadie puede afirmar que conoce a

Alejandro. Sus acciones están a la vista de todos, es cierto, pero no son previsibles, ni es siempre posible comprender su significado profundo. El cree y no cree al mismo tiempo, es capaz de arrebatos amorosos y de arranques irrefrenables de cólera, es...

-¿Qué?

-Distinto. Yo le conocí cuando tenía seis años, y no puedo decir aún que le conozca de verdad.

-Tal vez tengas razón. Pero ahora todos sus hombres creen que él es Aquiles redivivo y que Hefestión es Patroclo.

-En estos momentos incluso se lo creen ellos dos. Por lo demás, ¿no has sido tú quien ha establecido, sobre la base de tus cálculos astronómicos, que nuestra invasión se ha producido el mismo mes en que comenzó la guerra de Troya, exactamente hace mil años?

Alejandro, mientras tanto, se había vuelto a vestir y puesto la armadura, imitado en esto por Hefestión. Ambos montaron a caballo. El general Parmenión ordenó hacer sonar las trompas y Tolomeo, a su vez, saltó sobre la silla.

-He de reunirme con mi sección. Alejandro se dispone a pasar revista al ejército.

Las trompas resonaron una vez más, repetidamente, y el ejército se colocó a la largo de la orilla del mar, cada sección con sus estandartes e insignias.

La infantería contaba con treinta y dos mil hombres en total. En el lado izquierdo había tres mil «portadores de escudo» y siete mil aliados griegos, apenas una décima parte de los que, ciento cincuenta años antes, habían luchado en Platea contra los persas. Llevaban la tradicional armadura pesada de la infantería griega de línea y macizos yelmos corintios que les protegían totalmente el rostro hasta la base del cuello, dejando al descubierto sólo los ojos y la boca.

En el centro estaban los seis batallones de la falange, los pezetairoi: cerca de diez mil hombres. En el lado izquierdo, en cambio, las tropas auxiliares bárbaras del Norte: cinco mil tracios y tribalos que habían aceptado la invitación de Alejandro, atraídos por la soldada y la

perspectiva del pillaje. Eran valerosísimos, capaces de las gestas más temerarias, infatigables, y sabían soportar el frío, el hambre y las penalidades. Horribles de aspecto, tenían el pelo rojizo e hirsuto, las barbas luengas, la piel clara y pecosa y el cuerpo cubierto de tatuajes.

Entre estos bárbaros, los más salvajes y primitivos eran los agrianos de las montañas ilirias: no comprendían en absoluto el griego y era necesario utilizar con ellos un intérprete, pero eran de una habilidad sin par a la hora de escalar cualquier pared rocosa utilizando cuerdas de fibras vegetales, ganchos y garfios. Todos los tracios y el resto de las tropas auxiliares del Norte estaban armados con yelmos y coseletes de cuero, pequeños escudos en forma de media luna y largos sables que golpeaban tanto de punta como con el filo. En la batalla se comportaban como fieras, y en el cuerpo a cuerpo se excitaban hasta el punto de arrancar a dentelladas las carnes de sus adversarios. Por último, como para sofrenarlos, venían otros siete mil mercenarios griegos, de infantería pesada y ligera.

En las alas, separada de la infantería, estaba formada la caballería pesada de los hetairoi, dos mil ochocientos en total, a los que se añadían otros tantos jinetes tesalios y cerca de cuatro mil auxiliares, más los quinientos jinetes escogidos de La Punta, el escuadrón de Alejandro.

El rey, montado en Bucéfalo, pasó revista al ejército sección por sección, seguido por sus compañeros. Con él estaba también Eumenes, armado hasta los dientes, incómodo dentro de la coraza ateniense de lino prensado, decorada y con refuerzos de chapas de bronce reluciente como un espejo. Sus pensamientos, a medida que pasaba por delante de aquella multitud, eran más bien prosaicos: mentalmente hacía el recuento de cuánto trigo, cuántas legumbres, cuánto pescado en salazón, cuánta carne ahumada y cuánto vino serían necesarios para dar de comer y de beber a toda aquella gente, y cuánto dinero tendría que gastar a diario para comprar en los mercados todos aquellos víveres; luego valoraba cuánto tiempo durarían las reservas con que contaba.

No obstante, no perdía la esperanza de hacerle al rey, aquella misma noche, unas buenas sugerencias para el éxito de su expedición.

Cuando hubieron alcanzado la cabeza de la formación, Alejandro hizo una señal a Parmenión y el general dio la orden de partida. La larga columna se puso en marcha: la caballería en los flancos, en doble fila, y la infantería en el medio. Tomaron dirección al norte, a lo largo de la orilla del mar.

El ejército se desanudaba como una larga serpiente y el yelmo de Alejandro, rematado por dos largas plumas blancas, se distinguía de lejos. Daunia se asomó en aquel momento al umbral del santuario de Atenea y se detuvo en lo alto de la escalinata. El joven que la había amado a orillas del mar, en aquella noche perfumada de primavera, parecía ahora un niño, resplandeciente al sol en su armadura en exceso bruñida, demasiado reluciente. No era ya él, no existía ya.

Sintió en su interior un gran vacío al verle alejarse hacia el horizonte. Cuando desapareció del todo, se secó los ojos con un rápido gesto de la mano, volvió a entrar en el templo y cerró la puerta tras de sí.

Entretanto, Eumenes había hecho partir a dos estafetas con escolta, uno dirigido a Lámpsaco y otro a Cícico, dos poderosas ciudades griegas a lo largo de los Estrechos: la primera se alzaba en la costa, la segunda, en cambio, en una isla. Se les volvía a hacer, de parte de Alejandro, el ofrecimiento de la libertad y de un tratado de alianza.

El rey estaba encantado con el paisaje y a cada recodo del camino se volvía hacia Hefestión.-Mira aquel pueblo, mira aquel árbol, mira aquella estatua...

Todo era nuevo para él, todo le maravillaba, desde los blancos pueblos de las colinas, los santuarios de las divinidades griegas y bárbaras, inmersos en la campiña, hasta el perfume de los manzanos en flor y el verde brillante de los granados.

Aparte de su destierro entre las montañas nevadas de Iliria, aquel era su primer viaje fuera de Grecia.

Detrás de él cabalgaban Tolomeo y Pérdicas, mientras que los demás compañeros

Librodot

estaban con sus soldados. Lisímaco y Leonato cerraban la larga fila, al mando de dos secciones de retaguardia un tanto distantes.

- ¿Por qué nos dirigimos hacia el Norte? -preguntó Leonato.

- Alejandro quiere asegurarse el control de la orilla asiática del Estrecho. De este modo nadie podrá entrar o salir del Ponto sin nuestra autorización, y Atenas, que depende de las importaciones de trigo que pasan por aquí, tendrá excelentes razones para seguir siendo amiga nuestra. Además, dejaremos aisladas a todas las provincias persas que se asoman al Mar Negro. Es una jugada inteligente.

- Es cierto.

Prosiguieron al paso, bajo el sol que comenzaba a ascender alto en el cielo. Luego Leonato continuó diciendo:

-Hay una cosa que no entiendo.

-No se puede entender todo en la vida -ironizó Lisímaco.

-Será así, pero explícame tú el por qué de toda esta calma. Hemos desembarcado con cuarenta mil hombres en pleno día, Alejandro ha visitado el templo de Ilión, ha hecho su danza alrededor del túmulo de

Aquiles, y nadie nos esperaba. Quiero decir, ningún persa. ¿No lo encuentras extraño?

-En absoluto.

-¿Por qué no?

Lisímaco se volvió hacia atrás.

-¿Ves a esos dos de allí? -preguntó indicando las siluetas de un par de jinetes que seguían la cresta de los montes de la Tróade-. Pues desde el amanecer los tenemos detrás de nosotros, y seguramente no nos perdieron de vista durante todo el día de ayer y tenemos a otros alrededor.

-Avisemos entonces a Alejandro de que...

-Descuida. Alejandro lo sabe muy bien, y sabe también que en alguna parte los persas nos dispensarán un digno recibimiento.

La marcha prosiguió sin problemas durante toda la mañana, hasta el descanso de mediodía. Veíase nada más que labriegos en los campos, ocupados en sus labores, o grupos de niños que corrían a lo largo del camino, gritando y tratando de llamar la atención.

A eso del atardecer acamparon no lejos de Abidos; Parmenión hizo poner centinelas alrededor, a una cierta distancia, y envió por los campos a escuadrones de caballería ligera para evitar ataques por sorpresa.

Apenas hubo sido levantada la tienda de campaña de Alejandro, la trompa llamó a reunión al Consejo y todos los generales se congregaron en torno a una mesa, mientras era servida la cena. Estaba también Calístenes, pero faltaba Eumenes, que había mandado aviso de que se empezara sin él.

-¡Muchachos, aquí se está mucho mejor que en Tracia! -exclamó Hefestión-. El clima es estupendo, la gente parece hospitalaria, he visto lindas muchachas y los persas no incordian. Me parece estar en Mieza, cuando Aristóteles nos llevaba a recoger insectos al bosque.

-No te hagas ilusiones -replicó Leonato-. Lisímaco y yo hemos descubierto a dos jinetes que nos han estado siguiendo durante todo el santo día y seguramente deben de estar merodeando por ahí.

Parmenión, con su estilo de general de la vieja guardia, pidió respetuosamente la palabra.

-No hay necesidad de pedir permiso para intervenir, Parmenión -le respondió Alejandro-. Eres aquí el hombre que cuenta con más experiencia y todos nosotros hemos de aprender de ti.

-Te lo agradezco -dijo el anciano general-. Sólo quería saber cuáles eran tus intenciones para mañana y para el futuro próximo.

-Seguir hacia el interior, hacia el territorio directamente controlado por los persas. Una vez allí no tendrán elección. Habrán de enfrentarse a nosotros en campo abierto y nosotros les batiremos.

Parmenión se quedó en silencio.

- ¿No estás de acuerdo?

- Hasta cierto punto. Me enfrenté con los persas durante mi primera campaña y puedo garantizarte que son unos adversarios temibles. Además, pueden contar con un jefe formidable, Memnón de Rodas.

-¡Un griego renegado!

- No. Un soldado de oficio. Un mercenario.

-¿Acaso no es lo mismo?

- No es lo mismo, Hefestión. Hay hombres que han luchado en muchas guerras y se encuentran al final carentes de cualquier convicción e ideal, pero llenos de habilidad y experiencia. Es entonces cuando venden su espada al mejor postor, pero si son hombres de honor, y Memnón lo es, se mantienen fieles a lo pactado, a toda costa. Su patria no es otra que la palabra dada, y a ella se atienen con absoluto rigor.

»Memnón representa para nosotros un peligro, tanto más cuanto que tiene con él a sus tropas. De diez a quince mil mercenarios, todos ellos griegos, todos bien armados y bastante temibles en campo abierto.

-Derrotamos al Batallón Sagrado de los tebanos -observó Seleuco.

-Eso no cuenta -rebatió Parmenión-. Estos son soldados de oficio, que no hacen otra cosa que combatir, y que cuando no combaten se adiestran para la lucha.

-Parmenión tiene razón -aprobó Alejandro-. Memnón es peligroso y su tropa mercenaria no lo es menos, sobre todo si cuenta con el apoyo de la caballería persa.

Entró en ese momento Eumenes.

-Te sienta bien la armadura -dijo con guasa Crátero-. Pareces todo un general. Lástima que tengas las piernas torcidas y secas y... Estallaron todos a reír, pero Eumenes se puso a declamar:

No me gusta un general de gallardo porte,
orgulloso de sus bucles y esmerados afeites,
sino uno que sea feo y torcido de piernas,
que se mantenga firme y con un corazón de león.[1]

- ¡Magnífico! -exclamó Calístenes-. Arquíloco es uno de mis poetas favoritos.

- Deja que hable -le hizo callar Alejandro-. Eumenes nos trae noticias que espero sean buenas.

- Buenas y malas, amigo mío. Decide tú por cuál debo empezar. Alejandro disimuló a duras penas su contrariedad.

- Comienza por las malas. A las buenas uno se acostumbra siempre. Dadle un asiento.

Eumenes se acomodó, quedando no obstante incómodo a causa de la coraza, que le impedía doblarse.

- Los habitantes de Lámpsaco han respondido que se sienten ya lo suficientemente libres y que no necesitan para nada nuestra ayuda. En resumidas cuentas, vienen a decirnos que nos las apañemos solos.

El rostro de Alejandro se había puesto sombrío y se intuía que estaba a punto de estallar en un ataque de cólera. Eumenes prosiguió enseguida:

-Buenas noticias, en cambio, de Cícico. La ciudad se muestra favorable y acepta unirse a nosotros. Y es de veras una buena noticia porque la soldada de todos los mercenarios al

[1] Arquíloco, fragmento 114, West.

servicio de los persas se pagan en moneda de Cícico. Estáteros de plata, para ser más exactos. Como éste.

Y arrojó una reluciente moneda encima de la mesa. La moneda rebotó y se puso a rodar luego sobre sí misma como una peonza hasta que la velluda mano de Clito El Negro cayó para aplastarla con un seco golpe.

-¿Y entonces? -preguntó el general dándole la vuelta entre los dedos.

-Si Cícico bloquea la emisión de moneda hacia las provincias persas -explicó Eumenes-, los gobernadores no tardarán en encontrarse en dificultades. Tendrán que imponer tributos, o bien buscar otras formas de pago nada gratas para los mercenarios. Y lo mismo puede decirse que ocurrirá con sus víveres, con la paga de las tripulaciones de la flota y todo lo demás.

-Pero ¿cómo lo has hecho? -preguntó Crátero.

-Lo cierto es que no he esperado a nuestro desembarco en Asia para moverme -repuso el secretario-. Hace ya un tiempo que estoy en tratos con la ciudad. Desde los tiempos en que vivía aún -bajó la cabeza- el rey Filipo.

Dentro de la tienda se hizo el silencio ante aquellas palabras, como si el espíritu del gran soberano caído bajo el puñal de un asesino en la cima de su gloria aletease entre los presentes.

-Bien -concluyó Alejandro-. Esto de todos modos no cambia nuestros planes. Mañana nos desplazaremos hacia el interior. Iremos a sacar al león de su escondite.

En todo el orbe conocido, nadie contaba con mapas tan precisos y bien hechos como los de Memnón de Rodas. Decíase que eran fruto de la milenaria experiencia de los marinos de su isla y de la destreza de un cartógrafo cuya identidad era guardada en secreto.

El mercenario griego desplegó el mapa sobre la mesa, fijó sus extremos con cuadro candelabros, tomó una ficha de una cajita de juego y la apoyó en un punto entre Dardania y Frigia.

-Alejandro, en estos momentos, se encuentra más o menos aquí.

Los miembros del alto mando persa estaban todos de pie en torno a la mesa, todos en uniforme de combate, con pantalones y botas: Arsamenes, gobernador de Panfilia, y Arsites, de Frigia; luego Reomitres, comandante de la caballería bactriana, Rosaques y el comandante supremo, el sátrapa de Lidia y de Jonia, Espitrídates, un iranio gigantesco de piel aceitunada y ojos negros y profundos, que presidía la reunión.

-¿Qué sugieres? -preguntó este último en griego.

Memnón levantó la mirada del mapa: próximo a la cuarentena, tenía las sienes canosas, los brazos musculosos y una barba muy cuidada, modelada por la navaja barbera, que le confería el aspecto de uno de los personajes representados por los artistas griegos en los bajorrelieves o en las decoraciones de sus vasos.

- ¿Qué noticias tenemos de Susa? -preguntó.

- Por ahora ninguna. Pero no conviene esperar refuerzos de importancia antes de un par de meses. Las distancias son enormes y el tiempo que se requiere para el reclutamiento, largo.

- Por tanto hemos de contar únicamente con nuestras propias fuerzas.

- Básicamente sí -confirmó Espitrídates.

-Somos inferiores en número.

- Pero no mucho.

- En la presente situación, quiere decir mucho. Los macedonios tienen una estructura de combate formidable, la mejor sin discusión. Han derrotado en campo abierto a ejércitos de todo tipo y nación.

- ¿Así pues?

- Alejandro está tratando de provocarnos, pero yo creo que sería mejor evitar un enfrentamiento frontal. Mi plan es el siguiente. Deberíamos mandar por delante a un gran número de exploradores a caballo que nos tengan constantemente informados de sus movimientos, infiltrar a espías que nos mantengan al corriente de sus intenciones, y a

continuación desaparecer de su presencia poniendo tierra quemada de por medio, sin dejar un solo grano de trigo o sorbo de agua potable.

»Escuadrones de caballería ligera tendrían que efectuar continuas incursiones contra los destacamentos que él mande en busca de víveres o forraje para los animales. Cuando el enemigo se halle extenuado por el hambre y el cansancio, atacaremos nosotros con todas nuestras fuerzas, mientras un cuerpo expedicionario naval desembarca en territorio macedonio.

Espitrídates observó largo rato en silencio el mapa de Memnón, se pasó una mano por la poblada barba ensortijada, se dio la vuelta y se fue hacia un balcón que daba a la campiña.

El valle de Zelea era maravilloso: desde el jardín que rodeaba su palacio subía el perfume amarguillo del espino albar en flor y el más dulce y delicado de los jazmines y de los lirios; las blancas copas de los cerezos y de los melocotorenos florecidos, plantas dignas de los dioses, que crecían únicamente en su paridaeza, resplandecían al sol primaveral.

Miró los bosques que cubrían las montañas y los palacios y los jardines de los otros nobles persas reunidos a sus espaldas en torno a la mesa, e imaginó todas aquellas maravillas quemadas por el fuego de Memnón, aquel mar de esmeralda reducido a una extensión de carbones y de cenizas humeantes. Se volvió de golpe y dijo:

-¡No!

-Pero, señor... -objetó Memnón acercándose a él-. ¿Has valora do como es debido las características de mi plan? Yo considero que...

-No es posible, comandante -cortó el sátrapa-. No podemos destruir nuestros jardines, los campos y palacios, y huir. En primer lugar, ello no nos pertenece, y luego sería un crimen infligirle a nuestro propio territorio unos daños peores que los que podría causarles el enemigo. No. Nos enfrentaremos a él y le rechazaremos. Ese Alejandro no es más que un muchacho presuntuoso que se merece que se le dé una dura lección.

-Te ruego que tengas en cuenta -insistió Memnón- que en esta zona están también mi casa y mi hacienda y que estoy dispuesto a sacrificarlo todo en aras de la victoria.

-Tu honestidad no está en duda -replicó Espitrídates-. Lo único que digo es que tu plan es irrealizable. Repito, lucharemos y rechazaremos a los macedonios. -Se volvió hacia los demás generales-. A partir de este momento, todas las tropas estarán en estado de alerta y vosotros tendréis que llamar de la reserva hasta el último hombre en condiciones de luchar bajo nuestras banderas. No nos queda mucho tiempo.

Memnón sacudió la cabeza.

- Es un error, y ya os daréis cuenta de ello. Mucho me temo que sea entonces demasiado tarde.

- No seas tan pesimista -dijo el persa-. Trataremos de hacerles frente desde una posición ventajosa.

- ¿Es decir?

Espitrídates se inclinó sobre la mesa, apoyándose en el brazo izquierdo, y comenzó a explorar el mapa con la punta del índice de la mano derecha. Se detuvo en una línea serpenteante azul, para indicar un río que corría hacia el norte, en el mar interior de la Propóntide.

-Yo diría que aquí.

-¿En el Gránico?

Espitrídates asintió.

- ¿Conoces la zona, comandante?

- Bastante.

- Yo la conozco bien porque fui allí de caza en varias ocasiones. El río, en este punto, tiene unas orillas escarpadas y arcillosas. Difíciles, por no decir imposibles, para la caballería; más bien impracticables para la infantería pesada. Les haremos retroceder, y esa misma noche estáis todos invitados a un banquete aquí, en mi palacio de Zelea, para festejar nuestra victoria.

3

Memnón regresó entrada la noche a su palacio: una magnífica construcción de estilo oriental en la cima de la colina, rodeada de un parque con animales salvajes de todo tipo y de una vasta posesión con casas, ganado, campos de cultivo de trigo, viñedos, olivos y árboles frutales.

Desde hacía años vivía con los persas igual que un persa, y había tomado por esposa a una noble persa, Barsine, hija del sátrapa Artabazo, una mujer de increíble belleza, de piel oscura, con unos larguísimos cabellos negros y formas sinuosas, agraciadas, de gacela de la meseta.

Sus hijos, dos varones, el uno de quince y el otro de once años, hablaban con gran soltura tanto la lengua de su padre como la de su madre y habían sido educados en ambas culturas. Como muchachos persas estaban acostumbrados a no mentir jamás, por ningún motivo, y a practicar el tiro con arco y la equitación; como muchachos griegos tenían el culto al valor y al honor en el combate, conocían los poemas homéricos, las tragedias de Sófocles y de Eurípides, así como las teorías de los filósofos jónicos. Tenían la piel aceitunada y el pelo negro de la madre, el cuerpo musculoso y los ojos verdes del padre. El primero, Eteocles, tenía un nombre griego; el segundo, Fraates, un nombre persa.

La casa de campo se alzaba en el centro de un jardín iranio cultivado y cuidado por jardineros persas, con plantas y animales exóticos, incluidos los maravillosos pavos reales de Palimbotra, una ciudad casi legendaria a riberas del río Ganges. En su interior había esculturas persas y babilonias, antiguos bajorrelieves hititas que Memnón había hecho recoger en una ciudad abandonada de la meseta, espléndidos servicios de mesa de cerámica ática de festín, bronces de Corinto y de la lejana Etruria, esculturas de mármol de Paros pintadas de vivos colores.

En las paredes había cuadros de los más variados pintores de la época: Apeles, Zeuxis, Parrasio, con escenas de caza y de batalla, pero asimismo representaciones mitológicas de las aventuras de los héroes hechos famosos por la tradición.

Todo, en aquella casa, era una mezcla de culturas diversas; no obstante, la impresión que tenía el visitante era de una singular y casi incomprensible armonía.

Dos siervos salieron al encuentro de su señor, le ayudaron a despojarse de la armadura y le condujeron a la estancia del baño para que pudiera refrescarse antes de la cena. Barsine le alcanzó llevándole una copa de vino fresco y se sentó para hacerle compañía.

-¿Qué noticias hay de la invasión? -le preguntó.

-Alejandro marcha en estos momentos hacia el interior, probablemente con el propósito de provocarnos a un choque frontal.

-No quisieron hacerte caso, y ahora tenemos al enemigo a las puertas de nuestras casas.

-Nadie creía que ese muchacho se atrevería a tanto. Creíamos que

la guerra en Grecia iba a tenerle ocupado durante largos años desgastando sus fuerzas. Una previsión completamente errónea.

-¿Qué clase de hombres es? -preguntó Barsine.

-Parece que resulta difícil definir su carácter. Es muy joven y apuesto, impetuoso y pasional, pero, según se dice, en presencia del peligro se vuelve frío como un témpano de hielo, capaz de valorar con increíble distanciamiento las situaciones más delicadas e intrincadas.

-¿Y no tiene ningún punto flaco?

-Le gusta el vino, le encantan las mujeres, pero al parecer no tiene más que un sólo afecto estable, su amigo Hefestión, que probablemente es para él más que un amigo. Se dice que son amantes.

- ¿Está casado?

- No. Partió sin dejar herederos al trono de Macedonia. Antes de irse, dicen que se despojó de todas sus propiedades en favor de sus íntimos.

Barsine hizo una señal a sus doncellas para que se alejaran y se ocupó personalmente del marido que salía del baño. Tomó un paño de suave lino jónico y lo envolvió en torno a sus hombros para secarle la espalda. Memnón seguía contando cosas de su enemigo:

- Se cuenta que uno de estos íntimos le preguntó: «¿Para ti qué es importante?». «La esperanza», fue la respuesta de Alejandro. Es difícil creerlo, pero lo que resulta evidente es que el joven soberano es ya una leyenda. Y esto es un problema, pues siempre resulta arduo luchar contra un mito.

- ¿De veras no tiene una mujer? -preguntó Barsine. Una doncella se llevó el paño húmedo y otra ayudó a Memnón a ponerse las vestiduras para la cena: un quitón largo hasta los pies, azul, recamado en plata en los bordes.

- ¿Cómo es que tienes tanto interés?

- Porque las mujeres son siempre el punto flaco de un hombre.

Memnón tomó del brazo a su esposa y fue hasta el comedor, donde estaban puestas las mesas a la manera griega ante los lechos de convite.

Tomó asiento y una doncella le escanció un poco de vino fresco y ligero, sacado de una magnífica crátera corintia de doscientos años de antigüedad, que descansaba sobre la mesa central.

Memnón señaló un cuadro de Apeles que colgaba de la pared precisamente delante de él y que reproducía una escena de amor muy atrevida entre Ares y Afrodita.

- ¿Te acuerdas de cuando Apeles vino aquí para pintar ese cuadro?

-Sí, me acuerdo muy bien repuso Barsine, que se recostaba siempre de espaldas a aquella obra, al no haberse podido acostumbrar nunca al descaro de los griegos y a su modo de representar la desnudez.

- ¿Y te acuerdas de la modelo que posaba para él como Afrodita?

-Por supuesto. Era estupenda, una de las mujeres más espléndidas

que haya visto yo jamás, digna de personificar a la diosa del amor y de la belleza.

- Pues era la amante griega de Alejandro.

- ¿Hablas en serio?

- Así es. Se llama Kampaspe, y cuando se desnudó ante Alejandro por vez primera, él se quedó tan fascinado que mandó llamar a Apeles para que la pintara desnuda. Pero luego se dio cuenta de que el pintor se había enamorado perdidamente de ella. Cosas que pasan entre un artista y su modelo. ¿Y sabes qué hizo? Pues se la regaló, pero, eso sí, a cambio quiso el cuadro. Alejandro no se deja subyugar por nada, ni siquiera por el amor, me temo. Es peligroso, te digo.

Barsine le miró a los ojos.

-¿Y tú? ¿Te dejas vencer por el amor?

Memnón le devolvió la mirada.

-Es el único adversario por el que acepto ser derrotado.

Se presentaron los hijos para despedirse antes de irse a la cama y besaron tanto al padre como a la madre.

-¿Cuándo nos llevarás contigo a la batalla, papá? -preguntó el mayor de ellos.

-Aún falta -repuso Memnón-. Tenéis que crecer. -Y luego, cuando se hubieron alejado, añadió, bajando la cabeza sobre el pecho-: Y decidir de qué bando queréis estar.

Barsine permaneció en silencio unos momentos.

-¿En qué piensas? -le preguntó el marido.

-En la próxima batalla, en los peligros que deberás arrostrar, en la angustia con que aguardaré desde la torre ver aparecer un mensajero para anunciarme si estás vivo o muerto.

-Es mi vida, Barsine. Soy un soldado de oficio.

-Lo sé, pero saberlo no me es de gran ayuda. ¿Cuándo tendrá lugar?

-¿El enfrentamiento con Alejandro? Pues pronto, aunque yo no esté de acuerdo. Muy pronto.

Terminaron de cenar con un vino dulce de Chipre; luego Memnón

levantó la mirada hacia el cuadro de Apeles que tenía enfrente. El dios Ares estaba representado en él despojado de sus armas, que descansaban en el suelo sobre la hierba, y la diosa Afrodita estaba sentada a su lado, desnuda, con la cabeza apoyada contra el vientre de él y las manos en sus muslos.

Se volvió hacia Barsine y la tomó de la mano.

-Vamos a la cama -dijo.

4

Tolomeo volvió de su ronda de inspección a lo largo de la empalizada del campamento y se dirigió hacia el cuerpo de guardia principal, a fin de asegurarse del cumplimiento de los turnos siguientes.

Vio que había aún luz en la tienda de campaña de Alejandro y se acercó. Peritas dormitaba en su cubil y no se dignó siquiera dirigirle una mirada. Pasó por entre los guardianes y asomó la cabeza.

-¿Hay un vaso de vino para un viejo soldado fatigado y sediento? -He adivinado que eras tú apenas he visto asomar la nariz -bromeó Alejandro-. Ven, sírvete. He mandado a Leptina a la cama. Tolomeo se llenó una copa de vino de una jarra y se la echó al coleto de un trago.

- ¿Qué estás leyendo? -preguntó echando un vistazo a hurtadillas por encima del hombro del rey.

- Jenofonte, La expedición de los diez mil.

- Ah, ese Jenofonte. Consiguió hacer de una simple expedición una empresa más gloriosa que la guerra de Troya...

Alejandro garrapateó una nota en una hoja, apoyó su puñal sobre él rollo a modo de punto y levantó la cabeza.

- En cambio, se trata de un libro extraordinariamente interesante. Escucha esto:

Ahora es ya tarde avanzada, la hora en que generalmente los bárbaros se retiran, pues tienen en efecto la costumbre de acampar a no menos de sesenta estadios, por temor a que, cuando caen las tinieblas, los griegos les asalten. De noche, en efecto, el ejército persa no vale gran cosa. Acostumbran atar los caballos y, por lo general, los dejan pastando para que no se escapen si se desataran. Por eso, si se produce algún ataque nocturno, el persa tiene que soltar el caballo, ponerle el bocado y las bridas, equiparse con la armadura y montar en la silla, operaciones todas ellas dificultosas en medio de la oscuridad de la noche y del tumulto de un ataque...[2]

Tolomeo asintió.

-¿Y crees que responde a la verdad?

-¿Por qué no? Cada ejército tiene sus costumbres y siente apego por ellas.

-¿En qué estás pensando?

-Los exploradores me han contado que los persas salieron de Zelea hacia occidente. Lo cual significa que vienen a nuestro encuentro para interceptarnos el paso.

-Todo hace pensar que así es.

-En efecto... Ahora escucha. Si tú fueses su jefe, ¿qué lugar elegirías para bloquear nuestro avance?

Tolomeo se acercó a la mesa en la que había desplegado un mapa de Anatolia, tomó un velón y lo pasó por delante y por detrás de la línea de la costa hacia el interior. Luego se detuvo.

- Aquí debería estar ese río. ¿Cómo se llama?

[2] Jenofonte: Anábasis, III, 4, 3435.

-Se llama Gránico -respondió Alejandro-. Y es muy probable que nos esperen allí.

-Y tú estás planeando pasar el río en plena oscuridad y atacarles en la otra orilla antes de la salida del sol. ¿Lo he adivinado? Alejandro volvió a hojear a Jenofonte.

-Ya te lo he dicho, ésta es una obra muy interesante. Deberías conseguirte una copia.

Tolomeo sacudió la cabeza.

- ¿Qué es lo que no marcha?

- Oh, no, el plan es excelente. Sólo que...

-¿El qué?

-Bueno, no sé. Tras tu danza alrededor del túmulo de Aquiles y después de haber cogido sus armas del templo de Atenea Ilíaca, yo me imaginaba una batalla en campo abierto, a la luz del sol, frente a frente. Una batalla... homérica, si puede decirse así.

- Lo será -replicó Alejandro-. ¿Por qué crees que me he traído a Calístenes? Pero por ahora no arriesgaré inútilmente la vida de un solo hombre, si no me veo obligado a hacerlo. Y lo mismo debes hacer tú.

-Descuida.

Tolomeo se sentó y se quedó mirando a su rey, que seguía tomando apuntes del rollo que tenía delante.

- Ese Memnón es un hueso duro de roer -prosiguió al cabo de un poco.

-Lo sé. Parmenión me ha contado cosas de él.

- ¿Y la caballería persa?

-Tenemos lanzas más largas y astas más recias.

- Esperemos que basten.

- El resto lo harán la sorpresa y nuestra voluntad de vencer. Llegados a este punto, hemos de derrotarles a toda costa. Ahora, si quieres un consejo, vete a descansar. Las trompas sonarán antes del alba y marcharemos durante todo el día.

- Quieres estar en posición mañana por la noche, ¿no es así?

- Exacto. Tendremos el Consejo de guerra a orillas del Gránico. -¿Y tú? ¿No vas a dormir?

-Ya habrá tiempo de dormir... Que los dioses te concedan una noche tranquila, Tolomeo.

- Y a ti también, Alejandro.

Tolomeo se llegó a su tienda, que había sido plantada sobre una pequeña elevación del terreno cerca de la empalizada oriental del campamento, se lavó, se cambió y se preparó para la noche. Echó un último vistazo afuera antes de acostarse y vio que seguía habiendo luz únicamente en dos tiendas: en la de Alejandro y en la, mucho más distante, de Parmenión.

Las trompas sonaron antes del amanecer, tal como Alejandro había ordenado, pero los cocineros estaban ya en pie desde hacía rato y habían preparado el desayuno: pequeñas ollas humeantes de maza, las gachas semilíquidas de cebada enriquecida con queso. Para los oficiales había, en cambio, tortillas de trigo, queso de oveja y leche de vaca.

Al segundo toque, el soberano montó a caballo y se puso a la cabeza del ejército, cerca de la puerta de poniente del campamento, acompañado por su guardia personal y por Pérdicas, Crátero y Lisímaco. Detrás de él se puso en marcha la falange de los pezetairoi, precedida por los escuadrones de caballería ligera, seguida por la infantería pesada griega y por las tropas auxiliares tracias, tribalas y agrianas, y flanqueada por dos líneas de caballería pesada.

El cielo se teñía de rosa hacia levante y el aire se llenaba del gorjeo de los gorriones y del canto de los mirlos. Bandadas de palomas torcaces se alzaban de los bosques cercanos a medida que el rumor cadencioso de la marcha y el tintinear de las armas las despertaban del entumecimiento nocturno.

Frigia se extendía ante los ojos de Alejandro con un paisaje de colinas cubiertas de abetos, de pequeños valles recorridos por torrentes cristalinos, a lo largo de los cuales se alzaban ringleras de álamos plateados y sauces de brillante follaje. Los rebaños y las manadas salían a pastar, guiados por sus pastores y vigilados por los perros; la vida parecía seguir tranquilamente su curso como si el sonido amenazante del ejército en marcha pudiera

Librodot

confundirse sin ningún contraste con el balido de los corderos y el mugido de los terneros.

A derecha e izquierda del ejército, en los valles paralelos a la dirección de la marcha, avanzaban grupos de exploradores sin enseñas ni armadura, camuflados, con la misión de mantener alejados a eventuales espías de los persas. Pero era una precaución inútil, puesto que cualquier pastor o campesino podía ser un espía enemigo.

Al final de la columna, escoltado por una media docena de jinetes tesalios, avanzaba Calístenes, junto con Filotas y un mulo con dos alforjas llenas de rollos de papiro. De vez en cuando, en los momentos de descanso, el historiador apoyaba en tierra un escabel, tomaba de una de las alforjas una tablilla de madera y un rollo y comenzaba a escribir ante la mirada llena de curiosidad de los soldados.

No había tardado en correr la noticia de que sería aquel joven huesudo y de aire resabiado el encargado de narrar la historia de la expedición y cada cual esperaba en su corazón poder, antes o después, ser inmortalizado en aquellas páginas. Ninguno, en cambio, se interesaba por las secas relaciones diarias que eran redactadas por Eumenes y por los restantes oficiales encargados de llevar el diario de marcha y de planear las etapas.

Hicieron un alto para la comida mediada la jornada y a continuación, ya cerca del Gránico, se detuvieron de nuevo por orden de Alejandro, al resguardo de una baja cadena de colinas, a esperar que cayera la noche.

Poco antes de la puesta del sol el rey convocó al Consejo de guerra en su tienda de campaña y expuso el plan de batalla. Estaban presentes Crátero, que estaba al mando de una sección de la caballería pesada, Parmenión, que tenía la responsabilidad del mando de la falange de los pezetairoi, y Clito El Negro. Se encontraban allí además todos los compañeros de Alejandro, que componían su guardia personal y militaban en la caballería: Tolomeo, Lisímaco, Seleuco, Hefestión, Leonato, Pérdicas, y también Eumenes, quien seguía presentándose en la reuniones con atavíos militares: coraza, polainas y cinto; parecía haberle tomado gusto.

-Tan pronto como oscurezca -comenzó diciendo el rey- una unidad de asalto de la caballería ligera y de las tropas auxiliares pasarán el río y se acercarán lo más posible al campamento persa para tenerlo bajo observación. Que alguno regrese inmediatamente para informarnos de la distancia a que se encuentra del río; si en el curso de la noche los bárbaros se movieran por alguna razón, serán enviados otros exploradores para que traigan noticias.

»No encenderemos fuegos y mañana por la mañana los jefes de batallón y los de los escuadrones llamarán a diana sin toques de trompa poco antes de que salga de guardia el cuarto turno. Si el camino está despejado, la caballería será la primera en cruzar el río, formará en la otra orilla y, cuando la infantería se haya reunido con ella, se pondrá en marcha.

»Ese será el momento crucial de toda la jornada -observó dirigiendo a su alrededor la mirada-. Si mis cálculos son exactos, los persas estarán aún en sus tiendas, o en cualquier caso no formados. En ese momento, tras calcular nuestra distancia del frente enemigo, desencadenaremos el ataque con una carga de caballería que tratará de crear la confusión entre las filas de los bárbaros. Acto seguido, la falange asestará el golpe de gracia. Las tropas auxiliares y las unidades de asalto se encargarán del resto.

-¿Quién mandará la caballería? -preguntó Parmenión, que había permanecido en silencio hasta aquel momento.

- Yo -repuso Alejandro.

- Lo desaconsejo, señor. Es demasiado peligroso. Deja que lo haga Crátero. Estaba conmigo en la primera expedición a Asia y es persona muy experta.

-El general Parmenión tiene razón -intervino Seleuco-. Es nuestro primer enfrentamiento con los persas, ¿para qué correr el riesgo de comprometerlo?

El soberano levantó la mano para poner fin a la discusión.

-Me visteis combatir en Queronea contra el Batallón Sagrado y en el río Istro contra los tracios y tribalos. ¿Cómo podéis pensar que me comportaré ahora de distinto modo? Mandaré personalmente La Punta y seré el primer macedonio en entrar en contacto con el enemigo. Mis hombres deben saber que arrostro los mismos peligros que arrostran ellos y que en esta

batalla nos lo jugamos todo, incluso la vida. No tengo otra cosa que deciros por ahora. Os espero a todos a cenar.

Nadie tuvo el valor de replicarle, pero Eumenes, sentado al lado de Parmenión, le susurró al oído:

-Yo pondría cerca de él a alguien con especial experiencia, alguien que haya luchado contra los persas y conozca su técnica.

-Ya he pensado en ello -le tranquilizó el general-. Estará El Negro al lado del rey. Ya verás que todo sale bien.

El Consejo fue disuelto. Salieron todos y se reunieron con sus unidades para impartir las últimas órdenes. Eumenes se quedó atrás y se acercó a Alejandro.

-Quería decirte que tu plan es excelente, pero queda una incógnita, y de consideración.

-Los mercenarios de Memnón.

- Por supuesto. Si se cierran en cuadro, será duro incluso para la caballería.

- Lo sé. Nuestra falange podría encontrarse en dificultades, quizá podría verse obligada a hacer uso de las armas cortas, la espada y el hacha. Pero hay otra cosa...

Eumenes se sentó y se echó el manto sobre las rodillas. Aquella actitud le recordó a Alejandro a su padre Filipo, cuando éste se sentaba después de un exabrupto. Pero en el caso de Eumenes era otro el motivo: de noche hacía fresco, y él no estaba acostumbrado a ir dando vueltas con el corto quitón militar, por lo que se le ponía la piel de gallina en las piernas.

El soberano tomó un rollo de papiro de su famosa cajita, la que contenía la edición de Homero regalo de Aristóteles, y lo abrió sobre la mesa. -¿Verdad que conoces La expedición de los diez mil?

- ¡Ya lo creo, ahora se lee en todas las escuelas! Es una prosa que fluye muy bien y los muchachos tampoco la encuentran difícil.

- Bien, pues entonces escucha. Estamos en el campo de batalla de Cunaxa, hace unos setenta años, y Ciro el Joven le habla al comandante Clearco:

Le ordenó conducir sus tropas contra el centro enemigo porque estaba el rey. «Si le damos muerte a él -afirmó-, el resto está hecho.»

-Así pues, querrías dar muerte al jefe enemigo con tus propias manos -dijo Eumenes en un tono de absoluta desaprobación.

-Por esto pienso mandar yo La Punta. Luego nos ocuparemos de los mercenarios de Memnón.

- Entendido; me voy, ya que no vas a escuchar mis consejos.

- No, señor secretario general. -Alejandro rió-. Pero ello no significa que no sienta aprecio por ti.

- También yo te aprecio, maldito testarudo. Que los dioses te protejan.

- Y también a ti, amigo mío.

Eumenes salió, se acercó a su tienda, se despojó de la armadura, se abrigó y se puso a leer un manual de táctica militar, esperando que fuera la hora de la cena.

5

El río discurría rápido, crecido a consecuencia del deshielo de las nieves en los montes Pónticos, y un ligero viento, de poniente, agitaba las copas de los álamos que crecían a lo largo de las orillas. Unas orillas escarpadas, arcillosas, empapadas por las recientes lluvias.

Alejandro, Hefestión, Seleuco y Pérdicas estaban apostados en una pequeña elevación desde la cual podían ver tanto el curso del Gránico como un trecho de territorio allende la orilla oriental.

- ¿Qué os parece? -preguntó el soberano.

- La arcilla de las orillas está empapada -observó Seleuco-. Si los bárbaros cierran filas a lo largo del río, nos cubrirán de dardos y jabalinas, nos diezmarán antes de que hayamos alcanzado la orilla opuesta y, una vez allí, nuestros caballos se hundirán hasta los corvejones en el fango, muchos de ellos no podrán avanzar y estaremos de nuevo a merced de los enemigos.

-No es una situación fácil -comentó Pérdicas lacónico.

- Es pronto para preocuparse. Esperemos a que regresen los exploradores.

Permanecieron en silencio un rato; el borboteo de las aguas era dominado tan sólo por el croar monótono de las ranas en las cercanas charcas y por el sonido de los grillos que comenzaba a dejarse sentir en la noche serena. En determinado momento, se oyó un reclamo, como el canto de un búho.

-Son ellos -dijo Hefestión.

Advirtieron un ruido de arcilla pisoteada y luego el borbollar del río en torno de dos siluetas oscuras que cruzaban el vado: eran dos exploradores del batallón de «portadores de escudo».

-¿Qué noticias hay? -preguntó Alejandro con impaciencia.

Los dos tenían un aspecto horrible, completamente cubiertos de fango rojo de la cabeza a los pies.

- Rey -anunció el primero-, los bárbaros están a tres o cuatro estadios del Gránico, en una loma que domina la explanada hasta el río. Tienen una doble línea de centinelas y cuatro escuadras de arqueros que patrullan la zona entre el campamento y la orilla del río. Además, alrededor, en los cuerpos de guardia, hay fogatas encendidas y los centinelas proyectan en torno la luz de los fuegos con la concavidad de los escudos bruñidos.

-Bien -dijo Alejandro-. Volved atrás y permaneced en la otra orilla. Al menor movimiento o señal en el campamento enemigo, corred por ese lado y dad la alarma al piquete de caballería que hay detrás de aquellos álamos. Yo lo sabré en pocos instantes y podré moverme como considere más oportuno. Ahora podéis iros, y procurad que no os descubran.

Los dos volvieron a bajar al lecho del río y lo atravesaron de nuevo con el agua hasta la cintura. Alejandro y los compañeros se acercaron a los caballos para regresar al campamento.

- ¿Y si nos los encontramos mañana en la orilla del Gránico? -preguntó Pérdicas tomando a su caballo negro por el ronzal.

Alejandro se pasó rápidamente una mano por los cabellos, como hacía siempre que tenía la cabeza llena de pensamientos.

-En ese caso tendrán que formar la infantería cerca del río. ¿Qué sentido tiene emplear la caballería para mantener una posición fija? -Es cierto -asintió Pérdicas cada vez más lacónico.

- Así pues, ellos formarán la infantería, y nosotros les mandaremos las tropas de asalto tracias, tribalas y agrianas, más los «portadores de escudo», a los que cubrirá un nutrido lanzamiento de flechas y jabalinas a cargo de la infantería ligera. Si los nuestros consiguen desalojar a los bárbaros de la orilla, haremos avanzar a la infantería pesada griega así como a la falange, mientras la caballería les protege los flancos. En cualquier caso, es pronto para tomar decisiones. Volvamos atrás, pues dentro de poco tiene que estar lista la cena.

Regresaron al campamento y Alejandro invitó a los comandantes a su tienda, incluidos los jefes de las tropas auxiliares extranjeras, que se sintieron sumamente honrados.

Comieron armados, tal como exigía la situación. El vino fue servido a la manera griega, con tres partes de agua, de modo que pudiera abordarse la discusión con la necesaria lucidez; además, los agrianos y los tribalos ebrios eran peligrosos.

El soberano les puso al corriente de las últimas noticias de la evolución de la situación y todos dejaron escapar un suspiro de alivio ante la sola idea de que, al menos en aquel momento, los enemigos no defendían directamente la orilla del río.

-Señor -intervino Parmenión-, El Negro solicita el honor de cubrirte mañana el flanco derecho. Combatió en primera línea durante la campaña anterior contra los persas.

-Y le cubrí también el flanco a tu padre el rey Filipo en más de una ocasión -añadió

Clito.

-Entonces estarás a mi lado -confirmó Alejandro.

-¿Tienes otras órdenes que dar? -preguntó Parmenión.

-Sí. He observado que tenemos ya un séquito de mujeres y mercaderes. Los quiero a todos fuera del campamento y que no se les pierda de vista hasta que hayamos concluido el ataque. Y quiero en la orilla del Gránico a un destacamento de infantería ligera en orden de batalla durante toda la noche. Naturalmente, estos hombres no combatirán mañana, pues se encontrarán demasiado cansados.

La cena concluyó temprano; los comandantes se retiraron y también Alejandro se preparó para la noche. Leptina le ayudó a despojarse de la armadura y las vestiduras y a darse un baño, que estaba ya preparado en una zona separada de la tienda real.

-¿Es cierto que combatirás, mi señor? -le preguntó mientras le pasaba la esponja por los hombros.

-Esto no es asunto tuyo, Leptina. Y si sigues escuchando detrás de la tienda, haré que te alejen.

La muchacha bajó la mirada y guardó silencio por un momento. Luego, cuando comprendió que Alejandro no estaba encolerizado, prosiguió:

-¿Y por qué no es asunto mío?

-Porque a ti no te sucederá nada malo el día que yo tenga que caer en combate. Obtendrás la libertad, y una renta suficiente para vivir.

Leptina se le quedó mirando con una intensidad que causaba pena. Le temblaba la barbilla y los ojos se le humedecieron: volvió la cabeza para que él no se diera cuenta.

Pero Alejandro advirtió las lágrimas que corrían por sus mejillas. -¿Por qué lloras? Me imaginaba que te pondrías contenta. La muchacha se tragó el llanto y dijo apenas le fue posible:

-Yo estoy contenta mientras te veo, mi señor. Si no te veo, para mí no hay luz, ni aliento ni vida.

Los ruidos del campo se atenuaron: únicamente se oían los centinelas que se daban voces en la oscuridad y el ladrar de los perros vagabundos que merodeaban en busca de algo que comer. Alejandro pareció por un momento aguzar el oído; luego se puso en pie y ella se acercó a secarle.

-Dormiré vestido -afirmó el soberano.

Se puso unas ropas limpias y eligió la armadura que debía de llevar al día siguiente: un yelmo de bronce chapado en plata en forma de cabeza de león con las fauces abiertas, adornado con dos largas plumas blancas de garza real, una coraza ateniense de lino prensado con el peto de bronce en forma de gorgona y un par de grebas de chapa de bronce con el rostro de la diosa Atenea en su parte central.

-Se te verá a la legua -observó Leptina con voz trémula.

-Mis hombres deben verme, así como saber que arriesgo mi vida, antes que la de ellos. Y ahora a dormir. Ya no te necesito.

La muchacha salió con paso rápido y ligero; Alejandro apoyó sus armas en el armero que tenía cerca del catre y apagó el velón. En la oscuridad, la panoplia se distinguía igualmente: hubiérase dicho el fantasma de un guerrero que esperase inmóvil la luz del alba para recobrar vida.

6

Peritas le despertó con un lametazo en el rostro y Alejandro se puso en pie de un salto; se encontró frente a dos asistentes que le ayudaron a ponerse la armadura. Leptina le trajo

para desayunar, en una bandeja de plata, el «bocado de Néstor»: huevos crudos batidos con queso, harina, vino y miel.

El soberano comió de pie mientras le ataban la coraza y las grebas, le colgaban de un hombro el talabarte y de éste la vaina con la espada.

-No quiero a Bucéfalo -dijo al salir-. Las orillas del río están demasiado resbaladizas y podría quedar atrapado. Traedme el bayo sármata.

Los asistentes fueron a buscarle el caballo que había escogido y él se acercó a pie hasta el centro del campamento llevando el yelmo bajo el brazo izquierdo. Los hombres estaban ya casi todos formados y a cada instante acudían otros para ocupar su sitio en las filas, junto a sus compañeros. Alejandro montó en el caballo de batalla que le traían en aquel momento y pasó revista primero a los escuadrones de la caballería macedonia y tesalia, luego a la infantería griega y a la falange.

Los jinetes de La Punta le esperaban al final del campamento, próximo a la puerta de levante, en perfecto orden, formados en cinco filas. Levantaron las astas en silencio al paso del rey.

El Negro se colocó a su lado al levantar Alejandro el brazo para dar la orden de partida. Se oyó el piafar de millares de caballos que se ponían en camino y el tintinear quedo de las armas de los guerreros que avanzaban a paso normal en una larga fila, en la oscuridad.

A pocos estadios de distancia del Gránico, llegó un ruido de galope y un grupo de cuatro exploradores surgió de pronto de la oscuridad, deteniéndose delante de Alejandro.

- Rey -dijo el que les mandaba-, los bárbaros no se han movido todavía y están acampados a tres estadios del río, en posición ligeramente dominante. En la orilla se encuentran tan sólo patrullas de exploradores medos y escitas que no pierden de vista tampoco nuestra orilla. No podremos cogerles totalmente por sorpresa.

- No, es cierto -hubo de admitir Alejandro-, pero antes de que su ejército cubra los tres estadios que le separan de la orilla oriental nosotros habremos atravesado el vado y estaremos en el otro lado. Una vez allí el resto será pan comido. -Hizo una señal a sus guardias personales para que se acercaran-. Avisad a todos los comandantes de sección que estén preparados para pasar a la otra orilla, tan pronto como el terreno se abra en una explanada delante de nosotros. Cuando suenen las trompas tendremos que arrojarnos hacia el río y vadearlo lo más deprisa posible. La caballería en primer lugar.

Los miembros de la guardia se alejaron, y poco después la infantería se detuvo y dejó que las dos columnas de jinetes en los flancos desfilaran por delante para formar frente al Gránico. El cielo, al este, empezaba a clarear con un pálido resplandor.

-Creían que nos daría el sol en los ojos, y en cambio no tendremos ni siquiera la luna -dijo Alejandro señalando la delgada hoz luminosa que se ponía por el sur tras las colinas de Frigia.

Levantó la mano y espoleó el caballo hacia el río, seguido por El Negro y el escuadrón de La Punta. Se oyó en ese mismo instante un grito en la otra orilla, luego numerosos llamamientos cada vez más fuertes y, finalmente, el sonido prolongado y quejumbroso de un cuerno que respondió, más lejos, a otras señales. Los exploradores medos y escitas lanzaban la alarma.

Alejandro, que estaba ya en medio del vado, gritó:

-¡Que suenen las trompas!

Y las trompas sonaron: una única nota, aguda, desgarradora, lanzada como un dardo contra la orilla opuesta, que se mezcló con la más bronca de los cuernos; inmediatamente, las montañas de alrededor devolvieron el eco.

El Gránico hervía de espuma mientras el soberano y su guardia avanzaban lo más rápidamente posible. Se oyó un grito y un jinete macedonio, traspasado, cayó al agua. Los exploradores medos y escitas se habían apelotonado en la orilla y disparaban a diestro y siniestro indiscriminadamente. Otros fueron alcanzados en el cuello, el vientre, el pecho. Alejandro desprendió el escudo de la trabilla y espoleó de nuevo al bayo. ¡Estaba ya afuera!

-¡Adelante! -gritó-. ¡Adelante! ¡Trompas!

El sonido de los bronces se hizo más agudo y penetrante aún y le respondieron los relinchos de los caballos de batalla, excitados por la confusión y los gritos de sus jinetes que les acicateaban y fustigaban para salir del remolino turbulento de la corriente.

La segunda y tercera filas ya habían superado el centro del vado, y la cuarta, quinta y sexta entraban en el agua. Alejandro ascendía mientras tanto con su escuadrón a lo largo de la resbaladiza orilla. Por detrás llegaba también, amortiguado, el estruendo cadencioso de la falange que marchaba en perfecto orden de batalla.

Los exploradores enemigos, una vez agotados los dardos, volvieron grupas y lanzaron a sus cabalgaduras a toda velocidad hacia el campamento, desde el que llegaba un ruido confuso y escalofriante de armas, mientras que sombras de guerreros corrían en la oscuridad por todas partes, empuñando antorchas, llenando el aire de llamadas y gritos en cien lenguas distintas.

Alejandro hizo formar a La Punta y se puso a su cabeza, mientras los dos escuadrones de hetairoi y los dos de la caballería tesalia se situaban detrás y a sus flancos, en cuatro filas, a las órdenes de sus comandantes. Los macedonios estaban al mando de Crátero y Pérdicas, los tesalios, del príncipe Amintas y sus oficiales Enomaos y Equecrátides. Los trompeteros esperaban una señal del soberano para tocar a carga.

-Negro -llamó Alejandro-. ¿Dónde están nuestros infantes?

Clito caracoleó hasta el extremo de la formación y echó una ojeada hacia el río.

- ¡Están subiendo, rey!

- ¡Entonces, que suenen las trompas! ¡Al galope!

Las trompas se dejaron oír de nuevo y diez mil caballos se lanzaron adelante cabeza con cabeza, bufando y relinchando, el paso marcado por la pisada firme y potente del macizo bayo sármata de Alejandro.

Entretanto, en el bando contrario, la caballería persa se estaba reuniendo a toda prisa y no sin confusión: los que estaban ya en las filas esperaban una señal del comandante supremo, el sátrapa Espitrídates.

Dos exploradores llegaron a toda carrera.

- ¡Están atacando, señor! -gritaron.

-¡Pues, entonces, seguidme! -ordenó Espitrídates sin esperar más-. ¡Echemos atrás a esos *yauna*, rechacémoslos hasta el mar para que sean pasto de los peces! ¡ Adelante! ¡Adelante!

Sonaron los cuernos y la tierra tembló bajo el martilleo de los fogosos caballos de batalla nisenos al galope. En primera línea estaban los medos y los corasmios con grandes arcos de doble curvatura, detrás venían los oxianos y los cadusios con los grandes sables curvos, y por último los sacas y drangianos que empuñaban enormes cimitarras.

Tan pronto como la caballería se hubo puesto en marcha, la infantería pesada de los mercenarios griegos, ya en perfecto orden de combate, la siguió al paso, en formación cerrada.

-¡Mercenarios de Anatolia! -les gritó Memnón alzando la lanza-. ¡Espadas vendidas! ¡No tenéis patria ni casa adonde volver! Tan sólo podéis vencer o morir. Recordadlo, no habrá piedad para nosotros, porque, pese a ser griegos, combatimos en el bando del Gran Rey. Hombres, nuestra patria es nuestro honor, la lanza es nuestro pan. Combatid por vuestra vida, pues es lo único que os queda.

Alalaláí!

Se lanzó acto seguido hacia adelante, a paso veloz y luego a la carrera. Los hombres respondieron:

Alalaláí!

Seguidamente avanzaron tras él manteniendo la formación frontal, con un estruendo tremendo de hierro y de bronce cada vez que los pies tocaban el suelo.

Alejandro vio la nube blanca de polvo a menos de un estadio de distancia y le gritó al trompetero:

-¡A la carga!

Sonó la trompa, desencadenando el galope furibundo de La Punta.

Los jinetes bajaron las lanzas y se lanzaron hacia adelante, sosteniendo con la izquierda la brida y las crines de sus caballos, hasta el impacto, hasta la espantosa maraña de hombres y animales, de gritos y relinchos que siguió al choque de las largas astas de fresno y cornejo y el nutrido lanzamiento de jabalinas persas.

Alejandro entrevió a Espitrídates, que luchaba furiosamente con la espada ya tinta en sangre, un tanto desplazado a su derecha, cubierto por la izquierda por el gigantesco Reomitres, y espoleó el caballo en esa dirección.

-¡Combate, bárbaro! ¡Combate contra el rey de los macedonios, si tienes valor!

Espitrídates espoleó a su vez su corcel hacia él y le arrojó la jabalina. La punta desgarró el espaldarón de la coraza de Alejandro y le rasguñó la piel entre el cuello y la clavícula, pero el soberano desenvainó la espada y se fue hacia él a toda velocidad, golpeándole de lleno con su cabalgadura. El sátrapa, desequilibrado por el impacto, tuvo que agarrarse al caballo y descubrió el flanco: en ese instante Alejandro le clavó la espada bajo la axila, pero ahora ya todos los persas habían concentrado sus golpes en él. Una flecha hirió a su bayo, que cayó de hinojos, y él no pudo evitar el hacha de Reomitres.

Su escudo desvió sólo en parte el golpe, que alcanzó de todos modos el yelmo. La hoja rompió el metal, cortó el fieltro y seccionó una parte del cuero cabelludo, del que brotó un chorro de sangre sobre el rostro del rey, ya por tierra con su caballo.

Reomitres levantó de nuevo el hacha, pero El Negro irrumpió en ese momento gritando como un condenado y blandiendo una pesada espada iliria con la que tajó el brazo limpiamente.

El bárbaro cayó del caballo dando alaridos; la sangre brotó a chorros del miembro amputado y la vida se le apagó antes de que la espada de Alejandro, de nuevo en pie, le asestara el golpe de gracia.

Luego, el rey montó de un salto en un caballo que corría libre por el campo de batalla y se arrojó otra vez a la refriega.

Aterrados por la muerte de sus comandantes, los persas comenzaron a retroceder, mientras se añadía al empuje de La Punta el impacto formidable de los cuatro escuadrones de los hetairoi y de los jinetes tesalios, al mando de Amintas.

La caballería persa se batía con arrojo, pero sus filas estaban siendo disgregadas por La Punta, que penetraba cada vez más en profundidad, y por la maniobra convergente de la caballería ligera que golpeaba a oleadas por los flancos. Eran guerreros tracios y tribalos, feroces como bestias, que corrían por los lados disparando nubes de flechas y lanzando jabalinas, esperando arrojarse al cuerpo a cuerpo no bien vieran al enemigo exhausto y exangüe.

Los compañeros de Alejandro, Crátero, Filotas y Hefestión, Leonato, Pérdicas, Tolomeo, Seleuco y Lisímaco, siguiendo el ejemplo de su rey, se batían en primera línea y buscaban el enfrentamiento directo con los comandantes enemigos, que cayeron en gran número. Entre ellos, muchos parientes del Gran Rey.

Entonces la caballería persa emprendió la fuga, perseguida por los hetairoi, por los tesalios y por la velocísima caballería ligera de los tracios y de los tribalos, ya enfrascados en un furibundo cuerpo a cuerpo.

Se encontraron ahora frente a frente la falange de los pezetairoi y los mercenarios de Memnón, que seguían avanzando compactos, hombro con hombro, protegidos por sus grandes escudos convexos, los rostros cubiertos por las viseras corintias. Los dos ejércitos gritaron a voz en cuello:

Alalaláí!

y emprendieron la carrera hacia adelante con las armas tendidas.

A una orden de Memnón, los mercenarios griegos arrojaron las lanzas en un único lanzamiento, dejando caer sobre el enemigo una nube de astas con refuerzos de hierro, y acto seguido echaron mano a las espadas y se precipitaron a la contienda antes de que la falange hubiera tenido tiempo de recomponerse en compacta formación. Asestaban fuertes mandobles y trataban de cortar las sarisas para abrir una brecha en el frente enemigo.

Parmenión, intuyendo el peligro, hizo intervenir a los feroces agrianos y los empujó contra los flancos de la formación de Memnón, que tuvo que replegarse para defenderse.

La falange recobró su formación compacta y el frente volvió a la carga con las lanzas bajas. Los mercenarios griegos, en aquel momento, se vieron amenazados por la espalda por la caballería macedonia, que volvía de perseguir a unos persas, pero se batieron denodadamente hasta el último aliento.

El sol inundaba de luz la llanura donde los cadáveres yacían hacinados unos sobre otros. Alejandro mandó que le trajeran a Bucéfalo, mientras que los veterinarios se ocupaban de su bayo herido, y pasó revista a sus tropas victoriosas. Tenía el rostro tinto en sangre por la herida en la cabeza, la coraza desgarrada por la jabalina de Espidrítates y el cuerpo cubierto de polvo y sudor, pero a sus hombres les parecía en aquel momento semejante a un dios. Golpeaban las lanzas contra los escudos como el día en que Filipo anunciara al ejército su nacimiento y vociferaban:

Aléxandre! Aléxandre! Aléxandre!

El rey volvió la mirada hacia el extremo derecho de la formación de los pezetairoi y vio al general Parmenión, de pie, armado, con las señales en el cuerpo de la batalla que había librado, él, ya casi setentón, empuñando la espada, como los jóvenes de veinte años.

Se acercó a él, bajó del caballo y le abrazó mientras los vítores de los soldados ascendían hasta el cielo.

7

Los dos guerreros agrianos se inclinaron sobre un grupo de cadáveres y comenzaron a despojarles de sus valiosas armas, que arrojaban acto seguido dentro de un carro: los yelmos de bronce, las espadas de hierro, las grebas.

De repente, a la débil e incierta luz del atardecer, uno de ellos vio en la muñeca de uno de los caídos un brazalete de oro en forma de serpiente y se acercó, mientras su amigo le daba la espalda, con la intención de coger nada más para él aquel pequeño tesoro. Pero cuando se inclinó para hacerlo, un puñal apareció como un relámpago de entre aquel revoltijo de cuerpos y le cortó la garganta de oreja a oreja.

El hombre se desplomó sin un gemido. Su compañero, ocupado en cargar las armas en el carro, hacía tanto ruido que no oyó siguiera el ruido de la caída. Al volverse, se encontró sólo en medio de la oscuridad y se puso a llamar a su amigo, pensando que se habría escondido para gastarle una broma.

-Vamos, sal, no hagas el tonto y mejor será que me ayudes, pues todo esto...

No le dio tiempo de acabar la frase: la misma arma que había degollado al otro guerrero se clavó entre la clavícula en la parte baja de su cuello, hundiéndose hasta la empuñadura.

El agriano se desplomó de rodillas llevándose las manos al mango del puñal, pero no tuvo bastantes fuerzas para arrancárselo y cayó de bruces.

Memnón entonces se levantó, liberándose de los cadáveres en medio de los cuales había estado escondido hasta aquel momento, tambaleándose sobre sus flojas piernas. Estaba debilísimo, ardiendo de la fiebre, y continuaba perdiendo sangre por una herida que tenía en el muslo izquierdo.

Le quitó el cinto a uno de los agrianos y se lo apretó por debajo de la ingle. Luego se desgarró un trozo de quitón para vendarse, reduciendo considerablemente la hemorragia. Cuando hubo terminado la sumaria cura, se arrastró como pudo hasta detrás de un árbol y esperó a que se hiciera completamente de noche.

Oía, amortiguados por la lejanía, los gritos de alegría procedentes del campamento macedonio y veía a su izquierda, a unos dos estadios de distancia, la reverberación de las llamas que quemaban el campamento persa, ya completamente sometido a pillaje por el enemigo.

Se hizo un bastón con la espada y se puso en camino renqueando, mientras de la oscuridad comenzaban a surgir multitud de perros vagabundos que venían a comerse la carne de los soldados del Gran Rey, entumecidos por la muerte. Avanzó apretando los dientes para resistir el fuerte dolor y para vencer el cansancio que le aturdía. A medida que avanzaba, sentía que la pierna herida se le volvía cada vez más pesada, casi un peso muerto.

De repente, apareció una silueta oscura delante de él: un caballo perdido que había vuelto hacia el campo de batalla en busca de su amo y que ahora, sorprendido por las tinieblas, no sabía qué hacer. Memnón se le acercó lentamente, le dijo una palabra para tranquilizarlo y alargó lentamente la mano para coger las bridas que colgaban de su cuello.

Se acercó de nuevo, lo acarició y luego, con enorme esfuerzo, se montó sobre él y lo acicateó suavemente con los talones. El caballo se puso al paso y Memnón, sosteniéndose de las crines, le guió hacía Zelea, hacia su casa. En varias ocasiones, en el curso de la noche, estuvo a punto de caer, vencido por la debilidad y medio desangrado, pero pensar en Barsine y en sus hijos le sostuvo, le dio las fuerzas necesarias para continuar hasta el último resto de energía.

A los primeros albores, cuando estaba a punto de desplomarse, vio aparecer de la oscuridad una partida de hombres armados que se arrastraban por la linde de un bosque. Oyó una voz que le llamaba:

- Comandante, somos nosotros.

Eran cuatro mercenarios de su guardia personal, todos ellos muy leales, que andaban en su busca. Reconoció a duras penas sus rostros cuando se acercaron; luego perdió el sentido.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró rodeado de un grupo de jinetes persas, un destacamento que trataba de ver hasta dónde había avanzado el enemigo.

- Soy el comandante Memnón -dijo en su lengua- y he sobrevivido a la batalla del Gránico juntamente con estos valerosos amigos míos. Llevadnos a casa.

El responsable del destacamento saltó a tierra, se le acercó e hizo una señal a sus hombres de que le ayudaran. Le colocaron a la sombra de un árbol y le dieron de beber de un frasco: tenía los labios agrietados por la fiebre, el cuerpo y el rostro sucios de sangre coagulada, polvo y sudor, el pelo apelmazado sobre la frente.

- Ha perdido mucha sangre -explicó al mayor de sus compañeros.

-Haz venir un carro lo más deprisa posible -ordenó el oficial persa a uno de sus soldados-, y al médico egipcio, si está también en casa del noble Arsites. Y manda decir a la

familia del comandante Memnón que le hemos encontrado y que está vivo.

El hombre saltó sobre el caballo y desapareció en pocos instantes.

-¿Qué ha pasado? -preguntó el oficial a los mercenarios-. Los mensajes que hemos recibido se contradicen unos con otros.

Los hombres pidieron agua, calmaron su sed y se pusieron a contar:

-Cruzaron el río cuando estaba aún oscuro y nos lanzaron encima a la caballería. Espitrídates tuvo que contratacar con filas reducidas porque muchos de los suyos no estaban todavía listos. Nosotros combatimos hasta el último aliento, pero nos vimos superados. En un determinado momento teníamos delante a la falange macedonia y a la caballería a nuestras espaldas.

- He perdido a gran parte de mis hombres -hubo de admitir Memnón bajando la mirada-. Veteranos hechos a todas las fatigas y a todos los peligros, soldados valerosos a los que me sentía muy unido. Estos que ves son tres de los pocos que me quedan. Alejandro no nos dejó siquiera la posibilidad de negociar la rendición. Era evidente que los suyos tenían ordenes de golpear para matar y nada más. Nuestra aniquilación tendría que servir de ejemplo para todos los griegos que se atrevan a oponerse a sus planes.

- ¿Y cuáles crees que son sus planes? -preguntó el oficial persa.

-Según lo que va diciendo, la liberación de las ciudades griegas de Asia, pero yo no lo creo. Su ejército es una máquina formidable, preparada desde hace tiempo para una empresa más grande.

-¿Cuál?

Memnón sacudió la cabeza.

-No lo sé.

Sus ojos reflejaban un cansancio mortal, su rostro tenía un color terroso, a pesar de la fiebre alta. Temblaba y le castañeteaban los dientes.

-Ahora descansa -dijo el oficial tapándole con un manto-. Dentro de no mucho llegará el médico y te llevaremos a casa.

Memnón cerró los ojos y se durmió, vencido por el agotamiento: un sueño agitado, alterado por el dolor y visiones de pesadilla. Cuando finalmente llegó el egipcio, deliraba y gritaba palabras sin sentido presa de espantosas alucinaciones.

El médico le hizo acomodar en el carro, le lavó la herida con vinagre y vino puro, la cosió y le fajó el muslo con vendas limpias. Le hizo ingerir una bebida amarga que aliviaba el sufrimiento e inducía a un sueño reparador. En aquel momento, el oficial persa dio la orden de partida y el carro se puso en marcha, haciendo eses y chirriando, tirado por una pareja de mulos.

Llegaron entrada la noche al palacio de Zelea. Barsine, tan pronto como le vio al fondo del sendero, acudió a su encuentro entre lágrimas; los muchachos, en cambio, recordando la educación que habían recibido del padre, permanecieron en silencio al lado de la puerta mientras los soldados transportaban en brazos a Memnón a su lecho.

Toda la casa estaba iluminada y había tres médicos griegos en la antecámara esperando al comandante para atenderle. El que parecía el maestro era también el mayor de los tres. Venía de Adramyttion y se llamaba Aristón.

El médico egipcio hablaba sólo persa y Barsine tuvo que hacer de intérprete para la consulta que siguió a la cabecera de la cama de su marido.

- Cuando llegué, estaba ya medio desangrado y había caminado toda la noche. No tiene ningún hueso roto, orina normalmente y el pulso es débil pero regular, y eso es ya algo. ¿Qué intervención pensáis hacerle?

-Compresas de malvavisco en la herida y drenaje, si empieza a supurar -repuso Aristón.

El colega egipcio asintió.

- Estoy de acuerdo, pero haz que beba todo lo posible. Yo le daría también caldo de carne. Hace sangre.

Cuando hubo terminado de traducir sus palabras, Barsine le acompañó a la puerta y le puso en la mano una bolsa de dinero.

Librodot

- Te estoy enormemente agradecida por lo que has hecho por mi esposo. Sin ti, hubiera muerto.

El egipcio aceptó la compensación con una reverencia.

- He hecho muy poca cosa, mi señora. Es él quien es fuerte como un toro, créeme. Se quedó oculto en medio de los cadáveres durante un día entero perdiendo sangre por la herida y luego estuvo caminando durante casi toda la noche soportando un dolor terrible. Pocos hombres tienen un temple semejante.

-¿Vivirá? -le preguntó Barsine con ansiedad; también en los ojos de los soldados que le miraban mudos podía leerse la misma pregunta.

-No lo sé. Cada vez que un hombre recibe una herida tan grave, los humores vitales fluyen de su cuerpo y se llevan consigo una parte de su alma. Es por lo que su vida está en serio peligro. Ahora bien, nadie sabe cuánta sangre ha perdido Memnón y cuánta le queda en el corazón, pero tú asegúrate de que beba lo más posible. Hasta una sangre aguada es mejor que nada.

Se alejó y Barsine volvió al aposento donde los médicos griegos se atareaban ya alrededor del paciente, preparando hierbas e infusiones y disponiendo el instrumental quirúrgico por si fuera necesario para drenar la herida. Entretanto las doncellas le habían desnudado y le limpiaban el cuerpo y el rostro con paños empapados en agua caliente perfumada con esencia de mastranzo.

Los chicos, que habían permanecido hasta aquel momento en silencio, se acercaron a preguntar por su padre.

- Podéis venir -dijo uno de los médicos-, pero no le molestéis, pues necesita descansar.

Eteocles, el mayor, fue el primero en adelantarse y le miró esperando que abriera los ojos. Luego, al ver que no se movía, se volvió hacia su hermano y sacudió la cabeza.

- Id a dormir -trató de tranquilizarles Barsine-. Mañana vuestro padre estará mejor y podréis saludarle.

Los muchachos le besaron la mano que pendía inerte fuera de la cama y salieron con su preceptor.

Antes de retirarse a su habitación, Eteocles se volvió hacia Fraates y dijo:

-Si mi padre muere, encontraré a ese Alejandro allí donde se esconda y le daré muerte. Lo juro.

-También yo lo juro -repitió su hermano.

Barsine veló a su marido toda la noche, aunque los tres médicos se relevaron como si fueran centinelas en los turnos de guardia. De vez en cuando, le cambiaba las compresas de agua fría en la frente. Hacia el amanecer, Aristón descubrió la pierna del paciente y se dio cuenta de que estaba muy hinchada y enrojecida. Despertó a uno de sus asistentes.

-Es preciso aplicarle sanguijuelas para aliviar la presión de los líquidos interiores. Ve a mi habitación a coger lo que necesites. Barsine intervino:

-Perdóname, pero cuando lo consultaste con el otro médico nadie habló de aplicar sanguijuelas. Sólo en caso de supuración prescribisteis el drenaje.

-Señora, tienes que confiar en mí. El médico soy yo.

-El egipcio era el médico personal de Espitrídates y curó al Gran Darío en persona. Yo confío también en él, por tanto no aplicaréis las sanguijuelas antes de que le haya mandado llamar.

- Pero ¿no querrás escuchar a ese bárbaro? -dejó escapar Aristón.

- También yo soy una bárbara -le recordó Barsine- y te digo que no pondrás esos bichejos sobre la piel de mi marido si el médico egipcio no está de acuerdo.

-Si es así, me voy -afirmó despechado Aristón.

-Pues vete... -repitió en ese momento como un eco una voz que parecía provenir del Más Allá- y que te zurzan.

- ¡Memnón! -exclamó Barsine volviéndose hacia el lecho. Luego se dirigió a Aristón-: Mi marido está mejor, podéis retiraros. Mañana os haré llegar vuestros honorarios.

Aristón no se lo hizo repetir dos veces y llamó a sus asistentes.

Librodot

- No podrás decir que no te he avisado -dijo al salir-. Sin las sanguijuelas, la presión se volverá insoportable y...

- Yo asumo toda la responsabilidad -replicó Barsine-. No te preocupes.

Cuando los griegos se hubieron alejado, mandó a un criado a llamar al médico egipcio, el cual llegó a toda prisa, con un carruaje del palacio del sátrapa Espitrídates.

- ¿Qué sucede, mi señora? -preguntó apenas hubo puesto pie en tierra.

- Los médicos *yauna* querían aplicarle las sanguijuelas, pero yo me he opuesto. Prefiero oír tu parecer. Ellos se han ofendido y se han largado.

-Has hecho bien, señora mía, pues las sanguijuelas no habrían hecho sino empeorar su estado. ¿Cómo está ahora?

-Tiene en todo momento una fiebre muy alta, pero se ha despertado y habla.

- Llévame hasta él.

Entraron en la habitación de Memnón y le encontraron despierto: a pesar de las súplicas de las doncellas y las maldiciones de sus hombres que habían velado toda la noche fuera de la puerta, él trataba de bajar del lecho.

- Pon en el suelo esa pierna y tendré que amputártela -amenazó el médico.

Memnón se quedó un momento indeciso y luego se tumbó refunfuñando. Barsine le descubrió el muslo herido para la visita y el egipcio comenzó a examinarla: estaba hinchada, inflamada y dolorida, pero no presentaba aún signos claros de supuración. Abrió a continuación su bolsa y derramó el contenido sobre la mesita.

-¿Qué es? -preguntó Barsine.

-Es una variedad de almizcle. He visto a los guerreros oxianos curarse las heridas con esto y conseguir en muchos casos una rápida cicatrización. No sé cómo sucede, pero lo importante para un médico es obtener la curación, no verse confirmado en sus convicciones. Y en cualquier caso mucho me temo que las compresas de malvavisco, por sí solas, no bastarían.

Se acercó a Memnón y aplicó el almizcle envolviéndolo con una venda.

-Si mañana nota un fuerte picor, casi insoportable, ello querrá decir que se está curando. Pero no le dejéis que se rasque, aunque haya que atarle las manos. En cambio, si sintiera dolor y la pierna se le hinchara de nuevo, llamadme, porque en ese caso habría que amputar. Ahora tengo que irme. Hay muchos heridos que curar en Zelea.

Se alejó en su carruaje tirado por una pareja de mulos. Barsine permitió a los soldados de su marido que le vieran unos instantes y luego subió a la torre más alta del palacio, en donde había construido un pequeño santuario consagrado al fuego. Un sacerdote la esperaba orando, con la mirada fija en la sagrada llama.

Barsine se arrodilló sobre el pavimento en silencio, observó las lenguas de fuego danzar en el viento ligero que soplaba de las cimas de los montes y esperó la respuesta. Por último, el sacerdote habló:

-No será ésta la herida que acabe con él.

-¿No puedes decirme nada más? -le preguntó ansiosa la mujer. El sacerdote siguió mirando de hito en hito las llamas que cobraban fuerza con el soplo más brioso del viento.

-Veo grandes honores para Memnón, pero con ellos también un grave peligro. No te separes de él, mi señora, y procura que tenga también a sus hijos a su lado. Les quedan muchas cosas aún que aprender de él.

8

El botín recogido en el campamento persa y las armas arrebatadas a los caídos estaban hacinados en el centro del campamento y los hombres de Eumenes estaban haciendo el

inventario.

Alejandro llegó con Hefestión y Seleuco y se sentó en un escabel cerca del secretario general.

- ¿Cómo va esa cabeza? -le preguntó este último señalando el llamativo vendaje que ceñía la cabeza del rey, obra del médico Filipo.

- Bastante bien -repuso Alejandro-, pero me salvé por un pelo. De no haber sido por El Negro, a estas horas no estaría aquí disfrutando del sol. Como puedes ver -añadió acto seguido indicando el riquísimo botín-, no hay ya ninguna razón para preocuparse por el dinero. Aquí hay suficiente para alimentar a nuestros hombres por lo menos un mes, y también para pagar a los mercenarios.

-¿No hay nada que quieras para ti? -preguntó Eumenes.

-No. Pero quisiera mandar las telas de púrpura, las alfombras y los cortinajes a mi madre, y algo también a mi hermana, como esos trajes persas, por ejemplo. A Cleopatra le gustan las cosas poco corrientes.

- Así se hará -asintió Eumenes y dio orden a los siervos de separar los objetos pedidos-. ¿Algo más?

- Sí. Elige trescientas armaduras, las más hermosas que encuentres, y házlas llegar a Atenas para que sean ofrecidas a la diosa Atenea en el Partenón. Con una dedicatoria.

- ¿Una dedicatoria... especial?

-Por supuesto. Escribirás:

Alejandro y los griegos, a excepción de los espartanos, tras haber arrebatado estas armaduras a los bárbaros de Asia.

-Una buena bofetada a los espartanos -comentó Seleuco.

La misma que ellos me dieron a mí negándose a participar en mi expedición -replicó el soberano-. Dentro de poco se darán cuenta de que no son más que un pueblo sin importancia. El mundo camina con Alejandro.

- He dado orden de hacer venir a Apeles y a Lisipo para que te hagan una escultura ecuestre -anunció Eumenes-. Creo que desembarcarán dentro de algunos días en la costa, en Asso o en Abidos. En cualquier caso, nos avisarán para que puedas posar tanto para la estatua como para el cuadro.

-No es eso lo que me interesa -dijo Alejandro-. Quiero un monumento a nuestros caídos en la batalla, una cosa nunca antes vista, algo que sólo Lisipo sería capaz de realizar.

- Pronto sabremos también qué efecto ha tenido tu victoria, tanto sobre los amigos como sobre los enemigos -intervino Seleuco-. Siento curiosidad por saber qué dirán los de Lámpsaco que no querían ser liberados.

- Dirán que te están muy agradecidos de que lo hayas hecho se carcajeó Hefestión-. Quien vence siempre tiene razón, el derrotado siempre yerra.

-¿Ha salido la carta para mi madre? -preguntó Alejandro a Eumenes.

- Pero si acabas de dármela... A estas horas está ya en la costa. Con viento favorable llegará a Macedonia en tres días como mucho.

- ¿Ningún contacto por parte de los persas?

-Ninguno.

-Es extraño... He hecho curar a sus heridos por mis propios cirujanos y he hecho enterrar con todos los honores a sus muertos. Eumenes arqueó las cejas.

- ¡Si estás tratando de decirme algo, habla, por Zeus!

- Ese es precisamente el problema.

- No comprendo.

- Los persas no entierran a los muertos.

- ¿Qué?

-Tampoco yo lo sabía, me lo explicó ayer un prisionero. Los persas consideran sagrados

tanto la tierra como el fuego, mientras que consideran inmundo un cadáver. Por esto creen que si se le enterrase contaminaría la tierra, y si lo quemasen como hacemos nosotros contaminaría el fuego que para ellos es incluso un dios.

- Pero... ¿entonces?

-Ponen los cadáveres en las alturas o en lo alto de torres en las montañas, donde se los comen las aves y se descomponen lentamente a la intemperie. Llaman a estas construcciones «torres de silencio».

Alejandro no dijo nada. Se levantó y se fue hacia su tienda.

Eumenes intuyó su estado de ánimo y hizo una señal a los compañeros de que no le entretuvieran.

-Se siente vejado por no haber comprendido las costumbres de un pueblo al que aprecia y por haber causado incluso una ofensa a dichas costumbres, aunque sea sin quererlo.

No pasó a verle hasta después de la puesta del sol y tras haberse hecho anunciar. Alejandro le hizo entrar.

- El general Parmenión te invita a cenar con todos nosotros, si te apetece.

- Sí, dile que iré dentro de un rato.

- No hay razón para que te disgustes. No podías imaginarte que... -observó Eumenes al verle aún entristecido.

-No es por eso. Estaba pensando...

- ¿En qué?

- En esa costumbre de los persas.

- A mí me parece que se han limitado a conservar un rito que se remonta a los tiempos en que eran todavía nómadas.

-Y en esto radica la grandeza de ese rito, en el hecho de que la costumbre de los antiguos padres no ha sido olvidada. Amigo mío, si tuviera que caer en combate, tal vez también yo quisiera dormir para siempre en una torre de silencio.

9

Al día siguiente, Alejandro mandó a Parmenión a tomar Daskyléion, la capital de la Frigia helespóntica, una bella ciudad junto al mar con un gran palacio fortificado, y a tomar posesión también de Zelea.

Los nobles persas habían huido llevándose consigo las cosas más valiosas y el general interrogó a los siervos para saber adónde se habían ido y sobre todo para saber dónde estaba Memnón, dado que su cadáver no había sido encontrado en el campo de batalla.

- Nosotros no le hemos visto desde entonces, poderoso señor -le dijo uno de los administradores de palacio-. Tal vez se fuera arrastrando lejos del lugar del enfrentamiento y haya muerto más tarde escondido en algún sitio. Tal vez sus siervos o sus soldados le hayan encontrado y dado sepultura para que no fuera presa de los perros y de los buitres. Pero aquí no ha estado.

Parmenión convocó a su hijo Filotas.

-Yo no me creo una sola palabra de lo que me han contado estos bárbaros, pero en cualquier caso es muy probable que Memnón fuera herido. Según nos consta, tenía una casa de campo aquí, donde vivía como un sátrapa persa. Manda unas secciones de caballería ligera a inspeccionar la zona, pues ese griego es el más peligroso de nuestros adversarios. Si está vivo, nos ocasionará una infinidad de problemas aún. Esta noche he visto relampaguear sobre las montañas unas señales luminosas. Sin duda transmiten con rapidez y a gran distancia las noticias sobre nuestra victoria. Pronto tendremos una respuesta, y ésta no será ciertamente de bienvenida.

- Haré todo lo que me sea posible, padre, y lo traeré atado ante tus pies.

Parmenión sacudió la cabeza.

-No hagas nada de eso, debes tratarle con respeto: Memnón es el soldado más valeroso al este de los Estrechos.

-Pero es un mercenario.

-¿Y qué? Es un hombre al que la vida ha quitado toda ilusión y que únicamente cree en su espada. Para mí, esto es un motivo suficiente para respetarle.

Filotas hizo batidas por los campos palmo a palmo, registró las casas de campo y los palacios, interrogó a los esclavos recurriendo incluso a la tortura, pero no logró saber nada.

-Nada -le refirió a su padre algunos días después-. Nada de nada. Es como si nunca hubiera existido.

- Tal vez hay un modo de hacerle salir de su escondite. No pierdas de vista a los médicos, sobre todo a los buenos, y ve adonde vayan a hacer sus visitas. Así podrás llegar a la cabecera de un paciente ilustre.

- Es una buena idea, padre. Es extraño, pero siempre he pensado en ti como en un soldado, en un hombre capaz sólo de concebir planes de batalla geniales.

- No basta con ganar una batalla. Lo difícil viene después.

- Haré como me has aconsejado.

Desde aquel día, Filotas comenzó a repartir dinero y a cultivar amistades, especialmente entre las personas de condición más humilde, y no tardó en saber quiénes eran los mejores médicos, y cuál era el mejor de todos sin discusión: un egipcio de nombre Snefruen - Kaptah. Había atendido al rey Darío en Susa y luego había sido médico personal del sátrapa de Frigia, Espitrídates.

Se puso una serie de días al acecho y una tarde le vio salir circunspecto por una pequeña puerta trasera, subir a un carruaje tirado por una mula y tomar el camino del campo. Filotas, con un escuadrón de caballería ligera, le siguió a distancia y fuera del camino. Al cabo de un largo trayecto en la oscuridad, descubrió en lontananza las luces de una suntuosa mansión: un palacio con las murallas almenadas, pórticos y galerías colgantes.

-Ya estamos -anunció a sus hombres-. Estad preparados.

Descabalgaron y se acercaron a pie, sujetando los caballos por el ronzal. En el último trecho que les separaba del palacio, sin embargo, fueron recibidos por un coro de furiosos ladridos: una jauría de feroces mastines de Capadocia les atacaron por todos lados.

Tuvieron que empuñar las jabalinas para mantenerlos a distancia, pero en la oscuridad no conseguían apuntar bien y menos aún hacer uso de los arcos y de las flechas, de modo que a menudo se veían de repente agredidos y tenían que trabarse en un cuerpo a cuerpo empleando el puñal. Algunos de los caballos, mortalmente espantados, escaparon relinchando y coceando en la noche, y los jinetes, cuando finalmente dieron buena cuenta de la jauría que les había atacado, se encontraron reducidos casi a la mitad.

-¡Vayamos igual! -ordenó Flotas furibundo.

Saltaron sobre sus caballos, los que tenían aún uno, y llegaron al patio del palacio, iluminado por lámparas alrededor del pórtico. Se encontraron ante una mujer hermosísima, ataviada con un traje persa adamascado y con unos largos ribetes dorados.

- ¿Quiénes sois? -preguntó en griego-. ¿Qué queréis?

- Lo siento, señora, pero estamos buscando a un hombre que lucha al servicio de los bárbaros y tenemos buenas razones para creer que se encuentra en esta casa, probablemente herido. Hemos seguido a su médico.

La mujer tuvo un sobresalto al oír aquellas palabras y se puso pálida de ira, pero se hizo a un lado para dejarles pasar.

- Entrad y mirad por todas partes, pero os ruego que seáis respetuosos con las dependencias de las mujeres; de lo contrario me encargaré de que vuestro rey sea informado de ello. Me han dicho que es un hombre que detesta los atropellos.

- ¿Habéis oído? -preguntó Filotas vuelto hacia sus soldados, heridos y maltrechos.

-Lo siento -añadió acto seguido Barsine, observándoles en aquel estado-. De haberos hecho anunciar, habríais podido evitarlo. Por desgracia, la zona está infestada de bandidos y

tenemos que protegernos. En cuanto al médico, si queréis, os llevaré enseguida hasta él.

Entró en el atrio con Filotas y a continuación tomó por un largo corredor, precedida por una doncella que sostenía un velón.

Entraron en un aposento donde en una cama yacía un muchacho al que Snefruen-Kaptah estaba visitando.

- ¿Cómo está? -preguntó Barsine.

-No es más que una indigestión. Hazle beber esta infusión tres veces al día y manténlo en ayunas durante todo el día de mañana. Pronto podrá levantarse.

- Necesito hablar con el médico a solas -dijo Filotas.

- Como quieras -consintió Barsine, y les hizo acomodarse en una habitación vecina.

-Sabemos que ésta es la casa de Memnón -empezó diciendo Filotas tan pronto como hubieron entrado.

- En efecto, lo es -confirmó el egipcio.

- Le andamos buscando.

-Entonces deberéis buscarle en otra parte, pues aquí no está. -¿Y dónde está, si puede saberse?

- No lo sé.

-¿Le has atendido?

-Sí. Atiendo a todos cuantos requieren de mis cuidados.

- Sabes que puedo obligarte a hablar si quiero.

-Es cierto, pero no estoy en condiciones de decirte nada más. ¿Acaso crees que un hombre como Memnón le contaría a su médico adónde tenía intención de dirigirse?

- ¿Estaba herido?

- Sí.

- ¿Gravemente?

- Cualquier herida puede ser grave. Depende de cómo evolucione.

- No quiero una lección de medicina. Lo que quiero es saber en qué condiciones estaba Memnón la última vez que le viste.

- Estaba ya en vías de curación.

- Gracias a tus cuidados.

- Y a los de algunos médicos griegos, entre ellos un tal Aristón de Adramyttion, si no me equivoco.

- ¿Estaba en condiciones de cabalgar?

-No tengo ni idea. No entiendo de caballos. Y ahora, si me permites, tengo otros pacientes que me esperan.

Filotas no supo qué más preguntarle y le dejó marcharse. En el atrio, encontró a sus amigos, que habían registrado la casa.

-¿Y qué?

-Nada. No hemos encontrado ni rastro. Si ha estado aquí, se fue sin duda hace algún tiempo, o bien esta oculto donde nosotros no somos capaces de encontrarle, a menos que...

-A menos que prendamos fuego a este pajar. Si hay ratones escondidos, tendrán que salir, ¿no crees?

Barsine se mordió los labios, pero no dijo esta boca es mía. Se limitó a bajar los ojos para no cruzar su mirada con la de sus enemigos. Filotas sacudió la cabeza desairado.

-Dejémoslo correr y vayámonos. Aquí no hay nada que nos interese.

Salieron y poco después el galope de sus caballos se perdió a lo lejos, perseguido por el ladrar de los perros. Cuando estuvieron a tres estadios de distancia, Filotas tiró de las riendas de su caballo de batalla.

-¡Maldición! Apuesto algo a que en estos momentos habrá salido de algún agujero escondido bajo tierra y estará hablando con su mujer. ¡Bonita mujer... bonita mujer, por Zeus!

-No comprendo por qué no nos la hemos... -se puso a decir uno de sus hombres, un tracio de Salmideso.

-Porque ése no es pan para tus dientes, y si Alejandro se enterase te cortaría las pelotas y

se las daría a comer a su perro. Desfógate con las putas del campamento, si no sabes dónde meterla. Y ahora vamos, pues llevamos dando vueltas demasiado tiempo.

Del otro lado del valle, en aquellos mismos momentos, Memnón era transportado hacia otro refugio en unas parihuelas atadas a las albardas de dos asnos, el uno delante y el otro detrás, conducidos por el ronzal.

Antes de cruzar el paso de montaña en dirección al valle de Esepo y de la ciudad de Azira, pidió al arriero que parara y se volvió para observar las luces de su casa. Sentía aún sobre él el perfume del último abrazo de Barsine.

10

El ejército se movió con los carros de bagajes y la impedimenta hacia el sur, en dirección al monte de Ida y el golfo de Adramyttion. No había ya ninguna razón para quedarse en el Norte en vista de que la capital de la satrapía de Frigia había sido ocupada y estaba defendida por una guarnición macedonia.

Parmenión había vuelto a asumir el mando como segundo del ejército y Alejandro tomaba las decisiones estratégicas.

-Nos dirigiremos al sur a lo largo de la costa -anunció una noche al Consejo de guerra-. Hemos tomado la capital de Frigia, y ahora tomaremos la capital de Lidia.

- Sardes -precisó Calístenes-. La mítica capital de Midas y Creso.

- Me parece imposible -intervino Leonato-. ¿Recordáis las fábulas que nos contaba el viejo Leónidas? Y ahora veremos esos lugares.

- En efecto -confirmó Calístenes-. Veremos el Hermos, en cuyas riberas Creso fue derrotado por los persas hace casi doscientos años. Y veremos el Pactolo, con las arenas auríferas que dieron origen a la leyenda de Midas. Y las tumbas donde descansa el rey de Lidia.

- ¿Crees que encontraremos dinero en esa ciudad? -preguntó Eumenes.

-¡Pero siempre estas pensando en el dinero! -exclamó Seleuco-. De todos modos, tienes razón.

-Claro que tengo razón. ¿Sabes cuanto nos cuesta la flota de nuestros aliados griegos? ¿Lo sabes?

- No -respondió Lisímaco-, no lo sabemos, señor secretario general. Te tenemos a ti para eso.

-Nos cuesta ciento setenta talentos por día. He dicho ciento setenta. Ello significa que el botín que hemos hecho en el Gránico y en Daskyléion nos bastará para unos quince días si todo marcha bien.

-Escuchad -dijo Alejandro-. Ahora tomaremos en dirección a Sardes y no creo que encontremos mucha resistencia. Por tanto iremos a ocupar el resto de la costa hasta las fronteras con Licia, hasta el río Janto. En ese momento habremos liberado todas las ciudades griegas de Asia. Y esto sucederá antes del final del verano.

- ¡Magnífico! -aprobó Tolomeo-. ¿Y luego?

- ¡No vamos a volver de ninguna de las maneras a casa! -exclamó Hefestión-. Ahora es cuando yo empiezo a divertirme.

-Nadie ha dicho que la cosa vaya a ser tan fácil -replicó Alejandro-. Hasta ahora únicamente hemos dado un arañazo al poderío de los persas y casi con toda seguridad Memnón sigue vivo. Y tampoco sabemos, además, si todas las ciudades griegas nos abrirán sus puertas.

Marcharon durante varios días entre promontorios, ensenadas de encantadora belleza y playas sombreadas por pinos gigantescos, acompañados por la vista de islas de todos los

tamaños que seguían la línea de la costa como un cortejo. Llegaron por fin a las orillas del Hermos, un gran río de aguas cristalinas que corría por un lecho de pulidos cantos rodados.

El sátrapa de Lidia se llamaba Mitrites y era un hombre razonable: dándose cuenta de que no le quedaba otra posibilidad, mandó una embajada a Alejandro con el fin de ofrecerle la rendición de la ciudad y a continuación le acompañó en persona a visitar la fortaleza con su triple recinto de murallas, los contrafuertes y los caminos cubiertos de guardia.

- Fue desde aquí desde donde partió la Expedición de los Diez Mil -observó Alejandro dejando que su mirada se perdiera por la llanura, mientras el viento le desordenaba los cabellos y doblegaba las copas de los sauces y de los fresnos.

Calístenes le acompañaba a una cierta distancia tomando apuntes en su tablilla.

-Es cierto -dijo-. Y aquí vivía el príncipe Giro el Joven, en aquel entonces sátrapa de Lidia.

-Y a partir de aquí, en cierto modo, comienza también nuestra expedición. Sólo que nosotros no recorremos el mismo itinerario. Mañana iremos a Éfeso.

También Éfeso se rindió sin presentar combate. La guarnición de mercenarios griegos se había retirado, y cuando Alejandro tomó pose

Sión de la ciudad los demócratas que habían sido expulsados y ahora volvían desencadenaron una auténtica caza al hombre, conduciendo al pueblo al asalto de las casas de los ricos, de los señores que hasta aquel momento habían sido los aliados del gobernador persa.

Algunos de ellos, refugiados en los templos, fueron arrastrados fuera por la fuerza y lapidados; Éfeso entera estaba trastornada por los disturbios. Alejandro hizo salir a la infantería de los «portadores de escudo» por las calles para restablecer el orden, garantizó que la democracia sería restaurada y a título de resarcimiento impuso a los ricos el pago de una tasa especial para la reconstrucción del grandioso santuario de Artemisa, destruido por el fuego unos años antes.

-¿Sabes qué se cuenta a este respecto? -le preguntó Calístenes durante un visita a las ruinas del enorme templo-. Que la diosa no pudo apagar el incendio porque estaba ocupada en traerte a ti al mundo. El santuario, en efecto, ardió hace veintiún años, justo el día en que tú naciste.

-Yo quiero que resurja -afirmó Alejandro-. Quiero una selva de gigantescas columnas que sostengan el techo y quiero los mejores escultores para que lo adornen y pinten sus interiores.

-Es un hermoso proyecto. Puedes empezar a hablar de ello con Lisipo.

- ¿Ha llegado? -preguntó el rey iluminándosele el rostro.

- Sí. Desembarcó ayer y no ve la hora de verte.

- ¡Lisipo, dioses del cielo! Qué manos, qué mirada... No has visto nunca arder tanta potencia creativa en los ojos de un hombre. Cuando te mira fijamente, sientes que está entrando en contacto con tu alma, que está a punto de crear a otro hombre... De arcilla, de bronce, de cera, eso no importa. Está creando al hombre tal como lo habría hecho él de haber sido dios.

- ¿Dios?

-Sí.

- ¿Qué dios?

-El dios que hay en todos los dioses y en todos los hombres, pero que únicamente a unos pocos les es dado ver y oír.

Los notables de la ciudad, los jefes demócratas instalados en su cargo antaño por su padre, expulsados por los persas y repuestos con la llegada de Alejandro, le esperaban para mostrarle las maravillas de Éfeso.

El casco de la ciudad se extendía sobre una elevación que descendía suavemente hacia el mar y hacia la vasta bahía en la que desembocaba el río Caístro. Los muelles estaban atestados de navíos que descargaban toda clase de mercancías y cargaban las telas, las especias y los perfumes que llegaban de Asia interior para luego revenderlos en lejanos

Librodot

lugares, en tierras ribereñas del golfo adriático, en las islas del mar Tirreno, en tierras de los etruscos y de los íberos. Podía oírse la algarabía que llegaba de toda aquella febril actividad, los gritos de los mercaderes de esclavos que sacaban a subasta a hombres robustos y a muchachas hermosísimas a las que la suerte había deparado tan triste destino.

Las calles estaban flanqueadas por soportales a los que se asomaban las casas más ricas y suntuosas; los santuarios de los dioses estaban rodeados de tenderetes de vendedores ambulantes que ofrecían a los transeúntes amuletos de la buena fortuna y contra el mal de ojo, reliquias y figuritas de Apolo y de su hermana virgen Artemisa, de rostro de marfil.

La sangre de los disturbios había sido ya lavada de las calles y el pesar de los parientes de los muertos había quedado circunscrito al interior de sus casas. En la ciudad no había más que fiesta y regocijo; la gente se agolpaba para ver a Alejandro y agitaba ramas de olivo, mientras las muchachas esparcían pétalos de rosa a su paso o los arrojaban con amplios ademanes desde los balcones de las casas llenando el aire de un remolinear de colores y perfumes.

Finalmente llegaron ante un magnífico palacio con el atrio sostenido por columnas de mármol rematadas por capiteles jónicos, perfiladas en oro y pintadas de azul, residencia otrora de uno de los aristócratas que habían pagado con su sangre su amistad con los dominadores persas. En aquellos momentos sería la morada del joven dios descendido de las pendientes del Olimpo hasta las riberas de la inmensa Asia.

Lisipo le esperaba de pie en la antecámara. Tan pronto como le vio, corrió a su encuentro y le estrechó contra sí con sus manazas de picapedrero.

- ¡Mi buen amigo! -exclamó Alejandro devolviéndole el abrazo.

-¡Mi querido rey! -repuso Lisipo con los ojos relucientes.

- ¿Te has dado un baño? ¿Has comido? ¿Te han ofrecido ropas limpias para cambiarte?

- Estoy bien, no te preocupes. Mi único deseo era el poder verte de nuevo, pues mirar tus retratos no es lo mismo. ¿Es cierto que posaras para mí?

-Sí, pero tengo también otros proyectos en la cabeza. Quiero un monumento como nunca ha visto nadie antes otro igual. Siéntate.

-Te escucho -dijo Lisipo mientras los siervos preparaban otros asientos para los dignatarios y para los amigos de Alejandro.

- ¿Tienes hambre? ¿Almorzarás con nosotros?

- Con mucho gusto -repuso el gran escultor.

Los siervos trajeron las mesas delante de cada uno de los huéspedes y ofrecieron las especialidades de la ciudad: pescado asado y aromatizado con romero y aceitunas en sal, legumbres, verduras y pan recién salido del horno.

-Lo que yo quiero -comenzó diciendo el rey mientras todos se servían- es un monumento que represente a los veinticinco hetairoi de mi Punta caídos en el Gránico durante el primer ataque contra la caballería persa. Mandé hacer sus retratos antes de ponerlos en la pira fúnebre para que fueran semejantes. Deberás representarlos en plena furia de la carga, en medio del ardor del combate. Deberá poco menos que oírse el ruido de su galope, el jadear de sus cabalgaduras. Nada deberá faltar en esas formas salvo el aliento de la vida, que los dioses no han concedido aún a tu poder.

Bajó la cabeza, mientras un velo de melancolía descendía sobre sus ojos en medio de toda aquella alegría, en medio de las copas de vino y de los platos rebosantes de fragantes manjares.

-Lisipo, amigo mío... esos muchachos son ahora ceniza y sus desnudos huesos yacen bajo tierra, pero tú, que sabes captar su alma trémula, ¡aférrala en el viento antes de que se pierda del todo y fúndela en el bronce, vuélvela eterna!

Se había puesto en pie y se acercó a una ventana que daba a la bahía, resplandeciente bajo el sol del mediodía. Todos los demás comían, bebían y bromeaban, calentados por el vino. Lisipo le siguió.

-Veintiséis estatuas ecuestres... la cuadrilla de Alejandro en el Gránico. Deberá ser un revoltijo de patas y de dorsos poderosos, de bocas abiertas en el grito de guerra, de brazos

blandiendo amenazantes la espada y la lanza. ¿Me comprendes, Lisipo? ¿Comprendes qué quiero decirte?

»El monumento se alzará en Macedonia y permanecerá para toda la eternidad a fin de celebrar a aquellos jóvenes que dieron su vida por nuestro país, despreciando una existencia oscura y sin gloria.

»Quiero que derrames en el bronce fundido tu misma energía vital, quiero que tu arte lleve a cabo el más grande milagro que se haya visto jamás en la tierra. La gente que pase por delante del monumento deberá estremecerse de admiración y de espanto, como si aquellos jinetes se dispusieran a arrojarse al ataque, como si de sus mismas bocas estuviese a punto de estallar el grito que llega más allá de la muerte, más allá de las nieblas del Hades del que nadie ha vuelto jamás.

Lisipo le miraba mudo y atónito, con las enormes manos callosas que colgaban inertes y aparentemente impotentes a lo largo del cuerpo. Alejandro se las estrechó.

-Sé que estas manos pueden obrar el milagro. No hay desafío que no puedas superar, con sólo que te lo propongas. Eres como yo, Lisipo, y es por eso por lo que ningún otro escultor podrá modelar nunca una estatua mía. ¿Sabes qué dijo Aristóteles el día que terminaste mi primer retrato en nuestro retiro de Mieza? Dijo: «Si dios existe, tiene las manos de Lisipo». ¿Plasmarás en el bronce a mis compañeros caídos? ¿Lo harás?

-Lo haré, *Aléxandre*, y será una obra que llenará al mundo de asombro. Te lo juro.

Alejandro asintió y se le quedó mirando fijamente con una mirada llena de afecto y de admiración.

-Y ahora ven -le dijo tomándole del brazo-. Come algo.

11

Apeles llegó la tarde siguiente, junto con un gran séquito de esclavos, mujeres y niños de hermoso aspecto. Era elegantísimo, con un toque de excentricidad en sus collares de ámbar y lapislázuli que llevaba al cuello y en las vestiduras de vivos colores. Corrían rumores de que Teofrasto había escrito un librito satírico titulado Los caracteres y que se había inspirado precisamente en Apeles para el carácter del exhibicionista.

Alejandro le recibió en sus habitaciones privadas juntamente con la hermosísima Kampaspe, que iba vestida aún con el peplo de las jovencitas, único modo de descubrir generosamente sus hombros y su soberbio pecho.

-Tienes un aspecto muy saludable, Apeles, y estoy contento de que el esplendor de Kampaspe sea fuente aún de inspiración para ti. Es un privilegio de pocos poder convivir con semejante musa.

Kampaspe se ruborizó y se acercó para besarle la mano, pero Alejandro le abrió de par en par los brazos y la estrechó contra sí.

-Tus brazos siguen igual de fuertes que siempre, señor -le susurró ella al oído en un tono de voz que habría despertado la lujuria de un viejo muerto desde hacía tres días.

- Y tengo otras cosas no menos fuertes, por si lo has olvidado -le murmuró él.

Apeles carraspeó sintiéndose ligeramente incómodo y afirmó:

- Señor, este cuadro deberá ser una obra maestra digna de perdurar a lo largo de los siglos. Mejor dicho, estos cuadros, porque quisiera pintar dos.

- ¿Dos? -preguntó Alejandro.

-Si estás tú de acuerdo, naturalmente.

-Oigamos.

-El primero debería representarte de pie, en actitud de desencadenar un rayo como Zeus. Y a tu lado tendrías un águila, que es también uno de los símbolos de la dinastía argéada.

El soberano sacudió la cabeza dubitativo.

-Señor, quisiera que tuvieras presente que tanto Parmenión como Eumenes están de acuerdo en que deberías aparecer en esa actitud, sobre todo por el efecto que ello puede tener sobre tus súbditos asiáticos.

-Si ellos lo dicen... ¿Y el otro cuadro?

- El otro te mostrará montando a Bucéfalo con la lanza empuñada, en actitud de lanzar una carga. Será una obra memorable, te lo aseguro. Kampaspe dejó escapar una risita.

-¿Qué pasa? -preguntó Apeles con mal disimulado fastidio.

-Yo hubiera pensado en un tercer cuadro -repuso la joven.

-¿Cuál? -preguntó Alejandro-. ¿No basta con dos? No puedo pasarme el resto de la vida posando para Apeles.

- No a solas -explicó Kampaspe con otra risita más maliciosa aún-. Estaba pensando en un cuadro con dos figuras, donde el rey Alejandro estuviera representado con los rasgos del dios Ares en reposo tras la batalla, con todas las armas esparcidas por el suelo en un bonito prado florido, y yo podría hacer de Afrodita dándole placer. ¿Sabes?, algo parecido a lo que hiciste en casa de aquel general griego... ¿cómo se llamaba?

Apeles palideció y le dio a escondidas un codazo.

-Vamos, el rey no tiene tiempo para todos estos cuadros. Dos bastan y sobran, ¿no es cierto, señor?

- Así es, amigo mío, así es. Y ahora os ruego que me disculpéis, pero Eumenes me ha llenado la jornada de compromisos. Posaré para ti antes de la cena. Elige tú con qué asunto quieres empezar. Si es el ecuestre, haré preparar el caballo de madera, pues dudo que Bucéfalo tenga paciencia para dejarse reproducir, aunque sea por el gran Apeles.

El pintor se retiró con una reverencia llevándose con él a la reluctante modelo y Alejandro oyó que le echaba una buena reprimenda mientras se alejaban por el pasillo.

Inmediatamente después Eumenes introdujo nuevos visitantes: eran una docena de jefes de tribus del interior que, tras haber sabido que habían cambiado de amo y señor, venían a prestar acto de pleitesía.

Alejandro se levantó y fue a su encuentro, estrechando a todos la mano calurosamente.

-¿Qué piden? -preguntó al intérprete.

-Quieren saber qué deseas que hagan.

- Nada.

- ¿Nada? -repitió estupefacto el intérprete.

- Pueden volver a sus casas y vivir en paz igual que antes. El que parecía el jefe de la delegación murmuró algo al oído del intérprete.

- ¿Qué es lo que dice?

- Pregunta por los tributos.

-Ah, en cuanto a los tributos -intervino Eumenes rápidamente-, quedan igual que estaban. También nosotros tenemos nuestros gastos y...

- Eumenes, por favor -le interrumpió Alejandro-. No hace falta que entres en detalles.

Los jefes de tribu se consultaron un momento entre sí y a continuación afirmaron que estaban muy contentos; le deseaban todo tipo de venturas al poderoso señor que tenían delante y le expresaban su gratitud por su benevolencia.

- Pregúntales si quieren quedarse a cenar -dijo Alejandro. El intérprete así lo hizo.

- ¿Y qué?

-Te están muy agradecidos por la invitación, señor, pero dicen que les queda un largo camino y que les esperan en sus casas para ordeñar el ganado, ayudar a las yeguas a parir y...

-Entendido -cortó Eumenes-. Urgentes asuntos de Estado.

-Dales las gracias por su visita -concluyó Alejandro- y acuérdate de darles los presentes de hospitalidad.

- ¿Qué presentes?

- No lo sé. Armas, ropas, lo que tú juzgues conveniente, pero no le dejes marcharse con las manos vacías. Es gente a la antigua, que sabe apreciar aún las buenas costumbres. Y en sus

casas son unos reyes, no lo olvides.

La cena fue servida tras la puesta del sol, cuando Alejandro hubo terminado la primera sesión de posar para Apeles, montado en el caballo de madera, dado que el sumo maestro había decidido empezar por el asunto más difícil.

-Mañana me iré a las caballerizas y haré que me traigan a Bucéfalo. También deberá posar para mí -afirmó el pintor echando una mirada compasiva al armatoste de madera con dos patas que Eumenes había conseguido que le construyera un tramoyista.

-Entonces te aconsejo que pases a coger de la cocina unas cuantas galletas con miel para hacerte amigo suyo -sugirió Alejandro-, pues le encantan.

El maestresala vino a anunciar que las mesas estaban servidas. Apeles estaba completando el esbozo general de la figura. Alejandro desmontó y se acercó al pintor.

-¿Puedo verlo?

- No puedo negártelo, señor, pero un artista no debería mostrar jamás su propia obra inacabada.

El soberano echó una ojeada a la gran mesa y cambió de repente de humor. El maestro había hecho al carboncillo apenas unas líneas esenciales de la imagen, con trazos rápidos, vertiginosos, deteniéndose a perfeccionar pocos detalles: los ojos, algunos mechones de pelo, las manos, los ollares dilatados de Bucéfalo, los cascos pisoteando el terreno.

Apeles espiaba de reojo sus reacciones.

-No está completo, señor, no es más que un esbozo. Con los colores y los volúmenes cambiará todo y...

Alejandro levantó una mano para interrumpirle:

-Es ya una obra maestra, Apeles. Es aquí donde has dado lo mejor de ti mismo; el resto cualquiera puede imaginarlo.

Llegaron juntos a la sala del banquete donde les esperaban los notables de la ciudad, los jefes de los colegios sacerdotales y los compañeros del rey. Alejandro había dado orden de que no se pasaran de la raya porque no quería que los efesios se hicieran una falsa idea ni de él ni de sus amigos. Las hetairas que los huéspedes habían hecho venir se limitaron a tocar, a danzar y a hacer algún jueguecito inocente y el vino fue servido a la manera griega, con tres partes de agua.

Apeles y Lisipo fueron el centro de conversación, porque su fama era ya grandísima.

-¡Yo he oído una anécdota de veras curiosa! -dijo Calístenes volviéndose hacia Apeles-. La del retrato que le hiciste a Filipo.

-¿Ah sí? -repuso Apeles-. Bueno, pues cuéntamela porque en este momento la verdad es que no lo recuerdo.

Todos se echaron a reír.

-Voy a contártela -prosiguió Calístenes- tal como me la contaron a mí. Bien, el rey Filipo te manda llamar porque quiere un retrato de él para colgarlo en el santuario de Delfos, pero dice: «Hazme un poco más apuesto... en una palabra, no me cojas del lado del ojo tuerto, y auméntame un poco la estatura; el pelo lo quisiera algo más negro, pero sin exagerar, ¿eh?, ya me entiendes...».

- Me parece estar oyéndole -dijo burlonamente Eumenes, e imitando el vozarrón de Filipo agregó-: Pero ¿qué es esto?, ¿hago venir a un pintor tan bueno para luego tener que decírselo yo todo?

- ¡Ah, ahora lo recuerdo -dijo riendo de gusto Apeles-, sí, eso fue lo que dijo!

-¡Entonces sigue tú! -le exhortó Calístenes.

-No, no -rehusó el pintor-, encuentro muy divertido oírlo contar.

- Siendo así... Entonces, el maestro, una vez terminado su cuadro, se lo hace llevar al patio, a plena luz del día, para que el augusto comitente pueda admirarlo. Quien de vosotros haya estado en Delfos lo habrá visto. ¡Una preciosidad, algo espléndido! El rey aparecía con la corona de oro, el manto rojo, el cetro, se hubiera dicho casi la viva imagen del gran Zeus. «¿Te gusta, señor?», le pregunta Apeles. Filipo mira a un lado, luego al otro, no parece convencido. «¿Debo decir lo que pienso?», pregunta. «¡Por supuesto, señor!», asiente el

Librodot

pintor. «Pues bien, en mi opinión no se parece a mí.»

- ¡Es cierto, es cierto! -aprobó Apeles riendo cada vez más a gusto-. El hecho es que al haberle hecho el pelo más negro, la barba más cuidada, el colorido más sonrosado, al final no se reconocía ya en él.

- ¿Y entonces que pasó? -preguntó Eumenes.

- Ahora viene lo bueno -prosiguió diciendo Calístenes-, siempre y cuando la historia sea cierta. Pues bien, dado que el cuadro estaba en el patio para poder ser admirado a plena luz del día, pasaba en aquel momento un caballerizo llevando del ronzal el caballo del rey. El animal, cuando pasa por delante del cuadro, se para, se pone a menear la cola, a sacudir la cabeza y a relinchar sonoramente entre el estupor de los presentes. Entonces Apeles mira primero al rey, luego al caballo y, finalmente, dice: «Señor, ¿puedo decir también yo lo que pienso?». «Por Zeus, claro que sí», dice él. «Siento decírtelo, pero mucho me temo que tu caballo entiende de pintura mucho más que tú».

-Es la pura verdad. -Apeles rió-. Juro que fue precisamente así.

-¿Y él? -preguntó Hefestión.

-¿El? Se encogió de hombros y dijo: «¡Ay! Siempre os salís con la vuestra. Por esta vez, haz que te paguen, de todas formas. Ya que lo has hecho, me lo quedo».

Todos aplaudieron, y Eumenes confirmó el pago convenido por el cuadro, cuya excelente factura todos elogiaron, incluso aquellos que no lo habían visto.

Apeles se sentía ya el centro de la atención y seguía dominando la escena como un consumado actor.

Alejandro se excusó aduciendo como pretexto el madrugón que le esperaba al día siguiente para una inspección de las fortificaciones costeras y se retiró, mientras la velada proseguía con nuevas libaciones de vino algo más puro y nuevas hetairas algo más audaces.

Cuando entró en su aposento, encontró a Leptina que le esperaba con un velón encendido, pero con una expresión evidentemente de despecho. Alejandro la observó mientras le precedía para darle luz hasta el aposento y no consiguió adivinar la razón de aquel enfado, sin hacerle no obstante ninguna pregunta.

Pero, una vez abierta la puerta de su habitación, lo comprendió todo. Kampaspe estaba tumbada en su lecho, desnuda y en una pose que recordaba a una heroína mítica cualquiera: a Dánae, tal vez, en espera de la lluvia dorada, o a Leda en espera del cisne; no habría sabido decir a cuál de ellas.

La muchacha se levantó, se le acercó y le desnudó, luego se arrodilló sobre la alfombra delante de él y comenzó a besarle los muslos y el vientre.

-El punto vulnerable de tu antepasado Aquiles era el talón -susurró alzando hacia su cara sus ojos pintados con bistre-. El tuyo, en cambio, veamos si me acuerdo aún.

Alejandro le acarició los cabellos y sonrió: a fuerza de frecuentar a Apeles, la muchacha no conseguía hablar más que en términos de historias mitológicas.

12

Alejandro abandonó Éfeso hacia mediados de primavera para ponerse en camino hacia Mileto. Lisipo, que había comprendido lo que el soberano esperaba de él, se puso en viaje hacia Macedonia con una orden escrita para el regente Antípatro: Alejandro le pedía que pusiera a disposición del escultor todos los medios necesarios para la gigantesca obra que se disponía a emprender.

Desembarcó primero en Atenas, donde vio a Aristóteles, que impartía ya normalmente sus lecciones en los locales de su Academia. El filósofo le recibió en una salita apartada y le hizo servir vino fresco.

-Nuestro rey me encarga que te presente sus respetos, y que te haga saber que tan pronto como le sea posible te escribirá una larga carta.

-Te lo agradezco. El eco de sus empresas llegó muy pronto aquí a Atenas. Las trescientas armaduras que hizo mandar a la Acrópolis han atraído a miles de curiosos y la dedicatoria grabada en la que se excluye a los espartanos ha corrido como el viento hasta las columnas de Hércules. Alejandro sabe cómo hacer que se hable de él.

-¿Cómo está el humor de los atenienses?

-Demóstenes sigue teniendo un notable ascendiente, pero las empresas del soberano han impresionado profundamente la fantasía de la gente. Además, muchos tienen parientes que sirven en Asia o en la flota y esto les lleva a pedir una conducta política prudente. Pero no deberíamos hacernos ilusiones. Si el rey cayera en combate, habría una sublevación inmediata y a sus amigos se les buscaría y arrestaría casa por casa, comenzando por mí. Pero dime, ¿cómo se ha comportado Alejandro hasta ahora?

-Por lo que sé, con un gran equilibrio. Ha sido clemente con los enemigos derrotados y en las ciudades se ha limitado a restablecer la democracia, sin pretender ningún cambio de los ordenamientos.

Aristóteles asintió con un serio gesto de cabeza y se mesó la barba en señal de aprobación: el discípulo daba muestras de haber aprovechado las enseñanzas del maestro. Luego el filósofo se levantó.

- ¿Te gustaría visitar la Academia?

-Con mucho gusto -repuso Lisipo siguiéndole.

Salieron al pórtico interior y pasearon alrededor del patio central, a la sombra de una elegante columnata de mármol pentélico, con capiteles jónicos. En medio había un pozo con un brocal de ladrillo a nivel del suelo, con un profundo surco en un punto por el secular roce de la cuerda del cubo; un siervo estaba sacando agua.

- Tenemos cuatro esclavos, dos para la limpieza y dos para el servicio de mesa. Recibimos a menudo huéspedes de otras escuelas y algunos de nuestros discípulos pasan temporadas aquí.

Atravesó a continuación una puerta de arco.

- Éste es el sector de las ciencias políticas, donde tenemos ya las constituciones de más de ciento setenta ciudades de Grecia, Asia, África e Italia, y aquí -explicó pasando a un pasillo al que se asomaban otras puertas- tenemos el sector de ciencias naturales con las colecciones de minerales, plantas e insectos. Por último, en esta otra zona -continuó acompañando al huésped a un amplio salón- está la colección de animales raros. He hecho venir de Egipto a un experto embalsamador de gatos y de cocodrilos sagrados, que trabaja a pleno ritmo.

Lisipo miró a su alrededor fascinado, más que por los animales embalsamados -serpientes, cocodrilos, buitres- por los dibujos anatómicos en los que reconocía la pericia de artistas de gran experiencia.

-Obviamente hay que estar pendientes de las falsificaciones y las estafas -continuó Aristóteles-. Desde que se extendió la voz de nuestra actividad coleccionista, recibimos las ofertas más estrambóticas: icneumones, basiliscos e incluso centauros y sirenas.

-¿Centauros y sirenas? -repitió Lisipo pasmado.

-Por supuesto. Y se nos invita también a ver estos portentos antes de la compra.

- ¿Cómo es posible?

- Simple taxonomía. Y no es una casualidad que las ofertas más frecuentes lleguen de Egipto, donde los embalsamadores tienen una experiencia milenaria. A ellos no les cuesta nada coser el torso de un hombre en el cuerpo de un potro, enmascarar hábilmente el cosido con pieles y crines y embalsamarlo luego todo. El resultado final de estas obras maestras de habilidad no es despreciable, te lo aseguro.

-Lo creo.

Aristóteles se acercó a una ventana desde la cual se podía ver el Licabeto cubierto de pinos y al fondo la Acrópolis con la grandiosa mole del Partenón.

-¿Qué hará ahora, según tú? -preguntó.

Lisipo comprendió enseguida que no había dejado ni un sólo minuto de pensar en Alejandro.

-Todo lo que sé es que se dirigirá hacia el sur, pero nadie conoce sus verdaderas intenciones.

-Seguirá adelante -afirmó el filósofo volviéndose hacia el artista-. Seguirá adelante mientras el aliento le sostenga, nadie podrá detenerle.

Apeles, entretanto, tras quedarse solo en Éfeso, estaba ocupado en la realización del gran retrato ecuestre del rey de Macedonia que, en el ínterin, había retomado su marcha hacia Mileto.

Se había concentrado sobre todo en el detalle de la cabeza de Bucéfalo, representada con un realismo tan impresionante que hubiérase dicho que el animal estaba a punto de saltar fuera del cuadro. Apeles quería asombrar a su comitente y había dispuesto ya un transporte que le condujera al campamento siguiente de Alejandro llevándose los cuadros con él, de modo que el soberano pudiera ver el trabajo acabado.

Desde hacía horas se había obstinado en conseguir con ligeras pinceladas la baba sanguinolenta que rodeaba el bocado del caballo, pero no conseguía dar la adecuada densidad a los colores. Y Kampaspe, que no callaba ni que la mataran, le sacaba de quicio: habían pasado los tiempos de su más ardiente enamoramiento.

-Si no cierras el pico -gritó el pintor exasperado-, no lo conseguiré en la vida!

- Pero, querido mío... -prosiguió diciendo Kampaspe.

- ¡Basta! -exclamó Apeles completamente fuera de sí y estampó una esponja empapada de color contra el cuadro. Por una casualidad extraordinaria, la esponja fue a dar exactamente en el borde de la boca de Bucéfalo antes de caer al suelo.

-¡Ah -lloriqueó la muchacha-, lo has echado a perder! ¿Estás contento ahora? Y encima vas a decir que la culpa ha sido mía, ¿no es así?

Pero el artista no le prestaba oídos. Se acercó incrédulo a su cuadro con los brazos levantados, en un gesto de maravilla.

-No es posible -murmuró-. ¡Oh dioses, no es posible!

La esponja había dejado en la boca de Bucéfalo el efecto de la baba sanguinolenta con un realismo que ninguna habilidad humana hubiera igualado.

-Oh, pero... -balbuceó Kampaspe dándose a su vez cuenta del milagro.

Apeles se volvió hacia ella y levantó el dedo índice hasta casi tocarle la nariz.

-Si dices la menor palabra de cómo he conseguido este detalle -y señaló con el otro índice la prodigiosa mancha de color-, te arranco tu bonita naricita a mordiscos. ¿Entendido?

-Entendido, tesoro -asintió Kampaspe retrocediendo.

Y era sincera en aquel momento. Pero la discreción no era ciertamente la mayor de sus virtudes, y al cabo de unos pocos días todos los efesios sabían ya cómo el gran Apeles había pintado el maravilloso detalle de la baba sanguinolenta en el belfo de Bucéfalo.

13

El comandante de la guarnición de Mileto, un griego de nombre Egesicratos, envió un mensajero a Alejandro diciéndose estar dispuesto a entregarle la ciudad, así que el rey hizo avanzar a su ejército con la intención de tomar posesión de Mileto. No obstante, como medida precautoria, mandó un escuadrón de jinetes como avanzadilla al otro lado del río Meandro, al mando de Crátero y Pérdicas.

Éstos atravesaron el curso de agua y subieron por las laderas del monte Latmos, pero

cuando hubieron superado la cresta se detuvieron, impresionados por un espectáculo increíble: en aquel preciso momento un grupo de naves de guerra doblaba el promontorio de Mileto y se disponía a cerrar la entrada al golfo.

Detrás de aquel primer grupo llegaron otras y luego otras más, hasta que la bahía entera fue un hervidero de cientos de navíos y el mar rebulló de espuma, azotado por miles de remos. Amortiguado por la distancia, pero audible aún, llegaba el estruendo de los tambores que marcaban el ritmo de la boga para los marineros.

- Oh, dioses -murmuró Pérdicas-. ¡La flota persa!

- ¿Cuántas naves dirías que son? -preguntó Crátero.

- Centenares... Doscientas o trescientas por lo menos. Y nuestra flota está llegando. Si se ve sorprendida en el golfo será aniquilada. Tenemos que volver atrás lo más pronto posible y hacerle señales a Nearco de que se detenga. ¡Ellos son por lo menos el doble que nosotros!

Volvieron grupas y bajaron al galope por la pendiente, espoleando a los animales al encuentro del ejército, que debía de estar mientras tanto marchando hacia el sur.

Al cabo de algunas horas encontraron al ejército detenido en la orilla izquierda del Meandro y alcanzaron inmediatamente al rey, que vigilaba junto con Tolomeo y Hefestión el paso de la caballería por el puente de barcas preparado por sus ingenieros en las proximidades de la desembocadura.

-¡Alejandro! -gritó Crátero-. Hay trescientas naves de guerra en la bahía de Mileto. ¡Es preciso detener a Nearco o mandaremos a pique a nuestra flota!

-¿Cuando las habéis visto? -pregunto el rey ceñudo.

-Hace unas pocas horas. Acabábamos de llegar a la cima del monte Latmos cuando asomó la formación de cabeza, y luego llegaron otras y otras más. No se acababan nunca. Monstruos de cuatro, cinco filas de remos.

-He visto también «ocho reforzados» -añadió Pérdicas. -¿Estás seguro?

- ¡Claro que lo estoy! Y tienen unos espolones de bronce de cincuenta libras.

- ¡Debes detener a nuestra flota, Alejandro! Nearco no sabe nada y se encuentra aún detrás del promontorio de Mícale. Acabará topándose directamente con los persas si no le damos aviso.

- Tranquilo -dijo el rey-. Estamos aún a tiempo. -Luego, vuelto hacia Calístenes que estaba sentado a escasa distancia sobre su escabel de viaje, agregó-: Dame una tablilla y un estilo, por favor.

Calístenes le alcanzó lo que había reclamado y Alejandro garabateó deprisa y corriendo unas pocas palabras e hizo una señal a un jinete de su guardia personal.

- Llévala enseguida al señalador del promontorio de Mícale y dile que mande inmediatamente el mensaje a nuestra flota. Esperemos que llegue a tiempo.

-Yo creo que sí -afirmó Hefestión-. Sopla viento de Noto, favorable para los persas, que suben del sur, pero contrario a los nuestros, que llegan del norte.

El jinete partió al galope atravesando el puente de barcas en dirección contraria y gritando para tener el camino expedito; luego subió por la pendiente del promontorio de Mícale hasta el punto en que un grupo de topógrafos del servicio itinerante no perdían de vista a la flota de Nearco en el norte. Tenían un escudo reluciente como un espejo para las señalizaciones.

- El rey ha ordenado enviar sin pérdida de tiempo este mensaje -dijo entregando la tablilla-. La flota persa está en el golfo de Mileto y cuenta con una fuerza de trescientas naves de combate.

El topógrafo escrutó el cielo y vio una nube que avanzaba por el sur empujada por el viento.

-No puedo, pues habrá que esperar a que esa nube haya pasado. Mira, está comenzando ahora a oscurecer el sol.

-¡Maldición! -imprecó el jinete-. ¿Por qué no pruebas con las banderas?

-Están demasiado lejos -explicó el topógrafo-. No nos verían. Hay que tener paciencia, pues no tardará mucho.

Librodot

La sombra de la nube, en efecto, cubría ya el promontorio, mientras que la flota avanzaba a pleno sol, en orden tras la nave capitana de Nearco.

El tiempo parecía no pasar, mientras la flota se acercaba a la punta occidental del promontorio y comenzaba a abrirse hacia estribor para disponerse a doblarlo.

Finalmente el sol reapareció detrás del último fleco de la nube y los topógrafos comenzaron inmediatamente a hacer señales. En pocos instantes fue enviado el mensaje, pero la flota siguió avanzando.

- Pero ¿nos han visto? -preguntó el jinete.

- Espero que sí -repuso el topógrafo.

-Entonces, ¿por qué no se detienen?

-No lo sé.

-¡Sigue haciendo señales, rápido!

Los topógrafos probaron de nuevo.

- ¡Por Zeus! ¿Por qué no responden?

- Porque no pueden. Ahora son ellos los que están en la sombra de la nube.

El jinete se mordía los labios yendo para adelante y para atrás. Echaba de vez en cuando una ojeada hacia abajo en dirección al ejército y se imaginaba el estado de ánimo del rey.

-¡La han recibido! -exclamó en aquel momento el topógrafo-. La nave capitana está arriando la vela y navegando a remo. Dentro de poco responderán.

La nave capitana avanzaba ahora a velocidad reducida; podía verse claramente el rebullir de la espuma bajo las palas de los remos que la empujaban hacia la cabeza del promontorio, en una zona al abrigo.

Una luz relampagueó de proa y el topógrafo fue diciendo por separado las palabras:

-Estamos... costeando... hasta... el... río. Magnífico, han comprendido el mensaje. Ve a comunicárselo al rey, rápido. El sol no resulta favorable para hacer señales desde aquí.

El jinete se lanzó pendiente abajo y alcanzó al soberano que había reunido en la playa al alto mando al completo.

- ¡Rey! Nearco ha recibido el mensaje y está maniobrando -anunció saltando a tierra-. Dentro de poco tendrías que verle doblar el promontorio.

-Muy bien -repuso Alejandro-. Desde esta posición podemos controlar también los movimientos de la flota persa.

En aquel momento, la enorme escuadra del Gran Rey cubría casi por entero el espejo de agua entre la península de Mileto y las pendientes del monte Latmos, mientras que, desde la parte opuesta, la nave capitana de Nearco doblaba el cabo Mícale y desfilaba costa abajo dirigiéndose hacia la desembocadura del Meandro, seguida al poco por las otras unidades de la flota aliada.

- Tal vez la hemos salvado -dijo el rey-. Al menos por ahora.

- Por supuesto -comenzó diciendo Crátero-. Si no le hubiéramos hecho señales sobre el peligro que corrían, Nearco habría acabado topándose directamente con los persas y se habría visto obligado a entablar combate en unas condiciones de absoluta inferioridad.

-Y ahora ¿qué piensas hacer? -preguntó Parmenión.

Apenas había terminado de hablar cuando llegó uno de los «portadores de escudo» con un despacho.

- Hay noticias de Mileto, señor.

Alejandro abrió el mensaje y lo leyó:

Filotas, hijo de Parmenión, a Alejandro, ¡salve!

El comandante de la guarnición de Mileto, Egesicratos, ha cambiado de idea y no está dispuesto a abriros las puertas de la ciudad. Ahora confía en el apoyo de la flota del Gran Rey.

No pierdas los ánimos y cuídate.

- Cabía esperarlo -dijo Alejandro-. Ahora que las naves persas están fondeadas en la bahía, Egesicratos se siente invencible.

-Rey -anunció uno de los «portadores de escudo» de la guardia-, nuestra nave capitana ha botado una chalupa que se está acercando hacia la costa.

- Mejor, así también nuestros marineros tomarán parte en el Consejo de guerra.

No mucho después, Nearco puso pie en tierra; detrás de él venía el comandante ateniense de la escuadra aliada, Carilaos.

El soberano le recibió con gran cordialidad y le puso al corriente de la situación; a continuación se puso a preguntar el parecer de los presentes por orden de edad, comenzando por Parmenión.

-No soy un experto en cuestiones marítimas -empezó diciendo el anciano general-, pero creo que, si estuviera aquí, el rey Filipo atacaría a la flota enemiga por sorpresa, confiando en la mayor velocidad y capacidad de maniobra de nuestras naves.

Alejandro cambió bruscamente de humor, tal como sucedía ahora cada vez que se le comparaba, en público, con el soberano desaparecido.

-Mi padre siempre luchó cuando tenía grandes probabilidades de victoria, de lo contrario recurría a la astucia -replicó secamente.

-Para mí sería un error entablar combate -intervino Nearco-. La relación es de uno a tres y estamos entre la espada y la pared, es decir, con escasas posibilidades de maniobra.

Otros también, entre los presentes, expresaron su punto de vista, pero muy pronto se dieron cuenta de que Alejandro estaba distraído: miraba un águila pescadora que trazaba amplios círculos sobre la playa. De golpe el águila descendió a gran velocidad, atrapó un grueso pez entre las garras y acto seguido, con un fuerte batir de alas, volvió a tomar altura y se alejó con su presa.

-¿Habéis visto ese pez? Ha confiado en su agilidad y en su dominio del elemento marino y se ha acercado demasiado a la playa, donde el águila tenía las de ganar por una situación en aquel momento más favorable para ella. Y es exactamente lo que haremos nosotros.

-¿Qué pretendes decir? -preguntó Tolomeo-. Nosotros no tenemos alas.

Alejandro sonrió.

-Ya me lo hiciste notar una vez, ¿recuerdas? Cuando habíamos de entrar en Tesalia y enfrente teníamos la pared insuperable del monte Ossa.

- Es cierto -hubo de admitir Tolomeo.

- Muy bien -prosiguió el rey-. Entonces, soy de la opinión de que no podemos arriesgar un choque naval en estas condiciones: no sólo el enemigo tiene una superioridad numérica aplastante, sino que además posee naves más poderosas y robustas. Si nuestra flota fuera aniquilada, mi prestigio se vería destruido. Los griegos se insurreccionarían, y la alianza que con tanto esfuerzo he logrado recomponer se vería destruida, con consecuencias desastrosas. Así pues, mi orden es que varéis todas las naves, en primer lugar las que transportan las máquinas de asedio desmontadas. Las remontaremos y las llevaremos bajo las murallas de Mileto.

- ¿Quieres varar la flota entera? -preguntó Nearco incrédulo.

-Exactamente.

-Pero, señor...

-Escucha, Nearco, ¿crees que la infantería que los persas han embarcado en la flota está en condiciones de desafiar a mi falange formada en la orilla?

- Creo que no.

-Puedes estar seguro de ello -afirmó Leonato-. Ni soñarlo siquiera. Y con sólo que lo intenten, les destruiremos antes de que pongan un pie en tierra firme.

-Exacto -aprobó Alejandro-. Y por tanto no lo harán.

-No obstante -prosiguió Nearco, que había comprendido ya las intenciones del rey-, no

Librodot

podrán permanecer eternamente en el mar... Para dar más potencia a sus naves, han aumentado el número de los remeros, pero al hacerlo no les queda ya espacio a bordo para nada. No van a poder cocinar, ni tener suficientes reservas de agua; dependen casi completamente de los refuerzos de tierra.

- Que nosotros impediremos utilizando la caballería -concluyó Alejandro-. Patrullaremos cada rincón de la costa, y sobre todo cada desembocadura de río y de arroyo, cada fuente. Muy pronto estarán allí, en medio del mar, sin comida y sin agua, bajo el sol abrasador, muertos de sed y atormentados por el hambre, mientras que a nosotros no nos faltará nada de lo preciso.

»Eumenes dirigirá el montaje de las máquinas de asedio; Pérdicas y Tolomeo mandarán el ataque en el lado de levante de las murallas de Mileto tan pronto como las máquinas hayan abierto brecha. Crátero, con la ayuda de Filotas, lanzará la caballería a lo largo de la costa para impedir los ataques; Parmenión moverá la infantería pesada de refuerzo en las restantes operaciones y El Negro le echará una mano. ¿Digo bien, Negro?

-Dices muy bien, rey -respondió Clito.

-Excelente. Nearco y Carilaos defenderán las naves varadas con la infantería embarcada y armarán también a las tripulaciones. Si fuera preciso, abrirán una trinchera. Mileto deberá arrepentirse pronto de su falta de palabra.

14

Era ya primavera avanzada y el sol de mediodía estaba muy alto en el cielo. Por si fuera poco, hacía un tiempo espléndido y el mar estaba como una balsa de aceite.

Desde la cumbre del monte Latmos, Alejandro, Hefestión y Calístenes contemplaban el soberbio espectáculo que se ofrecía a su vista. A la derecha, el promontorio de Mícale se adentraba en el mar como un espolón, y más allá veíase el perfil de la gran isla de Samos.

A la izquierda se extendía la árida península de Mileto. La ciudad, destruida por los persas doscientos años antes por haber osado alzarse contra su poder, había sido magníficamente reconstruida por su más ilustre hijo, el arquitecto Hipódamo, que la había proyectado siguiendo un riguroso plan, en una cuadrícula ortogonal de calles principales, las «anchas», y de calles secundarias para el comercio de barrio, las «estrechas».

En su punto más alto, había reconstruido los templos de la acrópolis, resplandecientes de mármoles pintados de brillantes colores, con adornos de bronce, oro y plata, y grupos escultóricos que se alzaban majestuosos dominando la vasta bahía. En el centro había abierto el gran ágora, punto de convergencia de todas las calles, corazón de la vida política y económica de la ciudad.

A escasa distancia de la costa estaba la islita de Lade, a modo de centinela en la entrada del gran golfo.

En el extremo nordoriental, cerca de la desembocadura del Meandro, veíanse las naves de Nearco varadas y protegidas por un foso y una empalizada contra eventuales golpes de mano de la infantería de desembarco enemiga.

En medio de la bahía, las trescientas naves del Gran Rey parecíandesde aquella distancia simples barquichuelas para que jugaran los niños con ellas.

- ¡Increíble! -exclamó Calístenes-. Es en este trecho de mar, en el espacio que podemos abarcar con la mirada, donde se decidió la suerte de las guerras persas. Esa islita, próxima a la ciudad, es Lade, y fue allí donde la flota de los griegos sublevados fue aniquilada por los persas.

- Ahora Calístenes sacará de ello toda una lección de Historia, como si no nos hubieran bastado con las de su tío en Mieza -comentó Hefestión.

- Calla -le ordeno Alejandro-. Si no se conoce el pasado, es imposible comprender el presente.

-Y allí, en el promontorio de Mícale -prosiguió impertérrito Calístenes-, los nuestros saldaron cuentas veinticinco años después. La flota estaba al mando del rey de Esparta Leotíquidas, mientras que la persa estaba varada.

-Curioso -observó Hefestión-. Los papeles, actualmente, se han invertido.

- Por supuesto -asintió Alejandro-, y nuestros hombres están cómodos, en la sombra, comiendo pan fresco, mientras que ésos se están cociendo al sol desde hace tres días y se alimentan de galleta, si es que aún les queda. Ahora habrán racionado el agua a un pote o dos por cabeza al día. Tendrán que tomar una decisión. Atacar o marcharse.

- Mira -le hizo notar Hefestión-. Nuestras máquinas de asedio se ponen en movimiento. Antes de la noche estarán bajo las murallas de la ciudad, y mañana comenzarán a castigar las fortificaciones.

Subía en aquel momento a caballo un soldado de La Punta encargado de llevar las órdenes con un despacho.

- ¡Rey! Un mensaje de los generales Parmenión y Clito -anunció entregándole una tablilla.

El soberano leyó:

Parmenión y Clito al rey Alejandro, ¡salve!
Los bárbaros han hecho tres tentativas de desembarco
en varios puntos de la costa para aprovisionarse de agua,
pero han sido repelidos.
No pierdas los ánimos.

-¡Magnífico! -exclamó exultante Alejandro-. Todo tal como había previsto. Ahora podemos también bajar.

Dio un talonazo a Bucéfalo y descendió al paso hacia la bahía para ir al encuentro de la columna de máquinas de asedio, que avanzaban en dirección a Mileto.

Eumenes fue a su encuentro.

-¿Qué? ¿Cómo es la vista desde allá arriba?

- Estupenda -repuso Hefestión en lugar del rey-. Se ve a los persas asándose a fuego lento. No tardarán en estar cocidos en su punto. -¿Sabes quién ha llegado?

- No.

- Apeles. Ha terminado el retrato ecuestre y quiere enseñártelo, Alejandro.

- ¡Oh, dioses! No estoy para cuadros en estos momentos. Estoy haciendo la guerra. Exprésale mi gratitud, págale y dile que nos veremos cuando disponga de tiempo.

-Como quieras, pero le dará un ataque de bilis -observó Eumenes-. Ah, me olvidaba. No hay ninguna noticia de Memnón. Nada de nada. Parece que se lo haya tragado la tierra.

- No lo creo -dijo el rey-. Ese hombre es demasiado astuto, así como también demasiado peligroso.

- El hecho es que ninguno de nosotros le ha visto nunca. No sabemos qué cara tiene. Además dicen que en combate no lleva el menor signo distintivo. Combate con una celada corintia sin cimera, que le cubre por completo el rostro a excepción de los ojos. Pero resulta difícil reconocer a un hombre en medio de una refriega solamente por su mirada.

-Ya. De todos modos esta desaparición no me convence. ¿Habéis dado con el médico griego que le curó? Parmenión dice que es de Abidos, un tal Aristón.

- Él también ha desaparecido.

- ¿Y mantenéis vigilada su casa de Zelea?

- Ya no hay nadie allí. Únicamente los siervos.

Librodot

- No dejéis de buscarle. Es a él a quien debemos temer más que a ningún otro. El es el más peligroso de nuestros adversarios.

- Haremos todo lo posible -repuso Eumenes, y se puso de nuevo en marcha con el convoy de las máquinas.

-¡Espera! -le pidió Alejandro.

-Aquí estoy. ¿Qué sucede?

-¿Has dicho que está Apeles aquí?

-Sí, pero...

-He cambiado de idea. ¿Dónde está?

-Abajo, en el campamento naval. Le he hecho preparar una tienda y un baño.

-Has hecho bien. Te veré más tarde.

-Pero qué...

Antes de que Eumenes acabara la frase Alejandro se había lanzado al galope en dirección del campamento naval.

Apeles estaba muy enfadado por el hecho de que nadie le hiciera el menor caso y que casi nadie, entre aquellos toscos individuos, le reconociera como el más grande pintor de su tiempo; todos, en cambio, se hacían lenguas de los encantos de Kampaspe, que se bañaba en el mar desnuda y andaba con un quitón militar que a duras penas si le cubría el pubis.

Se puso radiante cuando Alejandro descendió del caballo y fue a su encuentro con los brazos abiertos.

- ¡Gran maestro! Bienvenido a mi pobre campamento, pero no hubieras tenido que... Habría ido a verte yo tan pronto como hubiera sido posible. Estaba ansioso por ver el fruto de tu genio.

Apeles hizo una ligera inclinación de cabeza.

-No era mi intención molestarte en medio de una empresa poliorcética semejante, pero al mismo tiempo no veía la hora de enseñarte mi trabajo.

- ¿Dónde está? -preguntó Alejandro, en aquel momento sinceramente ansioso.

- Aquí, dentro de la tienda. Ven.

El soberano notó que Apeles se había hecho levantar una tienda blanca, de modo que en el interior la luz estuviera uniformemente difundida y no interfiriera con los colores del cuadro.

El artista se abrió paso hacia el interior y esperó hasta que los ojos del rey se hubieran adaptado. El cuadro estaba tapado por una cortina a guisa de telón y había un siervo sosteniendo en la mano un cordón y esperando una orden de su amo. También Kampaspe había entrado entretanto y se había colocado cerca de Alejandro.

Apeles hizo una señal y el siervo tiró de la cortina por uno de los lados, descubriendo el cuadro.

Alejandro se quedó sin habla, impresionado por el formidable poder evocador de la pintura. Los detalles que, en el boceto, tanto le habían fascinado hasta el punto de pensar que la obra habría podido ser interrumpida en aquel punto, habían adquirido cuerpo y alma, brillaban con la húmeda brillantez de la vida, se insertaban en una densidad de atmósfera y en un vibrar de superficies casi milagrosos.

La figura de Bucéfalo, en particular, era de una tal potencia expresiva que el caballo parecía vivo y respirando verdadero furor por los ollares. Las patas parecían romper la línea divisoria vertical del cuadro para irrumpir en el auténtico espacio y disputárselo al espectador. El jinete no era menos formidable, pero también muy distinto de como Lisipo

lo había representado hasta aquel momento en sus esculturas. Las infinitas tonalidades de los colores habían permitido al pintor un realismo desconcertante. Por un lado, más eficaz aún que el bronce; por el otro, de algún modo desacralizador con respecto a la figura de Alejandro.

En el rostro del rey podían leerse la ansiedad y el ardor del conquistador, la nobleza de rasgos del gran soberano, pero también la fatiga y el sudor que le pegaban los cabellos a las sienes en desordenados mechones, los ojos demasiado dilatados por el esfuerzo de dominar la

Librodot

situación, la frente fruncida y casi dolorosamente contraída, los tendones del cuello dilatados y las venas hinchadas por la furia del combate. Había un hombre montando sobre aquel caballo, con toda su grandeza, pero también con toda su fatiga y su carga de miseria. No un dios, como en los retratos de Lisipo.

Apeles vigilaba ansioso las reacciones del rey, temiendo que pudiera estallar de repente en uno de sus ya famosos ataques de cólera. Alejandro, en cambio, le abrazó.

- ¡Es maravilloso! Puedo verme en el punto álgido de una batalla. Pero ¿cómo lo has hecho? Simplemente conmigo sentado delante de ti en un caballo de madera y con Bucéfalo que te lo han traído de su establo. Cómo has podido...

- Hablé con tus hombres, señor, con los compañeros que están contigo mientras combates, con los que te conocen profundamente. Y he hablado también con... -bajó la cabeza confuso- Kampaspe.

Alejandro se dirigió a la joven que le miraba con una sonrisita llena de sobreentendidos.

-¿Serías tan amable de dejarnos solos un instante? -le preguntó.

Kampaspe simuló sorpresa y pareció casi molesta por aquella petición, pero obedeció sin rechistar. Tan pronto como hubo salido, Alejandro comenzó diciendo:

- ¿Recuerdas el día en que posé para ti en Éfeso?

- Sí -contestó Apeles sin saber adónde quería ir a parar el rey.

- Kampaspe hizo alusión a una pintura en la que ella había posado como Afrodita y que tú habías realizado para... Estaba a punto de decirlo, pero tú le hiciste una señal de que callara.

- No se te pasa nada por alto.

-Un soberano es como un artista. Tienes que dominar la escena y no puede permitirse ninguna distracción. Si se distrae, es hombre muerto.

- Es cierto -hubo de admitir Apeles, y levantó tímidamente los ojos hacia su rostro preparándose para el difícil momento.

-¿Quién era el que te encargó aquel cuadro?

- Bueno, señor, yo no podía imaginarme que...

-No tienes por qué excusarte. Un artista va allí donde le llaman. Y justo es que así sea. Habla libremente, no tienes nada qué temer, te lo juro.

- Memnón. Era Memnón.

- No sé por qué, pero me lo había imaginado. ¿Qué otro en esta zona habría podido permitirse un cuadro de semejante género y tamaño firmado por el gran Apeles?

- Pero te aseguro que no...

Alejandro le interrumpió.

-Te he dicho que no tienes que dar ninguna explicación. Sólo quiero pedirte un favor.

-Lo que quieras, señor.

-¿Le has visto la cara?

- ¿A Memnón? Sí, claro.

- Entonces hazme un retrato suyo. Ninguno de nosotros sabe cómo es, y tenemos necesidad de reconocerle por si nos lo encontramos cara a cara, ¿comprendes?

-Comprendo, señor.

- Entonces hazlo.

- ¿Ahora?

-Ahora.

Apeles tomó una tablilla de albayalde y un carboncillo y se puso manos a la obra.

15

Librodot

Barsine desmontó al mismo tiempo que los chicos y se dirigió hacia la casa apenas iluminada por una lámpara encendida bajo el pórtico. Entró en el atrio y se encontró frente a su marido, de pie, apoyado en una muleta.

-¡Amado mío! -gritó, y corrió a su encuentro abrazándole y besándole en la boca-. No ha sido vida la mía sin ti.

-¡Padre! -exclamaron los chicos.

Memnón les estrechó a todos contra sí cerrando los ojos de la emoción.

- ¡Venid, venid! He hecho preparar la cena. Hemos de celebrarlo.

Se encontraban en una bonita casa en el centro de una hacienda entre Mileto y Halicarnaso, puesta a su disposición por el sátrapa de Caria.

Las mesas estaban ya listas a la manera griega, con los lechos para comer y la crátera colmada de vino de Chipre. Memnón invitó a la esposa y a los hijos a tomar asiento y él mismo se recostó sobre el pequeño lecho.

-¿Cómo estás? -preguntó Barsine.

- Muy bien, estoy prácticamente curado. Voy con muleta porque el médico me ha aconsejado que no canse la pierna durante algún tiempo, pero estoy bien y podría caminar sin ella.

- ¿Y la herida te duele?

-No, el remedio del médico egipcio ha sido prodigioso. La herida ha cicatrizado y secado en pocos días. Pero, os lo ruego, comed.

El cocinero griego pasaba ofreciendo pan fresco, pequeñas porciones de queso y huevos duros de pato, mientras que su ayudante servía en las escudillas una sopa de habas, garbanzos y guisantes.

-¿Qué va a pasar ahora? -preguntó Barsine.

- Os he hecho venir aquí porque tengo cosas muy importantes que contaros. El Gran Rey me ha nombrado por decreto personal comandante en jefe de la región anatólica. Esto significa que puedo dar órdenes incluso a los sátrapas, hacer levas y disponer de medios ingentes.

Los chicos le miraban fascinados y les relucían los ojos de orgullo.

-Por consiguiente, vas a retomar las operaciones de guerra -comentó Barsine con bastante menos entusiasmo.

-Sí, lo más pronto posible. Y a propósito... -Mantenía los ojos bajos, como si observara el color del vino dentro de su copa.

- ¿Qué pasa, Memnón?

- Este ya no es lugar para vosotros. Será una guerra sin cuartel, no habrá lugares seguros para nadie... -Su esposa sacudía la cabeza incrédula-. Debes comprenderlo, porque ésa es también voluntad del Gran Rey. Partiréis para Susa, tú y los chicos, y viviréis en la corte, reverenciados y rodeados de toda clase de atenciones.

-¿El Gran Rey nos quiere como rehenes?

-No, no creo que se trate de eso, pero sin duda pesa el hecho de que yo no soy persa. Soy un mercenario, una espada vendida. -Yo no te dejaré.

- Y tampoco nosotros -añadieron los chicos.

Memnón dejó escapar un suspiro.

-No hay otro modo de proceder ni otro camino. Partiréis mañana. Un carro os llevará hasta Celenas, tras lo cual estaréis en terreno seguro. Viajaréis por el camino real, donde no correréis ningún peligro, y llegaréis a Susa hacia finales del mes próximo.

Mientras le hablaba, Barsine bajó la mirada y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

-Te escribiré -prosiguió Memnón-. Tendrás noticias mías muy frecuentemente porque podré usar los correos reales, y también tú podrás escribirme utilizando el mismo medio. Y cuando todo haya acabado, me reuniré contigo en Susa, donde el Gran Rey me conferirá los más altos honores y me recompensará por los servicios prestados.

»Y por fin podremos vivir en paz, donde tú quieras, adorada mía, aquí en Caria, o en nuestro palacio de Zelea, a orillas del mar, en Panfilia, y veremos crecer a nuestros hijos. Ahora quédate tranquila y no me hagas más difícil la separación.

Barsine esperó a que los chicos hubieran terminado de comer; después les mandó a dormir.

Se acercaron uno tras otro al padre y le abrazaron con los ojos relucientes.

-No quiero lágrimas en los ojos de mis jóvenes guerreros -dijo Memnón; los chicos trataron de contenerse y le miraron firmes mientras él se levantaba para despedirse de ellos-. Buenas noches, hijos míos. Que durmáis bien porque os espera un largo viaje. Veréis cosas maravillosas, palacios resplandecientes de mil colores, lagos y jardines fabulosos. Probaréis frutas y comidas rarísimas. Viviréis como dioses. Y ahora id a dormir, vamos.

Los muchachos le besaron la mano según la costumbre persa y se retiraron.

Barsine despidió a los siervos y acompañó a su marido al aposento. Le hizo sentarse en un sillón y por primera vez en su vida hizo algo que no había hecho nunca antes, por el fuerte sentido del pudor que desde niña le había sido inculcado: se desvistió ante él y se quedó desnuda a la luz roja y cálida de las lámparas.

Memnón la contempló como sólo un griego podía contemplar la belleza en su más alta expresión. Dejó deslizarse lentamente la mirada sobre la piel ambarina, por el suave óvalo de su rostro, por su cuello esbelto, por los redondeados hombros, por el pecho fuerte y turgente, por los pezones oscuros y erectos, por el vientre suave, por la pelusilla brillante del pubis.

Le tendió los brazos, pero ella retrocedió hasta tumbarse en el lecho. Mientras él la miraba fijamente con fiebre en la mirada, ella abrió los muslos, cada vez más audaz, despojándose del último velo de pudor para brindar a su hombre toda la excitación y el placer de que era capaz, antes de dejarle por un tiempo tal vez larguísimo.

-Mírame -le dijo-. No me olvides. Aunque te lleves a otras mujeres a tu lecho, aunque te ofrezcan jóvenes eunucos de redondas caderas, recuérdame, recuerda que ninguna otra puede entregarse a ti con el amor que yo siento y que me arde en el corazón y en la carne.

Hablaba con voz queda y sonora al mismo tiempo, y el timbre de sus palabras tenía el mismo calor que la luz de las lámparas que oscilaba sobre su piel reluciente y oscura como el bronce, dibujando las superficies de su cuerpo como un paisaje encantado.

-Barsine... -murmuró Memnón despojándose a su vez de la larga clámide e irguiéndose desnudo y poderoso frente a ella-. Barsine...

Su cuerpo cincelado, endurecido en cien batallas, estaba marcado de cicatrices, y la última herida le surcaba el muslo con un largo relieve rojizo, pero de su musculatura imponente, de su mirada firme emanaba una energía formidable, indómita y temeraria, una vitalidad suprema.

La mirada de ella le acarició larga, insistentemente, mientras se le acercaba con paso inseguro. Cuando se echó a su lado, sus manos rozaron suavemente sus fuertes muslos, hasta la ingle, y su boca despertó el placer en cada punto de su cuerpo. Luego se subió encima de él para que no se hiciera daño, en el ardor del amor, y se dobló sobre él moviendo las caderas con los mismos extenuantes movimientos que la danza con que le había conquistado la primera vez que la había visto en casa de su padre.

Cuando se quedaron sin fuerzas, vencidos por el cansancio, uno al lado de la otra, una tenue claridad comenzaba apenas a difundirse sobre el perfil sinuoso de las colinas de Caria.

Librodot

16

El fragor de los golpes de ariete que batían sin cesar las murallas de Mileto retumbaba como un trueno hasta las paredes del monte Latmos; los lanzamientos de piedras de las grandes catapultas podían verse hasta desde el mar.

El almirante persa reunió a los comandantes de escuadra en el castillo de popa de su nave para deliberar acerca de lo que convenía hacer, pero los informes de sus oficiales eran descorazonadores: lanzar en un arriesgadísimo desembarco a hombres sedientos y extenuados por el hambre iba a ser un suicidio.

-Alcancemos la isla de Samos -propuso un fenicio de Arados-, aprovisionémonos de agua y de comida, luego volvamos atrás e intentemos un desembarco con plenitud de fuerzas contra su campamento naval atrincherado. Podemos prender fuego a las naves, atacar por la espalda al ejército, que tendría que quedarse bajo las murallas de Mileto y darles la posibilidad a los habitantes de la ciudad de hacer una salida. De este modo, los macedonios tendrán que defenderse en dos frentes, en un terreno accidentado, y nosotros tendremos muchas probabilidades de éxito.

-Sí, también yo estoy de acuerdo -aprobó un navarca chipriota-. De haber atacado enseguida, antes de que hubieran excavado una trinchera delante de las naves, habríamos contado con mayores probabilidades de éxito, pero aun así podemos conseguirlo.

-De acuerdo -asintió el almirante persa, en vista de que casi todos pensaban de igual modo-. Iremos a Samos a reabastecernos de agua y de víveres. Mi plan es el siguiente. Una vez que las tripulaciones y los guerreros embarcados hayan recuperado sus fuerzas, aprovecharemos la brisa del mar para regresar durante la noche a atacar su campamento naval. Si el ataque sorpresa tiene éxito, lo incendiaremos y sorprenderemos por la espalda al ejército bajo las murallas de Mileto.

Poco después, un estandarte izado sobre el verga de la nave capitana indicaba a la flota que echara los remos al mar y se preparara para partir.

Las naves se dispusieron ordenadamente en filas de diez, y cuando los tambores iniciaron el rítmico redoble de avance, se pusieron en movimiento hacia el norte, en dirección a Samos.

Alejandro, que se encontraba bajo las murallas de la parte norte, oyó a uno de sus hombres gritar:

-¡Se van! ¡La flota persa se va!

- Magnífico -comentó Seleuco, que en aquel momento hacía las veces de ayudante de campo suyo-. La ciudad deberá rendirse. A estas alturas no tienen ya ninguna esperanza.

-No, espera -observó Tolomeo-. La nave capitana está señalando algo hacia la ciudad.

Se veían, en efecto, unos destellos desde la popa del gran navío que tomaba rumbo hacia alta mar, y poco después llegó la respuesta: un largo estandarte rojo ondeó desde la torre más alta de Mileto; luego uno azul y otro verde.

- Confirman que han recibido el mensaje -explicó Tolomeo-, pero, teniendo el sol a contraluz, les es imposible hacerlo con señalizaciones luminosas.

-¿Y qué quiere decir según tú? -preguntó Leonato.

- Que volverán -replicó Seleuco-. En mi opinión van a reabastecerse de agua y vituallas a Samos.

- Pero en Samos hay un comandante ateniense aliado nuestro -replicó Leonato.

Seleuco se encogió de hombros.

- Ya verás cómo obtienen lo que pidan. Los atenienses nos temen, pero no nos quieren. Basta con echar un vistazo a las tropas que tenemos aquí. ¿Les has visto tomar parte alguna vez en una fiesta o celebración al mismo tiempo que nosotros? ¿Y sus oficiales? Te miran de arriba abajo como si fueras un leproso y vienen a las reuniones del alto mando únicamente si

la invitación lleva la firma de Alejandro; de lo contrario ni siquiera se mueven del sitio. Ya verás cómo en Samos la flota persa es abastecida con todo lo necesario.

-Sea como fuere, para nosotros es lo mismo -observó Alejandro-. Aun habiendo calmado su sed y con la panza llena, los persas deberán decidir si desembarcan o no, en vista de que no tengo ninguna intención de hacer que mi flota se haga a la mar. Y también Nearco está de acuerdo conmigo. Lo único que conviene hacer es vigilar la entrada de la bahía con unas rápidas chalupas para evitar un ataque por sorpresa durante la noche o al rayar el día. Avisad al almirante.

Ya resultaba evidente que la flota persa se estaba dirigiendo hacia Samos y el soberano volvió bajo las murallas de la ciudad para intensificar el asalto.

Lisímaco estaba encargado de dirigir las máquinas de asedio; entonces hacía aproximar un gigantesco ariete a un punto donde una mina excavada la noche anterior había debilitado el lienzo de muralla y provocado un hundimiento parcial.

-Quiero que las murallas sean golpeadas sin cesar, día y noche, sin tregua a partir de ahora. Haced traer también el tambor de Queronea. Su sonido debe oírse dentro de la ciudad y debe sembrar el pánico. Y no dejará de resonar hasta que las murallas se hayan hundido bajo los golpes de los arietes.

Dos jinetes llegaron al campamento al galope y trasladaron a Nearco cuanto el rey había ordenado.

El almirante mandó hacerse a la mar a una decena de chalupas cargadas con unas tinajas de aceite para encenderlo por la noche en caso de necesidad y organizó el transporte del gran tambor bajo las murallas de Mileto.

No pasó mucho tiempo antes de que las chalupas estuvieran mar adentro, en un vasto brazo de mar, esperando que la flota persa regresara. Y el «trueno de Queronea», como ya era conocido por los soldados, hizo oír su voz. Era un ruido sordo, acompasado y amenazante que percutía en las montañas de los alrededores, las cuales devolvían el eco hacia la costa. Aquel trueno fue pronto seguido por los golpes estruendosos de los arietes que cientos de brazos impulsaban contra las murallas, mientras las catapultas arrojaban piedras sobre los adarves para mantener alejados a los defensores.

Cuando un pelotón estaba exhausto, otro venía a reemplazarlo, y cuando una máquina se estropeaba, era de inmediato sustituida por otra que funcionase: no había descanso ni respiro para los habitantes de la ciudad asediada.

Al caer la oscuridad, la flota persa, con la brisa a favor, enfiló la rada y se dirigió a velas desplegadas hacia el campamento naval de Nearco. Pero las chalupas vigilaban en la oscuridad. Tan pronto como vieron las enormes siluetas de los navíos persas recortarse a escasa distancia, abrieron las tinajas y, una tras otra, derramaron el aceite en el mar, de modo que se formara una larga estela. Luego le prendieron fuego.

Una serpiente de llamas se deslizó por la superficie oscura de las aguas iluminando una vasta extensión, e inmediatamente las trompas de las secciones de tierra dieron la alarma. Al rato, la costa ardió con gran resplandor y resonó de llamadas, y a la claridad de las antorchas los soldados acudieron a hacer frente a la amenaza.

La flota persa, en aquel punto, no intentó siguiera traspasar la línea de fuego y los navarcas dieron rápidamente orden a la chusma de ciar. Cuando el sol se levantó, la bahía estaba vacía.

Nearco fue el primero en dar la noticia a Alejandro.

-¡Se han ido, rey! Las naves persas han abandonado el golfo.

- ¿Qué rumbo han tomado? -preguntó el soberano mientras los ayudantes le sujetaban la coraza y Leptina iba detrás de él con su acostumbrado «bocado de Néstor».

-No lo sabemos, pero un vigía que estaba en el promontorio de Mícale dice haber entrevisto la cola de la escuadra partir rumbo al sur. Para mí que se han alejado para no volver.

Librodot

-Que los dioses te oigan, almirante.

En aquel momento entró también el comandante ateniense Carilaos, armado hasta los dientes.

- ¿Qué crees tú? -le preguntó Alejandro.

- Que hemos sido afortunados -repuso Carilaos-. De todas formas, yo no tendría ningún problema en enfrentarme a ellos en mar abierto.

- Es mejor que haya sido así -replicó Alejandro-. Nos hemos ahorrado hombres y naves.

- ¿Y ahora? -preguntó Nearco.

- Esperad hasta el comienzo de la tarde. Si no les volvemos a ver, botad las naves y estad preparados para el amarre.

Los dos oficiales salieron para reunirse con sus tripulaciones. Alejandro montó a caballo, se unió a Seleuco, Tolomeo y Pérdicas y se dirigió hacia la línea de asedio. Le recibieron el ruido del ariete y el del «trueno de Queronea» antes que Parmenión.

El soberano alzó la mirada hacia las murallas y observó que había abierto una brecha que se ensanchaba a cada golpe y que una torre de asalto se acercaba poco a poco.

- ¡Estamos a punto de desencadenar el ataque definitivo, rey! -vociferó Parmenión para dominar el fragor.

- ¿Has comunicado mis órdenes a los soldados?

- Sí. Nada de matanzas, violaciones ni saqueos. Los transgresores serán ajusticiados en el sitio.

-¿Ha sido traducido también para los auxiliares bárbaros? -También para ellos.

-Muy bien. Puedes comenzar.

Parmenión asintió y luego hizo una señal a uno de sus hombres, que hizo ondear tres veces un estandarte amarillo. La torre de asalto volvió a ponerse en movimiento, acercándose más aún a las murallas. Se oyó en aquel momento un gran fragor y un vasto lienzo de muralla se desmoronó bajo el empuje del ariete, levantando una nube de polvo en la que no era posible distinguir a los amigos de los enemigos.

Mientras tanto la torre hizo descender un puente sobre lo alto de la muralla y un grupo de macedonios se abalanzó sobre el adarve para acometer a los defensores que tenían cerca en la brecha abierta por el ariete. Se entabló una lucha furiosa: no pocos asaltantes se precipitaron desde lo alto de los bastiones o del parapeto, pero pronto consiguieron establecer una cabeza de puente en el adarve; primero desalojaron a los defensores y a continuación comenzaron a disparar una nutrida lluvia de flechas y jabalinas contra los que se hallaban del otro lado de la brecha.

Apenas el polvo se hubo aclarado, una sección de «portadores de escudo» se lanzó a través de la abertura del recinto amurallado, seguida por unidades de infantería de asalto de tracios y tribalos.

Desalentados, exhaustos por los sobrehumanos esfuerzos realizados hasta aquel momento, los guerreros de Mileto empezaron a ceder terreno y las tropas de Parmenión penetraron dentro del recinto amurallado.

Cierto número de soldados, aquellos de condición social menos elevada, se rindieron y salvaron su vida, pero los mercenarios griegos y las secciones escogidas formadas por miembros de la aristocracia, imaginando cuál sería su suerte, corrieron hasta el otro extremo de la ciudad, se despojaron de las armaduras y se arrojaron al mar desde las torres, nadando desesperadamente hacia la islita de Lade, donde había un fortín que podría prestarse a una última defensa.

Alejandro entró a caballo en la ciudad conquistada y llegó inmediatamente al parapeto de la parte de poniente de las murallas. Se veían en lontananza los fugitivos en medio de la bahía: algunos, exhaustos por el esfuerzo, eran tragados por el mar, otros seguían avanzando con bracear regular hacia su objetivo.

El soberano volvió atrás con Hefestión y alcanzó al galope el campamento naval situado a los pies del monte Latmos, donde casi todas las naves estaban en el agua. Subió a bordo de la nave capitana y ordenó poner rumbo a Lade.

Cuando estuvieron cerca de la bocana del puerto, vio que los supervivientes del asedio estaban ya dentro del fortín: armados tan sólo con sus espadas, demudados por la fatiga, empapados aún por la travesía a nado, hubiéranse dicho unos espectros. Le dijo a Hefestión que se quedara donde estaba y se adelantó.

-¿Por qué habéis huido hasta aquí? -gritó.

-Porque este lugar es lo bastante reducido como para poder ser defendido por unos pocos hombres.

-¿Cuántos sois? -siguió gritando Alejandro ya bajo las murallas. Hefestión y su guardia personal le rodearon para protegerle con los escudos, pero él les echó atrás.

-Los suficientes como para haceros difícil la conquista.

-Abrid la puerta y no se os hará ningún daño. Yo respeto el valor y el coraje.

-¿Quién eres, muchacho? -preguntó el hombre que había ya hablado.

- Soy el rey de los macedonios.

Hefestión ordenó nuevamente a los soldados de la guardia que se adelantaran, pero Alejandro hizo gesto de que no se movieran. Los defensores parlamentaron un poco entre ellos; luego el hombre hizo oír su voz de nuevo:

- ¿Puedo contar con tu palabra de rey?

- Puedes contar con ella.

- Espera, que bajo.

Con un ruido de cerrojos, la puerta del fortín se abrió y el hombre que había hablado apareció en el vano. Frisaría la cincuentena, tenía la barba larga y descuidada, los cabellos apelmazados por la humedad salina, los miembros secos y la piel rugosa. Se encontró frente a Alejandro, solo.

-¿Puedo entrar? -preguntó este último.

17

Los guerreros de Mileto que se habían refugiado en la isla de Lade, tras haber conocido a Alejandro y hablado con él, le juraron fidelidad. Trescientos de ellos, la mayor parte, se enrolaron en el ejército para seguirle en su campaña.

La ciudad fue respetada, no se permitió ningún saqueo y se aprobó la orden del día que proponía la reconstrucción de sus murallas. Eumenes convocó al Consejo de la ciudad por encargo del rey, hizo ratificar la restauración de las instituciones democráticas y establecer que los tributos pagados hasta aquel momento al Gran Rey serían satisfechos a Alejandro. Y ya que se encontraba allí, pidió de inmediato un anticipo, pero así y todo la situación seguía siendo crítica por los enormes gastos de guerra.

Al día siguiente, en el Consejo del alto mando, el secretario expuso en un puntilloso informe el estado de las arcas, informe que dejó a todos con un cierto mal sabor de boca a pesar de las grandes victorias obtenidas hasta aquel momento.

-No comprendo -dijo Leonato-. Bastaría con alargar las manos para tomar cuanto necesitamos. Esta ciudad es riquísima y nosotros hemos pedido tan sólo una suma desdeñable.

- Te lo explicaré -intervino Tolomeo con condescendencia-. Como sabes, Mileto forma ahora parte de nuestro reino. Expoliarla equivaldría a expoliar a una ciudad macedonia como Egas o Drabesco.

- Pero el rey Filipo no razonaba así cuando tomó Olinto y Potidea -rebatió El Negro.

Alejandro se puso rígido, pero no replicó. Tampoco los demás dijeron nada. Fue Seleuco quien rompió el silencio:

- Eran otros tiempos, Negro. El rey Filipo debía dar ejemplo, nosotros en cambio estamos uniendo a todo el mundo griego en una sola patria.

Parmenión tomó la palabra en aquel punto:

-Hombres, no deberíamos preocuparnos ya de semejantes problemas, puesto que nos queda Halicarnaso por liberar. Afrontaremos este último esfuerzo y luego nuestra labor habrá quedado completada.

-¿Tú crees? -preguntó Alejandro con un cierto encono-. Yo no he afirmado jamás nada por el estilo, no he puesto nunca límites ni término a nuestra empresa. Pero si no te ves con fuerzas, general, siempre estás a tiempo de volverte atrás.

Parmenión agachó la cabeza y se mordió un labio.

-Mi padre no quería... -comenzó Filotas.

-Sé muy bien lo que quería decir tu padre -replicó Alejandro- y no era mi intención vejar a un gran soldado. Pero el general Parmenión tiene muchas batallas, muchos asedios, muchas vigilias sobre sus espaldas y ya no es joven. Nadie le criticaría si quisiera regresar a la patria para disfrutar de un bien ganado descanso.

Parmenión levantó la cabeza y dirigió una mirada en redondo como un viejo león rodeado por cachorros vueltos demasiado petulantes.

-Yo no necesito ningún descanso -dijo- y estoy en condiciones de enseñar aún a cualquiera de los aquí presentes, excepto al rey -pero era evidente que trataba de decir «incluso al rey»-, cómo se maneja una espada. Y si puedo yo decidir a este respecto, sólo hay una forma de devolverme a la patria antes de que la expedición haya concluido, cualquiera que sea el objetivo trazado. Y es reducido a cenizas y dentro de una urna cineraria.

Siguió otro largo silencio, roto finalmente por Alejandro:

-Es lo que esperaba oír. El general Parmenión seguirá con nosotros sosteniéndonos con su valor y su experiencia, y nosotros se lo agradecemos de todo corazón. Pero ahora -prosiguió- debo poneros al corriente de una grave decisión que he tomado precisamente en estas últimas horas y tras haber reflexionado largamente. La de renunciar a la flota.

Las palabras del rey provocaron un rumor dentro del pabellón real.

-¿Has decidido renunciar a la flota? -repitió incrédulo Nearco.

-Así es -confirmó el rey impasible-. Y los avatares de estos días han demostrado que no la necesitamos. Nos bastan veinte naves para transportar las piezas desmontadas de las máquinas de asedio. Avanzaremos por tierra y conquistaremos la costa y los puertos. De este modo
la flota persa no tendrá ya ni atracaderos ni puntos de revituallamiento.

-Siempre pueden desembarcar en Macedonia -observó Nearco.

-He enviado ya una misiva a Antípatro pidiéndole que esté alerta. En cualquier caso, no creo que lo hagan.

- Esta elección nos ahorraría ciertamente un gasto superior a ciento cincuenta talentos diarios que no tenemos -intervino Eumenes-, pero no quisiera convertir la cuestión en un problema de dinero.

-Además -añadió el soberano-, el hecho de no tener ya una vía de salida al mar motivará más aún a los hombres. Mañana mismo comunicaré mi decisión a Carilaos. Tú, Nearco, asumirás el mando de la flotilla. No es mucho, pero sigue siendo importante.

-Como quieras, señor -se resignó el almirante-. Y esperemos que tengas razón.

-Seguro que tiene razón -replicó Hefestión-. Desde que le conozco, no se ha equivocado jamás. Yo estoy con Alejandro.

-También yo -afirmó Tolomeo-. No tenemos necesidad de los atenienses. Además, estoy convencido de que nos pasarán bien pronto cuentas de su colaboración y éstas serán también muy elevadas.

- Entonces, ¿estáis todos de acuerdo? -preguntó el rey.

Todos asintieron, a excepción de Parmenión y El Negro.

-Clito y yo no lo estamos -dijo Parmenión-, pero esto no significa nada. Hasta ahora el rey ha demostrado no tener necesidad de nuestros consejos. Sabe, en cualquier caso, que puede contar con nuestra lealtad y nuestro apoyo.

- Un apoyo indispensable -afirmó Alejandro-. Si no hubiera sido por El Negro, mi

aventura en Asia habría terminado. En el Gránico fue él quien cortó el brazo que estaba a punto de rebanarme la cabeza. No lo olvidaré. ¡Y ahora comamos, que me ha entrado hambre! Mañana reuniré a la asamblea del ejército y daré la noticia.

Eumenes disolvió la reunión y dio orden de comunicar la invitación a cenar también a los oficiales atenienses y a Calístenes, Apeles y Kampaspe, que aceptaron con entusiasmo. Hizo venir a continuación a unas hetairas sumamente graciosas y expertas en mantener alegres a una cuadrilla de jóvenes. Eran todas ellas de Mileto, elegantes y refinadas, resplandecientes de esa belleza morena y misteriosa de las divinidades orientales, hijas de antepasados llegados del mar y de madres que habían descendido el curso de los ríos desde las grandes altiplanicies del interior.

-¡Dadle una al general Panmenión! -gritó Leonato.

- ¡Quiero ver si puede dar aún lecciones con la pica, además de con la espada!

La ocurrencia hizo reír a todos y relajó la tensión de un momento difícil. Aunque ninguno de ellos tuviera miedo, la inminente partida de

la flota suponía un corte definitivo, sonaba casi como a un presagio: dejaban a sus espaldas la patria, tal vez para siempre.

Hacía poco que se había iniciado la velada cuando Alejandro se levantó para salir. Se sentía con la cabeza ligeramente cargada por el vino chipriota y estaba incómodo por la audacia creciente de Kampaspe, que comía y bebía con la mano izquierda, por más que no fuera en modo alguno zurda, porque mantenía constantemente la derecha en otra parte.

Apenas estuvo fuera se hizo traer a Bucéfalo y se lanzó al galope hacia el interior: quería disfrutar del aire perfumado de la primavera y la luz de la luna llena que asomaba en aquellos momentos.

Diez hombres de su guardia personal le habían seguido inmediatamente, pero sus animales conseguían a duras penas mantenerse detrás de Bucéfalo, que no daba señales de aflojar ni por el sendero en subida del monte Latmos.

Cabalgó largo rato, hasta que notó que el caballo estaba empapado en sudor. Entonces lo puso al paso y siguió avanzando por la ondulada meseta que se ofrecía ante él, salpicada de pequeñas aldeas y de poblados aislados de campesinos y pastores. Los hombres de la guardia, ya expertos, no se acercaban, pero tampoco le perdían de vista.

De vez en cuando veía patrullas de caballería macedonia pasar veloces, acompañadas por el ladrar de los perros en las granjas o por el alzarse repentino de los pájaros, molestados en su descanso nocturno. Su ejército estaba tomando gradualmente posesión del espacio interior de Anatolia, reino inexpugnable de antiguas comunidades tribales.

De pronto vio señales de agitación en un punto del camino que conducía hacia la pequeña ciudad de Alinda: un grupo de jinetes que acudían con teas, dando voces y armando gresca.

Cogió del estribo el tradicional sombrero macedonio de ala ancha, se lo caló, se envolvió a continuación con el manto y se acercó al paso.

Los jinetes habían parado un carruaje escoltado por dos hombres armados que oponían resistencia con las lanzas empuñadas y se negaban a hacer bajar a los ocupantes del vehículo.

Alejandro se acercó al oficial macedonio que mandaba el escuadrón y le hizo una señal; éste respondió primero con un gesto de que le dejara en paz, pero la claridad de la luna iluminó por un momento la blanca estrella en forma de bucráneo en la frente de Bucéfalo y entonces el hombre reconoció a su rey.

-Señor, pero qué...

Alejandro le hizo señal de que no hablara en voz alta y preguntó:

-¿Qué sucede?

-Mis soldados han dado el alto a este carruaje y queremos saber quién va en él y por qué viaja de noche con una escolta, pero ellos oponen resistencia.

-Haz retroceder a tus jinetes y explícales a los de la escolta que no tienen nada que temer, que no se hará ningún daño a las personas que se encuentran en el carro, con tal de que se muestren.

Librodot

El oficial obedeció, pero los hombres que protegían el vehículo no se movieron. Se oyó, sin embargo, una voz femenina de detrás de una cortinilla:

- No entiendo el griego, esperad...

E inmediatamente después una mujer con la cabeza cubierta por un velo se apeaba con gracioso movimiento, apoyando el pie en un estribo. Alejandro pidió al oficial que la iluminara con una antorcha y se acercó.

-¿Quién eres? ¿Cómo es que viajas de noche y con hombres armados? ¿Quién hay contigo?

La mujer mostró un rostro de una impresionante belleza, dos ojazos oscuros sombreados por unas largas pestañas, labios carnosos bien dibujados y sobre todo un porte altivo pero lleno de dignidad, apenas alterado por una sombra de temor.

- Me llamo... Mitríanes -repuso con una ligera vacilación-. Vuestros soldados han ocupado mi casa y mis posesiones al pie del monte Latmos, he decidido reunirme con mi esposo en Prusa, en Bitinia.

Alejandro dirigió una mirada al oficial y éste le preguntó:

-¿Quién hay en el carro?

- Mis hijos -explicó la mujer, y les llamó.

Bajaron dos adolescentes de gran belleza. Uno se asemejaba más a la madre, el otro en cambio era muy distinto: de ojos verdeazulados y el pelo rubio.

El rey preguntó atentamente:

-¿Entienden el griego?

- No -repuso la mujer, pero a Alejandro no se le pasó por alto su mirada de inteligencia con los hijos, como diciendo: «Dejadme hablar a mí».

- Tu marido no debe de ser persa, pues este muchacho tiene los ojos azules y el pelo rubio -afirmó el rey, y se dio cuenta de que la mujer se veía en apuros.

Se quitó el sombrero, descubriendo su rostro, y se le acercó más aún, fascinado por su belleza y la aristocrática intensidad de su mirada.

-Mi marido es griego y era... el médico del sátrapa de Erigia. No tengo noticias de él desde hace mucho tiempo y mucho me temo que le haya sucedido algo. Nuestra intención es reunirnos con él.

-Pero no ahora. Es demasiado peligroso para una mujer y dos muchachos. Serás mi huésped por esta noche, y mañana podrás volver a partir con una protección más adecuada.

-Te ruego, poderoso señor, que no te preocupes por nosotros. Estoy segura de que no nos pasará nada si nos dejas marchar. Nos queda aún mucho camino por recorrer.

-Tranquila. No hay nada que temer, ni por ti ni por tus hijos. Nadie osará faltarte al respeto. -Luego se dirigió a sus hombres-: ¡Escoltadla hasta el campamento!

Saltó sobre su caballo y se alejó, acompañado por su guardia, que no le había perdido de vista un solo instante. Por el camino se encontraron con Pérdicas, nervioso por su desaparición.

- Soy el responsable de tu integridad y con sólo que me dijeras cuándo quieres irte, yo...

Alejandro le cortó.

-No ha pasado nada, amigo mío, y sé cuidar de mí mismo. ¿Cómo va la cena?

- Como de costumbre, pero el vino es demasiado fuerte. Los hombres no están acostumbrados.

-Tendrán que acostumbrarse a cosas muy distintas. Ven, volvamos.

La llegada del carruaje con los dos guardias extranjeros causó expectación y curiosidad en el campamento. Péritas se puso a ladrar y hasta Leptina no dejó de hacer preguntas:

-¿Quién va en ese carro? ¿Dónde les habéis encontrado?

-Prepara un baño en esa tienda -le ordenó el rey-, así como también unas camas para dos chicos y una mujer.

- ¿Una mujer? ¿Quién es esa mujer, mi señor?

Alejandro le lanzó una mirada perentoria y Leptina obedeció sin rechistar.

Luego dijo:

-Una vez que se haya acomodado, dile que la espero en mi tienda.

Del pabellón del Consejo de guerra, que se hallaba a escasa distancia, llegaban gritos desordenados de gente ebria, músicas más bien desentonadas de pífanos y flautas, gritito de mujeres y los alaridos de Leonato que dominaban cualquier otro ruido.

Alejandro hizo traer un poco de comida, higos de primera flor, miel y leche; luego tomó en sus manos el retrato de Memnón que Apeles había dejado sobre su mesa y se quedó impresionado por el modo en que el pintor había logrado su expresión de indescifrable melancolía.

Lo dejó de nuevo sobre la mesa y se puso a leer la correspondencia que había llegado en los últimos días: una misiva del regente Antípatro que hacía referencia a una situación en conjunto tranquila, aparte de las intemperancias de la reina, que aspiraba a ocuparse de asuntos de Estado que no eran de su competencia, y una carta de Olimpia que protestaba por verse privada por el regente de toda libertad, así como de toda posibilidad de actuar dignamente de acuerdo a su rango y papel.

Ni una sola alusión a los fastuosos regalos que le había mandado tras la victoria del Gránico. Acaso no los había recibido aún.

18

Cuando levantó la mirada de la correspondencia, la tenía enfrente. Destocada, con los ojos apenas perfilados por una línea negra a la egipcia, el cuerpo envuelto en un traje de lino verde cortado a la oriental, los cabellos negros como ala de cuervo recogidos en lo alto de la cabeza mediante una cinta plateada a la manera griega, la huéspeda extranjera parecía reflejar un residuo de la claridad lunar en la que se le había revelado la primera vez.

El rey se le acercó y ella se arrodilló para besarle la mano.

-Yo no podía saber, poderoso señor... Perdóname.

Alejandro le tomó las manos y la hizo levantarse, encontrando su mirada a una tan corta distancia que percibió el olor de sus cabellos: un olor a violeta.

Se quedó asombrado. Nunca antes de aquel momento había deseado tan imprevistamente estrechar a una mujer entre sus brazos. Ella se dio cuenta, pero en aquel mismo instante sintió en su mirada una fuerza casi irresistible que la atraía, como la luz de una lámpara atrae a una falena.

Bajó la mirada y dijo:

-He traído a mis hijos para que te rindan homenaje.

Acto seguido retrocedió hasta la entrada de la tienda e hizo pasar a su interior a los dos chicos.

Alejandro se acercó a la bandeja con la comida y la fruta. -Come alguna cosa, te lo ruego, no seas tímida.

Pero mientras se daba la vuelta para dirigirse a los muchachos, su mirada percibió de forma fulminante cuanto había sucedido, en un parpadeo, a sus espaldas.

Uno de los jóvenes había visto el retrato de Memnón apoyado en la

mesa y había tenido una reacción de estupor que la madre había frenado con una mirada y con la presión de la mano en su hombro.

El rey fingió no haber reparado en nada. Se limitó a repetir:

-¿No quieres comer nada? ¿No tienes hambre?

-Te lo agradezco, mi señor -repuso la mujer-, pero estamos cansados del viaje y lo único que queremos es retirarnos, con tu permiso.

-Por supuesto. Andad, pues. Leptina llevará estos platos a vuestra tienda. Si os entra hambre o sed por la noche, podréis serviros a vuestro antojo.

Llamó a la muchacha para que acompañara a los huéspedes, volvió a la mesa, se sentó y cogió de nuevo entre las manos el retrato de su adversario, como si quisiera descubrir en su mirada el secreto de su misteriosa energía.

El campamento estaba completamente sumido en el silencio y la noche en mitad de su curso. Un piquete de vigilancia realizó el cambio de la guardia y el oficial a su mando se aseguró de que los centinelas de las entradas estuvieran bien despiertos. Cuando el eco de las llamadas y de los santos y señas se hubo apagado, una figura envuelta en un manto salió furtivamente de la tienda de los huéspedes y se dirigió hacia la de la del rey.

Péritas dormía en su cubil y el viento marino traía hasta él tan sólo el olor de la humedad salina, dispersando hacia la campiña cualquier otro aroma. Los dos centinelas de guardia en el pabellón real se apoyaban en su lanza, el uno a la derecha y el otro a la izquierda de la única entrada.

La figura embozada se detuvo a observarles, luego se encaminó decidida hacia ellos, abiertamente, sosteniendo entre las manos una bandeja.

-Es Leptina -observó uno de ellos.

-Salve, Leptina. ¿Por qué no vienes a hacernos un poco de compañía también a nosotros? Estamos cansados y nos sentimos terriblemente solos.

La mujer sacudió la cabeza como si estuviera acostumbrada a ese tipo de bromas, les ofreció unos dulces de la bandeja y entró.

En la claridad que daban dos velones, asomó la cabeza mostrando el rostro soberbio de la huéspeda extranjera. Se demoró con la mirada en el retrato de Memnón que seguía sobre la mesa y lo rozó con la punta de los dedos, a continuación se quitó del pelo un largo alfiler con la cabeza de ámbar y se acercó con paso ligero a la cortina que separaba del resto de la tienda el lugar de descanso del rey. Del otro lado se traslucía apenas la débil luz de un tercer velón.

Apartó la cortina y entró. Alejandro dormía boca arriba, cubierto tan sólo por la clámide militar; a su lado tenía un colgador con la armadura que había cogido del templo de Atenea Ilíaca en Troya.

En aquel momento, lejos, en su tálamo del palacio de Pela, la reina Olimpia se revolvió en sueños atormentada por una pesadilla y luego, de improviso, se sentó en la cama sobresaltada y lanzó un agudo grito, espantoso, que resonó por las estancias silenciosas de palacio.

La mujer buscó el corazón de Alejandro sujetando el alfiler en la mano izquierda, luego alzó la derecha para golpear la cabeza de ámbar, pero justo en aquel instante el rey se despertó y la fulminó con una mirada de fuego. Acaso se trató nada más que de la sombra oblicua proyectada por el velón, pero su ojo izquierdo, negro como la noche, le hacía asemejarse a una criatura enajenada y titánica, casi un monstruo mitológico. La mano se quedó suspendida a media altura, incapaz de asestar el golpe mortal.

Alejandro se levantó lentamente, adelantando el pecho hacia la punta de bronce que se manchó de una gota de su sangre. Seguía mirándola fijamente sin parpadear.

-¿Quién eres? -le preguntó cuando estuvo de pie delante de ella-. ¿Por qué quieres matarme?

19

La mujer dejó caer al suelo el alfiler y estalló en sollozos cubriéndose el rostro con las manos.

-Dime quién eres -insistió Alejandro-. No te haré ningún daño. No me ha pasado

inadvertida la reacción de tu hijo al ver el retrato de Memnón sobre mi mesa. Es tu marido, ¿no es cierto? -repitió más fuerte aferrándola por las muñecas.

- Me llamo Barsine -repuso la mujer sin alzar los ojos, con voz apagada- y soy la mujer de Memnón. No les hagas ningún daño a mis hijos, te lo ruego, y si temes a los dioses no me deshonres. Mi marido pagará un rescate altísimo, cualquier precio, con tal de volver a ver a su familia.

Alejandro le hizo levantar el rostro, la miró de nuevo a los ojos y sintió que se encendía. Comprendió que, si la hubiera tenido a su lado, aquella mujer habría podido hacer de él cualquier cosa. Y también en la mirada de ella veía un extraño desasosiego, distinto del temor materno o de la angustia de una mujer sola y prisionera. Veía los relámpagos de una emoción arcana y poderosa, contenida y acaso reprimida por una voluntad que, aunque fuerte, comenzaba sin embargo a presentar fisuras. Le preguntó:

-¿Dónde está Leptina?

-En mi tienda, bajo la vigilancia de mis hijos.

-Y tú has cogido su manto...

-Sí.

- ¿Le habéis hecho algún daño?

- No.

-Te dejaré ir y este secreto quedará entre nosotros. No hay necesidad de ningún rescate, yo no hago la guerra a las mujeres y a los niños.

Cuando encuentre a tu esposo, me batiré con él en persona, y venceré, si sé que el premio es yacer a tu lado. Ahora puedes irte, y mándame a Leptina. Mañana haré que te escolten donde tú quieras.

Barsine le besó la mano murmurando en voz baja palabras incomprensibles en su lengua nativa, luego se encaminó hacia la salida, pero Alejandro la llamó de nuevo:

-Espera.

Se le acercó, mientras ella le miraba con ojos relucientes y trémulos, cogió su rostro entre las manos y la besó en los labios.

-Adiós. No me olvides.

La acompañó fuera de la tienda y se quedó mirándola mientras los dos pezetairoi de guardia se ponían tan firmes a la vista del rey como las astas que tenían empuñadas.

Leptina regresó poco después, enfadada y trastornada por haber sido secuestrada por dos muchachos, pero Alejandro la calmó:

-No hay motivo de preocupación, Leptina. Esa mujer sólo temía sufrir alguna violencia. La he tranquilizado. Ahora vete a descansar, pues debes de estar fatigada.

Le dio un beso y volvió a dormir.

Al día siguiente dispuso que Barsine fuera escoltada hasta la orilla del Meandro con su salvoconducto personal y él mismo siguió al pequeño convoy durante una docena de estadios.

Cuando le vio pararse, Barsine se volvió para saludarle con un gesto de la mano.

-¿Quién es ese hombre? -pregunto Fraates, el más joven de sus hijos-. ¿Por qué tenía en la mesa el retrato de nuestro padre?

-Es un gran guerrero y un hombre justo -repuso Barsine-. No sé por qué tenía el retrato de vuestro padre. Quizá porque Memnón es el único hombre en el mundo que puede comparársele.

Se volvió de nuevo y vio que Alejandro seguía allí, inmóvil a caballo de Bucéfalo, en la cima de una colina azotada por el viento. Lo recordaría así.

Memnón se quedó diez días en las colinas que rodeaban Halicarnaso, esperando que todos sus soldados que se habían salvado de la batalla del Gránico, un millar en total, se reunieran de nuevo con él y rehicieran sus filas. Luego, una noche, entró en la ciudad a caballo, a solas, envuelto en su manto y con un turbante persa que le cubría casi por entero el rostro; se dirigió hacia la Casa del Consejo.

Librodot

El gran salón de reuniones se alzaba en las cercanías del gigantesco

Mausoleo, la monumental tumba del dinasta de Caria Mausolo, que había hecho de la ciudad la capital de su reino.

La luna ahora ya alta en el cielo iluminaba la grandiosa estructura: un cubo de piedra coronado por un pórtico de columnas jónicas, rematadas a su vez por una pirámide escalonada que sostenía la imponente cuadriga de bronce con la imagen del difunto.

Las superficies esculpidas, obra de los más grandes escultores de la generación anterior, Escopas, Briaxis, Leocares, representaban episodios de la mitología griega, cuyo patrimonio había entrado desde hacía tiempo a formar parte de la cultura autóctona, en especial aquellas historias que estaban tradicionalmente ambientadas en Asia, como la lucha entre los griegos y las amazonas.

Memnón se paró un instante a observar un bajorrelieve en el que un guerrero griego tenía cogida de los cabellos a una amazona, con un pie sobre su espalda. Siempre se había preguntado por qué el arte griego, tan sublime en sí, reproducía tantas escenas de violencia contra las mujeres. Y había llegado a la conclusión de que tenía que tratarse simplemente de miedo, de aquel mismo miedo por el que tenían a sus mujeres marginadas en los gineceos, de modo que para todas las ocasiones sociales tenían que recurrir a la presencia de las hetairas.

Pensó en Barsine, que debía de estar ya en lugar seguro por el camino real, de verjas doradas, y se sintió dominado por una amarga nostalgia. Recordaba sus piernas de gacela, su tez morena, el perfume a violeta de sus cabellos, el timbre sensual de su voz, su aristocrático orgullo.

Golpeó con los talones los ijares de su caballo y siguió más lejos, tratando de ahuyentar de sí la melancolía, pero en aquel momento los poderes extraordinarios conferidos por el Gran Rey en persona no le eran de ninguna satisfacción.

Pasó por delante de la estatua de bronce del más ilustre de los ciudadanos de Halicarnaso, el gran Heródoto, el autor de las monumentales Historias, el primero en narrar el titánico enfrentamiento entre griegos y bárbaros durante las guerras persas, el único acaso que había comprendido sus razones profundas, siendo él mismo hijo de padre griego y de madre asiática.

Una vez que hubo llegado delante del edificio del Consejo, desmontó del caballo, subió la escalinata iluminada por dos filas de trípodes a guisa de velones gigantescos y llamó repetidamente al portalón, hasta que vinieron a abrirle.

-Soy Memnón -dijo descubriéndose la cabeza-. He llegado hace poco.

Le condujeron al interior de la sala donde estaban reunidas todas las autoridades civiles y militares de la ciudad: los comandantes persas de la guarnición, los generales atenienses Efialtes y Trasíbulo, que estaban al mando de las tropas mercenarias, y el sátrapa de Caria Orontóbates, un persa corpulento que se distinguía de inmediato por su llamativo ropaje, los pendientes, el precioso anillo y la brillante akinake de oro macizo que le colgaba de un costado.

Estaba presente también el representante de la dinastía local, el rey de Caria Pixódaro, un hombre que frisaría en la cuarentena con una barba negrísima y el cabello ligeramente entrecano en las sienes. Dos años antes había ofrecido su propia hija como esposa a uno de los príncipes de Macedonia, pero el matrimonio se había ido al traste y se había sometido por ello al nuevo sátrapa persa de Caria, Orontóbates, que era ahora yerno suyo.

Había tres asientos preparados para la presidencia de la asamblea: dos estaban ya ocupados por Pixódaro y por Orontóbates, mientras que a Memnón se le hizo sentar en el tercero, a la diestra del sátrapa persa. Era evidente que todos esperaban su intervención.

-Hombres de Halicarnaso y hombres de Caria -comenzó diciendo-, el Gran Rey me ha encargado una enorme responsabilidad, la de detener la invasión del soberano macedonio, y es mi intención desempeñar este cometido al precio que sea.

»Soy el único de los presentes que ha visto cara a cara a Alejandro y que se ha enfrentado a su ejército con la lanza y la espada, y os aseguro que se trata de un enemigo harto temible. No es sólo valeroso hasta la temeridad en el campo de batalla, sino que es

Librodot

también hábil e imprevisible. Por el modo en que tomó Mileto podemos deducir de lo que es capaz, aun en condiciones de absoluta inferioridad en el mar.

»Pero no es mi intención dejar que me sorprendan sin la preparación necesaria. Halicarnaso no caerá. Le obligaremos a desgastar sus fuerzas bajo nuestras murallas hasta desangrarse. Nosotros continuaremos recibiendo vituallas por mar, donde domina nuestra flota, y así podremos resistir a ultranza. Cuando llegue el momento oportuno, finalmente, haremos una salida y aplastaremos a sus exhaustos guerreros.

»Mi plan es el siguiente. En primer lugar les dejaremos acercarse con las máquinas de guerra, artefactos de gran poder y eficacia, diseñados expresamente para el rey Filipo por los mejores ingenieros de Grecia. Emplearemos, por tanto, contra él sus mismas armas. El macedonio ha impedido a nuestra flota aprovisionarse de agua y de víveres ocupando los puntos de atraque, y nosotros haremos otro tanto, no permitiéndole descargar las máquinas de sus naves en las proximidades de nuestra ciudad. Mandaremos secciones de caballería y tropas de asalto a cada enseñada que diste menos de treinta estadios de Halicarnaso.

»Y no sólo eso. El único punto por el cual cabe esperar que nos ataque es el sector nordoriental de nuestras murallas. Haremos abrir allí una trinchera de unos cuarenta pies de largo y dieciocho de ancho, de modo que, aun cuando consiga desembarcar sus máquinas, no pueda luego acercarse al recinto amurallado.

»Esto es todo, por ahora. Arregláoslas para que los trabajos den comienzo mañana mismo al amanecer, y que prosigan sin descanso, día y noche.

Todos aprobaron aquel plan que parecía verdaderamente impecable y poco a poco fueron saliendo de la sala y se dispersaron por las calles de la ciudad, blancas bajo la luna llena. Se quedaron sólo los dos atenienses: Trasíbulo y Efialtes.

- ¿Tenéis algo que decirme? -preguntó Memnón.

- Sí -repuso Trasíbulo-. Efialtes y yo desearíamos saber hasta qué punto podemos contar contigo y con tus hombres.

-La misma pregunta podría hacérosla yo -observó Memnón.

-Lo que queremos decir -intervino Efialtes, un mocetón de por lo menos seis pies de altura y de complexión hercúlea- es que nosotros estamos animados por el odio contra los macedonios que han humillado a nuestra patria y la han obligado a aceptar unas condiciones de paz vergonzosas. Nos hemos hecho mercenarios porque era el único modo de combatir contra el enemigo sin acarrear ningún daño a nuestra ciudad. Pero ¿y tú? ¿Qué motivaciones te mueven a ti? ¿Quién nos garantiza que permanecerás leal a la causa incluso cuando ya no te convenga? En el fondo eres un...

- ¿Mercenario profesional? -le interrumpió Memnón-. Sí, es cierto. Como lo son vuestros hombres, desde el primero hasta el último. Hoy en día en los mercados sólo abundan las espadas mercenarias. Vosotros afirmáis que vuestro odio es una garantía. ¿Debo creeros? En muchas situaciones he visto el miedo predominar sobre el odio, y bien podría sucederos también a vosotros.

»Yo no tengo otra patria que mi honor y mi palabra, y de ella deberéis fiaros. Nada es más importante para mí, juntamente con mi familia.

- ¿Es cierto que el Gran Rey ha invitado a Susa a tu mujer y a tus hijos? Y si ello es cierto, ¿no significa acaso que tampoco él se fía y que los ha querido tener de rehenes?

Memnón le miró fijamente con gélida mirada.

-Para derrotar a Alejandro tendré necesidad de lealtad y de una obediencia ciega por vuestra parte. Si ponéis en duda mi palabra, no os quiero conmigo. Idos, os libero de vuestro compromiso. Idos, mientras estéis a tiempo.

Los dos generales atenienses parecieron consultarse con una mirada; luego Efialtes habló:

-Sólo queríamos cerciorarnos de si lo que dicen de ti es cierto. Ahora lo sabemos. Cuenta con nosotros hasta el final. Salieron y Memnón se quedó solo en la gran sala vacía.

Librodot

20

Alejandro, tras haberlo consultado con sus oficiales, abandonó el campamento extramuros de Mileto, mientras que los hombres de Nearco empezaban a desmontar las máquinas de asedio para cargarlas en las naves y en las balsas fondeadas a escasa distancia de la playa. Había sido convenido que, tan pronto como se concluyera la operación, el almirante doblaría el cabo de Mileto para buscar a continuación un atracadero favorable lo más próximo posible a Halicarnaso. Se habían quedado con él dos capitanes atenienses, que comandaban las dos pequeñas escuadras de trirremes de combate.

La playa era un hervidero de soldados y retumbaba de gritos y ruidos: golpes de maza, llamadas, gritos acompasados de tripulaciones que desde las balsas tiraban de los grandes maderos desmontados para izarlos a bordo.

El rey echó una última mirada a cuanto le quedaba de la flota aliada y a la ciudad que se recostaba ahora tranquila sobre su promontorio y dio la señal de partida. Delante de él se abría un valle que se extendía entre las laderas cubiertas de olivos del monte Latmos al norte y del monte Gríos al sur. Al fondo discurría el camino polvoriento que conducía hacia la ciudad de Mílasa.

Hacía un tiempo cálido y sereno, la plata de los olivos resplandecía sobre las colinas, mientras que en los campos floridos de amapolas las blancas grullas picoteaban por los arroyos en busca de ranas y pececillos. Al paso del ejército, levantaban llenas de curiosidad la cabeza y el largo pico y a continuación se ponían a picotear de nuevo tranquilas.

-¿Tú crees en la historia de las grullas y de los pigmeos? -le preguntó Leonato a Calístenes, que cabalgaba a su lado.

-Bueno, habla de ella Hornero y Homero está considerado por muchos digno de toda confianza -repuso Calístenes sin demasiada convicción.

-Será... Me acuerdo de las lecciones del viejo Leónidas. Hablaba de las continuas luchas entre las grullas, que intentaban llevarse con el pico a los hijos de los pigmeos, y los pigmeos que trataban de romper los huevos de las grullas. A mí me se me antojan historias para niños, pero si Alejandro tiene de verdad el propósito de llegar a las extremas regiones del imperio persa, acaso veamos también la tierra de los pigmeos.

-Tal vez -replicó Calístenes con un encogimiento de hombros-, pero yo de ti no me haría demasiadas ilusiones. Como puedes ver, se trata de cuentos populares. Parece que remontando la corriente del Nilo se encuentran verdaderamente enanos de piel negra, pero dudo que tengan la altura de un puño, como su nombre indica, y que abatan las espigas de trigo a hachazos. Las historias se deforman con el paso del tiempo y al pasar de boca en boca. Por ejemplo, si yo empezara a decir que las grullas raptan a los niños de los pigmeos para llevárselos a parejas sin hijos habría añadido un detalle fantasioso a una historia que ya de por sí lo es, pero sin faltar a una cierta verosimilitud. ¿Me explico?

Leonato estaba más bien perplejo. Miró hacia atrás para vigilar sus mulos cargados de pesados sacos.

- ¿Qué contienen esos sacos? -preguntó Calístenes.

- Arena.

- ¿Arena?

- Sí.

- Pero ¿para qué?

-Me sirve para ejercitarme en la lucha. Más adelante podemos encontrar un terreno rocoso y entonces no tendré la posibilidad de entrenarme. Por ello llevo conmigo la arena.

Calístenes sacudió la cabeza y dio un talonazo a su yegua. Al cabo de un rato fue adelantado por Seleuco, que avanzaba al galope hacia la cabeza de la columna. Se detuvo al lado de Alejandro e indicó algo sobre la cresta del Latmos.

-¿Has visto allá arriba?

El soberano volvió la mirada en aquella dirección.

-¿Qué es?

-He mandado a un par de exploradores a echar un vistazo. Es una anciana dama que viene detrás de nosotros con su séquito desde esta mañana.

- ¡Por Zeus! Me hubiera esperado todo en estas tierras, menos el verme seguido por una anciana dama.

-¡Tal vez anda a la pesca de algo! -dijo sarcásticamente Lisímaco, que cabalgaba algo distante y le había oído.

-No digas tonterías -rebatió Seleuco-. ¿Qué quieres, Alejandro, que hagamos?

-No representa ciertamente ningún peligro. Si tiene necesidad de nosotros, ya se adelantará. No creo que tengamos por qué preocuparnos.

Prosiguieron al paso, protegidos por grupos de exploradores a caballo que estaban llevando a cabo una batida, hasta que llegaron a una vasta explanada, en el punto en que el valle se abría en embudo en dirección a la ciudad.

Se dio la señal de parar y los «portadores de escudo» levantaron unos entoldados de tela para crear un poco de sombra para el rey y los comandantes.

Alejandro se apoyó en un olmo y bebió unos sorbos de agua de una jarra. Comenzaba ya a apretar el calor.

-Tenemos visita -observó Seleuco.

El rey se volvió hacia la colina y vio a un hombre que llevaba del ronzal a una mula blanca en la que iba sentada una mujer ricamente ataviada, pero de edad muy avanzada. Detrás, otro servidor sostenía un parasol, mientras que un tercero espantaba las moscas con un flabelo de crines.

En la cola, avanzaba un extenuado pelotón de hombres armados de aspecto nada agresivo, y cerraba el cortejo un pequeño séquito con carros de diverso tamaño y animales de carga.

La caravana, cuando se encontró a una distancia de medio estadio, se detuvo. Uno de los hombres de la escolta se acercó al lugar en el que Alejandro estaba descansando a la sombra del olmo y solicitó ser conducido a su presencia.

-Gran Rey, mi señora, Ada, la reina de Caria, solicita audiencia. Alejandro hizo una señal a Leptina para que le arreglara el manto y los cabellos y le pusiera la diadema; luego respondió:

- Tu señora es bienvenida en cualquier momento.

- Entonces, ¿puede ser ahora? -preguntó el extranjero en un griego de marcado acento oriental.

- También ahora. Tenemos poco que ofrecer, pero nos sentiríamos muy honrados si quisiera compartir nuestra mesa.

Eumenes, aprovechando la situación, dio orden de levantar enseguida al menos la cobertura del pabellón real, de modo que los huéspedes pudieran sentarse a la sombra, e hizo colocar mesas y sillas en un tiempo increíblemente corto, tan corto que cuando vieron llegar a la reina ya estaba todo listo.

Un palafrenero se puso en el suelo a gatas y la gran dama descendió de su yegua apoyando el pie sobre su espalda como si de un escabel se tratara. Avanzó, por tanto, hacia Alejandro, que la recibía con una actitud de profundo respeto.

- Bienvenida, gran señora -le dijo en el más correcto griego-. ¿Hablas mi lengua?

-Desde luego que la hablo -repuso la dama, bajo la cual fue puesto un pequeño trono de madera tallada rápidamente descargado de uno de los carros de su séquito-. ¿Puedo sentarme?

-Por favor -la invitó el rey, y se sentó a su vez, rodeado de sus compañeros-. Estos que ves son mis amigos, más que hermanos, y miembros de mi guardia personal: Hefestión, Seleuco, Tolomeo, Pérdicas, Crátero, Leonato, Lisímaco, Filotas. Este otro que está a mi lado, de aspecto más guerrero -y no pudo reprimir una media sonrisa- es mi secretario, Eumenes de Cardia.

Librodot

- Salve, secretario general -le saludó la dama haciendo graciosamente un gesto con la cabeza.

Alejandro la miró: tendría entre cincuenta y sesenta años, pero más cerca ya de esta edad. No se teñía los cabellos y no escondía las sienes que ya le griseaban, pero debía de haber sido una mujer fascinante. El traje cario de lana adamascada, a cuadros recamados cada uno con una escena mitológica, la ceñía destacando unas formas que sólo algunos años antes debían de haberla hecho muy atractiva.

Tenía los ojos de un bonito color ambarino, luminosos y serenos, perfilados por un ligero afeite, la nariz recta y los pómulos salientes, que le conferían una expresión de gran dignidad. Llevaba el cabello recogido en un moño, rematado por una ligera diadema de oro adornada de lapislázuli y turquesas, pero tanto su indumentaria como su porte dejaban traslucir algo de melancólico y en cierto modo anticuado, como si su vida no tuviera ya sentido.

Los cumplidos y las presentaciones llevaron un buen rato. Alejandro observó que Eumenes garrapateaba apresuradamente algo en una tablilla y la dejaba delante de él sobre la mesa. Con el rabillo del ojo, leyó:

La persona que tienes frente a ti es Ada, la reina de Caria. Ha estado casada con dos de sus hermanos, uno de los cuales era unos veinte años más joven que ella, ambos muertos. El último hermano es Pixódaro, que habría podido ser tu suegro y que la ha apartado del poder. Este encuentro resultará ciertamente de sumo interés. No dejes de aprovechar la ocasión.

Apenas había leído de corrido aquellas pocas líneas cuando la dama sentada enfrente de él afirmó:

- Soy Ada, reina de Caria, y vivo ahora marginada en mi fortaleza de Alinda. Estoy convencida de que mi hermano me expulsaría también de allí, de tener alguna posibilidad de hacerlo. La vida y el destino no me han concedido hijos, y ahora me encamino hacia la vejez con una cierta tristeza en el corazón, pero sobre todo apenada por el trato que me ha reservado el último y más despreciable de mis hermanos, Pixódaro.

- Pero ¿cómo te las has arreglado? -bisbiseó Alejandro a Eumenes, al que tenía a su lado.

- Es mi trabajo -susurró en respuesta el secretario-. Y además ya te evité preocupaciones en otra ocasión con esta gente, ¿te has olvidado?

Alejandro recordó el exabrupto de su padre el día en que había mandado al traste el matrimonio entre su hermanastro Arrideo y la hija de Pixódaro y sonrió para sus adentros, reflexionando sobre lo extraño del destino: aquella señora de aspecto y porte tan especiales, completamente desconocida para él, habría podido convertirse en pariente suyo.

- ¿Puedo invitarte a mi modesta mesa? -preguntó.

La dama inclinó graciosamente la cabeza.

- Te lo agradezco mucho y acepto gustosamente. No obstante, conociendo la cocina de los ejércitos, me he permitido traer algo de palacio que espero sepas apreciar.

Dio unas palmadas y sus servidores cogieron de los carros unas hogazas aún fragantes, rosquillas con uva pasa, pasteles de mermelada, hojaldres de miel, panecillos rellenos de huevo batido, harina, mosto cocido y un buen número de otras golosinas.

Hefestión se quedó boquiabierto y una gota de saliva le cayó sobre la coraza; Leonato habría alargado enseguida las manos de no haberle dado Eumenes un pisotón.

-Por favor -les exhortó la dama-, servíos libremente, pues tenemos en abundancia.

Todos se abalanzaron sobre aquellos manjares que les recordaban sus comidas de infancia preparadas por las expertas manos de sus madres y nodrizas. Alejandro probó únicamente una galleta, luego se acercó a la reina y se sentó sobre un escabel.

-¿Cuál es la razón que te ha hecho venir a verme, señora, si me está permitido preguntártelo?

-Como te he dicho, soy la reina de Caria, hija de Mausolo, el que se halla sepultado en

el gran monumento de Halicarnaso. Mi hermano Pixódaro ha usurpado el trono y ahora es dueño de la ciudad, tras haberse emparentado con el sátrapa persa Orontóbates, al que le ha dado por esposa a su hija. Yo he sido despojada no sólo del poder, sino también de mis emolumentos, de mis rentas y de la mayor parte de mis moradas.

»Todo esto es injusto y deber ser castigado. He venido aquí por ti, joven rey de los macedonios, para ofrecerte la fortaleza y la ciudad de Alinda, que te permitirán controlar toda la parte interior del país, sin la cual Halicarnaso no podrá vivir.

Pronunció este discurso con la más absoluta naturalidad, como si hablara de un juego de sociedad. Alejandro se la quedó mirando fijamente, estupefacto, haciendo esfuerzos por creer lo que estaba oyendo.

La reina Ada hizo una señal a un servidor de que se acercara con una bandeja de dulces, de modo que el rey pudiera servirse.

-¿Otra galletita, muchacho mío?

21

Alejandro le susurró a Eumenes que deseaba quedarse a solas con su huéspeda y poco después sus compañeros se despedían, uno tras otro, respetuosamente, aduciendo cada cual algún compromiso. Apareció en cambio Peritas, atraído por el olor de las gollerías, de las que siempre era muy goloso.

-Señora mía -comenzó diciendo Alejandro-, creo no haber comprendido bien. ¿Quieres ofrecerme la fortaleza y la ciudad de Alinda sin pedir nada a cambio?

-No exactamente -replicó la reina-. Hay algo que sí quisiera a cambio.

- Habla y, si está en mis manos concedértelo, lo haré. ¿Qué es lo que deseas?

- Un hijo -repuso Ada con la mayor de las naturalidades.

Alejandro palideció y se quedó con la galleta en la mano, mirándola con la boca abierta. Peritas ladró como si quisiera recordarle a su amo que estaba esperando aquella galleta que él seguía sosteniendo a media altura.

-Yo, señora mía, no creo que pueda...

Ada sonrió.

- Creo que no has comprendido bien, muchacho mío. -El mismo hecho de que le llamase «muchacho mío», cuando apenas se acababan de conocer, no dejaba de resultar ya chocante-. Como puedes ves, por desgracia no he tenido el consuelo de un hijo, y tal vez ha sido mejor que así fuera, en vista de las costumbres y necesidades dinásticas que me impusieron unirme en matrimonio con mis hermanos, primero con uno y luego con el otro. Y al quedarme viuda, mi dolor fue por dicho motivo mayor.

»Pero si la suerte me hubiera deparado un marido normal y un hijo mío, me habría gustado que fuera como tú, guapo, y gentil y de noble aspecto, de modales refinados pero de talante resuelto, valiente y audaz, pero asimismo cordial y afectuoso como me dicen que eres tú, opinión que por lo demás comparto al conocerte. En otras palabras, te estoy pidiendo que te conviertas en mi hijo.

Alejandro no consiguió articular palabra, mientras la reina Ada le miraba con aquellos ojos suyos ambarinos, dulces y melancólicos.

-¿Entonces? ¿Qué me respondes, muchacho mío?

-Yo... yo no sé cómo puede hacerse...

-Pues es muy sencillo, con una simple adopción.

-¿Y cómo se realizaría tal adopción?

- Soy la reina, y si tú estás de acuerdo, me basta con pronunciar la fórmula y te convertirás en hijo mío a todos los efectos.

Alejandro la miró de hito en hito más desconcertado aún si cabe. -¿Acaso pido demasiado? -dijo Ada con una expresión un tanto preocupada.

- No, sólo que...

- ¿El qué?

- No estaba preparado para una petición semejante. Por otro lado, no puedo sentirme más que halagado y por tanto... -Ada se inclinó ligeramente hacia delante aguzando el oído, como si quisiera asegurarse de que iba a oír las palabras que se esperaba-. Por tanto estoy orgulloso y honrado de aceptar tu ofrecimiento.

La reina se emocionó hasta las lágrimas.

-¿De veras aceptas?

- Sí.

-Te advierto que exigiré de ti que me llames «mamá».

-Lo haré... mamá.

Ada se secó los ojos con un pañuelo recamado, luego levantó la cabeza, alzó los hombros, se aclaró la voz y declaró:

- Entonces yo, Ada, hija de Mausolo, reina de Caria, te adopto a ti, Alejandro, rey de los macedonios, como hijo mío, y te nombro único heredero de todos mis bienes.

Le tendió la mano y Alejandro se la besó.

-Te espero mañana en Alinda, hijo mío. Y ahora, querido, dame un beso.

Alejandro se puso en pie, la besó en ambas mejillas y le gustó su perfume oriental de sándalo y rosa silvestre. Peritas se acercó agitando la cola y gañendo, con la esperanza de que al menos aquella señora que olía tan bien le diera alguna galleta.

La reina le acarició.

-Un animalito agradable, sí, sí, aunque un poco... impertinente.

Acto seguido se alejó con su séquito, dejando abundancia de provisiones para su hijo y amigos, todos ellos unos mocetones que debían de tener un apetito formidable. Alejandro se la quedó mirando montada sobre su blanca mula, con un siervo que le sostenía el gran parasol recamado y otro que ahuyentaba las moscas. Cuando se volvió, se topó con la mirada de Eumenes, que no sabía si reír o adoptar una actitud solemne, de circunstancias.

-Cuidadito de hacer de espía de mi madre -le amenazó-. Ésa sería muy capaz de hacerme envenenar. -Luego se volvió hacia el perro que, impaciente por la inútil espera, ladraba como un condenado-. ¡Y tú al cubil! -gritó.

Al día siguiente, temprano, Alejandro ordenó a Parmenión que condujera el ejército hacia Mílasa y recibiera en su nombre la sumisión de todas las ciudades que encontrara en su camino, grandes o pequeñas. El, en cambio, con Hefestión y la guardia personal, partió al galope en dirección a Alinda.

Atravesaron vastos viñedos que exhalaban el perfume delicadísimo pero intenso de su invisible florecer, y verdes extensiones de campos de trigo, y a continuación pastos salpicados de infinitas variedades de flores de todos los colores, entre las que destacaban amplias manchas escarlata de amapolas.

Alinda apareció ante ellos a pleno sol abrasador del mediodía, imponente en lo alto de una colina, circundada por unas macizas murallas hechas de grandes bloques escuadrados de piedra grisácea, dominada por la gigantesca mole de la fortaleza, una roca severa y rematada por una torre en la que ondeaban los estandartes azules del reino de Caria.

En los adarves de combate podían verse alineados soldados armados con largas lanzas, arcos y aljabas en bandolera, y ante la puerta una sección de caballería formada en doble fila: guerreros con armadura de gala montados sobre unos caballos espléndidamente enjaezados.

Cuando estuvieron más cerca, la puerta de la ciudad se abrió y apareció la reina Ada sentada en una silla de manos con baldaquín, que llevaban a hombros dieciséis esclavos semidesnudos, y precedida por doncellas de Caria ataviadas con el peplo a la griega, que esparcían pétalos de rosa sobre el terreno.

Librodot

Alejandro desmontó y avanzó a pie, con Hefestión, hasta encontrarse delante de la silla de manos. Ada hizo una señal para que la depositaran en tierra, fue el encuentro de su hijo adoptivo y le besó en el rostro y en la cabeza.

-¿Cómo estás, mamá?

-Bien cuando mis dichosos ojos te ven -repuso la reina.

Luego hizo alejarse a la silla de manos, tomó a Alejandro del brazo y se encaminó con él hacia la ciudad, donde mientras tanto se había concentrado un gentío con aire de fiesta y ansioso de ver al hijo de Ada.

Desde las ventanas de las casas de alrededor, llovían flores y pétalos de rosa y de amapola que revoloteaban empujados por la brisa primaveral, perfumada de hierba cortada y de heno fresco.

Había además una música de flautas y de arpas que acompañaba su paso, una música dulcísima y vagamente infantil que recordó a Alejandro las cancioncillas que le cantaba su nodriza de niño.

En medio de aquella gente de fiesta, en aquel torbellino de colores y perfumes, del brazo de aquella madre tierna, afectuosa y desconocida, se sintió emocionado. Aquella tierra, en la que detrás de cualquier colina se abría un misterio y podía esconderse una emboscada sangrienta o la magia de un lugar encantado, le conquistaba cada vez más, le incitaba a seguir adelante para descubrir nuevas maravillas. ¿Qué había más allá de los montes que rodeaban las torres de Alinda?

Llegaron frente al portalón de la fortaleza, historiado de figuras de dioses y de héroes de aquel lugar antiquísimo, precedidos por una fila de dignatarios ataviados con trajes riquísimos, tejidos en oro y plata. En lo alto de la escalinata que conducía al interior, había preparados dos tronos, uno central, más alto, y otro a su diestra, más bajo y modesto.

Ada le indicó el asiento más imponente y fue a sentarse a su lado. La plaza de delante de la fortaleza se había llenado mientras tanto y, cuando el espacio entero estuvo abarrotado de gente, de todo origen y condición, un heraldo impuso silencio. Declamó a continuación, con voz estentórea, el acto de adopción en lengua caria y en lengua griega.

Hubo un aplauso interminable, al que la reina respondió con un leve gesto de la mano y Alejandro levantando ambos brazos, tal como solía hacer delante de sus tropas formadas.

Luego la puerta se abrió a sus espaldas y los dos soberanos, madre y hijo, desaparecieron en el interior.

22

Alejandro y Hefestión hubieran querido volver a partir en el día, pero ello no fue posible. Ada había hecho preparar para la noche un banquete suntuoso, invitando a todos los dignatarios de la ciudad. Muchos de ellos habían pagado una suma ingente con tal de tomar parte en él y habían traído presentes de gran valor para la reina, como si se tratara de una joven madre que hubiera traído al mundo a su primogénito.

Al día siguiente, los huéspedes fueron llevados a visitar la fortaleza y la ciudad y, por más que insistieron, no les fue posible marcharse antes de la tarde. A continuación, a Alejandro le costó convencer a su nueva madre de que le dejara partir: tuvo que explicarle con gran paciencia que, en fin de cuentas, estaba en guerra y que su ejército le esperaba en el camino de Halicarnaso.

- Lamentablemente -suspiró Ada en el momento de la despedida- no puedo darte ningún soldado, pues los que tengo apenas si me bastan para proteger la fortaleza. Pero te daré algo quizá más importante que los soldados...

Dio unas palmadas e inmediatamente aparecieron una docena de hombres con acémilas

y carros llenos de sacos y cestas.

- ¿Quiénes... quiénes son? -preguntó Alejandro alarmado.

- Cocineros, hijo mío. Cocineros, panaderos y pasteleros, los mejores que pueden encontrarse al este de los Estrechos. Necesitas comer bien, querido, con la de penalidades que has de pasar, la guerra, las batallas... No me es difícil imaginar el nivel y la calidad de tu alimentación. No me parece que los cocineros macedonios sean famosos por la calidad y refinamiento de sus platos. Imagino que te dan carne en salazón y pan no fermentado, cosas no fácilmente digeribles, y por ello he pensado que... -continuaba impertérrita la reina.

Alejandro la interrumpió con un gesto cortés.

-Eres muy amable, mamá, pero, sinceramente, no es de esto de lo que tengo necesidad. Una buena marcha nocturna es lo que hace falta para desayunar con apetito, y después de una jornada a caballo la cena es siempre más que buena, cualquier cosa que se saque a la mesa. Y cuando tengo mucha sed, el agua fresca es mejor que el más apreciado de los vinos. En verdad, mamá, me serían más un estorbo que otra cosa. Te lo agradezco, en cualquier caso, y hazte cuenta que los he aceptado.

Ada bajó la cabeza.

-Yo creía que te iba a gustar que me preocupase por ti.

-Lo sé -replicó Alejandro tomándole la mano-. Lo sé y te estoy agradecido. Pero déjame que yo viva como acostumbro a hacer. Te recordaré, en cualquier caso, con afecto.

Le dio un beso, luego montó a caballo y se alejó al galope ante la mirada de alivio de los cocineros, a quienes la perspectiva de la vida castrense no les hacía la menor gracia.

Ada se quedó mirándole hasta que desapareció, junto con su amigo, tras el recodo de una colina. Luego se volvió hacia el personal de cocina:

-¿Y vosotros qué hacéis aquí mano sobre mano? Vamos, id a trabajar. Mañana, antes del amanecer, quiero lo mejor de lo que sabéis hacer para mandárselo a ese muchacho y a sus amigos, dondequiera que se encuentren. ¿Qué madre sería yo, si no?

Los cocineros desaparecieron rumbo a sus ocupaciones, a desleír la harina, a amasar, a hornear, para preparar exquisiteces al nuevo hijo de su reina.

Al día siguiente y también al otro Alejandro se encontró, al despertar, un escuadrón de caballería caria que depositaba delante de su tienda fragantes panes hechos al horno, galletas crujientes, blandas pastas rellenas.

La cosa comenzaba a volverse embarazosa, y tanto sus compañeros como los soldados comenzaron a hacer chanzas sobre ello. Alejandro decidió resolver entonces el problema de una vez por todas, aunque de mala gana. Al tercer día, cuando estaban ya cerca de Halicarnaso, reexpidió a hombres y alimentos sin tocar nada, con una misiva de su puño y letra:

Alejandro a Ada, su amadísima madre, ¡salve!

Te estoy sinceramente agradecido por las buenas cosas que me haces llegar todas las mañanas, pero he de rogarte, sintiéndolo mucho, que suspendas tales envíos. No estoy habituado a comidas tan refinadas, sino a una dieta rústica y sencilla. Y sobre todo no quiero disfrutar de privilegios que a mis soldados les están negados. Deben saber que su rey toma la misma comida y comparte los mismos riesgos que ellos.

Cuídate.

A partir de aquel momento cesaron las sofocantes atenciones de Ada y las operaciones militares se reanudaron a pleno ritmo. Una vez pasada Mílasa, Alejandro bajó hacia el sur y alcanzó de nuevo la costa recortada en una infinidad de pequeñas y grandes ensenadas, de penínsulas y promontorios. En determinados trechos los soldados avanzaban conjuntamente con la flota, que navegaba muy cerca, aprovechando la profundidad del fondo marino, tanto que a veces podían comunicarse de viva voz.

Al tercer día de marcha tras la partida de Mílasa, precisamente mientras el ejército se

aprestaba a instalar el campamento cerca de la orilla del mar, un hombre se acercó a los centinelas y pidió ser conducido a presencia del rey. Alejandro estaba sentado en una roca de la playa, junto con Hefestión y sus compañeros.

- ¿Qué deseas? -preguntó el soberano.

- Me llamo Eufranores y vengo de Mindo. Mis conciudadanos me han encargado decirte que la ciudad está dispuesta a recibirte y que tu flota podrá fondear en nuestro puerto, que está bien abrigado y defendido.

-La fortuna está de nuestra parte --dijo Tolomeo-. Un buen puerto es justo lo que necesitamos para descargar las naves y montar las máquinas de asedio.

Alejandro se volvió hacia Pérdicas.

- Ve con tus hombres a Mindo y prepara el atraque de nuestra flota. Luego manda a alguien a informarnos y yo haré dar aviso a nuestros navarcas.

-Pero, rey -objetó el enviado-, la ciudad esperaba poderte ver en persona, dispensarte un digno recibimiento y...

- Ahora no, mi buen amigo. Debo conducir a mi ejército lo más cerca posible de las murallas de Halicarnaso y quiero dirigir personalmente las operaciones. Por el momento, da las gracias a tus conciudadanos por el honor que me dispensan.

El hombre se despidió y Alejandro prosiguió su Consejo de guerra.

-En mi opinión, te equivocaste al devolverle las provisiones a la reina Ada -se guaseó Lisímaco-. Hubieran servido para sostenernos a la hora de afrontar un esfuerzo bélico semejante.

-Déjate de bromas -le cortó Tolomeo-. Si no he entendido mal, lo que Alejandro tiene en la mente hará que se te pasen dentro de poco las ganas de bromas.

-Lo mismo creo yo -confirmó Alejandro. Desenvainó la espada y comenzó a trazar signos en la arena-. Bien, esto es Halicarnaso. Se extiende alrededor de este golfo y tiene dos fortalezas. Una a la derecha y otra a la izquierda del puerto. De la parte del mar, así pues, es completamente inexpugnable. Y no sólo eso, puede ser reavituallada de continuo. Por tanto no podemos sitiarla, no podemos ponerle cerco.

-No, en efecto -se mostró de acuerdo Tolomeo.

-¿Qué sugieres tú, general Parmenión? -preguntó el rey.

-En una situación semejante, no tenemos elección. Nuestra única posibilidad es atacar por tierra, abrir una brecha e irrumpir en la ciudad hasta lograr apoderarnos del puerto. En ese momento la flota persa se verá excluida de todo el mar Egeo.

-Así es. Esto es exactamente lo que debemos hacer. Tú, Pérdicas, irás a Mindo mañana por la mañana y tomarás posesión de ella. Una vez haya entrado la flota en puerto, descargarás las piezas de las máquinas de guerra, las montarás y las harás avanzar hacia Halicarnaso por la parte de poniente. Allí estaremos nosotros esperando y preparando las explanadas para el emplazamiento de las torres de asalto y de los arietes.

-Está bien -asintió Pérdicas-. Entonces, si no tienes más órdenes, voy a dar instrucciones a mis hombres.

-Anda, pues, pero pasa a verme de nuevo antes de irte a la cama. En cuanto a vosotros -dijo volviéndose hacia sus otros compañeros-, cada uno tendrá asignada su propia posición cuando estemos a la vista de las murallas, es decir, mañana por la noche. Ahora volved a vuestras secciones y después de cenar, a ser posible, id a dormir enseguida, pues os esperan unas jornadas durísimas.

El Consejo se disolvió y Alejandro se puso a pasear solo por la orilla del mar, contemplando cómo el sol descendía incendiando las olas, mientras las muchas islas, grandes y pequeñas, se entenebrecían lentamente.

En aquella hora de la noche, con la perspectiva de una prueba tan dura ante sí, se sintió dominado por una aguda sensación de melancolía y recordó los años de su infancia, cuando todo era sueño y fábula y cuando su futuro se le antojaba como una larga cabalgata sobre un corcel alado.

Pensó en su hermana Cleopatra, que acaso estaba ya sola en el palacio de Butroto que

Librodot

caía a pico sobre el mar, pensó en la promesa que le había hecho de dedicarle un pensamiento cada día al caer la noche y esperó que ella pudiera oírle, que la brisa tibia le acariciase las mejillas como un beso ligero. Cleopatra...

Cuando volvió a entrar en su tienda, Leptina había encendido ya los velones y preparado la mesa.

- No sabía si habías invitado a alguien a cenar, por lo que he puesto la mesa sólo para ti.

- Has hecho bien. No tengo muchas ganas de comer.

Se sentó y le fue servida la cena. Peritas fue a echarse bajo la mesa en espera de las sobras. Afuera, el campamento hervía con el alboroto que acompañaba la hora de la cena y que precedía a la calma de la noche y al silencio del primer turno de guardia.

Entró en un determinado momento Eumenes con un pliego en la mano.

- Ha llegado un mensaje -anunció alargándoselo-. Es de tu hermana, la reina Cleopatra de Epiro.

- Qué extraño. Hace justo unos momentos, mientras paseaba por la orilla del mar, pensaba en ella.

- ¿La echas de menos? -preguntó Eumenes.

-Mucho. Echo de menos su sonrisa, la luz de sus ojos, el timbre de su voz, el calor de su afecto.

-Aún la echa más de menos Pérdicas. Se dejaría cortar un brazo con tal de poderla estrechar con el otro... Entonces, me voy.

- No, quédate. Tómate un vaso de vino.

Eumenes se puso de beber y se sentó en un escabel, mientras Alejandro abría la carta y se ponía a leer.

Cleopatra a su amadísimo Alejandro, ¡salve!

No consigo imaginar dónde te llegará esta misiva mía, si en un campo de batalla, o en el ocio de un momento de descaso, o bien durante el asedio de una fortaleza. Te ruego, hermano mío adorado, que no te expongas inútilmente al peligro.

Todos hemos sabido de tus gestas y estamos orgullosos de ellas. Es más, mi marido está poco menos que celoso. Patalea, no ve llegar la hora de partir para igualar tu gloria. Yo, en cambio, quisiera que no se fuera nunca, porque tengo miedo de la soledad y porque es muy grato tenerle cerca en este palacio asomado al mar. A la puesta del sol, subimos a la torre más alta y contemplamos cómo el sol desciende sobre las olas hasta que todo se oscurece, hasta que asciende por el cielo la estrella vespertina.

Quisiera tanto escribir poesías, pero cuando leo la edición de Safo que me ha regalado mamá como consuelo para mi partida, me siento totalmente incapacitada para una empresa semejante.

Sin embargo, cultivo el canto y la música. Alejandro me ha regalado una doncella que toca maravillosamente la flauta y la cítara y me está enseñando con gran dedicación y paciencia. Cada día ofrezco sacrificios a los dioses para que te protejan.

¿Cuándo te volveré a ver? No pierdas los ánimos.

Alejandro cerró la carta e inclinó la cabeza sobre el pecho.

- ¿Malas noticias? -preguntó Eumenes.

-Oh, no. Sólo que mi hermana es como esos pajarillos que son atrapados demasiado pronto en el nido: de vez en cuando se acuerda de que sigue siendo una chiquilla y le entra la nostalgia de la casa y de los padres que ya no tiene.

Peritas se acercó gañendo y le frotó la cabeza contra la pierna para obtener una caricia.

- Pérdicas se ha ido ya -prosiguió diciendo el secretario-. Mañana por la mañana estará en Mindo y tomara posesión del puerto para la flota. Todos los demás compañeros están con sus secciones, excepto Leonato, que se ha llevado a la cama a un par de muchachas. Calístenes está en su tienda ocupado en escribir, pero no es el único.

- ¿No?

-No. También Tolomeo lleva un diario, una especie de memorial. Y he oído decir que incluso Nearco escribe. No sé cómo se las arregla en su embarcación que se mueve de continuo y no está nunca parada. Yo vomité dos veces cuando atravesamos los Estrechos.

- Estará acostumbrado.

-Por supuesto. ¿Y Calístenes? ¿Te ha dejado leer algo?

-No, nada. Es muy celoso de su trabajo. Me ha dicho que podré verlo únicamente después de que haya terminado la redacción definitiva. -Eso es hablar de años...

- Me temo que sí.

- Será duro...

- ¿El qué?

- Tomar Halicarnaso.

Alejandro asintió y rascó a Peritas detrás de las orejas, revolviéndole el pelo.

-Me temo que sí.

23

El gruñido quedo de Peritas despertó a Alejandro de repente y el soberano comprendió lo que había alarmado a su perro: el cerrado galope de un escuadrón de jinetes y luego el hablar excitado de los hombres delante de su tienda. Se echó sobre los hombros una clámide y corrió afuera. Era aún de noche y la luna estaba suspendida ligeramente por encima de las colinas, en un cielo lechoso y oscuro, velado por unas nubes bajas.

Uno de los hombres del escuadrón se le acercó, jadeando.

- ¡Rey, una emboscada, una trampa!

- ¿Qué dices? -preguntó Alejandro agarrándole por el quitón.

-Era una trampa. Al acercarnos a las puertas de Mindo, nos hemos visto atacados por todos lados. Flechas y jabalinas llovían como granizo del cielo, grupos de caballería ligera venían hacia nosotros desde las colinas, lanzaban y desaparecían, y luego llegaban otros... Nos hemos defendido, rey, hemos combatido con toda la energía posible. Si la flota hubiera entrado en puerto, la habrían destruido, pues había catapultas con flechas incendiarias por doquier.

- ¿Dónde está Pérdicas?

-Aún allí. Ha conseguido ocupar una zona resguardada y reagrupar a sus hombres. Pide ayuda, enseguida.

Alejandro le soltó, pero al retirar las manos se dio cuenta de que estaban tintas en sangre.

- ¡Este hombre está herido! ¡Pronto, llamad al cirujano!

El médico Filipo, que tenía su tienda a escasa distancia, acudió de inmediato con su asistente y tomó bajo su cuidado al soldado.

-Advierte a tus colegas de la situación -le rogó el rey-. Haz preparar mesas, agua caliente, vendas, vinagre, todo lo preciso.

Entretanto habían llegado Hefestión, Eumenes, Tolomeo, Crátero, Clito, Lisímaco y los demás, todos ya vestidos y armados.

-¡Cratero! -gritó el soberano apenas le vio.

-¡A tus órdenes, rey!

-Reúne inmediatamente dos escuadrones de caballería y ve adonde está Pérdicas, pues tiene problemas. No presentes batalla. Recupera a los muertos y heridos y regresa.

Luego se volvió:

-¡Tolomeo!

- ¡A tus órdenes, rey!

Librodot

- Toma un pelotón de exploradores y una sección de caballería ligera, tracios y tribalos. Avanza a lo largo de la costa y busca un atracadero, el que sea, para desembarcar las máquinas. Apenas lo hayas encontrado, haced señales a la flota de que se acerque y ayúdales a descargar.

-Así se hará.

-¡Negro!

-¡A tus órdenes, rey!

-Manda traer todas las catapultas ligeras de arrastre que tenemos en la bocana del puerto de Mindo. No deberá entrar o salir nadie, ni siquiera los pescadores. Si encuentras un lugar favorable, descarga sobre la ciudad todos los dardos incendiarios que puedas. Quémala, si te es posible, hasta la última casa.

Alejandro estaba furibundo y su ira no hacía sino ir en aumento.

- Memnón -gruñó.

-¿Cómo has dicho? -preguntó Eumenes.

-Memnón. Esto es obra de Memnón. Me devuelve ojo por ojo. Yo he aislado de la costa a la flota persa y él aísla a la mía, impidiéndome el desembarco. Es obra suya, estoy seguro. ¡Hefestión!

-¡A tus órdenes, rey!

-Sal con la caballería tesalia y un escuadrón de hetairoi, corre hacia Halicarnaso y elige un lugar adecuado para la acampada, en el lado oriental o septentrional de las murallas. Luego busca un lugar para emplazar las maquinas de guerra y haz venir a los zapadores para que lo allanen. ¡Rápido!

Entonces ya todos estaban completamente despiertos: secciones de caballería cruzaban por todas partes, resonaban por doquier órdenes secas, gritos y llamadas, relinchos de caballos.

Llegó el general Parmenión, armado hasta los dientes y seguido por dos ayudantes.

-¡A tus órdenes, rey!

-Hemos sido traicionados, general. Pérdicas ha caído en una trampa en Mindo y no sabemos aún qué ha sido de él.

»Pero yo sí sé qué haremos nosotros. Da orden de servir el desayuno y luego manda formar a la infantería y a la caballería en orden de marcha. A la salida del sol, los quiero ya de camino. ¡Atacaremos Halicarnaso!

Parmenión asintió y se dirigió a sus ayudantes:

- ¿Habéis oído al rey? ¡Vamos, moveos!

-General...

-¿Algo más, señor?

- Manda a Filotas a Mindo con un grupo de jinetes. Necesito conocer lo más pronto posible cómo esta la situación.

- Ahí le tienes -respondió Parmenión señalando a su hijo, que venía corriendo en dirección a ellos-. Le haré partir de inmediato.

Hefestión, mientras tanto, abandonaba el campamento con sus escuadrones, levantando una gran nube de polvo, al galope en dirección a Halicarnaso.

Llegaron a la vista de la ciudad con las primeras luces del alba: estaba todo desierto hasta el pie de las murallas. Hefestión miró a su alrededor y luego espoleó de nuevo su caballo para ir a ocupar por sorpresa una explanada que parecía muy favorable para plantar el campamento.

Entre ellos y Halicarnaso el terreno era ligeramente ondulado y era imposible ver qué había en las cercanías del recinto amurallado, razón por la cual se pusieron al paso, para avanzar con mayor prudencia.

Todo parecía tranquilo a la hora silenciosa del amanecer, pero de repente Hefestión oyó un extraño ruido, seco y acompasado, como de objetos de metal que golpearan contra el suelo o las rocas. Avanzó hacia lo alto de una colina baja y se quedó estupefacto ante el espectáculo que desde allí se divisaba.

Librodot

Había una enorme trinchera, de tal vez treinta y cinco pies de ancho por dieciocho de profundidad, y cientos de hombres que trabajaban en ella extrayendo la tierra y amontonándola en el exterior en un gigantesco terraplén.

-¡Maldición! -exclamó Hefestión-. Hemos esperado demasiado. ¡Tú! -dijo acto seguido a uno de sus soldados-. Vuelve inmediatamente atrás y da aviso a Alejandro.

-Voy -respondió el hombre volviendo grupas y espoleando a su caballo hacia el campamento. Pero en aquel preciso instante, una de las puertas de Halicarnaso se abrió y salió al galope un escuadrón de caballería que se lanzó sobre el único lado practicable que había quedado entre el foso y las murallas.

-¡Vienen hacia nosotros! -gritó el comandante de los tesalios-. ¡Por aquel lado, por aquel lado!

Hefestión ordenó a su sección que realizara una conversión y luego se lanzó sobre los enemigos que tomaban por el estrecho paso para ganar lo más pronto posible el terreno abierto.

Desplegó la formación en un frente de doscientos pies en cuatro líneas y dirigió el ataque hacia la cabeza de la columna enemiga que comenzaba a correr a lo largo del terraplén para colocarse en una fila lo suficientemente larga como para aguantar el choque. Se enfrentaron a escasa distancia del valle, sin que los adversarios hubiesen tenido tiempo suficiente para ganar velocidad, y Hefestión comenzó a hacerles retroceder. Mientras tanto los peones que trabajaban en el fondo de la zanja, aterrados por el fragor de la batalla, abandonaron sus herramientas, treparon lo más deprisa posible por el margen interior de la trinchera y se echaron a correr en dirección a la puerta, pero desde el interior los defensores la habían ya cerrado.

Un grupo de tesalios se arrojaron sobre el paso practicable entre la zanja y el recinto amurallado y comenzaron a disparar a los zapadores con una nutrida lluvia de jabalinas, hasta que los hubieron abatido a todos. Pero poco después, desde una oculta poterna, salió otra sección de caballería y les atacó por el flanco, de modo que tuvieron que formar un frente compacto y responder.

Las escaramuzas continuaron con ataques y contraataques, pero Hefestión consiguió por último imponerse formando a los hetairoi, aún frescos, delante de los tesalios ya exhaustos. Repelió a continuación a los enemigos hasta la puerta, que fue rápidamente abierta para acogerles.

El comandante macedonio no se atrevió a perseguirles entre los batientes que se abrían de par en par en medio de dos macizos baluartes llenos de arqueros y lanzadores de jabalina. Se contentó con haber conquistado el campamento y comenzó a hacer abrir una trinchera por la parte del paso, en espera de que llegaran los zapadores, y envió a algunos jinetes a descubrir fuentes que pudieran dar de beber a hombres y caballos cuando llegara el resto del ejército.

De repente, uno de los hetairoi señaló algo arriba en las murallas. -Mira, comandante -dijo extendiendo el brazo hacia la torre mas alta.

Hefestión se volvió y se acercó un poco más, para ver mejor. Apareció un guerrero embutido en una reluciente coraza de hierro, con el rostro completamente oculto por un yelmo corintio de visera y una larga lanza prietamente empuñada.

Un gritó resonó a sus espaldas:

- ¡Comandante, el rey!

Alejandro, a la cabeza de La Punta, llegaba al galope sobre Bucéfalo. En pocos instantes estuvo al lado de su amigo y levantó la mirada hacia la torre donde la armadura del guerrero de rostro cubierto resplandecía bajo el sol.

Le miró en silencio, y sabía que era observado a su vez. Dijo:

- Es él. Es él, lo presiento.

En aquel momento, en un lugar muy lejano, mas allá de la ciudad de Celenas, por el camino real, Barsine se había parado con sus hijos a descansar en una posada. Al introducir la mano en su bolsa de viaje para coger el pañuelo y secarse el sudor, encontró un objeto que no

Librodot

sabía que tenía. Lo sacó: se trataba de un estuche que contenía una hoja de papiro, aquél en el que Apeles había trazado, con unos pocos toques magistrales, el retrato de su marido, el rostro de Memnón. Entre lágrimas, leyó las pocas palabras garrapateadas al pie con una grafía apresurada e irregular:

Con igual fuerza está grabado tu rostro en la memoria de Aléxandros.

24

La ciudad resultaba completamente visible desde lo alto de la colina y Alejandro desmontó del caballo, imitado enseguida por sus compañeros. El espectáculo que se ofrecía era magnífico. Una vasta cuenca natural, verdeante de olivos y punteada aquí y allá por las negras llamas de los cipreses, descendía gradual y suavemente como un teatro hasta el imponente recinto amurallado que cerraba hacia el norte y hacia el este la parte habitada, interrumpida tan sólo por la enorme herida rojiza de la trinchera mandaba excavar por Memnón a unos doscientos pies de distancia de la base de la muralla.

A la izquierda estaba la acrópolis con sus santuarios y estatuas; en aquel preciso momento, el humo de un sacrificio ascendía del altar hacia el cielo límpido, para implorar a los dioses la gracia de derrotar al enemigo.

-También nuestros sacerdotes han ofrecido un sacrificio -observó Crátero-. Me preguntó a quién van a escuchar los dioses. Alejandro se volvió hacia él.

-Al más fuerte.

-Las máquinas no conseguirán nunca acercarse a esa zanja -intervino Tolomeo-. Y desde aquella distancia no conseguiremos abatir las murallas.

-Seguro que no -hubo de admitir Alejandro-. Primero habrá que rellenar la zanja.

-¿Rellenar la zanja? -preguntó Hefestión-. ¿Tienes idea de cuánto...?

-Comenzaremos enseguida -continuó Alejandro sin pestañear-. Coge a todos los hombres hábiles y llena la zanja. Nosotros os cubriremos con lanzamientos de catapultas sobre los adarves. De eso se en-

cargará Crátero. ¿Qué noticias existen de nuestras máquinas de guerra?

-Han sido desembarcadas en un pequeño abrigo de la costa a quince estadios de nuestro campamento. El montaje está en gran parte completado. Pérdicas las está trayendo aquí.

El sol comenzaba a declinar sobre el horizonte en dirección al mar, justo en medio de los dos torreones que vigilaban la entrada del puerto, y sus rayos inundaban el gigantesco Mausoleo que se erguía en el centro de la ciudad cubierto por un baño de oro fundido. En el vértice de la gran pirámide, la cuadriga de bronce hubiérase dicho a punto de dar un salto al vacío, de lanzarse al galope entre las nubes púrpuras del ocaso. Algunas barcas de pescadores regresaban a puerto en aquel momento a velas desplegadas; parecían un rebaño que regresara al redil antes de que se hiciera de noche. De ahí a poco se llenarían las cestas con los melocotones de la estación y llegarían a las mesas donde las familias se preparaban para la cena.

La brisa del mar soplaba entre los troncos seculares de los olivos y a lo largo de los senderos que serpenteaban por las colinas: los pastores y los campesinos regresaban tranquilos a sus casas, los pájaros a sus nidos. El mundo estaba a punto de amodorrarse en la paz de la noche.

-Hefestión -dijo el rey.

-Aquí me tienes.

-Haz que se preparen también los turnos de noche para los zapadores. No paréis en ningún momento, como cuando tallamos la escalera en el monte Ossa. No paréis ni aunque

llueva o granice, trabajad sin interrupción. Quiero también que sean preparadas techumbres móviles para resguardar a los zapadores. Haz construir luego utensilios para los herreros, pues van a hacer falta, ya que las máquinas deberán estar en posición dentro de cuatro días y cuatro noches como máximo.

-¿No es mejor comenzar mañana?

-No. Ahora. Y cuando se haga de noche emplearéis la luz de las teas o encenderéis hogueras. No es una labor de precisión. Lo único que deberéis hacer es palear la tierra dentro de la zanja. No iremos a cenar antes de haber emplazado las balistas e iniciado los trabajos.

Hefestión asintió y volvió al galope hacia el campamento. Poco después, una larga fila de hombres con azadas, palas y picos, seguida por carros tirados por bueyes, se dirigía hacia la zanja. A su lado avanzaban las balistas tiradas por parejas de mulos: eran arcos gigantescos hechos de láminas de madera de roble y de fresno, capaces de arrojar saetas de hierro a quinientos pies de distancia. Crátero las hizo poner en posición y, apenas un grupo de arqueros enemigos comenzó a disparar flechas desde lo alto de las murallas, dio orden de responder al lanzamiento: una salva de pesados dardos hizo que los adarves quedaran vacíos.

-¡Podéis comenzar a trabajar! -gritó, mientras sus hombres se apresuraban a rearmar las balistas.

Los zapadores se arrojaron dentro de la zanja, volvieron a salir del otro lado hacia el terraplén y se pusieron a arrojar tierra dentro de la gran trinchera que se abría a sus espaldas. Les protegía el propio terraplén, por lo que no había necesidad, al menos en aquella fase de los trabajos, de protegerlos con ninguna techumbre. Cratero, cuando comprendió que estaban ya en lugar seguro, hizo apuntar las balistas contra la puerta llamada de Mílasa y contra la poterna de levante, por si los asediados intentaban alguna salida inesperada contra los zapadores.

Hefestión dio orden a otros grupos de subir hacia las colinas con sierras y hachas, pues iban a necesitar leña para iluminar el campo de trabajo durante la noche. La enorme empresa dio comienzo.

En ese momento, Alejandro se dirigió hacia el campamento e invitó a sus compañeros, pero había dado orden de que le informaran a cada hora del avance de los trabajos y de la evolución de la situación.

Transcurrió la noche sin incidentes y prosiguió la labor, tal como el soberano había ordenado, sin que los enemigos pudieran hacer nada para impedirla.

Al cuarto día sectores lo suficientemente amplios de la trinchera habían sido llenados y allanados, de manera que las maquinas pudieron avanzar hasta las murallas.

Eran las mismas que el rey Filipo había utilizado en Perinto: torres de hasta ochenta pies de altura que hacían salir, a distintos niveles, arietes basculantes manejados por cientos de hombres resguardados en su interior. Muy pronto en el gran arco del valle resonó el eco del fragor acompasado de las cabezas reforzadas de hierro que batían sin descanso el recinto amurallado, mientras los zapadores seguían llenando la zanja.

Los defensores no habían previsto que la enorme trinchera pudiera ser llenada en tan breve espacio de tiempo y no consiguieron contrarrestar la labor de las máquinas: al cabo de siete días se abrió una brecha; una parte considerable de los bastiones que flanqueaban la puerta de Mílasa estaba ya derruida. Alejandro lanzó a sus tropas de asalto sobre el montón de escombros para que se abrieran camino hacia el interior de la ciudad, pero Memnón había formado ya un gran número de defensores y repelió el intento sin demasiados problemas.

En los días siguientes, los arietes continuaron batiendo las murallas para ensanchar la brecha, mientras las balistas y las catapultas se acercaban para tener a tiro a los defensores con nutridos lanzamientos. La victoria parecía casi al alcance de la mano y Alejandro reunió al alto mando en su tienda para organizar el asalto final.

Bajo la muralla quedaban únicamente las tropas de servicio de las máquinas de guerra y un cierto número de centinelas avanzados, separados a intervalos regulares a lo largo de la línea de los bastiones.

Era una noche de luna y los centinelas se daban voces unos a otros para mantenerse en

Librodot

contacto en la oscuridad; pero también Memnón estaba a la escucha. Envuelto en su manto, estaba inmóvil en el adarve escrutando hacia abajo, la oscuridad, con el oído aguzado para captar las llamadas.

Habían desembarcado algunos días antes unos nobles macedonios amigos de Átalo y de la difunta reina Eurídice, venidos a prestar su ayuda a los habitantes de Halicarnaso contra Alejandro.

Memnón se acordó de repente de ellos y ordenó a su ayuda de campo, que aguardaba en la sombra, que les mandara llamar enseguida. La noche estaba tranquila: una ligera brisa marina disipaba el calor abrasador de la larga jornada de finales de primavera y el comandante levan-taba de vez en cuando los ojos a la inmensa bóveda estrellada que se curvaba hasta el extremo horizonte oriental. Pensaba en Barsine y en la última vez que la había visto, desnuda en el lecho, abrirle los brazos mientras le miraba fijamente con ojos de fuego; la echó de menos en aquel momento, con una punzada aguda, dolorosa.

Hubiera querido poder enfrentarse a Alejandro en duelo, convencido de que el deseo habría imprimido a sus golpes una fuerza devastadora, irresistible. Le hizo volver a la realidad la voz de su ayuda de campo.

-Comandante, los hombres que has hecho venir se encuentran aquí.

Memnón se volvió y vio que los macedonios se habían presentado arma dos y en uniforme de combate. Les hizo una señal de que se acercaran.

-Aquí nos tienes, Memnón -dijo uno de ellos-. Estamos listos. Sólo tienes que mandar.

-¿Oís esas llamadas?

Los hombres aguzaron el oído.

-Por supuesto. Son los centinelas de Alejandro.

-Bien. Ahora despojaos de la armadura y quedaos solamente con la espada y el puñal, pues deberéis moveros con gran agilidad en la oscuridad, y sin hacer ruido. Lo que quiero es lo siguiente. Saldréis por la poterna y cada uno de vosotros tratará de localizar a un centinela. Reptaréis por su espalda y les quitaréis de en medio, pero inmediatamente después os pondréis en su lugar y responderéis a las llamadas. Tenéis el mismo acento y la misma pronunciación, por lo que nadie notará nada.

»Tan pronto como hayáis tomado el control de un tramo de la línea de guardias, haréis una señal, el canto del búho, y nosotros mandaremos una sección de asalto con antorchas y flechas incendiarias para quemar las máquinas. ¿Habéis entendido bien?

-Muy bien. Confía en nosotros.

Los macedonios se apartaron y poco después, despojados de las armaduras, descendieron por la escala hasta el camino cubierto que conducía a la poterna. Cuando se encontraron al aire libre, se separaron y reptaron por el terreno en dirección a los centinelas.

Memnón esperó en silencio en el adarve, mirando en dirección a las grandes torres de asalto que se alzaban como gigantes en la oscuridad. En un determinado momento, le pareció reconocer la voz de un centinela: tal vez una parte de la misión estaba ya conseguida. Pasó otro rato y se oyó, primero quedo, y luego mas fuerte y claro, el reclamo del búho llegar de un punto situado a igual distancia entre ambas torres de asalto.

Bajó entonces a toda prisa las escaleras y se reunió con la sección que se preparaba para la incursión.

-¡Cuidado! Si salís así, con las antorchas encendidas, pronto seréis vistos y parte de la ventaja se perderá. Mi plan es el siguiente. Deberéis acercaros en silencio al punto en que los nuestros han sustituido a los centinelas macedonios, allí abajo, entre las dos torres de asalto, y permaneceréis escondidos hasta que un segundo grupo lleve un brasero tapa-do y unas ánforas llenas de bitumen; entonces haréis sonar las trompas con el máximo aliento que tengáis en vuestras gargantas y tomaréis al asalto a la guarnición macedonia, mientras los demás prenden fuego a las torres.

»Los macedonios creen que casi han vencido y no esperan ser atacados en este momento. Nuestra salida tendrá un éxito rotundo. Y ahora, id.

Los hombres se encaminaron hacia la poterna y, uno tras otro, salieron al aire libre

Librodot

seguidos por el grupo que llevaba una alcuza con asas y las ánforas llenas de bitumen. Memnón se quedó observándoles hasta que el último de ellos hubo desaparecido y la puerta de hierro se hubo cerrado; luego atravesó a pie la ciudad, en dirección a su casa. Lo hacía casi todas las noches para pasar inadvertido en medio de la gente, escuchar lo que decían, darse cuenta de su estado de ánimo. La casa en la que vivía se alzaba en las pendientes de la acrópolis, y se llegaba a ella subiendo primero una escalinata y luego recorriendo un camino estrecho y pronunciado.

Un siervo le esperaba con un velón encendido y le abrió la puerta que

daba al patio, acompañándole luego hacia el portal de entrada. Memnón se dirigió a su dormitorio de la planta superior, donde las doncellas le había preparado la pila del agua caliente. Abrió la ventana y aguzó el oído: un sonido de trompa había desgarrado de repente el silencio de la noche, por la parte nordoriental de las murallas. El asalto había comenzado.

Una de las doncellas se acercó:

- ¿Quieres tomar un baño, mi señor?

Memnón no respondió y esperó hasta que vio un resplandor rojizo y luego una columna de humo subir remolineando en el cielo. En ese instante se volvió y se desató la armadura.

- Sí -dijo.

25

El hombre entró jadeando en la tienda.

- ¡Señor! -gritó-. ¡Una salida! ¡Están ardiendo las torres de asalto!

Alejandro se puso en pie de un salto y le agarró por los hombros.

-Pero ¿qué estás diciendo? ¿Es que estás loco?

- Nos han sorprendido, rey, han dado muerte a los centinelas y han conseguido pasar. Tenían ánforas llenas de bitumen y no conseguimos apagar el fuego.

Alejandro le empujó a un lado y corrió afuera.

-¡Rápido! Dad la alarma, haced salir a todos los hombres disponibles. ¡Crátero, la caballería! ¡Hefestión, Pérdicas, Leonato, mandad a los tracios y a los agrianos, rápido!

Saltó sobre el primer caballo que encontró y se lanzó a toda velocidad hacia la línea de las murallas. El incendio era ya bien visible y distinguíanse claramente dos columnas de llamas y de humo que subían remolineando en densas volutas hacia el negro cielo. Cuando estuvo detrás de la trinchera, sintió el ruido del combate que se recrudecía ante cada una de las cinco torres de asalto.

En pocos instantes, la caballería pesada de Crátero y la ligera de los tracios y de los agrianos le alcanzaron y le adelantaron presentando inmediatamente batalla a los atacantes, que fueron obligados a retroceder y a buscar salvamento por la poterna. Pero dos torres estaban ya perdidas: completamente envueltas por el fuego, se vinieron abajo una tras otra con gran fragor, desprendiendo un remolino de pavesas y de llamas que devoraron en poco rato cuanto quedaba de las grandes máquinas de guerra.

Alejandro desmontó y se acercó a la gigantesca hoguera: muchos de

sus soldados estaban muertos, y saltaba a la vista que habían sido sor-prendidos mientras dormían porque no llevaban la armadura. Hefestión le alcanzó poco después.

- Les hemos repelido. ¿Y ahora?

-Recoged a los caídos -repuso el rey con expresión sombría-y reconstruid inmediatamente las máquinas destruidas. Mañana reanudaremos el asalto con las que nos quedan.

Llegó también el comandante de las tropas de servicio de las máquinas, vejado y con la cabeza gacha.

- Es culpa mía. Castígame si quieres, pero no castigues a mis hombres, pues han hecho lo que han podido.

- Las bajas que has sufrido son suficiente castigo ya para un comandante -replicó Alejandro-. Ahora hay que averiguar cuál ha sido la negligencia. ¿Es que no había nadie controlando que la línea de guardia estuviera alerta?

- Parece imposible, rey, pero poco antes de que desencadenasen el ataque he hecho mi ronda de inspección y he escuchado las llamadas de los centinelas. Había dado orden de utilizar el más puro dialecto macedonio para no tener sorpresas...

- ¿Y entonces?

- Es lo que he oído, llamadas en puro dialecto macedonio, aunque no me creas.

Alejandro se pasó una mano por la frente.

- Te creo, pero a partir de ahora deberemos tener presente que el adversario que tenemos delante es el más artero y temible que hayamos encontrado nunca. Desde mañana redobla los centinelas y cambia el santo y seña a cada turno de guardia. Ahora recoge a los caídos y haz transportar a los heridos al campamento. Filipo y sus cirujanos se cuidarán de ellos.

- Haré exactamente lo que has ordenado y te juro que nada de esto sucederá nunca más, aunque tenga que montar yo la guardia personal-mente.

- No importa -rebatió Alejandro-. Haz más bien que los de la flota te enseñen cómo se proyecta de noche la luz con un escudo bruñido.

El comandante asintió, pero su atención se había visto atraída en aquel momento por una figura que daba vueltas en torno a las hogueras de las máquinas quemadas y se inclinaba de vez en cuando hacia el suelo, como si observara algo.

- ¿Quién es ése? -preguntó.

Alejandro miró a su vez en la dirección que le habían indicado y reconoció al hombre mientras se paseaba por la parte de la reverberación de las llamas.

- No te preocupes, es Calístenes. -Y mientras espoleaba el caballo en dirección a él, gritó al comandante-: ¡Cuidado! ¡Si sucediera de nuevo, la próxima vez las pagarás todas juntas!

Llegó luego al lado de Calístenes que se había inclinado de nuevo a observar a uno de los caídos, sin duda un centinela, ya que llevaba la armadura completa.

- ¿Qué estás mirando? -preguntó el soberano saltando a tierra.

- Es de puñal -replicó Calístenes-. Es una herida de puñal. Un golpe seco en la nuca. Y allí hay otro en idénticas condiciones.

-Así pues, también los autores de la incursión eran macedonios.

- ¿Qué tiene que ver esto con la utilización del puñal?

- El comandante de guardia esta noche ha dicho que todos los centinelas, hasta el último momento, han respondido a las llamadas en dialecto macedonio.

- ¿Te asombra? Tienes sin duda muchos enemigos en tu propia patria, gente que se sentiría dichosa de verte humillado y destruido. Y alguno de ellos habrá llegado también hasta Halicarnaso, pues el viaje desde Therma no es tan largo.

- ¿Cómo es que estás aquí a estas horas?

- Soy un historiador. Observar las cosas con los propios ojos es algo esencial para quien aspira a ser un buen testigo de los acontecimientos.

- Así pues, ¿Tucídides es tu modelo? Nunca lo hubiera dicho. Semejante rigor escrupuloso no se aviene contigo, te gusta demasiado la buena vida.

- Tomo lo que me sirve donde puedo encontrarlo, y en todo caso debo saber todo lo que es preciso saber. Decidiré yo qué callar, qué contar y cómo hacerlo. Este es el privilegio de un historiador.

-Y sin embargo hay cosas que suceden en este momento y de las que no tienes ni idea. Mientras que yo sí.

- ¿Y cuáles son, si puede saberse?

- Los planes de Memnón. Me doy cuenta de que él ha estudiado todo lo que he hecho y

acaso también todo lo que hizo mi padre Filipo. Y esto le permite anticipársenos.

- Y según tú, ¿en qué debe estar pensando ahora?

- En el asedio de Perinto.

Calístenes habría querido hacerle otras preguntas, pero Alejandro le dejó en compañía del cadáver que yacía a sus pies, saltó a caballo y se alejó, mientras los últimos restos de las dos torres se desplomaban des-

prendiendo una llamarada de fuego y un torbellino de humo que el viento dispersó.

Las máquinas fueron reconstruidas no sin esfuerzo, utilizando los troncos nudosos y durísimos de los olivos, y las operaciones de guerra se estancaron. Memnón, que buscaba regularmente su reavituallamiento por mar, no tenía ninguna prisa en arriesgarse a una salida, y Alejandro no quería utilizar las restantes máquinas sin antes haberlas revisado una por una, porque habían sido dañadas también por incendios menores.

Lo que más le preocupaba eran los ruidos procedentes de la ciudad: ruidos inconfundibles, muy parecidos a los que hacían sus carpinteros ocupados en la reconstrucción de las máquinas.

Cuando finalmente volvieron a ponerse las nuevas torres en posición y los arietes ensancharon la brecha, se encontró frente a lo que se había temido: un nuevo bastión semicircular que unía entre sí los segmentos aún intactos de las murallas.

- Lo mismo sucedió en Perinto -recordó Parmenión cuando vio la fortificación improvisada alzarse como una burla detrás de la brecha abierta por los arietes.

-Y la cosa no acaba aquí -intervino Cratero-. Si queréis seguirme...

Treparon a una de las torres, la más apartada hacia el lado de levante, y desde allí pudieron observar lo que estaban preparando los sitiados: una gigantesca estructura cuadrangular de madera hecha de grandes maderos cuadrados, unidos horizontal y transversalmente.

- No tiene ruedas -dijo Crátero-. Está fijada en el suelo.

-No tienen necesidad de ruedas -explicó Alejandro-. Quieren tener a tiro la brecha. Cuando intentemos entrar, nos arrojarán encima una lluvia de dardos, nos harán pedazos.

-Memnón es un hueso duro de roer -comentó Parmenión-. Te había puesto en guardia, señor.

Alejandro se volvió sin disimular un gesto de fastidio.

- Haré pedazos las murallas, el bastión y también esa maldita torre de madera, general, quiera o no Memnón. -Luego se volvió hacia Crátero-. Mantén bajo estrecha vigilancia la torre y tenme informado de todo cuanto hagan.

Bajó deprisa las escaleras, montó a caballo y regresó al campamento.

La brecha fue de nuevo ensanchada, pero a cada asalto de los macedonios Memnón respondía con un contraataque y, por si fuera poco,

había formado unas líneas de arqueros sobre el nuevo bastión, que disparaban contra los atacantes. La situación era casi de tablas, mientras que el sol estival se hacía cada día más intenso y las reservas de Alejandro más exiguas.

Una noche tocaba a Pérdicas y a sus oficiales mantener la defensa detrás de la brecha. Aquella noche había llegado vino de Éfeso, un regalo de la administración de la ciudad para Alejandro, y el rey había hecho repartir una cierta cantidad entre sus oficiales.

Desde hacía tiempo no llegaba uno tan bueno: Pérdicas y los suyos se excedieron y a eso de medianoche estaban todos más bien achispados. Uno de ellos magnificaba la belleza de las mujeres de Halicarnaso, de las que había oído hablar a un mercader en el campamento, y los otros comenzaron a excitarse, a decir baladronadas y a desafiarse unos a otros a resolver aquel asedio de una vez por todas mediante un golpe de mano.

Pérdicas salió de la tienda y miró la maldita abertura en la que ya tantos valientes soldados macedonios habían dejado su vida. En aquel momento, el soplo de la brisa del mar le despejó el cerebro: se volvió a ver al pie de las murallas de Tebas atravesando con ímpetu la

Librodot

puerta de la ciudad, con sus hombres, y resolviendo el asedio.

Pensó en Cleopatra y en la noche cálida y profunda en que ella le había recibido en su lecho. Una noche como aquélla.

Pensó que la victoria era posible, después de todo, cuando la determinación era más fuerte que las adversidades, y como todos los ebrios se sintió invencible y capaz de hacer realidad sus sueños. Y en su sueño veía a Alejandro formando al ejército en su honor y haciendo declamar por medio de los heraldos un encomio solemne para el conquistador de Halicarnaso.

Regresó a la tienda con expresión trastornada y dijo a media voz, de modo que sólo los más próximos pudieron oírle:

-Reunid a los hombres; vamos a atacar el bastión.

26

-¿He oído bien? ¿Has dicho que vamos a atacar el bastión? -preguntó uno de sus oficiales.

- Has oído perfectamente -repuso Pérdicas-. Y esta misma no-che todos verán si tienes de verdad los redaños que siempre dices tener. Todos se echaron a reír a carcajada limpia.

- Entonces, ¿vamos? -gritó otro.

Pérdicas estaba increíblemente serio en su embriaguez.

-Reunid a vuestras secciones, apenas tengáis tiempo de hacerlo. Un farol izado sobre mi tienda será la señal. Haced avanzar las escalas, los ganchos y las cuerdas, pues atacaremos a la vieja manera, en silencio, sin torres de asalto ni disparos de catapulta. ¡Vamos, moveos!

Los compañeros le miraron, entre la estupefacción y la incredulidad, y luego obedecieron porque el tono de Pérdicas no admitía réplica y menos aún su mirada. Poco después el farol subía hasta lo más alto de su tienda y todos se acercaron en apretadas filas, sin hacer ruido, hasta el punto en que el recinto amurallado, completamente demolido, dejaba entrever el bastión de refuerzo construido más hacia adentro, como una especie de arco de empalme.

- Manteneos al resguardo de los muros que siguen en pie hasta el último momento -ordenó Pérdicas-, y luego, a una señal mía, lanzaos al asalto. Tenemos que sorprender a los centinelas de ronda antes de que las tropas de refuerzo tengan tiempo de acudir. Apenas hayamos tomado el adarve, haremos sonar la alarma con las trompas a fin de hacer acudir al rey y a los demás comandantes. ¡Y ahora, adelante!

Los oficiales transmitieron la orden y las tropas avanzaron en la oscuridad hasta encontrarse a ambos lados de la brecha; luego se lanzaron a la carrera hacia la base del bastión que se alzaba en el interior, a una distancia de cien pasos aproximadamente. Pero mientras se aprestaban para la escalada apoyando las escalas y haciendo molinetes con los ganchos de lanzamiento, el silencio de la noche se vio roto de pronto por unos agudos toques de trompa, gritos de llamada y fragor de armas.

El adarve apareció atestado de soldados; otros guerreros en orden de batalla salieron como torrentes en crecida por la poterna y por la puerta de Mílasa, sorprendiendo por la espalda a las secciones de Pérdicas y aplastándolas contra el bastión, del que comenzaban a llover dardos cual granizo.

-¡Oh, dioses! -exclamó uno de los oficiales-. Hemos caído en una trampa. ¡Da la alarma, Pérdicas, da la alarma! ¡Llama en ayuda al rey!

- ¡No! -gritó Pérdicas-. Podemos aún conseguirlo. Vosotros rechazad el ataque por ese lado, mientras nosotros escalamos las murallas.

-¡Estás loco! -vociferó más fuerte el oficial-. Pero si los tenemos ya encima. ¡Da la

alarma o lo haré yo, maldición!

Pérdicas miró a su alrededor, perdido, y el instinto de conservación hizo correr por sus venas un flujo de fuego. Su mente reaccionó de golpe a la embriaguez y vio que iba a tener que hacer frente a un desastre inminente.

- ¡Todos detrás de mí! -ordenó-. ¡Todos detrás de mí! Nos abriremos camino hasta el campamento. ¡Trompa, la alarma! ¡La alarma!

El sonido de la trompa perforó el aire detenido de la noche estival, repitió su eco en las paredes de la vasta cuenca y repercutió hasta el campamento de Alejandro como un largo lamento.

- ¡La trompa de alarma, rey! -gritó uno de la guardia irrumpiendo en la tienda real-. Proviene del bastión.

Alejandro saltó del catre y echó mano a la espada.

- Es Pérdicas. Ese bastardo se ha metido en líos. ¡Hubiera tenido que suponérmelo!

Corrió afuera gritando:

- ¡A caballo! ¡A caballo, Pérdicas está en peligro!

Y se lanzó él mismo al galope seguido de la guardia, que estaba siempre en orden de combate, a cualquier hora del día o de la noche.

Mientras tanto Pérdicas se había puesto a la cabeza de sus hombres y avanzaba combatiendo furiosamente para abrirse camino hacia el espacio abierto, pero las tropas enemigas se habían atrincherado a sus espaldas en la brecha y estaban en mejores condiciones, combatiendo desde una posición ventajosa, mientras que los macedonios tenían que trepar entre los bloques de piedra y los escombros de la vasta ruina.

La trompa continuaba con sus agudas y angustiosas llamadas, mientras que Pérdicas, con las manos y las rodillas ensangrentadas, alcanzaba la abertura y luchaba entre las filas enemigas con el valor y la fuerza de la desesperación.

Cuando el galope de la caballería de Alejandro se dejó oír, había abierto ya un pasadizo y se llevaba consigo a sus hombres por el otro lado de la ruina, abajo, hacia el campamento.

Las tropas de Memnón formaron una piña y plantaron cara, de espaldas al bastión. El terreno estaba ya sembrado de cadáveres de soldados macedonios, arrastrados por el ardor irresponsable de su comandante a un asalto suicida.

Alejandro se paró de repente delante de él, como alumbrado por la noche: la luz de las antorchas le iluminaba el rostro con un intenso reflejo sanguinolento y los cabellos le ondeaban a los lados como las crines de un león.

- ¿Qué has hecho, Pérdicas, qué has hecho? ¡Has conducido a tus soldados a una carnicería!

Pérdicas cayó de rodillas, destrozado por el cansancio y la desesperación. La caballería de Alejandro tomó posición para hacer frente a un eventual ataque enemigo. Pero los veteranos de Memnón se detuvieron en lo alto de la brecha, hombro con hombro, en apretada formación, a la espera de un movimiento del adversario.

- Esperaremos al amanecer -decidió Alejandro-. Moverse ahora sería demasiado peligroso.

- ¡Dame otras tropas y déjame intervenir, permíteme redimirme, Alejandro! -gritó Pérdicas fuera de sí.

-No -repuso el rey con voz firme-. No añadamos un error a otro error. No te faltarán ocasiones para redimirte.

Y así esperaron en silencio durante el resto de la noche. De vez en cuando la oscuridad era rasgada por una flecha incendiaria disparada por los enemigos para iluminar el espacio de delante de la brecha. La llama surcaba el cielo como un meteoro y se clavaba en el suelo con un chisporroteo.

Al rayar el día, el soberano ordenó a Pérdicas que tocara a llamada para ver cuántos de sus soldados estaban muertos o dispersos. De dos mil hombres que había llevado consigo al asalto, únicamente mil setecientos respondieron. Los restantes habían caído en la emboscada y sus cadáveres yacían ahora insepultos entre la brecha y el bastión.

Librodot

El rey mandó un heraldo a pedir parlamentar con Memnón.

-Tengo que negociar la devolución de los cadáveres -le explicó.

El heraldo escuchó las proposiciones del rey, luego cogió un paño blanco, montó a caballo y se dirigió hacia las líneas enemigas, precedido por tres toques de trompa pidiendo tregua.

De la brecha respondieron otros tres toques y el hombre avanzó lentamente, al paso, hasta la base de las ruinas.

Transcurrió un rato y un segundo heraldo descendió a pie desde lo alto de la brecha: era un griego de las colonias, con fuerte acento dórico, probablemente de Rodas.

-El rey Alejandro solicita negociar la restitución de los cuerpos de sus soldados caídos -dijo el heraldo macedonio- y pide conocer las condiciones exigidas por vuestro comandante.

- No estoy facultado para exponerte ninguna condición -repuso el interlocutor-; no obstante el comandante Memnón está dispuesto a encontrarse con tu rey en persona, inmediatamente después de la puesta de sol.

-¿Dónde?

-Abajo. -El griego señaló una higuera silvestre que crecía cerca de una tumba monumental al lado del camino que desde la puerta de la ciudad discurría en dirección a Mílasa-. Pero deberéis hacer retroceder a vuestro ejército un estadio, pues el encuentro deberá tener lugar exactamente a mitad de camino de las dos formaciones. El comandante Memnón no llevará ninguna escolta, y lo mismo se espera del rey Alejandro.

- Repetiré tus palabras -replicó el heraldo macedonio- y, si no estoy enseguida de vuelta, ello quiere decir que el soberano acepta.

Montó a caballo y se alejó. El griego aguardó un rato, luego escaló nuevamente la ruina y desapareció entre las filas de los veteranos.

Alejandro hizo retroceder a su ejército y se cerró en su tienda en espera de la puesta del sol. Durante el resto de la jornada no probó la comida ni bebió vino. Sentía aquella derrota como si la hubiera sufrido personalmente, y la formidable capacidad de Memnón de devolver golpe por golpe y con fuerza espantosa le humillaba duramente y le hacía sentir por primera vez en su vida una frustrante sensación de impotencia y de profunda soledad.

Los triunfos que le habían acompañado hasta aquel momento parecían lejanos y casi olvidados: Memnón de Rodas era una roca que bloqueaba su avance, un obstáculo que, con el paso del tiempo, le parecía cada vez más insuperable.

Había dado orden a su guardia de no dejar entrar a nadie y ni siquiera Leptina se le había acercado durante aquellas horas. Estaba ya habituada a leer en su mirada, a ver, en el fondo de sus ojos, luces y sombras, como en un cielo tempestuoso.

Pero cuando faltaba ya poco para la puesta del sol y Alejandro se estaba preparando para el encuentro con su enemigo, el ruido de un altercado llegó hasta él e inmediatamente después Pérdicas hizo irrupción en el interior, en vano retenido por los guardias.

Alejandro hizo una señal y los guardias se retiraron.

- ¡Merezco morir! -exclamó Pérdicas fuera de sí-. He causado la muerte de muchos bravos soldados, be arrojado el deshonor sobre el ejército y te he obligado a un trato humillante. ¡Mátame! -gritó ofreciéndole su espada.

Tenía la mirada perdida, los ojos enrojecidos y hundidos. Alejandro no le había visto en aquel estado desde el asedio de Tebas. Le miró fija-mente sin parpadear, luego le indicó un asiento.

- Siéntate.

Pérdicas seguía alargándole la espada con las manos sacudidas por un temblor convulso.

-Te he dicho que te sientes -ordenó de nuevo Alejandro con un tono de voz más alto y firme.

El amigo se dejó caer en la silla y la espada se le cayó de las manos.

- ¿Por qué has lanzado el ataque? -preguntó Alejandro.

- Había bebido, habíamos bebido todos... La empresa me parecía
posible, es más, segura.

- Porque estabas borracho. Cualquier hombre en su sano juicio habría comprendido que era un suicidio, de noche y en ese terreno.

-No había nadie en los glacis. Un silencio absoluto. No había centinelas.

-Y tú caíste. Memnón es el más formidable adversario que podía cruzarse en nuestro camino, ¿entendido? ¿Has entendido? -gritó. Pérdicas asintió-. Memnón no es sólo un combatiente valeroso, sino también un hombre de una extraordinaria astucia e inteligencia que nos observa día y noche, espiando todas nuestros descuidos, pasos en falso, movimientos temerarios. Luego golpea con fuerza devastadora.

»Aquí no estamos en un campo de batalla donde podamos desplegar la superioridad de nuestra caballería o desencadenar el poderío de la falange. Tenemos enfrente una ciudad rica y poderosa, un ejército bien adiestrado que cuenta con la ventaja de su posición y que no sufre ninguna privación por el asedio. Nuestra única posibilidad es abrir una brecha lo suficientemente amplia en el recinto amurallado como para conseguir desbaratar las defensas de los veteranos de Memnón. Y esto puede hacerse únicamente a plena luz del día.

»Es nuestra fuerza contra la de ellos, nuestra inteligencia contra la suya, nuestra prudencia contra la de ellos. Nada más. ¿Sabes qué vamos a hacer ahora? Removeremos los escombros, apartaremos los bloques de piedra de la brecha hasta dejar completamente libre el terreno; luego haremos avanzar las máquinas contra el bastión redondo y lo echa-remos abajo. Si levantan otro, abatiremos también éste, hasta que los hayamos empujado hasta el mar. ¿Has entendido, Pérdicas?

»Y hasta ese momento, obedecerás mis órdenes y sólo ellas. La pérdida de tus soldados es ya suficiente castigo. Ahora haré que te devuelvan sus cuerpos. Serás tú, con tu sección, el encargado de rendir las honras fúnebres, de aplacar con sacrificios sus almas resentidas. Día llegará en que podrás pagarles la deuda que tienes contraída con ellos. Ahora yo te ordeno que vivas.

Recogió la espada y se la entregó.

Pérdicas la envainó y se alzó para irse. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

27

El hombre que estaba delante de él tenía el rostro cubierto por un yelmo corintio, iba equipado con una coraza de chapa de bronce decorada en plata y llevaba la espada colgada de un talabarte de malla. De los hombros le pendía un manto de lino azul que el viento del ocaso hinchaba como una vela.

Alejandro estaba, en cambio, con la cabeza descubierta y había llegado a pie, sujetando a Bucéfalo del ronzal. Dijo:

- Soy Alejandro, rey de los macedonios, y he venido para negociar el rescate de mis soldados caídos.

La mirada del hombre relampagueó en la sombra de la celada y Alejandro reconoció por un instante el brillo de aquellos ojos que Apeles había conseguido captar en su dibujo. Su voz resonó metálica en la cavidad del yelmo:

- Soy el comandante Memnón.

- ¿Qué pides para devolverme los cuerpos de mis guerreros?

- Únicamente la respuesta a una pregunta.

Alejandro le miró asombrado.

-¿A qué pregunta?

Memnón dejó traslucir un segundo de incertidumbre y Alejandro presintió que le preguntaría por Barsine, porque un hombre como él tenía que tener informadores en todas partes y era casi seguro que, sabiendo todo lo que había sucedido, se torturara desde hacía

tiempo en medio de la duda.

Pero no fue aquélla la pregunta.

-¿Por qué has traído la guerra a estas tierras?

-Los persas fueron los primeros en invadir Grecia. Yo estoy aquí para vengar la destrucción de nuestros templos y de nuestras ciudades, para vengar a nuestros jóvenes caídos en Maratón, en las Termópilas, en Platea.

- Mientes -replicó Memnón-. No te importan nada los griegos y a ellos no les importas nada tú. Dime la verdad. No le hablaré de ello a nadie.

El viento aumentó de intensidad y envolvió a ambos guerreros en una nube de polvo rojizo.

-He venido para construir el más grande reino que se haya visto jamás en la tierra. Y no me detendré hasta haber alcanzado las olas del Océano del fin del mundo.

- Es lo que me temía -asintió Memnón.

- ¿Y tú? No eres un rey, no eres ni siquiera persa. ¿A qué tanta obstinación?

- Porque odio la guerra. Y odio a los jóvenes alocados y desconsiderados que, como tú, quieren conquistar la gloria a costa de ensangrentar el mundo. Yo te haré morder el polvo, Alejandro. Te obligaré a volver a Macedonia, a morir de una puñalada como tu padre.

El soberano no reaccionó ante la provocación.

- No habrá nunca paz mientras haya fronteras y barreras, lenguas y costumbres distintas, divinidades y creencias diferentes. Deberías unirte a mí.

- No es posible. Tengo una sola palabra, y una sola convicción.

- Entonces vencerá el mejor.

- No hay ni que decirlo. La suerte es ciega.

- ¿Me devolverás a mis muertos?

-Puedes cogerlos.

-¿Cuánto me concedes de tregua?

-Hasta el cambio del primer turno de guardia.

-Será suficiente. Te estoy agradecido.

El comandante enemigo agachó la cabeza en señal de asentimiento.

- Adiós, comandante Memnón.

- Adiós, rey Alejandro.

Memnón le volvió la espalda y se encaminó hacia el lado norte de las murallas. Una poterna se abrió y su manto azul desapareció en la oscuridad de aquella abertura. Inmediatamente después, la pesada puerta con refuerzos de hierro se cerró tras él con un largo crujido.

Alejandro regresó al campamento e hizo una indicación a Pérdicas de que fuera a recoger a sus muertos.

Los porteadores los recogieron uno por uno y los entregaron a los sacerdotes y a sus acólitos para que les arreglasen y preparasen para las exequias.

Se alzaron a continuación grandes piras y en cada una de ellas fueron depositados los cuerpos de veinte hombres, embutidos en la armadura, lavados, peinados y perfumados.

Las secciones de Pérdicas montaron la guardia de honor, gritando a grandes voces los nombres de cada uno de los caídos cada vez que eran llamados por su comandante. Por último las cenizas fueron recogidas en urnas en las que fueron depositadas asimismo las espadas de los muertos, candentes por la pira y luego dobladas ritualmente. Las urnas fueron finalmente selladas y diferenciadas mediante un cartelito que indicaba el nombre, la familia y el lugar de nacimiento de cada difunto.

Al día siguiente fueron cargadas en una nave y llevadas a Macedonia, al objeto de que descansaran para siempre en la tierra de sus antepasados.

Entretanto, protegidos por el lanzamiento de las balistas, los zapadores habían comenzado a apartar las ruinas de la brecha para hacer avanzar las máquinas hasta debajo del bastión. Alejandro observaba desde lo alto de una colina las operaciones y vio que en el interior de la ciudad se alzaba al mismo tiempo la gigantesca torre de madera que Memnón

había mandado erigir.

Eumenes se le acercó. Llevaba como de costumbre atavíos de combate, aunque hasta aquel momento no había tomado parte aún en ningún hecho de armas.

- Cuando aquella torre haya sido acabada, resultará difícil acercarse al bastión.

- Sí -hubo de admitir Alejandro-. Memnón emplazará unas catapultas y balistas en la cima y nos tendrá a tiro desde muy corta distancia.

-Le bastará con apuntar al montón para provocar una carnicería. -Por eso es por lo que quiero abrir una brecha en aquel maldito bastión antes de que él haya terminado su torre.

- No lo conseguirás.

-¿Por qué?

- He calculado el tiempo de avance de los trabajos. Supongo que has visto el reloj que he hecho construir en la colina.

-Lo he visto.

-Pues bien, ellos levantan aproximadamente unos tres codos por día. Supongo que habrás visto también el instrumento que he colocado cerca del reloj.

-Claro -repuso Alejandro con un matiz de impaciencia en la voz.

-Si no te interesa, me callo -replicó Eumenes resentido.

-No seas necio. ¿Qué es ese instrumento?

-Un juguete de mi invención. Una mirilla montada sobre una plataforma giratoria que dirige la visual a un palo de referencia con el objeto bajo observación. Con un simple cálculo geométrico me es posible establecer cuánto se eleva al día la nueva construcción.

-¿Entonces?

-Entonces cuando nosotros hayamos despejado menos de la mitad de la brecha, ellos habrán acabado sus trabajos, o sea, nos harán pedazos con una lluvia de disparos. He calculado que podrán emplazar doce catapultas sobre tres pisos superpuestos.

Alejando bajó la cabeza.

-¿Qué sugieres? -preguntó al cabo de un poco.

-¿Quieres saber lo que pienso? Pues yo dejaría de despejar la parte hundida y concentraría todas nuestras máquinas en el sector nordoriental, donde parece que el muro es menos grueso. Si quieres echar un vistazo a mi instrumento...

Alejandro se dejó guiar y aplicó el ojo a la mirilla.

-Bien, primero tienes que mirar el borde exterior y luego el interior en el lado izquierdo de la brecha. ¿Lo ves? Y ahora mira el lado derecho, así.

-Es cierto -asintió Alejandro irguiendo de nuevo la figura-. El muro es menos grueso del otro lado.

-Exactamente. Entonces, si mandas situar allí todas las torres, antes de mañana por la noche podrías haber abierto una brecha que te permitiría rodear el bastión redondo o tomarlo por el flanco. Los agrianos son excelentes escaladores. Si les mandas de aquel lado, mantendrán despejado el camino para los incursores, que podrán entrar así en la ciudad y sorprender por la espalda a los defensores.

Alejandro le apoyó las manos en los hombros.

-Y yo que te he tenido de secretario hasta ahora... Si vencemos, tomarás parte en todas las reuniones del alto mando con facultad para expresar tu parecer. Y ahora hagamos desplazar esas torres y que comiencen inmediatamente a batir la pared. Quiero turnos continuos, de día y de noche. Mantendremos bien despiertos a los habitantes de Halicarnaso.

La orden del rey fue cumplida sin pérdida de tiempo: en los días siguientes, una tras otra, con gran esfuerzo y con el empleo de cientos de hombres y de animales de carga, las siete torres de asalto fueron trasladadas al lado nordoriental de las murallas y la labor de los arietes se reanudó, obsesiva, implacable, martilleante: un fragor ensordecedor que

más pesados de las plataformas inferiores. El hundimiento debe ser simultáneo en una amplitud de al menos ciento cincuenta pies.

Librodot

Alejandro miró a su alrededor: sus generales y sus compañeros tenían aspecto de hombres curtidos en mil batallas, por las vigilias, los contraataques continuos, las emboscadas, las penalidades y los esfuerzos de meses de asedio.

-Hoy nos jugamos el todo por el todo -afirmó-. Si vencemos, la fama de nuestro poderío nos abrirá todas las puertas de aquí al monte Amanos. Si somos rechazados, perderemos todo cuanto hemos conquistado. Recordad sobre todo una cosa, que nuestro adversario está sin duda a punto de intentar su movimiento decisivo y ninguno de nosotros puede prever cuál será. Pero observad esa torre -e indicó el gigantesco artefacto de madera que se erguía ahora, erizado de balistas y catapultas, a más de cien pies de altura- y os daréis cuenta de lo temible que es. Y ahora haced avanzar al ejército al resguardo de las torres. Tenemos que estar preparados para lanzarnos adelante tan pronto como se abra brecha. ¡Vamos!

Pérdicas pidió la palabra.

-Alejandro, te pido el privilegio de ser el primero en encabezar el asalto. Dame también a los «portadores de escudo» y a los incursores y te juro, por los dioses, que mañana por la mañana estarás sentado en un banquete en el palacio del sátrapa de Halicarnaso.

-Toma los hombres que necesites, Pérdicas, y haz lo que debes.

Todos se acercaron a sus secciones y, a un toque de trompa, el ejército se puso en marcha en dirección a las siete torres. Únicamente los veteranos, ante la mirada vigilante del general Parmenión, esperaban inmóviles a la sombra de los olivos.

hacía temblar el recinto entero y el terreno sobre el cual se alzaba. Eumenes, por encargo de Alejandro, inspeccionó personalmente cada una de las máquinas de asalto, acompañado por un grupo de ingenieros que corregían el desequilibrio y llevaban a cabo el reglaje de las plataformas para aumentar al máximo el rendimiento de los arietes.

Las condiciones en el interior de las torres eran espantosas: el intenso calor y el polvo, el espacio angosto, el enorme esfuerzo en empujar las gigantescas vigas con refuerzos de hierro contra la maciza pared de piedra, los formidables retrocesos, el ruido insoportable ponían a dura prueba a los hombres encargados de la tarea. Unos aguadores subían y bajaban de continuo por las escalas para dar de beber a los soldados que realizaban aquel esfuerzo inhumano.

Pero todos sentían la mirada del rey sobre ellos y Alejandro había prometido una generosa recompensa al primero que hiciera venirse abajo las defensas enemigas. El rey intuía, sin embargo, que el resultado de la empresa no dependería exclusivamente de la labor de sus máquinas: presentía que Memnón estaba preparando una contraofensiva.

Convocó en la colina a Parmenión, Clito El Negro y sus compañeros: Hefestión, Pérdicas, Leonato, Tolomeo, Lisímaco, Crátero, Filotas, Seleuco. Y a Eumenes.

El secretario general estaba sucio aún de polvo y ensordecido por el ruido, a tal punto que era preciso levantar la voz para que oyera lo que se le decía. A sus espaldas, el ejército había sido puesto en estado de alerta y estaba enteramente formado: en primera fila los «portadores de escudo», con armamento ligero en funciones de asaltantes, y los incursores tracios y agrianos. Detrás, en el centro y en el ala izquierda, la infantería pesada macedonia de línea; a la derecha, los hoplitas de los aliados griegos. En los flancos, la caballería. En el fondo, de reserva, al mando de Parmenión, los veteranos de Filipo, hombres de extraordinaria experiencia y de formidable resistencia en el combate.

Aguardaban todos en silencio, con las armas a los pies, a la sombra de las primeras hileras de olivos.

Entretanto, por orden de Pérdicas, una numerosa batería de balistas había sido emplazada en una elevación del terreno, apuntada sobre la puerta de Mílasa, desde donde podría producirse una salida.

-Eumenes tiene que decirnos algo -anunció Alejandro.

El secretario echó una ojeada a su reloj solar, a la sombra proyectada en el cuadrante de madera por un palo clavado en el centro.

-Dentro de menos de media hora, el muro comenzará a venirse abajo por el lado nordoriental. Las hiladas superiores de sillares están ya cediendo y las inferiores son

Librodot

sacudidas por los golpes de los arietes

28

Alejandro se hizo traer a Bucéfalo, presintiendo que en aquel momento tan crucial únicamente podía confiar en él. Le acarició el morro y el cuello y luego bajó al paso hacia la zona de las murallas, flanqueado por Hefestión y Seleuco, a los que había querido tener consigo.

Un agudo silbido le hizo darse la vuelta y vio que la gran torre de detrás del bastión redondo había entrado en funcionamiento y lanzaba nubes de saetas de hierro contra el ala derecha del ejército.

-¡A cubierto! -gritó El Negro-. Apartaos de allí u os ensartarán como si fuerais tordos. ¡Fuera de ahí, fuera de ahí he dicho!

El ala derecha invirtió el sentido de la marcha, pasó detrás del centro y Clito ordenó a los suyos que corrieran al amparo de los muros, donde el tiro directo de las balistas no podía alcanzarles. Mientras tanto Lisímaco, que mandaba sus baterías de máquinas de tiro en lo alto, respondía con un nutrido lanzamiento en dirección a la torre. Golpeados de lleno, algunos servidores se precipitaron desde lo alto al vacío entre alaridos, quedando aplastados contra el suelo.

Se comenzaba a sentir el estruendo de los grandes bloques de pared lateral que se desmoronaban en el sector de levante de las murallas, machacadas por los golpes incesantes de los arietes.

Pérdicas se lanzó abajo con los «portadores de escudo» y los agrianos, gritando como un poseso, mientras mantenía la lanza tendida hacia delante, pero en aquel instante se oyó un toque de trompas y acto seguido otro, tenso, agudo, desgarrador. Un mensajero se presentó ante Alejandro al galope.

-¡Rey! -gritó-. ¡Rey! ¡Alarma por el lado de levante, alarma! Hefestión se volvió hacia Alejandro.

-No es posible. Pero si no hay puertas en el flanco oriental...

-Sí que las hay -intervino Seleuco-. Cerca de la pendiente.

-Pero les habríamos visto llegar desde esa distancia -insistió Hefestión.

Llegó otro mensajero.

-¡Rey! Han descendido de las murallas, y son miles. ¡Han descendido por unas escalas de cuerda y redes de pescador! ¡Los tenemos encima, rey!

-¡Al galope! -ordenó Alejandro-. ¡Rápido, rápido! -Espoleó a Bucéfalo hasta alcanzar la retaguardia de su ejército y vio a miles de soldados persas que atacaban por la derecha, disparando nubes de flechas y jabalinas. Sonaron de nuevo las trompas, esta vez a la izquierda.

-¡La puerta de Mílasa! -vociferó Seleuco-. ¡Alejandro, mira, hay otra salida!

-¡Cuidado con la poterna! -gritó El Negro-. ¡Cuidado, maldición! ¡Leonato! ¡Leonato! ¡De aquel lado! ¡Proteged el flanco!

Leonato se volvió con sus pezetairoi y se encontró enfrente de la infantería de los mercenarios al mando del gigantesco Efialtes, cubierto por un escudo de bronce con una gorgona de ojos de fuego y mechones serpentinos, que vociferaba:

-¡Adelante! ¡Adelante! ¡Ahora es el momento! ¡Matémosles a todos!

El rey se abrió camino hasta primera línea, donde las tropas persas de asalto se había hecho fuertes con los mercenarios griegos de Efialtes y atacaban furiosamente, mientras que en la torre del bastión habían entrado en acción las catapultas con largos lanzamientos en parábola.

Librodot

Bajo una espantosa granizada de proyectiles, los macedonios comenzaron a descomponerse y los mercenarios griegos empezaron a avanzar empujándoles hacia atrás con los escudos. Alejandro, que se encontraba en aquel momento en el ala izquierda, empujó a Bucéfalo a la refriega: empuñaba el hacha de doble filo y gritaba para dar aliento a sus hombres. Una gran piedra cayó a escasa distancia de él y aplastó a uno de sus soldados como si fuera un insecto. La sangre salpicó uno de los ijares de Bucéfalo, que se encabritó, relinchando y soltando coces.

En vano trataba el rey de lanzarse hacia el centro, donde sus guerreros sufrían más la iniciativa del enemigo: el gentío que tenía delante y la granizada de piedras de las catapultas le impedían el paso; todas las fuerzas estaban ocupadas en repeler la marea de adversarios que fluían de la puerta de Mílasa.

El Negro vio a Efialtes avanzar como una furia e introducirse con los suyos en el centro macedonio que seguía retrocediendo. Los jóvenes pezetairoi cedían terreno frente al ímpetu terriblemente compacto de los mercenarios. Sólo Pérdicas, en el extremo izquierdo de la formación, resistía. Pero la situación estaba precipitándose. Desde lo alto de la torre del bastión las catapultas comenzaron a disparar extraños proyectiles: ánforas llenas de pez y de bitumen que se hacían pedazos contra la base de las torres macedonias de asalto, esparciendo por el suelo su contenido. Inmediatamente después, sobre las murallas aparecieron los arqueros persas que dispararon una multitud de flechas incendiarias. El fuego se propagó rugiendo y envolvió a las máquinas, transformándolas en colosales antorchas.

Pérdicas dejó entonces el mando a su lugarteniente y trepó entre las llamas hasta la primera plataforma, donde los hombres aterrorizados habían abandonado el ariete que oscilaba inerte sobre sus soportes.

-¡Volved a vuestros puestos! -gritó-. ¡Volved a vuestros puestos! El muro está a punto de desmoronarse. ¡Adelante, un último golpe!

Y, tras arrojar al suelo el escudo, empuñó él mismo el agarradero del ariete, mientras unas lenguas de fuego lograban penetrar amenazantes entre las hendiduras del entarimado.

Los hombres le miraban primero asombrados por aquel sobrehumano coraje y luego, uno tras otro, volvieron a sus puestos y reanudaron la labor de empujar el ariete, gritando para vencer el terror y el calor insoportable de las llamas. La gran cabeza herrada, empujada por la desesperación de mil brazos, reanudó su batir y golpeó ruidosamente contra la pared: los enormes sillares, ya removidos, vacilaron, luego uno o dos comenzaron a hundirse en medio de una nube de humo y de polvo. Los golpes siguientes abrieron un profundo boquete y el enorme desmoronamiento subsiguiente sofocó parcialmente el incendio.

En el centro de la formación macedonia, sin embargo, la retirada de los pezetairoi estaba a punto de transformarse en derrota ante el ímpetu incontenible de Efialtes. El Negro entonces gritó:

-¡Leonato, párale!

Y Leonato le oyó. Se abrió camino a base de hachazos entre los enemigos hasta plantarse delante de la mole de Efialtes.

Los dos colosos se pararon jadeantes, desfigurados por la fatiga. Sangraban por numerosas heridas y sus cuerpos brillaban de sudor cual estatuas bajo la lluvia.

Alejandro se volvió hacia atrás y vio a los veteranos de su padre inmóviles a la sombra de los olivos, intactos, ante la mirada impasible de Parmenión. Ordenó:

-¡Trompa, llama a la reserva!

Era la última posibilidad, toda vez que la caballería no podía intervenir aún a causa de lo accidentado del terreno, sembrado de piedras y rocoso en varios puntos.

Parmenión oyó el toque angustioso, insistente, que les ordenaba intervenir. Se dirigió a sus tropas:

-¡Veteranos, por el rey Filipo y por el rey Alejandro, vamos!

Y de repente un trueno desgarró el pesado aire: ¡era el trueno de Queronea!

El enorme tambor, escondido entre los olivos, hizo oír su voz y la potente falange empezó a avanzar erizada de lanzas cual un animal espantoso, a paso cadencioso, vociferando

a cada paso:

Alalaláí! Alalaláí!

Alejandro, que había avanzado con grandes dificultades hasta casi el centro, ordenó a los pezetairoi de Leonato que se abrieran hacia los lados para dejar paso a los veteranos, que se arrojaban en avalancha sobre los mercenarios de Memnón, ahora ya exhaustos. Mientras tanto Leonato se estaba batiendo como un león con su gigantesco adversario y el estrépito ensordecedor de sus golpes se expandía por la llanura, eco de un enfrentamiento titánico.

Experto luchador, Leonato se escabulló con una finta desequilibrando a Efialtes que tocó el suelo con la rodilla. En el mismo instante, el macedonio se incorporó en pleno equilibrio descargando, del revés, un gran hachazo en la espalda del enemigo que se desmoronó al suelo de bruces.

En lo más reñido de la batalla, sobre los combatientes muertos de cansancio y locos de furor, descendía entretanto la sombra de la noche. Una vez caído su comandante, los guerreros griegos, extenuados y diezmados, empujados por la fuerza incontenible de los veteranos de Parmenión, comenzaron a retirarse y por último emprendieron una desordenada huida, tratando de ganar la puerta de Mílasa y la poterna del sector norte, cerca del mar. Pero los defensores, espantados, cerraron los batientes, de modo que muchos fueron exterminados al pie de las murallas, clavados por las sarisas de los veteranos de Parmenión.

Cuando Alejandro hizo sonar la orden de parar el combate, Pérdicas estaba firmemente atrincherado en la brecha que había abierto en el sector de levante, una sección de agrianos había escalado el redondo bastión y había expulsado a sus defensores, otros habían escalado también la torre de madera y habían apuntado las balistas y las catapultas hacia el interior de la ciudad.

Fueron traídas muchas antorchas y encendidos fuegos por doquier, para prevenir eventuales contraataques del enemigo durante la noche. Halicarnaso estaba a merced del vencedor.

29

Alejandro velaba en la noche: la suerte de su duelo con Memnón había sido tan incierta hasta el último momento, al punto de sentirse en más de un momento al borde de la derrota y de la humillación, que de ningún modo habría conseguido pegar ojo.

Sus hombres había encendido una hoguera en el adarve y el rey esperaba las primeras luces del amanecer con todos los sentidos exacerbados. Era una noche oscura, la ciudad entera se hallaba sumida en las tinieblas y en el silencio: los únicos fuegos ardían en la amplia brecha defendida por sus soldados, en el bastión de ladrillo ocupado por los agrianos y al pie de la gran torre de madera. El estaba visible, mientras que el enemigo permanecía oculto.

¿Cuántos eran aún? ¿Cuántos hombres armados se escondían en la sombra? Acaso estaban preparando una emboscada, o tal vez Memnón esperaba refuerzos por mar.

En el momento en que tenía el triunfo al alcance de la mano, el rey presentía que la fortuna podía burlarle de nuevo; hasta el último momento el comandante enemigo podía idear una nueva estratagema. Más adulto y experto que él, había conseguido en todo momento plantarle cara, devolviendo golpe por golpe o incluso anticipándose a sus movimientos.

Aquella noche Alejandro había dado orden de que fuera inmediatamente ajusticiado cualquiera que bebiera un solo sorbo de vino, ya fuera soldado raso o general, y que se

mantuvieran todos armados y en orden de combate.

Grupos de soldados con antorchas encendidas hacían la ronda de continuo desde una puerta a la otra, hasta la poterna, y se daban voces unos a otros para mantenerse en contacto. De todos los comandantes,

Pérdicas era el más vigilante. Después de una jornada pasada en continuos y extenuantes combates, después de haber guiado entre las llamas el ariete que había asestado el golpe definitivo a las murallas de Halicarnaso, no se había concedido un segundo de tregua: iba de un puesto de guardia a otro, sacudía a los hombres a los que vencía el sueño, provocaba a los jóvenes a redimirse del mal papel hecho en la batalla frente a los veteranos que, más viejos que ellos, habían conseguido no obstante hacer cambiar las tornas de la contienda.

Alejandro le miraba y acto seguido miraba a Leonato, gigantesco en la oscuridad, apoyado en su lanza, y a Tolomeo, que pasaba a caballo por la llanura con los jinetes de la guardia personal para prevenir ataques del exterior, y a Lisímaco, firme cerca de las catapultas, poniendo a prueba de vez en cuando el nervio. de sus tropas. Más lejos, cerca del vivaque, veía la melena canosa de Parmenión. Como un viejo león que se había mantenido aparte y había ahorrado sus fuerzas y las de sus hombres, en espera de asestar el zarpazo que aniquilase al adversario.

Trataba a veces de pensar en otras cosas para distraer su mente, para aliviar su corazón, cosas distintas de la guerra y de la fatiga de la lucha: pensaba en Mieza y en los ciervos que pacían a lo largo de las orillas floridas del río, o en Diógenes desnudo, que sin duda en aquel momento estaría durmiendo tranquilo dentro de su tinaja a orillas del mar, en compañía del perrito con el que compartía la comida y la yacija. Y le arrullaba el rumor de la resaca que acariciaba los cantos rodados de la orilla. ¿Qué sueños visitaban en aquel momento el sueño del viejo sabio? ¿Qué misteriosas visiones?

Y pensaba también en su madre, y cuando se la imaginaba sentada en su aposento solitario leyendo las poesías de Safo, sentía que pervivía aún en él un niño escondido, el niño que se estremecía instintivamente por la noche si el canto de un ave nocturna resonaba en el profundo y vacío cielo.

Así transcurrió un rato que le pareció eterno. Volvió de pronto a la realidad cuando una mano se posó sobre uno de sus hombros.

-¿Eres tú, Hefestión?

El amigo le ofreció una escudilla de sopa caliente.

-Come algo. Leptina la ha preparado para ti y la ha mandado hasta aquí por medio de un mensajero.

-¿De qué es?

-Sopa de habas. Es buena, yo he probado una cucharada. Alejandro comenzó a comer.

-No está mal. ¿Te dejo una poca?

Hefestión asintió.

-Como en los viejos tiempos, cuando estábamos en la montaña, en el destierro.

-Es cierto. Pero ¿quién vio entonces jamás una sopa caliente?

- Es verdad.

- ¿Echas de menos aquellos tiempos?

- No, no, seguro. Pero los recuerdo con gusto. Estábamos solamente nosotros dos contra todo el mundo. -Apoyó una mano sobre su cabeza y le alborotó los cabellos-. Ahora es distinto. A veces me pregunto si volverá a suceder alguna otra vez.

- ¿El qué?

- Que emprendamos un viaje tú y yo a solas.

- ¿Quién sabe, amigo mío?

Hefestión se inclinó para atizar el fuego con la punta de la espada y Alejandro vio que un pequeño objeto reluciente le colgaba del cuello: un diente de leche, un minúsculo incisivo, en una funda de oro, y recordó el día en que, siendo un niño, se lo había dado como prenda de amistad eterna. «¿Hasta la muerte?», había preguntado Hefestión. «Hasta la muerte», había respondido él.

Resonaba en aquel momento la llamaba de un centinela que daba la voz a sus compañeros que le protegían a derecha e izquierda. Hefestión se alejó para continuar su ronda de inspección. Alejandro le vio desaparecer en la oscuridad y tuvo la sensación, bastante clara e intensa, de que si había de haber para ellos dos solos un viaje, en un futuro, éste sería hacia una región misteriosa, envuelta en la oscuridad.

Pasó un rato más y se oyeron las llamadas del segundo turno de guardia. Debía de ser alrededor de medianoche. Alejandro se estremeció al oír un ruido de pasos y se frotó los cansados ojos. Era Eumenes.

El secretario general tomó asiento cerca de él y parecía mirar fijamente el fuego.

-¿Qué miras? -preguntó el soberano.

-El fuego -repuso Eumenes-. No me gusta.

El rey se volvió hacia él con una expresión de sorpresa.

- ¿Qué es lo que le pasa a este fuego?

- Las llamas se vuelven hacia nosotros, el viento ha cambiado de dirección. Ahora sopla del mar.

- Como cada noche a esta hora, si no me equivoco.

- Por supuesto. Pero esta noche es distinto.

Alejandro le miró de hito en hito, y de repente un pensamiento espantoso cruzó por su mente. Casi en el mismo instante un grito de alarma a su derecha le confirmó lo que había intuido: comenzaba a extenderse en aquel momento un incendio en la base de la gran torre de madera.

-¡Otro ahí! -vociferó Eumenes apuntando con el dedo hacia una casa precisamente enfrente de ellos, a un centenar de pies de distancia. Del lado izquierdo llegó la voz de Pérdicas:

-¡Alarma! ¡Alarma! ¡Hay fuego!

Llegó Lisímaco a todo correr.

-¡Quieren asarnos! -dijo sin resuello-. Están incendiando todas las casas que se encuentran al abrigo de la brecha y del muro de ladrillo. ¡Y la torre de madera está ardiendo como una antorcha, mira!

Alejandro se puso en pie como movido por un resorte: Memnón estaba jugando su última baza confiando en el viento favorable.

-¡Rápido! Tenemos que impedir que enciendan otros focos. Mandad a los incursores, a los «portadores de escudo», a los tracios y a los agrianos. Dad muerte a todos cuantos sorprendáis prendiendo fuego.

Entretanto, sus compañeros estaban acudiendo para recibir órdenes. Estaban también Seleuco, Filotas, Leonato y Tolomeo.

-¡Escuchadme! -gritó con fuerte voz Alejandro para que se le oyera a pesar del rugido de las llamas que el viento propagaba cada vez más altas hacia ellos-. Tú, Seleuco, y tú, Leonato, coged la mitad de los pezetairoi, pasad a través del barrio en llamas y formad del otro lado, pues hemos de prevenir un contraataque. Está claro que quieren recuperar el control de la brecha.

»¡Tolomeo y Filotas, formad al resto de las tropas detrás de la brecha para defender todas las puertas! No quiero sorpresas por la espalda. ¡Lisímaco, haz retroceder las balistas y catapultas o acabaran destruidas por el desmoronamiento de la torre! ¡Vamos, ahora mismo!

La torre de madera estaba ya completamente envuelta por las llamas y el viento que arreciaba traía lenguas de fuego hasta lamer el sector de poniente de la brecha. El calor se estaba haciendo insoportable y el resplandor de la inmensa antorcha difundía una viva claridad en una amplia zona alrededor de las murallas, de modo que los arqueros agrianos se veían favorecidos a la hora de distinguir a los incendiarios y de traspasarles con sus flechas. Devoradas por la pira, las vigas del basamento cedieron y el enorme entramado se precipitó al suelo con espantoso fragor levantando una columna de humo de trescientos pies de altura, más alta que cualquier torre y edificio de toda la ciudad.

Alejandro hubo de retirarse a causa del calor de su punto de observación, pero se

Librodot

atrincheró en la torre siguiente, en las cercanías de la poterna, donde en cualquier caso podía dominar la situación. Desde allí enviaba a los mensajeros a los diferentes sectores y recibía en cada momento noticias sobre cuanto estaba sucediendo.

Ordenó a Lisímaco que empleara las catapultas para derruir las casas vecinas a los edificios en llamas y acotar el incendio: inmediatamente el granizar de grandes piedras disparadas por las máquinas de guerra aumentó el estruendo y la confusión de aquella noche infernal.

Pero los contraataques del rey se revelaron acertados. El rastreo de los incursores y de los agrianos puso fin a la labor de los incendiarios, mientras que la infantería pesada formada al otro lado del barrio que había ardido desalentó cualquier intento de las tropas persas y de los mercenarios de Memnón de sorprender al ejército macedonio trastornado por la violencia de las llamas.

Eumenes había hecho venir a un gran número de gastadores y zapadores del campamento y los había puesto a echar tierra, arena y pedregullo sobre los focos que aún ardían, y poco a poco los incendios habían sido circunscritos o controlados. La torre de madera que tantos esfuerzos había costado levantar estaba reducida a un gran montón de cenizas y de brasas del que asomaban, aquí y allá, gruesos maderos carbonizados y humeantes.

Al rayar el día, el primer rayo de sol golpeó de lleno la cuadriga dorada en la cima del Mausoleo, mientras que el resto de la ciudad estaba aún en la sombra. Luego, a medida que el disco solar asomaba por detrás de los montes, el cono de luz descendió sobre la gran pirámide escalonada y sobre el friso multicolor de Escopas y Briaxis, e incendió la fastuosa columnata corintia, las volutas doradas, los fustes acanalados, perfilados de oro sobre el fondo de púrpura.

En aquel alborozo de colores, en aquel triunfo de luz cristalina, el silencio espectral que envolvía a Halicarnaso producía estremecimientos. ¿Era posible que ni siquiera las madres llorasen a sus hijos caídos en combate?

-¿Es posible? -preguntó Alejandro a Eumenes que se le había acercado.

-Sí que es posible -replicó el secretario-. Nadie llora a un mercenario. No tiene ni madre ni padre, y tampoco amigos. Únicamente tiene su lanza, con la que se gana el pan más duro y más amargo.

30

Tolomeo acudió a su lado.

-Alejandro, estamos a la espera de tus órdenes.

-Toma contigo a Pérdicas y a Lisímaco, repartíos los incursores y los «portadores de escudo» y rastread la ciudad entera. Os seguirán los hoplitas griegos y nuestros pezetairoi de refuerzo. Tenéis que sacar de sus escondrijos a todos los hombres armados que hayan quedado, y sobre todo buscad a Memnón. No quiero que se le haga ningún daño. Si le encontráis, traédmelo.

-Así lo haremos -asintió Tolomeo.

Y se alejó para avisar a sus compañeros.

El rey esperó, juntamente con Eumenes, bajo la techumbre de una casamata al resguardo de las murallas, desde donde podía tener una discreta vista de Halicarnaso. No había pasado mucho tiempo cuando Tolomeo le hizo llegar un mensaje:

El sátrapa Orontóbates, el tirano Pixódaro y la guarnición persa se han atrincherado en las dos fortalezas del puerto, que son inexpugnables. No hay espacio para acercar las máquinas. Por el momento ningún rastro de Memnón. Espero órdenes.

Librodot

Alejandro mandó que le trajeran a Bucéfalo y se adentró a caballo por las desiertas calles de la ciudad, donde las puertas estaban cerradas a cal y canto y las ventanas atrancadas: la gente se había encerrado en sus casas, aterrorizada. Cuando llegó a la vista de las dos fortalezas que defendían la entrada del puerto, fue al encuentro de Pérdicas.

-¿Qué debemos hacer, Alejandro?

El rey escrutó las fortificaciones, luego se volvió para mirar en dirección a las murallas.

-Destruir todas las casas que se encuentran en la parte izquierda del camino que conduce hasta aquí y luego destruir todas las que se hacinan en la zona del puerto. De este modo podremos llevar las máquinas y emplazarlas al abrigo de las fortalezas. Los persas han de comprender que no hay muro ni bastión en toda esta región que puede ofrecerles refugio. Han de comprender que tienen que irse para no volver nunca jamás.

Pérdicas asintió, montó en su caballo y se acercó al barrio arrasado por el fuego para llevarse con él a grupos de gastadores y zapadores, aquellos que estaban en condiciones aún de trabajar. Les tuvo que despertar con el toque de las trompas porque se habían dormido en el sitio, extenuados por la fatiga y el trabajo de toda una noche.

El ingeniero jefe, un tesalio de nombre Diadés, hizo desmontar ambas plataformas superiores de una de las torres de asalto para utilizarlas como soporte para un ariete con el que abatir las casas. Entretanto Eumenes mandó heraldos a ordenar el desalojo de las viviendas que iban a ser demolidas.

La gente, al ver que no había matanzas, violaciones ni saqueos, comenzó a salir de sus casas. Primero los niños, llenos de curiosidad por las grandes maniobras que tenían lugar en la ciudad, luego las mujeres, y por último, los hombres.

Las destrucciones, sin embargo, fueron mucho más vastas de lo previsto porque muchas casas estaban adosadas unas a otras y, cuando se abatía un muro, arrastraba a otros muchos; tanto es así que hubo quien dijo que Alejandro había hecho derruir Halicarnaso entero.

Al cabo de cuatro días fue desescombrada una franja lo bastante amplia como para dejar pasar a las máquinas de asedio, que fueron llevadas hasta debajo de las fortalezas del puerto. Comenzaron a batirlas, pero, durante la noche, Memnón, Orontóbates y Pixódaro, con un cierto número de soldados, se embarcaron a bordo de algunas naves de la flota y se hicieron a la mar uniéndose al grueso de la escuadra persa que navegaba más al norte, en aguas de Quíos.

Los mercenarios griegos supervivientes se hicieron fuertes, en cambio, en la acrópolis, que por su posición era prácticamente inexpugnable.

Alejandro no quiso perder tiempo en hacerles salir de aquel refugio, pensando que al fin y al cabo no iban a tener más elección toda vez que estaban rodeados por todas partes por sus tropas. Hizo excavar una trinchera alrededor de la ciudadela y dejó algunos oficiales de rango inferior a esperar que se rindieran.

Aquella misma noche el rey convocó al Consejo del alto mando en el salón de juntas de la ciudad. Se encontraba también Calístenes, que había solicitado estar presente y había visto satisfecho su deseo. Mientras comenzaban a deliberar acerca de lo que convenía hacer, se anunció a una delegación de notables de la ciudad que deseaban parlamentar con el rey.

- No les quiero ver -afirmó Alejandro-. No me fío de ellos.

- Pero deberás decidir el ordenamiento político de una ciudad muy importante -le hizo notar Parmenión.

-Podrías introducir un sistema democrático como en Éfeso -intervino Calístenes.

- Por supuesto -comentó Tolomeo irónico-. Así tu tío Aristóteles se pondría contento, ¿no es así?

- ¿Qué tienes tú que decir? -replicó Calístenes más bien molesto-. La democracia es el sistema más justo y equilibrado de regir una ciudad, el que cuenta con más garantías de...

Tolomeo le interrumpió antes de que hubiera podido terminar la frase.

- Pero éstos nos han hecho echar los hígados. Hemos perdido más hombres bajo estas murallas que en la batalla del Gránico. Si de mí dependiese...

-¡Tolomeo tiene razón! -gritó Leonato-. Ya es hora de que se enteren de quién manda

aquí ahora y que paguen también los daños que nos han causado.

La discusión se habría transformado a buen seguro en una disputa, pero en aquel momento Eumenes sintió que había un cierto movimiento fuera de la puerta y fue a echar un vistazo. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, volvió a donde estaba Alejandro y le susurró algo al oído. El rey sonrió y se puso en pie.

-¿Alguien querría unas galletas? -preguntó levantando la voz.

A aquella propuesta todos enmudecieron, mirándose a la cara unos a otros.

- ¿Estás bromeando? -dijo Leonato rompiendo de repente el silencio-. Yo me comería un cuarto de buey, y no unas galletas. Me pregunto quién ha podido tener una idea tan peregrina como traer galletas a estas horas y...

En aquel momento la puerta se abrió y entró, vestida de gran pompa, la reina Ada, la madre adoptiva de Alejandro, seguida de un acompañamiento de cocineros con grandes bandejas llenas de fragantes galletas. Leonato se quedó con la boca abierta ante el inesperado espectáculo y Eumenes tomó una galleta y se la metió entre los dientes.

- ¡Come y calla!

-Madre mía, ¿cómo estás? -preguntó Alejandro poniéndose en

pie y yendo a su encuentro-. Rápido, dejad sentarse a la reina. ¡Pero qué sorpresa! -continuó acto seguido-. Nunca me habría esperado verte en un momento como éste.

-He pensado que después de todas estas terribles fatigas agradecerías mis galletas -replicó Ada medio en broma, medio en serio-. Y además he venido para asegurarme de que no tratas demasiado mal a mi ciudad.

El soberano tomó una galleta y comenzó a comérsela con mucho gusto.

- Son excelentes, mamá, e hice mal la última vez en rechazarlas. En cuanto a tu ciudad, estábamos precisamente discutiendo qué hacer con ella, pero ahora que estás tú aquí se me acaba de ocurrir una idea.

- ¿De qué se trata? -preguntó Ada.

También Calístenes estaba por hacer la misma pregunta y se quedó con la boca abierta, sin emitir ningún sonido.

-Pues se trata de que te nombro sátrapa de Caria en lugar de Orontóbates, con plenos poderes también sobre Halicarnaso y todas las tierras circundantes. Ya se encargarán mis generales de reducirlas a tu obediencia.

Aunque Calístenes sacudió la cabeza como queriendo decir «tonterías», la reina en cambio se emocionó al oír aquellas palabras.

- Pero hijo mío, yo no sé...

- Yo sí -la interrumpió Alejandro-. Sé que serás una excelente gobernanta y sé que podré confiar plenamente en ti.

La hizo sentarse en su sitial y luego se dirigió a Eumenes:

-Ahora puedes hacer entrar a la delegación de la ciudad. Justo es que conozcan a la persona de la que dependerán a partir de mañana.

Estaban aún en curso las operaciones de rastreo cuando se anunció la llegada de Apeles. El gran maestro se apresuró a rendir homenaje al joven rey y a hacerle una propuesta:

- Señor, creo que ha llegado el momento de representarte tal cómo te mereces, es decir, con los atributos divinos.

Alejandro contuvo a duras penas una carcajada.

-¿Tú crees?

-No me cabe la menor duda. Es más, convencido de que ibas a ser tú el vencedor, preparé un boceto que me permito someter a tu consideración. Como es natural, el resultado será muy distinto en una gran tabla de diez pies por veinte.

- ¿De diez pies por veinte? -repitió Leonato, al que le parecía un desperdicio la utilización de toda aquella madera y aquel color para un muchacho como Alejandro, no ciertamente muy alto.

Apeles le dirigió una mirada despectiva: Leonato se le antojaba un bárbaro totalmente inculto, dada también su melena pelirroja y sus pecas. Luego se dirigió de nuevo a Alejandro:

- Señor, mi propuesta no carece ciertamente de sentido. Tus súbditos asiáticos están habituados a ser gobernados por seres superiores, por soberanos semejantes a los dioses que como dioses se hacen representar. Por eso había pensado yo en reproducirte con los atributos de Zeus, el águila a tus pies y el rayo en la mano derecha.

-Apeles tiene razón -observó Eumenes, que había entrado con Leonato y estaba mirando lleno de curiosidad el boceto del artista-. Los asiáticos están habituados a considerar a sus soberanos como seres sobrehumanos. Y es de justicia que te vean así.

- ¿Y cuánto me costaría esta divinización? -preguntó Alejandro. El pintor se encogió de hombros.

-Creo que con un par de talentos...

-¿Dos talentos? Pero amigo mío, con dos talentos compro yo el pan, las aceitunas y el pescado en salazón para mis muchachos para casi un mes.

-Señor, no creo que este tipo de consideraciones debiera tenerlas en cuenta un gran rey.

- Un gran rey, no -le interrumpió Eumenes-, pero sí un secretario, en vista de que los soldados la toman conmigo si el rancho no es suficiente o lo bastante bueno.

Alejandro miró fijamente a Apeles, luego a Eumenes, acto seguido al boceto y, por último, nuevamente a Apeles.

-Es cierto que...

-¿Acaso no es hermoso? Imagínatelo a tamaño grande, con los colores brillantes, el rayo cegador saliendo de tu mano. ¿Quién osaría ya desafiar jamás a un joven dios semejante?

Entró en aquel momento Kampaspe, fue al encuentro de Alejandro, le abrazó y le besó en la boca.

- Mi señor -le saludó mirándole a los ojos desde una distancia tal que podía sentir los pitones de sus senos golpear contra su pecho como las cabezas de ariete de una máquina de asedio contra las murallas de una ciudad. Y la mirada de ella significaba que su disponibilidad era siempre absoluta y carente de la menor reserva.

- Mi dulcísima amiga... -replicó Alejandro sin desconcertarse en exceso-. Es siempre un placer volverte a ver.

-Un placer del que puedes disponer en cualquier momento –le susurró ella al oído, lo bastante cerca como para acariciarle con la punta húmeda de la lengua.

El soberano se volvió de nuevo hacia Apeles para poner fin a la embarazosa situación.

- Necesito pensarlo un poco. Sin embargo, no deja de ser un gran gasto. En cualquier caso, os espero para cenar.

Salieron los dos cruzándose con Tolomeo, Filotas, Pérdicas y Seleuco, que venían para conocer cuáles eran las intenciones de Alejandro.

El rey les hizo sentar alrededor de una mesa en la que había desplegado su mapa.

- Mi plan es el siguiente. Las máquinas serán desmontadas y transportadas a Trales en carros porque Parmenión, que se pondrá en marcha hacia el interior para asegurarse de la sumisión de todas las tierras a lo largo de los valles del Meandro y del Hermo, las necesitará si alguna ciudad opusiera resistencia.

- ¿Y nosotros? -preguntó Tolomeo.

- Vosotros vendréis conmigo. Bajaremos por la costa a través de Licia, hasta Panfilia.

Y entretanto señalaba con un puntero el intinerario que se proponía seguir.

Eumenes le miró fijamente y luego miró a la cara a sus compañeros y a los jefes que no se habían dado cuenta de lo que les aguardaba.

-¿Hasta allí quieres ir? -preguntó.

-Sí -repuso Alejandro.

- Pero si es imposible ir hasta allí... Ningún ejército se ha aventurado jamás en medio de esos escarpados peñascos que caen a pico sobre el mar, y menos aún en otoño. O en invierno.

- Lo sé -replicó Alejandro.

31

Apeles, finalmente, recibió el encargo de pintar el retrato de Alejandro por la mitad de la suma que había pedido, gracias a una dura negociación de Eumenes, que hubiera querido pagarle incluso menos. El artista se puso de inmediato manos a la obra en un estudio que la reina Ada había hecho acondicionar para él no lejos del ágora, pero, dado que el soberano no tenía tiempo de quedarse a posar, hubo de contentarse con una serie de dibujos al carboncillo que había tomado del natural durante la cena y la velada que había seguido al banquete, con una actuación de Tésalo, el actor preferido de Alejandro, y algunas ejecuciones musicales. Colgó los dibujos al carboncillo en las paredes del estudio, vistió a un modelo igual que el rey y comenzó.

Alejandro no pudo admirar el trabajo acabado porque estaba ya muy lejos cuando Apeles le dio las últimas pinceladas, pero quien tuvo ocasión de verlo dijo que era de gran belleza, aunque el colorido del rey fue juzgado un tanto oscuro en comparación con el color encarnado de Alejandro. Parece, sin embargo, que el artista lo había hecho expresamente para hacer resaltar así más aún la claridad deslumbradora del rayo.

Antes de partir, el soberano consultó a Parmenión en una conversación privada, a solas, en una de las estancias del palacio de Ada.

Le recibió con una copa de vino y le hizo acomodarse. Parmenión le besó en ambas mejillas y luego tomó asiento.

-¿Cómo estás, general? -le preguntó el rey.

-Estoy bien, señor. ¿Y tú?

-Mucho mejor ahora que hemos tomado Halicarnaso, y buena parte del mérito es tuyo y de tus veteranos. Vuestra intervención ha sido decisiva.

-Es para mí un honor excesivo. No he hecho sino seguir tus órdenes.

- Ahora te quiero pedir que ejecutes otra.

- No tienes más que mandar.

- Toma contigo la caballería tesalia con Amintas, un escuadrón de pezetairoi, la infantería pesada de los aliados griegos y regresa hacia Sardes.

A Parmenión se le encendió el rostro.

- ¿Regresamos, señor?

Alejandro sacudió la cabeza, desilusionado por aquella reacción, y el viejo general agachó la cabeza humillado por el inoportuno sobreentendido.

-No, Parmenión, no regresamos. Sólo consolidamos nuestras conquistas antes de seguir adelante. Ven, observa este mapa. Tú remontarás el valle del Hermo y someterás toda Frigia. Te llevarás contigo también las máquinas de guerra, por si alguna ciudad decidiera presentarte oposición.

»En cuanto a mí, avanzaré a lo largo de la costa hasta Telmiso. De este modo habré aislado a la flota persa de todos los puertos del mar Egeo.

- ¿Tú crees? -En la voz del general se advertía una cierta tensión-. He recibido informaciones según las cuales Memnón ha alistado a hombres en Quíos y se prepara para invadir Eubea y desde allí el Ática y la Grecia central a fin de alzarlas en armas contra nosotros.

-Estoy al corriente.

- ¿Y no crees que deberíamos volver para hacer frente a esta amenaza? Y más cuando tenemos encima el invierno y...

-Antípatro está a la altura de la situación. Es un gobernante prudente y un excelente general.

- Oh, por supuesto, de esto no cabe la menor duda. Entonces si no he entendido mal, deberé ocupar toda Frigia.

- Exactamente.

- ¿Y luego?

- Como ya te he dicho, yo en el ínterin bajaré a lo largo de la costa, llegaré a Telmiso y luego tomaré en dirección al norte, hacia Ancira, donde tú te reunirás conmigo.

-¿Quieres seguir la línea de la costa hasta Telmiso? ¿Sabes que durante varios estadios el camino es muy estrecho y peligroso? Ningún ejército ha osado pasar jamás por allí.

Alejandro se sirvió un poco de vino y se lo bebió de un trago.

-Lo sé. Me lo han dicho.

-Además Ancira está en la montaña, en el mismo corazón de la meseta, y cuando lleguemos será pleno invierno.

-Sí, pleno invierno.

Parmenión dejó escapar un suspiro.

-Siendo así... Entonces iré a prepararme. Imagino que no tendré mucho tiempo.

-No, en efecto -replicó Alejandro.

Parmenión vació su copa, se levantó, saludó con una leve inclinación de cabeza e hizo ademán de querer retirarse.

-General.

Parmenión se volvió.

-Sí, señor.

-Cuídate.

-Lo intentaré.

-Echaré de menos tu consejo y tu experiencia.

-También yo te echaré de menos, señor.

Salió y cerró la puerta tras de sí.

Alejandro volvió a su mapa para estudiar el itinerario, pero al poco oyó un excitado intercambio de frases y al centinela que gritaba: -No puedo molestar al rey por estas memeces.

El soberano se asomó.

- ¿De quién se trata?

Era un joven de la infantería de los pezetairoi, un simple soldado que no tenía insignias ni ninguna graduación.

-¿Qué es lo que quieres? -le preguntó.

-Rey -intervino el centinela-, no pierdas el tiempo con éste. Su problema no es otro que está en celo y se muere de ganas de refocilarse con su joven esposa.

- Me parece más que legítimo -observó Alejandro con una sonrisa-. ¿Quién eres? -preguntó a continuación.

- Me llamo Eudemo, rey, soy de Drabesco.

- ¿Estás casado?

-Señor, me casé antes de partir. Estuve dos semanas con mi mujer y desde entonces no la he vuelto a ver. Acabo de oír decir que no regresamos a Macedonia y que por el contrario iremos hacia el este. ¿Es esto cierto?

Alejandro pensó por un momento para sí en lo poderoso que era el sistema de información de la tropa, pero no se asombró.

- Sí, es cierto -respondió.

El joven soldado bajó la cabeza con resignación.

-No pareces entusiasmado de seguir a tu rey y a tus compañeros.

-¿Que? ¿No te morías de ganas de reunirte con tu mujer?

-Sí, pero yo quería decirte... quería decirte que...

Alejandro sonrió y le hizo una señal de que esperase. Se acercó a una arqueta, sacó un collar de oro con un pequeño camafeo que representaba a la diosa Artemisa y se lo dio.

-Es la diosa que protege a las esposas y a las madres. Dáselo a tu mujer de mi parte.

Al soldado le hubiera gustado decir algo, pero un nudo en la garganta se lo impedía. Tan sólo consiguió murmurar con trémula voz:

-Te doy las gracias, rey.

- No se trata de esto, señor, es que...

-Tienes ganas de acostarte con tu mujer.

-A decir verdad, sí. Y hay otros muchos en mi misma situación.

Nuestras familias querían que nos casáramos porque se partía para la guerra. Querían que dejáramos un heredero por si... Nunca se sabe. Alejandro sonrió.

- No hace falta que digas más. También querían que yo me casara, pero una de las pocas ventajas de ser rey es que uno se casa cuando quiere. ¿Cuántos sois?

-Seiscientos noventa y tres.

- ¡Por los dioses, habéis hecho ya el recuento exacto! -exclamó el soberano.

- Pues, sí... Pensamos que teníamos muy cerca ya el invierno y que tal vez no lucharíamos con el mal tiempo y luego queríamos pedirte...

- Permiso para volver con vuestras mujeres.

- Así es, rey -admitió el soldado esperanzado por la buena disposición de Alejandro.

-¿Te han elegido tus compañeros para que les representes?

- Sí.

-¿Por qué?

-Porque...

-Habla con toda libertad.

- Porque fui el primero en poner el pie en la brecha después de que el muro se hundiera y me arrojé desde la torre de asalto que ardía sólo después de que el ariete hubiera hecho hundirse el muro.

- Pérdicas me habló de un soldado que había llevado a cabo esta gesta, pero no me dijo su nombre. Estoy orgulloso de conocerte personalmente, Eudemo, y me alegra poder contentarte a ti y a tus compañeros. Se os hará entrega de una suma de cien estateros de Cícico a cada uno y un permiso de dos meses.

El soldado tenía los ojos brillantes de la emoción.

-Rey... yo... -balbuceó.

-Con una condición.

-La que sea, señor.

- Cuando volváis, deberéis traerme otros guerreros. Cien por cada uno de vosotros, infantes o jinetes, eso no importa.

-Puedes confiar en mi palabra. Cuenta ya con tenerlos encuadrados en tus filas.

- Ahora puedes irte.

El soldado no sabía cómo expresarle su agradecimiento y permanecía allí tieso.

32

Los jóvenes que habían expresado su deseo de reunirse con sus esposas se marcharon a comienzos del otoño a Macedonia, a donde iban a pasar el invierno, y poco después partió Parmenión con una parte del ejército y la caballería tesalia. El rey, tras haber evacuado consultas con el viejo general, había confiado el mando a su primo Amintas, que se había comportado con gran valor y lealtad. Se unieron a ellos también El Negro, Filotas y Crátera

Alejandro mantuvo por tanto un Consejo restringido con Seleuco, Tolomeo y Eumenes, a los que invitó a cenar.

Para no provocar celos, se las había ingeniado para que sus otros compañeros y el mismo Hefestión estuvieran ocupados en el territorio circundante y que los tres a los que había llamado para que compartiesen su comida tuvieran la sensación de haberse quedado en el campamento por simple casualidad. Pero el asunto que Alejandro discutió con ellos les

convenció de que el rey tenía necesidad en aquel momento de confiar sobre todo en su inteligencia más que en su brazo.

No fueron admitidos tampoco los siervos, y Leptina se encargó por sí sola de llevar la comida a los comensales, que estaban sentados en torno a una mesa igual que cuando se encontraban en Mieza siguiendo las lecciones de Aristóteles.

-Nuestros informadores me dicen que Memnón se ha hecho enviar por el Gran Rey una suma enorme, con gran riesgo, por vía marítima. Con ella trata poner en pie a un ejército de más de cien mil hombres e invadir Grecia. Pero sobre todo parece que ha comenzado a hacer generosos regalos a muchos hombres influyentes diseminados por todas las ciudades griegas. El general Parmenión me ha expresado ya su parecer...

-¿Volver a casa? -trató de adivinar Seleuco.

-En efecto -admitió Alejandro.

Leptina comenzó a servir la cena: pescado asado y legumbres con un vino alargado con agua. Una comida ligera, señal de que el rey quería que todos estuvieran en todo momento lúcidos.

-¿Y tú que piensas hacer? -preguntó Tolomeo.

- Yo ya he tomado una decisión, pero quiero conocer vuestra opinión. ¿Seleuco?

-Yo digo que sigamos adelante. Aun en el caso de que Memnón levantara en armas a Grecia, ¿qué sucedería? No logrará nunca poner los pies en Macedonia porque Antípatro no se lo permitirá. Y si nosotros continuamos ocupando cada puerto de la costa asiática, el Gran Rey no conseguirá mantener ningún contacto con él. Al final tendrá, en cualquier caso, que capitular.

-¿Tolomeo?

- Yo pienso lo mismo que Seleuco. Sigamos adelante. Sin embargo, si se encontrase la manera de dar muerte a Memnón, sería aún mejor. Así nos ahorraríamos un montón de quebraderos de cabeza y privaríamos al Gran Rey de su brazo derecho.

Alejandro pareció conmocionado y sorprendido por aquella propuesta, pero continuó su consulta:

- ¿Y tú, Eumenes?

- Tolomeo tiene razón. Sigamos adelante, pero tratemos de eliminar a Memnón si nos es posible, pues es demasiado peligroso e inteligente. Resulta imprevisible.

Alejandro permaneció en silencio unos instantes masticando sin mucha convicción su pescado, y a continuación se echó al coleto un trago de vino.

- Entonces sigamos adelante. Le he pedido ya a Hefestión que se dirija en avanzadilla hacia el paso que dicen que es difícil, a lo largo de la costa entre Licia y Panfilia. Dentro de unos pocos días sabremos si es verdaderamente tan duro como se asegura. Parmenión remontará el valle del Hermo y llegará a la meseta central, donde nos reuniremos con él en primavera, recorriendo el camino que conduce desde la costa hacia el centro de Anatolia.

Se puso en pie y se acercó al mapa que había hecho apoyar en un caballete.

-La cita es aquí. En Gordio.

- ¿Gordio? ¿Sabes qué hay en Gordio? -preguntó Tolomeo.

- Lo sabe, lo sabe -afirmó Eumenes-. Está el carro del rey Midas, que tiene el yugo atado a la lanza por medio de un nudo inextricable. Un antiguo oráculo de la Gran Madre de los dioses dice que quien desate ese nudo será el dueño y señor de Asia.

- ¿Es por esto por lo que vamos a Gordio? -preguntó Seleuco en tono de sospecha.

-No divaguemos -cortó Alejandro-. No estamos aquí para hablar de oráculos, sino para establecer un plan de acción para los próximos meses. Estoy contento de que estéis todos de acuerdo sobre el hecho de que tenemos que seguir adelante. Pues, en efecto, no nos detendremos ni durante el otoño ni durante el invierno. Nuestros hombres están acostumbrados al frío, pues son montañeses. Los auxiliares tracios y agrianos lo son todavía más, y Parmenión sabe que no debe detenerse hasta que no haya llegado a su destino.

- ¿Y Memnón? -preguntó Eumenes volviendo a poner sobre la mesa el asunto más candente.

- Nadie me inducirá nunca a darle muerte a traición -repuso el rey en tono terminante-. Es un hombre valeroso y merece morir con la espada empuñada y no en una cama consumido por el veneno o apuñalado por la espalda en la oscuridad.

- Alejandro, escucha -trató de hacerle razonar Tolomeo-. No estamos ya en tiempos de Homero, y la armadura que tienes cerca de tu catre no perteneció jamás a Aquiles. A lo sumo tiene doscientos o trescientos años, cosa que sabes tú también. Piensa en tus soldados. Memnón puede causar aún la muerte de miles de ellos. ¿Es esto lo que quieres, sólo por mantenerte fiel a tus ideales heroicos?

El soberano sacudió la cabeza.

- Sin tener en cuenta -intervino Eumenes- que Memnón podría perfectamente planear lo mismo en perjuicio tuyo. Pagarle a un sicario para que acabe contigo, corromper a tu médico con tal de que te envenene... ¿No lo has pensado nunca? Memnón dispone de enormes sumas de dinero.

- ¿No se te ha pasado jamás por la cabeza -observó acto seguido Seleuco- que podría prestar su apoyo a tu primo Amintas, al que por si fuera poco has confiado el mando de la caballería tesalia?

El rey sacudió de nuevo la cabeza.

-Amintas es un buen muchacho y me ha dado prueba de lealtad en todo momento. No tengo ningún motivo para dudar de él.

-Yo sigo siendo de la opinión de que los riesgos son excesivos -rebatió Seleuco.

- Y también yo -confirmó Eumenes.

Alejandro tuvo un segundo de duda: volvió a ver a su adversario erguido frente a él ante las murallas de Halicarnaso, el rostro cubierto por la celada bruñida en la que destacaba la rosa de plata de Rodas, y volvió a oír su voz que decía: «Soy el comandante Memnón». Sacudió la cabeza una tercera vez, aún más decidido.

-No, yo no daré nunca una orden semejante. Aun en la guerra un hombre sigue siendo un hombre, y mi padre solía decirme que el hijo de un león es un león. -Luego agregó-: Y no una serpiente venenosa.

-Es inútil insistir -se rindió Seleuco-. Si el rey lo ha decidido así, quiere decir que debe ser así.

Tolomeo y Eumenes asintieron, pero sin demasiada convicción.

-Me alegro de que estéis todos de acuerdo -dijo Alejandro-. Entonces, acerquémonos a ese mapa y tratemos de organizar nuestra marcha a lo largo de la costa.

Discutieron largo y tendido, hasta que les entró el cansancio. Eumenes fue el primero en retirarse, y después de él lo hicieron Tolomeo y Seleuco. Pero apenas estuvo fuera, el secretario hizo una indicación y los tres se reunieron en su tienda. Les hizo sentarse y mandó inmediatamente a un siervo para que despertara a Calístenes, que a aquellas horas seguramente dormía ya al otro lado del campamento.

- ¿Qué opináis vosotros de ello? -comenzó diciendo Eumenes.

- ¿De qué? -preguntó Tolomeo.

-Pues, evidentemente, de la negativa del rey a suprimir a Memnón -repuso Seleuco.

-Yo comprendo a Alejandro -prosiguió el secretario- y ciertamente lo podéis comprender también vosotros. Por otra parte, nosotros no podemos sino sentir respeto por nuestro adversario. Es un hombre excepcional, hábil de mente y con la espada, pero justamente por eso representa un peligro mortal. Imaginaos que consigue sublevar a los griegos, que Atenas, Esparta y Corinto cambian de bando. Los ejércitos aliados marcharían hacia el norte para invadir Macedonia, la flota persa la estrecharía en una mordaza desde el mar... ¿Estamos de veras seguros de que Antípatro lo conseguiría? ¿Y si sucumbiera? ¿Y si Memnón despertara las ambiciones de algún superviviente de la rama dinástica de los Lincéstidas, como nuestro comandante de la caballería tesalia, por ejemplo, desencadenando al mismo tiempo una guerra civil o un pronunciamiento militar? ¿Qué suerte aguardaría a nuestro país y a nuestro ejército? Si ganase, Memnón podría bloquear los Estrechos e impedirnos el regreso, para siempre. ¿Conviene correr un riesgo así?

- Pero no podemos tampoco actuar contra la voluntad de Alejandro -replicó Seleuco.

-Yo digo que podemos, con tal de que él no se entere. Sin embargo, no quiero ser el único en asumir la responsabilidad. Si todos estáis

de acuerdo, actuaremos; de lo contrario no se hará nada, y afrontaremos todos juntos los riesgos que haya que afrontar.

-Pongamos que todos estamos de acuerdo -replicó Tolomeo-. ¿Cuál sería tu plan?

-¿Y por qué has mandado llamar a Calístenes? -preguntó Seleuco. Eumenes se asomó fuera de la tienda para ver si aquel que acababa de ser nombrado llegaba ya. Pero no vio a nadie.

- Escuchad. Por lo que cabe deducir, Memnón debería encontrarse en estos momentos en Quíos, dispuesto a poner vela hacia el norte, con el propósito de dirigirse presumiblemente a Lesbos. Allí esperará un viento favorable para atravesar el mar hasta Grecia. Sin embargo, deberá detenerse algún tiempo, porque tendrá que reavituallarse y hacer acopio de todo lo necesario para la expedición. Es en ese momento cuando deberíamos intervenir nosotros para eliminarle de una vez por todas.

- ¿Y cómo? -preguntó Tolomeo-. ¿Un sicario o el veneno?

- Ni uno ni otro. Un sicario no llegaría nunca a establecer contacto con él, pues está permanentemente rodeado por cuatro hombres que le son ciegamente fieles y que darían muerte en un abrir y cerrar de ojos a quien se acercara más allá de la distancia permitida. En cuanto al veneno, imagino que hace probar sus comidas y sus bebidas. Frecuenta a los persas desde hace bastantes años y estas cosas seguro que las ha aprendido.

- Existen venenos que actúan de forma retardada -observó Tolomeo.

- Es cierto, pero se trata en cualquier caso siempre de venenos. Los efectos y los síntomas son conocidos. De todos modos, si al final se acabara sabiendo que ha sido algún tipo de veneno el que ha matado a Memnón, el baldón caería fatalmente sobre Alejandro, cosa que no podemos permitir.

-Entonces, ¿qué hacer? -preguntó Seleuco.

-Existe una tercera posibilidad. -Mientras decía esto, el secretario bajó los ojos como si experimentase una cierta vergüenza por lo que estaba pasando.

-¿Es decir?

-Una enfermedad, una enfermedad de la que no pueda curarse.

- ¡Pero no es posible! -exclamó Seleuco-. Las enfermedades vienen cuando vienen y se van cuando se van.

-Parece que no es así -rebatió Eumenes-. Parece que determinadas enfermedades son inducidas por agentes muy pequeños, invisibles para el ojo humano, que pasan de un cuerpo a otro. Yo sé que Aristóteles hizo experimentos muy reservados antes de irse para Atenas, partiendo de sus estudios sobre la generación espontánea.

- ¿O sea?

- Parece que ha descubierto que en determinadas situaciones la generación de estos seres no sería en absoluto espontánea. Se trataría, en cambio, de una especie de... propagación. Y de todos modos Calístenes está al corriente de ello. Lo sabe todo acerca de estos experimentos y podría escribirle a su tío. Al principio no sucedería nada, de modo que las sospechas no recaerían sobre el cocinero o el médico. Memnón podría actuar y moverse normalmente. Los primeros efectos se dejarían sentir al cabo de unos cuantos días.

Todos se miraron a la cara, desconcertados y pálidos.

-Me parece un plan difícilmente realizable, que requiere una serie de coincidencias nada baladíes -observó Tolomeo.

-Es cierto, pero es también el único posible a mi modo de ver. Sin embargo, hay un hecho que juega a nuestro favor, y es que el médico de Memnón proviene de la escuela de Teofrasto y...

Seleuco le miró con una expresión de gran sorpresa.

-No sabía que se te hubiesen encargado funciones de espionaje.

- Esto significa que hago bien mi trabajo, visto que se trata de noticias reservadas. De

todos modos, el rey Filipo me había puesto ya en contacto en su tiempo con todos sus informadores entre los griegos y los bárbaros.

En aquel momento se asomó a la tienda Calístenes.

- ¿Me habéis mandado llamar? -preguntó con aire soñoliento.

Tampoco Alejandro conseguía pegar ojo: la idea de que Memnón se preparaba para desencadenar un ataque en Grecia o incluso en Macedonia le preocupaba. ¿Estaría el viejo Antípatro a la altura de las circunstancias? ¿No habría sido preferible hacer regresar a la patria a Parmenión?

Mientras Leptina lavaba la vajilla, salió de la tienda y se encaminó hacia la orilla del mar.

Hacía una noche tranquila y tibia y el rumor de la resaca sobre los cantos rodados de la orilla acompañaba su paso con ritmo parejo. La luna casi llena expandía una claridad diáfana sobre las islas que constelaban la superficie marina, sobre las blancas casas que se hacinaban en torno a las calitas y a los pequeños puertos.

En un determinado punto la playa se interrumpía debido a un promontorio rocoso, pero Alejandro, más que volver atrás, trepó hasta lo alto para disfrutar desde allí de una vista más hermosa aún que la que se presentaba ante sus ojos.

Mientras subía la cuesta, a lo intenso del esfuerzo físico se añadió el enorme cansancio mental que abrumaba desde hacía tiempo su ánimo y se sintió de repente, sin una razón aparente, mortalmente cansado y necesitado de ayuda. Y sin una razón aparente le vino a la mente su padre. Le parecía casi estar viéndole, firme sobre el promontorio. Le habría gustado que fuese verdad, le habría gustado correr a su encuentro como cuando venía a verle a Mieza y gritar: «¡Papá!». Y le habría gustado sentarse a su lado y pedirle consejo.

Estaba profundamente absorto en aquellos pensamientos cuando, llegado ya a la cima, se le ofreció la vista del tramo de costa siguiente, y lo que se encontró ante él le llenó de asombro. En la parte opuesta del promontorio había una especie de gran necrópolis: docenas de monumentales tumbas excavadas en la roca y otras que se erguían solitarias, espectrales en la claridad difusa de la luz lunar, a lo largo de la orilla o parcialmente sumergidas bajo las olas del mar.

Y había un hombre de pie, en silencio, con un farolillo encendido colgado de un bastón que había hundido en la arena. Le daba la espalda.

Tenía la misma complexión que su padre e iba envuelto en un manto blanco orlado de un ribete dorado, como su padre el día en que fuera asesinado. Alejandro se detuvo y se quedó mirándole mudo, poco menos que no creyendo lo que sus ojos veían, como esperando que de un momento a otro se volviera hacia él con la voz y la mirada de Filipo. Pero el hombre permanecía inmóvil: sólo el manto blanco ondeaba en el aire con un leve susurro, como de unas alas de pájaro.

El rey se acercó con paso ligero y vio que había una fuente que brotaba de la roca, un venero cristalino que reflejaba la luz del farol. Un arroyuelo, a guisa de emisario, corría a través de la arena de la playa hasta unirse a las olas saladas del mar. El hombre, que también debía de haberle oído, no se dio la vuelta: parecía observar algo dentro de la fuente. Alejandro se acercó de nuevo, pero al moverse en la oscuridad golpeó con la vaina de la espada contra una roca. Ante aquel ruido, el hombre se volvió de golpe y sus ojos brillaron de improviso a la luz del farol. ¡Los ojos de Filipo!

Alejandro se sobresaltó, un estremecimiento le corrió el espinazo y a punto estuvo de gritar: «¡Padre!».

Pero fue sólo un segundo: reconoció los rasgos distintos del rostro y un color más oscuro de la barba. Un desconocido al que no había visto hasta aquel momento.

-¿Quién eres? -le preguntó-. ¿Qué haces aquí?

El hombre le miró fijamente con una extraña expresión y Alejandro descubrió en ella nuevamente algo familiar: de algún modo sintió que la mirada de su padre estaba en aquellos ojos ardientes.

-Observo esta fuente -repondió el hombre.

-¿Por qué?

- Porque soy un vidente.

-¿Y qué ves? Está oscuro, y la luz de tu farol es débil.

- Por primera vez desde que el hombre existe la superficie del agua ha descendido un codo y ha revelado un mensaje.

-¿De qué hablas?

El hombre acercó el farol a la pared de roca de la que brotaba la fuente y la luz radiante reveló un escrito grabado en caracteres desconocidos.

-Estoy hablando de esto -explicó al tiempo que señalaba la inscripción.

- ¿Y tú eres capaz de leerla?

La voz del vidente se hizo extraña, como si algún otro hablase por su laringe:

Viene el señor de Asia, aquel que tiene en los ojos el día y la noche.

Luego levantó el farol para iluminar el rostro de Alejandro.

-Tu ojo derecho es azul como el cielo sereno y el izquierdo oscuro como la noche. ¿Desde cuándo me observas?

- Desde hace sólo un rato. Pero no has respondido a mi pregunta. ¿Quién eres?

- Mi nombre es Aristandro. ¿Y tú quién eres, tú que tienes en los ojos la luz y las tinieblas?

-¿No me conoces?

-No lo bastante.

- Soy el rey de los macedonios.

El hombre le miró de nuevo, intensamente, con el farolillo cerca de su rostro.

- Tú reinarás sobre Asia.

- Y tú me seguirás, si no le temes a lo desconocido.

El hombre bajó la cabeza.

- Yo sólo le temo a una cosa, y es a una visión que me persigue desde hace tiempo sin que pueda comprender su significado, un hombre desnudo que arde vivo sobre su pira funeraria.

Alejandro no dijo nada: parecía escuchar el rumor parejo y continuo de la resaca. Cuando se volvió hacia lo alto del promontorio, vio a sus guardias personales que vigilaban aquel inesperado encuentro suyo. Se despidió.

-Me espera una jornada muy dura, y tengo que volver. Espero encontrarte en el campamento, mañana.

-También yo lo espero -repondió el hombre.

Y tomó en la dirección opuesta.

33

Una chalupa se acercó lentamente al flanco de la nave capitana que cabeceaba anclada en el puerto de Quíos. El estandarte real con la imagen de Ahura Mazda apenas si se movía a cada ráfaga de la brisa nocturna y del castillo de popa se difundía la luz tenue de un fanal.

Alrededor, la flota de guerra del Gran Rey: más de trescientos navíos rostrados, trirremes y quinquerremes de combate, estaban alineados a lo largo de los muelles, amarrados con gruesas maromas de cáñamo.

La chalupa atracó y el marinero golpeó con el remo el costado del casco.

- Hay un mensaje para el comandante Memnón.

- Espera -repuso el oficial de guardia-. Haré que desciendan una escala.

Poco después, el hombre subía a bordo trepando por la escala de cuerda que le habían arrojado desde la borda y solicitaba ser admitido a presencia del comandante supremo.

El oficial de guardia, tras registrarle, le hizo entrar en el castillo de popa, donde Memnón estaba en vela escribiendo cartas y leyendo las relaciones que le mandaban los gobernadores y los comandantes de las guarniciones persas que seguían fieles al Gran Rey y los informadores que había repartido por toda Grecia.

- Tengo un mensaje para ti, comandante -anunció el hombre alargándole un rollo de papiro.

Memnón lo cogió y vio por el sello que era de su mujer: la primera carta que recibía de ella desde que la había dejado.

-¿Hay alguna cosa más? -preguntó.

- No, comandante. Pero si quieres entregarme una respuesta, esperaré.

-Espera, entonces. Ve a ver al contramaestre y haz que te den de beber y de comer si tienes hambre. Te llamaré tan pronto como haya terminado.

Una vez que se quedó solo, Memnón abrió la misiva con manos temblorosas.

Barsine a Memnón, su adorado esposo, ¡salve!

Amadísimo mío, tras un largo viaje hemos llegado sanos y salvos a Susa, donde el rey Darío nos ha recibido tanto a mí como a tus hijos con grandes honores. Nos ha sido asignada un ala del palacio con siervos y doncellas así como un jardín de una maravillosa belleza, una paridaeza con flores de todos los colores, rosas y ciclámenes de intenso perfume, estanques y fuentes con peces rojos y azules, y pájaros de todas partes del mundo, pavos reales y faisanes de las Indias y del Cáucaso, y guepardos domesticados de la lejana Etiopía.

Nuestra situación sería envidiable si tú no estuvieras lejos. Mi tálamo esta desoladamente vacío, es demasiado grande y frío.

La otra noche tomé el libro de las tragedias de Eurípides que me regalaste y leí Alcestes, con lágrimas en los ojos. He llorado, esposo mío, pensando en aquel amor heroico tan intensamente descrito por el poeta, y me impresionó aquel pasaje en el que ella se dirige a la muerte y el marido le promete que nunca ninguna mujer ocupará su lugar: que hará modelar una imagen suya por un gran artista y la hará poner en su lecho, a su lado.

¡Oh, si pudiera hacer yo también otro tanto! Si también yo hubiese llamado a un gran artista, uno de los grandes maestros yauna, como Lisipo o Apeles, y hubiera hecho esculpir tu imagen, o la hubiera hecho pintar en un cuadro de maravillosa belleza para ponerlo en mis aposentos, en lo más recóndito de mi tálamo.

Sólo ahora, esposo mío adorado, sólo ahora que estás lejos comprendo el significado de vuestro arte, el poder turbador con que vosotros los yauna representáis la desnudez de los dioses y de los héroes.

Me gustaría poder contemplar tu cuerpo desnudo, aunque sólo fuera en una estatua o en una pintura, y luego cerrar los ojos e imaginar que por voluntad de un dios esa imagen puede cobrar vida y salir del cuadro, o descender del pedestal, o acercarse a mí como el día en que gozamos por última vez juntos, y acariciarme con tus manos, besarme con tus labios.

Pero la guerra te mantiene lejos, la guerra que no trae sino duelo, llanto y destrucción. Vuelve a mí, Memnón, deja que otros guíen los ejércitos de Darío. Bastante has hecho ya, nadie podría reprochártelo y todos cuentan tus gestas en defensa de Halicarnaso. Vuelve a mi lado, esposo dulcísimo, héroe radiante. Vuelve a mi lado porque todas las riquezas del mundo no valen lo que un solo instante entre tus brazos.

Memnón cerró la carta y se puso en pie acercándose al antepecho. Las luces de la ciudad parpadeaban tenues en la tranquila noche, y llegaban hasta él, desde las calles oscuras y las plazas, los gritos de los niños que jugaban al escondite aprovechando la última tibieza del otoño. Más lejano se oía el canto de un joven, una serenata dirigida a su amada, que quizá le estaba escuchando ruborizándose en la sombra.

Se sintió embargado por una melancolía infinita, por un cansancio mortal, pero al

mismo tiempo la conciencia de que pesaban sobre sus espaldas la suerte de un Imperio inmenso, las esperanzas de un gran soberano y la estima de tantos de sus soldados, le impedía abandonarse a aquel sentimiento.

Había sabido que sus últimos irreductibles guerreros, atrincherados en la acrópolis de Halicarnaso, resistían a ultranza, atormentados por el hambre y la sed, y no conseguía resignarse a la idea de no haberles podido liberar. ¡Ay, de haber existido verdaderamente el gran Dédalo, el padre de Ícaro, el artífice capaz de construir unas alas para el hombre! Habría volado al lado de su esposa en la noche para hacerla feliz y luego habría vuelto a su puesto y a su deber antes de rayar el día.

Pero otras eran las órdenes del Gran Rey: debía zarpar para la isla de Lesbos, desde donde prepararía el desembarco en Eubea. El primer desembarco persa después de ciento cincuenta años.

Hacía poco había recibido una carta de los espartanos, que se declaraban dispuestos a aliarse con el rey Darío y ponerse a la cabeza de una sublevación general de los griegos contra Macedonia.

Volvió a sentarse en su mesa de trabajo y se puso a escribir.

Memnón a Barsine, esposa dulcísima, ¡salve!

Tu carta ha despertado en mí los recuerdos más hermosos y conmovedores, los momentos que pasamos juntos en nuestra casa de Zelea, antes de la última separación. No puedes imaginarte cuán dolorosamente siento tu ausencia y de qué modo la imagen de tu belleza está presente cada noche en mis sueños. No podré encontrar nunca a ninguna mujer deseable hasta que no consiga volver a abrazarte.

Me espera un último esfuerzo, el choque definitivo, y luego podré descansar al lado de mis hijos y entre tus brazos, mientras los dioses me concedan vida y aliento.

Dales un beso de mi parte y cuídate.

Cerró la carta pensando que aquella materia inerte sería tocada por los dedos de Barsine, ligeros cual pétalos de flores e igual de perfumados. Suspiró, luego llamó al correo y se la entregó.

-¿Cuándo la recibirá? -preguntó.

-Pronto, dentro de menos de veinte días.

- Bien. Que tengas un buen viaje y que los dioses te protejan. -Y también a ti, comandante Memnón.

Le miró mientras se alejaba en su chalupa. A continuación volvió al castillo de popa y convocó al capitán de la nave.

- Zarpamos, capitán. Dad la señal luminosa a las otras naves.

- ¿Ahora? Pero ¿no sería mejor esperar al alba? Habrá más visibilidad y...

- No. Quiero que nuestros movimientos sigan siendo secretos. Lo que nos disponemos a hacer es de la máxima importancia. Indica también que quiero a todos los comandantes de las unidades de combate para tener un Consejo aquí, en la nave capitana.

El capitán, un griego de Patara, se inclinó y se dispuso a cumplir las órdenes recibidas. Poco después, algunas chalupas se acercaron a la nave de Memnón y sus ocupantes subieron a bordo.

Uno tras otro saludaron al comandante y tomaron asiento en dos banquetas dispuestas a los lados del castillo de popa. Memnón se sentó al fondo, en el escaño del navarca. Estaba envuelto en su manto azul y llevaba la armadura. Sobre un escabel descansaba su yelmo corintio: una celada bruñida con la rosa de Rodas en plata incrustada en la frente.

- Navarcas, en este momento la suerte nos ofrece la última posibilidad de redimir nuestro honor de soldados y de ganarnos la soldada que recibimos del Gran Rey. No hay más puertos en los que buscar refugio a nuestras espaldas que los remotos atracaderos de Cilicia y de Fenicia, distantes muchos días de navegación. Por tanto no nos queda otra elección, tenemos que seguir adelante y cortar de raíz la fuerza que sostiene a nuestro adversario.

»He recibido un mensaje secreto de los espartanos, un despacho envuelto alrededor de

Librodot

una *skytale*. Si desembarcamos en el continente, están dispuestos a unirse a nosotros con su ejército. He decidido, por tanto, poner rumbo hacia Lesbos y de ahí hacia Esciros y Eubea, donde encontraré a los patriotas atenienses dispuestos a prestarnos su apoyo. He hecho enviar un mensaje a Demóstenes y creo que la respuesta será positiva. Es todo, por ahora. Volved, pues, a vuestras naves y estad preparados para las maniobras.

La nave capitana se deslizó lentamente fuera del puerto con las luces de popa encendidas, y todas las demás embarcaciones la siguieron.

Hacía una noche clara y estrellada y el piloto de Memnón gobernaba el timón con mano segura. El segundo día el tiempo cambió y el mar se encrespó ante el empuje de un fuerte viento de Noto. Algunas de las naves sufrieron daños y la flota tuvo que avanzar a fuerza de remos durante casi dos días.

Llegaron a destino al quinto día y entraron en la gran rada de poniente, esperando que el tiempo mejorara. Memnón ordenó que las embarcaciones dañadas fuesen reparadas y mandó a sus oficiales que reclutasen mercenarios a los que embarcar. Entretanto él visitó la isla, que era encantadora, y quiso que le mostrasen las casas de la poetisa Safo y del poeta Alceo, ambos oriundos de Lesbos.

Precisamente delante de la casa que se decía fuera de Safo, había unos escribanos ambulantes que copiaban los poemas de la poetisa por encargo, en tablillas de madera o bien en rollos de papiro bastante más caros.

-¿Sabrías escribir uno en persa? -preguntó a uno que por su aspecto se hubiera dicho oriental.

-Sí, por supuesto, poderoso señor.

-Entonces escribe ése que comienza:

Igual a los dioses se me aparece ese hombre que,
Sentado frente a ti, de cerca escucha
tu dulce voz y tu risa adorable.[3]

-La conozco, señor -dijo el escribano mojando el cálamo en el tintero-. Es un canto de celos.

-Sí que lo es -asintió Memnón aparentemente impasible.

Y se sentó sobre un murete a esperar que el escribano acabara su traducción.

Se había enterado de que Barsine había estado en manos de Alejandro, y a ratos se sentía dominado por una sensación de espanto.

34

Alejandro, tras abandonar Halicarnaso, emprendió su avance con el ejército hacia Oriente, siguiendo la costa, por más que todos hubieran intentado disuadirle de que lo hiciera. Había, en efecto, un paso en Licia que en invierno era considerado impracticable. Era poco más que un sendero suspendido entre la escollera que caía a pico y el mar punteado de rompientes que afloraban, expuesto al viento de poniente que traía la borrasca.

Las olas, rompiendo en los escollos, estallaban en globos de espuma, rebullían rabiosas contra las rocas para refluir acto seguido y tomar impulso para romper de nuevo contra el

[3] Safo, fragmento 31, Voigt.

desolado promontorio batido por las tempestades.

Hefestión, que se había acercado hasta allí, había sentido una impresión fortísima.

-Da espanto -le contó a Alejandro-. Imagina una montaña más alta que el monte Athos y más grande que el Pangeo, que cae a pico sobre el mar, lisa y negra como el hierro bruñido. La cima, envuelta siempre en nubes, retumba con el fragor de los truenos; los rayos estallan entre el cielo y la cumbre y a veces caen al mar con destellos cegadores. El sendero es un antiguo paso que fue abierto por los licios en la roca viva, pero se ha vuelto resbaladizo debido a las olas que rompen en él y de las algas que durante la mala estación se reproducen en gran abundancia. Si uno cae al mar es hombre muerto. Las olas le hacen trizas inmediatamente contra los escollos puntiagudos y cortantes que rodean esos escarpados peñascos.

-¿Tú has pasado? -preguntó Alejandro.

-Sí.

-¿Y cómo?

-He utilizado para ello a los agrianos. Han plantado palos en las hendiduras de las rocas y han atado cuerdas a las que poder agarrarse cuando llegaban las oleadas.

-Me parece una excelente idea -dijo el rey-. Nosotros pasaremos también así.

-Pero nosotros éramos cincuenta -objetó Hefestión-, mientras que tú quieres hacer pasar a cincuenta mil hombres y cincuenta mil caballos. ¿Cómo te las arreglarás con los caballos?

Alejandro calló un momento para concentrarse en sus pensamientos y luego dijo:

-No tenemos elección. Hemos de abordar ese sendero y adueñarnos de todos los puertos de Licia. La flota del Gran Rey se verá aislada de nuestro mar. Si es necesario iré por delante sólo con la infantería, pero iré.

-Como quieras. Nosotros no le tememos a nada, pero he querido en cualquier caso que supieras qué riesgos nos aguardan.

Partieron al día siguiente. Llegaron a la ciudad de Janto, imponente sobre la roca que caía a pico sobre el río que lleva su mismo nombre. En los alrededores se abrían, excavadas en la roca, docenas de tumbas de fachadas monumentales en forma de palacios o de templos con columnas. Decíase que una de ellas guardaba el cuerpo del héroe licio Sarpedón, muerto a manos de Patroclo durante la guerra de Troya.

Alejandro quiso que le indicaran cuál era y se recogió absorto ante aquel venerable sepulcro, gastado por el tiempo y la intemperie, en el que apenas si se distinguían los signos de una antiquísima inscripción totalmente ilegible. Calístenes, que estaba cerca de él, le oyó murmurar los versos de Homero, la exhortación que el héroe licio habría dirigido a sus guerreros antes del último combate en el que cayera muerto:

¡Oh amigos! Ojalá que, huyendo de esta batalla, nos libráramos para siempre de la vejez y de la muerte, pues ni yo me batiría en primera fila, ni os llevaría a la lid, donde los varones adquieren gloria; pero como son muchas las clases de muerte que penden sobre los mortales, vayamos...[4]

Luego, vuelto hacia Calístenes, preguntó:

-¿Crees que repetiría estas palabras si le fuera concedido hablar de nuevo?

Y tenía en la voz una honda melancolía.

-¿Quién puedo decirlo? A nadie le ha sido concedido regresar jamás del Hades.

Alejandro se acercó al sepulcro y apoyó en él las manos y la frente, como si tratara de escuchar una voz debilitada por los siglos. Finalmente se dio la vuelta y reanudó el camino a la cabeza de su ejército.

Descendieron el río hasta llegar a su desembocadura, donde se abría el puerto de Patara, el más importante de Licia. La ciudad tenía unas hermosas construcciones de estilo griego y sus habitantes vestían también a la manera griega, pero hablaban su lengua antiquísima y

[4] Homero: La Ilíada, XII, versos 322-328.

totalmente incomprensible sin la ayuda de intérpretes. El rey acuarteló al ejército y ordenó una parada de algunos días porque esperaba recibir noticias de Parmenión, que en aquellos momentos hubiera tenido que encontrarse ya en la meseta interior; pero no consiguió saber nada de su general. Sí llegó, por el contrario, una nave de Macedonia, la última antes de la mala estación.

El comandante había seguido una ruta difícil y poco frecuentada para no encontrarse con la flota de Memnón. Traía una relación de Antípatro sobre la situación en la patria y las ásperas discrepancias que le tenían enfrentado con la reina madre, Olimpia.

Alejandro se sintió contrariado por ello y profundamente apenado, pero se tranquilizó cuando vio en un rollo el sello de los molosos y la caligrafía de su hermana Cleopatra. Lo abrió no sin cierto recelo y comenzó a leer:

Cleopatra, reina de los molosos, a su hermano Alejandro, rey de los macedonios, ¡salve!

Mi adorado hermano, ha pasado ya más de un año desde que te abracé por última vez y no hay día que no piense en ti y no te eche de menos.

El eco de tus empresas ha llegado hasta mi palacio de Butroto y me llena de orgullo, pero el orgullo de nada sirve para compensar tu ausencia.

Mi marido y tu cuñado Alejandro, rey de los molosos, se dispone a partir para Italia. Ha reunido un gran ejército de casi veinte mil hombres, guerreros valerosos y bien adiestrados de acuerdo con la técnica macedonia y la escuela de nuestro padre Filipo.

Sueña con conquistar un gran imperio en Occidente y liberar a todos los griegos de la amenaza de los bárbaros de aquella tierras: cartagineses, brucios y lucanos. Pero yo me quedaré sola.

Nuestra madre está cada vez más extraña, irritable y lunática, y yo misma evito lo más posible ir a visitarla. Por cuanto me dicen, piensa en ti día y noche y ofrece sacrificios a los dioses para que la Fortuna te sea propicia. Yo no puedo sino maldecir la guerra que mantiene alejadas de mí a las personas que más quiero en el mundo.

Cuídate.

Así pues, también la empresa occidental estaba a punto de dar comienzo. Otro Alejandro, casi su imagen especular, ligado a él por vínculos tan profundos de amistad y de sangre, se aprestaba a marchar en dirección a las columnas de Hércules para conquistar todas las tierras que se extendían hasta el río Océano. Y un día se encontrarían, tal vez en Grecia, o en Egipto, o en Italia... Y aquel día el mundo viviría el comienzo de una nueva era.

Aprovechó unos días de descanso para que Eumenes le leyera la relación diaria que el secretario general redactaba dando noticia de los acontecimientos acaecidos, de las distancias cubiertas en la marcha, de las visitas hechas y recibidas, de las actas de las sesiones del alto mando y también del estado de las arcas.

-No está mal -hubo de admitir tras escuchar unas pocas páginas-. Los pasajes descriptivos poseen una cierta elegancia literaria; podrían ser hasta reelaborados para una historia propiamente dicha de la expedición.

-Nadie ha dicho que no la vaya a hacer -replicó Eumenes-, pero por ahora me limito a registrar los hechos, aprovechando el tiempo libre. Para la historia ya está Calístenes.

-Por supuesto.

- Pero no sólo. Como sabes, también Tolomeo lleva una relación de esta expedición. ¿Has pedido que te la lea?

- Hasta ahora no, pero tengo curiosidad por verla.

-Además sigue adelante también la obra de Nearco, tu almirante.

-Parece que todo el mundo escribe sobre esta expedición. Me pregunto a quién se le concederá mayor crédito. Y, en cualquier caso, yo sigo envidiando a Aquiles, que tuvo a un Homero para cantar sus hazañas.

- Eran otros tiempos, amigo mío. En contrapartida Nearco está llevando a cabo un excelente trabajo estableciendo relaciones con las diferentes comunidades que viven en estas tierras. Tiene muchos conocidos aquí y es también muy estimado. Recientemente me explicó

su punto de vista como marinero.

- ¿Es decir?

- Está convencido de que tú no puedes seguir sin una flota y de que deberías reunir otra. Es demasiado peligroso dejar el total dominio del mar a Memnón.

- ¿Y qué piensas tú de ello? Es una cuestión de dinero, si no me equivoco.

- Tal vez ahora podamos permitírnoslo con el dinero que hemos conseguido en Sardes y en Halicarnaso.

-Entonces toma las medidas oportunas para ello. Ponte de acuerdo con Nearco, negocia con los atenienses, reactiva los astilleros de las ciudades costeras que hemos conquistado. Ahora podemos arriesgarnos a ello.

-Me veré con Nearco en su embarcación y haremos cuentas. No tengo la más remota idea de cuánto puede costar una nave de guerra, ni de cuántas hacen falta para hacerle la vida imposible a ese maldito Memnón. Tengo que saber, sin embargo, qué intenciones tiene para el próximo invierno.

Alejandro se asomó a la ventana de la casa en la que se había alojado y se puso a contemplar las cimas de los montes, ya cubiertas de nieve.

-Seguiremos adelante hasta que encontremos el camino que lleva hacia el interior. He de ver a Parmenión lo más pronto posible y reunir nuestras fuerzas. Estoy preocupado, Eumenes. Si uno de nuestros dos contingentes fuera aniquilado, no quedaría ninguna esperanza para el otro.

El secretario asintió, recogió sus papeles y se fue.

Alejandro tomó asiento en su mesa de trabajo, cogió una hoja, mojó la pluma en el tintero y se puso a escribir.

Alejandro a Cleopatra, hermana dulcísima, ¡salve!

Mi amadísima, no estés triste por la partida de tu marido. Hay hombres que nacen con un destino marcado y él es uno de ellos. Hay un pacto entre nosotros, y Alejandro deja su tierra, su casa y su esposa para mantenerse fiel a lo pactado. No creo que hubieras preferido ser la mujer de un hombre insignificante, de un hombre sin esperanzas ni aspiraciones. La vida habría resultado mucho más odiosa. Tú, como yo, eres hija de Olimpia y de Filipo y sé que puedes comprenderlo. La alegría será mayor aún tras la separación, y estoy convencido de que pronto tu marido te mandará llamar para que veas ponerse el sol en las aguas divinas y misteriosas del Océano extremo, que ninguna nave ha surcado jamás.

Aristóteles dice que los griegos se asoman con sus ciudades a este mar como ranas en las orillas de una charca y no le falta razón. Pero nosotros hemos nacido para conocer otras tierras y otros mares, para rebasar límites que nadie ha osado rebasar jamás. Y no nos detendremos antes de haber visto el límite último concedido por los dioses al género humano.

De todos modos, esto no es bastante para hacerme menos dolorosa tu lejanía, y daría cualquier cosa, en estos momentos, para sentarme a tus pies y apoyar mi cabeza en tu regazo mientras escucho tu agradable canto.

Recuérdame, tal como pactamos, cada vez que veas el sol desaparecer tras los montes, cada vez que el viento te traiga voces lejanas.

35

Unos diez días después del acuartelamiento de Alejandro en la ciudad, al rey le fue anunciada una visita: un tal Eumolpo de Solos.

- ¿Sabes quién es? -preguntó Alejandro a Eumenes.

- Claro que lo sé. Es tu mejor informador al este de la cadena del Tauro.

-Si es el mejor informador, ¿cómo es que yo no le conozco? -Porque siempre trató con tu padre y... conmigo.

- Espero que me disculpes que despache ahora personalmente con él -observó Alejandro irónico.

-Por supuesto -se apresuró a responder Eumenes-. Yo sólo he tratado de evitarte pesadas molestias. Es más, si prefieres que me retire... -No digas tonterías y hazle pasar.

Eumolpo no había cambiado mucho desde la ultima vez que el secretario le había visto en Pela, pero padecía siempre de frío, y como el mar había estado impracticable, había tenido que atravesar a lomo de mulo las montañas del interior cubiertas de nieve. Peritas gruñó apenas le vio cubierto con una gorra de piel de zorro.

-Qué preciosidad de perrito -observó Eumolpo con expresión preocupada-. ¿Muerde?

-No, siempre y cuanto te quites el zorro que llevas en la cabeza -replicó Eumenes.

El informador dejó la gorra sobre un escabel; Peritas le hincó el diente al punto y la masticó; estuvo escupiendo pelos durante todo lo que duró la charla.

-¿Qué noticias me traes? -preguntó Alejandro.

En primer lugar Eumolpo se deshizo en una serie de elogios y cumplidos por las brillantes campañas del joven rey, yendo luego al grano.

- Señor, tus gestas han sembrado el pánico en la corte de Susa. Los magos dicen que eres la encarnación del mismísimo Ahrimán.

- Es su dios del mal -explicó Eumenes con un cierto embarazo-. Un poco parecido a nuestro Hades, el señor de los infiernos.

- Mira, su dios es siempre representado como un león, y como tú llevas también el yelmo en forma de cabeza de león, la semejanza es muy impresionante.

-¿Y aparte de esto? -preguntó Alejandro.

- El Gran Rey confía enormemente en Memnón. Parece que le ha hecho entrega de dos mil talentos.

-Una suma enorme.

-Sí.

- ¿Sabes a qué está destinada?

-A todo, creo. Enrolamiento de nuevos contingentes, corrupción, financiamiento de posibles aliados. Pero también he oído hablar de otros dineros, otros dos mil talentos, al parecer, que viajarían por vía terrestre hacia el interior de Anatolia.

- ¿Y este dinero para qué serviría?

Eumolpo sacudió la cabeza.

- No tengo ni idea. ¿No está tu general en esa zona? Tal vez él cuente con una información más precisa...

Un pensamiento molesto pasó de pronto por la cabeza de Alejandro: ¿y si el Gran Rey hubiese tratado de corromper a Parmenión? Ahuyentó enseguida aquella sospecha, que le pareció indigna de él.

-¿Te consta que Memnón cuenta con el apoyo incondicional del Gran Rey?

- Absolutamente. No obstante, no son pocos los nobles en la corte que sienten una envidia tremenda por este extranjero, este griego al que el soberano ha confiado el mando supremo de sus tropas y conferido poder también sobre todos los gobernadores persas. Después del rey Darío, Memnón es el hombre más poderoso de Imperio persa. De todos modos, si me preguntas si por casualidad existen, o pueden alimentarse, conjuras contra él...

- Yo no te estoy diciendo nada semejante -cortó tajante Alejandro.

- Disculpa -replicó el informador-. No era mi intención ofenderte. Ah, hay otra cosa.

- Habla.

- Ha llegado a la corte la mujer de Memnón, Barsine, una mujer de impresionante belleza.

Alejandro sufrió un sobresalto apenas perceptible, que sin embargo no pasó por alto al ojo experto de Eumolpo.

-¿La conoces?

El rey no respondió; el secretario hizo un gesto a Eumolpo de que no insistiera sobre el tema y el informador prosiguió a partir del punto en que se había interrumpido.

- Estaba diciendo que es una mujer de impresionante belleza, piernas de gacela, senos de diosa, ojos de tiniebla. No me atrevo a imaginar la rosa de Pieria que tendrá entre los muslos... -Eumenes le hizo de nuevo señal de que lo dejara correr-. Y se ha traído con ella a sus hijos, dos guapos muchachos. Uno con un nombre griego que ha salido a la madre y el otro con un nombre persa que se parece al padre. ¿No es extraordinario? Hay quien piensa, en la corte, que el Gran Rey les ha querido tener como rehenes porque no se fía de Memnón.

- ¿Y es cierto, según tú? -preguntó Alejandro.

-¿Quieres que te diga lo que de veras pienso?

-Es una pregunta superflua -comentó Eumenes.

- Cierto. Pues bien, yo no lo creo. En mi opinión, el rey Darío confía ciegamente en Memnón, precisamente porque es un jefe mercenario. Aunque Memnón no haya firmado un contrato, no ha faltado nunca a su palabra. Es un hombre de hierro.

-Lo sé -dijo Alejandro.

- Hay también otra cosa que deberías tener en cuenta.

- ¿Es decir?

- Memnón domina el mar.

- Por el momento.

-Por supuesto. Ahora, como bien sabes, Atenas recibe todo su trigo del Ponto a través de los Estrechos. Si Memnón bloquease el tráfico comercial, la ciudad sufriría hambre y él podría obligarla a que cambiara de bando con toda la flota. Ello crearía el más poderoso ejército naval de todos los tiempos.

Alejandro bajó la cabeza.

- Lo sé.

- ¿Y no te espanta?

-Yo no me espanto nunca por algo que no ha sucedido aún.

Eumolpo se quedó por un momento sin habla, luego prosiguió:

-No cabe duda, eres verdaderamente hijo de tu padre. De todas formas, por ahora parece que el Gran Rey haya decidido no moverse y dejar la más amplia libertad de acción al comandante Memnón. El duelo es entre vosotros dos. Pero si Memnón sucumbe, entonces el Gran Rey entrará en lucha, y con él Asia entera.

Pronunció aquellas palabras en un tono solemne que sorprendió a sus interlocutores.

-Te doy las gracias -dijo Alejandro-. Mi secretario general procederá a pagarte por tus servicios.

Eumolpo torció el gesto en una media sonrisa.

-A este propósito, rey, querría pedirte precisamente un modesto aumento de lo que me pagaba tu padre, cuya gloria sea eterna. Mi trabajo, dadas las circunstancias, se hace cada vez más difícil y arriesgado, y la idea de acabar empalado atormenta mis sueños, en otro tiempo mucho más tranquilos.

Alejandro asintió y le dirigió una mirada de inteligencia a Eumenes.

- Ya me ocuparé yo -dijo el secretario general, y acompañó a Eumolpo hasta la puerta.

El hombre echó una mirada desconsolada a cuanto quedaba de su confortable gorra de piel, saludó al rey con una inclinación y salió.

Alejandro le miró alejarse por el pasillo y pudo oír al informador que continuaba diciendo:

- Porque, si he de hacerme empalar, es un decir, prefiero el pájaro de un buen joven a las puntiagudas pértigas que preparan esos bárbaros.

Y a Eumenes que replicaba:

-Aquí no hay problemas para elegir, pues tenemos veinticinco mil...

El rey sacudió la cabeza y cerró la puerta.

Al día siguiente, viendo que seguía sin recibir noticias de Parmenión, decidió ponerse en marcha para afrontar el arriesgado paso sobre la costa que Hefestión le había descrito con

tan espantosa eficacia.

Mandó por delante a los agrianos para que preparasen los clavos y cuerdas a los que los soldados pudieran sujetarse, pero el complejo aparato se reveló innecesario. El tiempo cambió de repente, el viento húmedo y borrascoso de poniente cesó y el mar se volvió calmo como una balsa de aceite.

Hefestión, que había acompañado a los agrianos y a los tracios, volvió atrás para referir que el sol estaba secando el paso y que no había ya peligro.

-Parece que los dioses te quieran ser propicios.

-Así parece -replicó Alejandro-. Tomémoslo como un buen auspicio.

Tolomeo, que cabalgaba inmediatamente detrás, al mando de la guardia personal, se volvió hacia Pérdicas:

-Puedo ya imaginarme qué es lo que escribirá Calístenes. -Nunca había analizado el problema desde el punto de vista de los cronistas de esta empresa.

-Escribirá que el mar se ha retirado delante de Alejandro, reconociendo su realeza y poder casi divino.

-¿Y tú en cambio qué escribirás?

Tolomeo sacudió la cabeza.

-Déjalo así y sigamos. Queda aún un largo camino por recorrer.

Una vez superado el paso, Alejandro condujo al ejército hacia el interior, trepando por senderos escarpados cada vez más altos, hasta llegar a lo alto de aquellos despeñaderos cubiertos de nieve. Las aldeas eran dejadas normalmente en paz, a menos que sus habitantes les agredieran y se negasen a proporcionarles aquello que necesitaban. Luego, más allá del primer macizo, descendieron por el valle del río Eurimedonte, desde el que se podía volver a subir hacia el interior y hacia la meseta.

Era un valle bastante angosto, de escarpadas laderas rocosas rojas que contrastaban con el azul intenso de las aguas del río. Rastrojos amarillos se extendían por ambas orillas y en los pocos terrenos llanos que flanqueaban el arenal.

Avanzaron durante una jornada entera hasta que, a la caída del sol, se encontraron frente a una franja de terreno controlada por dos fortalezas gemelas que se alzaban sobre dos grandes puntas rocosas: detrás, sobre una loma, se entreveía una ciudad fortificada.

-Termeso -afirmó Tolomeo situándose al lado de Alejandro con su caballo e indicando la fortaleza enrojecida por los últimos rayos del sol. Pérdicas se acercó al rey por el otro lado.

-No será fácil expugnar ese nido de águilas -observó preocupado-. Desde el fondo del valle hasta lo alto de las murallas debe de haber por lo menos cuatrocientos pies. Ni siquiera montando todas nuestras torres de asalto una sobre otra podremos llegar a esa altura.

Llegó Seleuco con dos oficiales de la caballería de los hetairoi.

-Yo sugeriría levantar el campamento, pues si seguimos adelante, podríamos acabar poniéndonos al alcance de sus disparos y no tenemos nada con que responder a sus lanzamientos.

-Está bien, Seleuco -se mostró de acuerdo el rey-. Mañana, con la luz del sol, veremos qué se puede hacer. Estoy seguro de que hay algún paso por alguna parte. Sólo se trata de encontrarlo.

En aquellos momentos, a sus espaldas, resonó una voz:

-Es mi ciudad. Una ciudad de magos y adivinos. Dejad que vaya yo. El rey se volvió: era Aristandro, el hombre al que se había encontrado en la fuente cerca del mar leyendo una antigua inscripción ilegible.

-Salve, vidente -le saludó-. Acércate y dime qué intenciones

tienes.

- Es mi ciudad -repitió Aristandro-. Una ciudad mágica que se alza en un lugar no menos mágico. Una ciudad donde también los niños saben interpretar las señales del cielo y las entrañas de las víctimas. Deja que vaya yo, antes de mover el ejército.

- Está bien, puedes ir. Nadie hará nada antes de que tú hayas vuelto.

Aristandro se despidió con un movimiento de cabeza y se encaminó a pie a lo largo del

repecho que pasaba por debajo de las dos fortalezas gemelas. Al cabo de un rato, tras haber caído la noche, su manto lucía blanco como un fantasma solitario a lo largo de las laderas escarpadas de las peñas de Termeso.

36

Aristandro estaba erguido delante de él como un fantasma y la única lámpara que ardía en la tienda le confería a su rostro un aspecto más desconcertante aún, si cabía. Alejandro saltó de la cama, como si le hubiera picado un escorpión.

-¿Cuándo has llegado? -le preguntó-. ¿Y quién te ha hecho entrar?

- Ya te dije que conozco muchas hechicerías y puedo moverme en medio de la noche a mi antojo.

Alejandro se puso en pie y echó una ojeada a su perro: dormía tranquilo, como si no hubiera nadie en la tienda aparte de él.

- ¿Cómo lo has hecho? -preguntó de nuevo el rey.

- Eso no tiene importancia.

- ¿Qué la tiene?

- Lo que voy a decirte. Mis conciudadanos han dejado tan sólo los centinelas en las peñas que controlan el paso y se han retirado dentro de Termeso. Cógeles por sorpresa y haz pasar al ejército. Inmediatamente después verás que hay un sendero en el lado izquierdo de la montaña que conduce hasta las puertas de la ciudad. Mañana, tus trompas le darán los buenos días.

Alejandro salió y vio que el campamento estaba sumido en el silencio: todos dormían tranquilos y los centinelas de guardia se calentaban cerca de sus vivaques. Se volvió hacia Aristandro y el vidente señaló el cielo:

-Mira, un águila que sobrevuela en amplias evoluciones las murallas. Esto significa que la ciudad estará a tu merced después de este ataque nocturno. Las águilas no vuelan de noche, es sin duda una señal de los dioses.

Alejandro dio orden de despertar a todos sin hacer sonar la trompa, luego convocó a Lisímaco y al comandante de los agrianos.

- Este es un trabajo para vosotros. Sé que en aquellas peñas hay únicamente grupos de centinelas. Tenéis que sorprenderles y quitarles de en medio sin armar ruido, tras lo cual haremos pasar al ejército por el estrecho paso. Si la misión tiene éxito, indicádnoslo arrojando unas piedras.

Los agrianos fueron instruidos en su lengua acerca de lo que había que hacer y Alejandro les prometió una recompensa si tenían éxito en su misión. Aceptaron de buen grado, se pusieron en bandolera sus cuerdas de cáñamo, las bolsas con los piquetes y se metieron los puñales en el cinto. Cuando la luna asomó unos breves instantes por entre las nubes, Alejandro les vio que hacían la escalada de las rocas con su increíble agilidad de montañeros. Los más audaces trepaban con las manos desnudas hasta donde les era posible, luego aseguraban la cuerda en un saliente o en un clavo encajado en una hendidura y la hacían descender para permitir subir a los demás compañeros.

En aquel momento, la luna se ocultó entre las nubes y los agrianos agarrados a las peñas desaparecieron del todo. Alejandro avanzó, seguido por Tolomeo y su guardia personal, hasta el estrecho paso. Esperaron allí escondidos.

No había pasado mucho rato cuando que se oyó una fuerte golpe de algo que caía y luego otro y otro más: eran los cadáveres de los centinelas que eran arrojados por los agrianos.

- Misión cumplida -observó Tolomeo echando una ojeada a los cuerpos despanzurrados-. Puedes hacer avanzar al ejército.

Pero Alejandro le hizo una señal de que tuviera paciencia. Poco después se oyeron otras caídas semejantes y luego el ruido seco de unas piedras que caían desde lo alto rebotando por las paredes rocosas.

- ¿Qué te decía? -repitió Tolomeo-. Misión cumplida. Es gente que tiene buena mano, y en estas situaciones son insuperables.

Alejandro le pidió que transmitiera lo dicho a las secciones para que avanzaran en silencio a lo largo del estrecho paso y la larga columna se puso en movimiento, mientras los agrianos, una vez llevado a cabo su cometido, descendían de las peñas recuperando, a medida que bajaban, las cuerdas con las que habían realizado la escalada.

Los guías y los exploradores en avanzadilla en la ladera izquierda de la garganta no tardaron en descubrir el sendero que subía hacia la altiplanicie y antes del amanecer el ejército estaba ya formado al completo delante de las murallas, pero en un terreno tan accidentado que ni siquiera hubiera habido sitio para acampar.

Apenas fue levantada su tienda en una de las pocas explanadas libres de rocas, el rey hizo convocar el Consejo de sus compañeros. No obstante, mientras el heraldo iba dando una vuelta con el fin de buscarlos, Hefestión le anunció otra visita: un hombre llamado Sisine, un egipcio, solicitaba hablar con él lo más pronto posible.

-¿Un egipcio? -preguntó Alejandro sorprendido-. Pero ¿quién es? ¿Lo has visto alguna vez?

Hefestión sacudió la cabeza.

-A decir verdad, no, pero él afirma conocernos a los dos, haber trabajado en su momento para tu padre el rey Filipo, habernos visto correr de niños por el patio del palacio de Pela. Por el aspecto, se diría que viene de lejos.

-¿Y qué quiere?

-Dice que únicamente puede hablar contigo a solas.

El heraldo se presentó en aquel momento.

- Rey, los comandantes están aquí y esperan fuera de la tienda.

-Que entren -ordenó Alejandro. Y luego, vuelto hacia Hefestión, agregó-: Haz que le den de comer y de beber y que pueda descansar hasta que le hayan preparado una tienda. Luego vuelve aquí. Quiero que estés presente en el Consejo.

Hefestión se alejó e inmediatamente después entraron los amigos del rey: Eumenes, Seleuco, Tolomeo, Pérdicas, Lisímaco y Leonato. Filotas estaba con su padre en la Frigia interior, juntamente con Crátero y El Negro.

Todos le besaron en las mejillas y tomaron asiento.

- Habéis visto la ciudad -comenzó diciendo Alejandro-. Y habéis visto el terreno, rocoso, accidentado. Aunque quisiéramos construir torres de asalto con la madera de los bosques, no conseguiríamos arrastrarlas para ponerlas en posición, y si quisiéramos excavar una mina, tendríamos que perforar la roca viva con maza y escoplo. ¡Imposible! La única solución es poner cerco a Termeso, pero sin saber cuándo caerá. Pueden requerirse días o meses...

-En Halicarnaso no nos planteamos semejantes problemas -observó Pérdicas-. Empleamos el tiempo que fue necesario.

- Apilemos una montaña de madera contra las murallas, prendámosle fuego y hagámoslas estallar con el calor -propuso Leonato. Alejandro sacudió la cabeza.

- ¿Has visto a qué distancia están los bosques? ¿Y cuántos hombres perderíamos mandándoles bajo las murallas a llevar leña sin techumbres de protección y sin poder cubrirles? Yo no mando a mis hombres a la muerte si no corro los mismos riesgos que ellos, y vosotros también. Además, el tiempo apremia. Hemos de unirnos sin falta al cuerpo de ejército de Parmenión.

-Se me acaba de ocurrir una idea -intervino Eumenes-. Estos bárbaros son exactamente igual que los griegos. Se matan continuamente entre ellos. Seguro que los habitantes de Termeso tienen enemigos; bastará, por tanto, con ponernos de acuerdo con ellos. Después de lo cual podremos retomar nuestro camino hacia el norte.

- No es mala idea -dijo Seleuco.

- En absoluto -aprobó Tolomeo-. Dando por supuesto que consigamos encontrar a dichos enemigos.

- ¿Quieres ocuparte tú? -preguntó Alejandro al secretario. Eumenes se encogió de hombros.

- Por fuerza, si no lo hace nadie más.

- Entonces, entendido. Entretanto, sin embargo, mientras nos encontremos aquí, pongamos cerco a la ciudad y no dejemos entrar ni salir a nadie. Ahora id a ocuparos de vuestros hombres.

Los compañeros se alejaron uno tras otro y poco después llegó Hefestión.

-Veo que habéis terminado ya. ¿A qué conclusión habéis llegado?

-Que no tenemos tiempo para expugnar esta ciudad. Esperamos encontrar a alguien que lo haga por nosotros. ¿Dónde está el huésped?

- Está fuera esperando.

- Entonces, hazle pasar.

Hefestión salió y poco después entró un hombre más bien mayor, más próximo a los sesenta que a los cincuenta, de barba y pelo gris, ataviado como los indígenas de la meseta.

- Adelante -le invitó Alejandro-. Sé que has solicitado hablar conmigo. ¿Quién eres?

-Me llamo Sisine y vengo de parte del general Parmenión. Alejandro le miró a los ojos oscurísimos y bastante inquietos.

-No te he visto nunca antes -replicó-. Si te manda Parmenión,

tendrás seguramente una carta con su sello.

-No tengo ninguna carta, pues habría sido demasiado peligroso de haber sido capturado. Tengo orden de referirte de viva voz lo que me ha sido dicho.

- Entonces habla.

- Hay un pariente tuyo con Parmenión, que está al mando de la caballería.

- Es mi primo Amintas de Lincéstide. Es un excelente combatiente, y por eso le he confiado la caballería tesalia.

- ¿Y te fías de él?

-Cuando fue asesinado mi padre, se puso al punto de mi lado y desde entonces me ha sido siempre leal.

-¿Estás seguro? -insistió el hombre.

Alejandro comenzaba a perder la paciencia.

- Si tienes algo que decir, habla en vez de seguir haciéndome preguntas.

- Parmenión interceptó un correo persa con una carta del Gran Rey dirigida a tu primo.

- ¿Puedo verla? -preguntó Alejandro alargando la mano. Sisine sacudió la cabeza con una leve sonrisa.

- Se trata de un documento delicadísimo que no podíamos ciertamente arriesgarnos a perder, en el caso de que yo hubiera sido capturado. Sin embargo, estoy autorizado por el general Parmenión a referirte su contenido.

Alejandro le hizo una señal para que se adelantara.

- La carta del Gran Rey ofrece a tu primo Amintas de Lincéstide el trono de Macedonia y dos mil talentos en oro si te da muerte.

El rey se quedó en silencio. Pensó en lo que le había dicho Eumolpo de Solos sobre una gran suma de dinero que había sido enviada desde el palacio real de Susa en dirección a Anatolia y pensó también en todos los gestos de valor y en la lealtad demostrada para con él hasta aquel momento por su primo. Se sintió atrapado en las redes de una trama contra la cual el valor, la fuerza y el coraje nada valían, una situación en la que su madre habría sabido moverse mil veces mejor que él y que de todos modos debía ser resuelta sin dilaciones.

-Si no es cierto, te haré cortar a pedazos y los arrojaré a los perros -amenazó.

Peritas, que dormitaba en un rincón, levantó la cabeza y se pasó la roja lengua por los bigotes, como si estuviera interesado en el cariz que había tomado la conversación. Pero Sisine no pareció turbado en modo alguno.

- Si miento, no te será difícil comprobarlo una vez que te reúnas con Parmenión.

-Pero ¿qué pruebas tenéis de que mi primo tiene intención de aceptar el dinero y la propuesta del Gran Rey?

-En teoría ninguna. Pero piensa, señor. ¿Habría hecho el rey Darío una propuesta de este tipo y arriesgado una suma de tales proporciones de no haber tenido probabilidades de éxito? ¿Conoces tú a algún hombre capaz de resistirse a los halagos del poder y de la riqueza? Yo, en tu lugar, no me arriesgaría. Con todo ese dinero, tu primo podría pagar a mil sicarios, podría alistar a un ejército entero.

-¿Quieres que repita también este mensaje?

Alejandro sacudió la cabeza.

-No importa. Te doy las gracias por las informaciones que me has traído y le diré a Eumenes que te lo recompense.

Sisine rehusó aceptarlo.

-Mi premio es haber contribuido a la salvaguardia de tu persona, señor. No quiero nada más.

Le lanzó una última mirada que habría podido significar cualquier cosa, luego se inclinó respetuosamente y salió. Alejandro se dejó caer sobre un escabel y se tapó la cara con las manos.

Permaneció largamente sentado e inmóvil: volvía con el pensamiento a los días en que, de niño, en Pela, jugaba con sus compañeros y sus primos a la pelota y al escondite, y sentía ganas de gritar y de llorar.

Leptina se le acercó con su paso imperceptible y le apoyó las manos en los hombros.

- ¿Malas noticias, mi señor? -preguntó con voz queda.

- Sí -repuso Alejandro sin volverse.

Leptina le apoyó la mejilla en un hombro.

- He conseguido encontrar leña para calentar agua. ¿No te apetecería darte un baño?

El soberano asintió, siguió a la muchacha al sector privado de la tienda donde humeaba una tina llena de agua hirviente y se dejó desnudar. Estaba el velón encendido y hacía rato que había caído ya la noche.

-¿Me estás sugiriendo cómo comportarme?

-Los dioses me guarden de hacerlo. Soy un fiel servidor que ha cumplido con su deber atravesando montañas cubiertas de nieve, padeciendo hambre y frío, arriesgando muchas veces la vida en los territorios aún en manos de los soldados y de los espías del Gran Rey.

Alejandro no respondió, pero comprendió que en aquel punto no tenía alternativas, que debía de tomar una decisión fuera la que fuese. Sisine interpretó aquel silencio del modo más lógico.

- El general Parmenión me ha ordenado regresar lo más pronto posible con tus disposiciones. Y tampoco éstas podrán ser escritas. Deberé referirlas de viva voz. Por otra parte, el general me honra con su plena confianza.

Alejandro le volvió la espalda porque no quería que leyera en su frente los pensamientos que le cruzaban por la mente. Luego, tras haber reflexionado y ponderado cada cosa, se volvió y dijo:

-Referirás lo siguiente al general Parmenión: «He recibido tu mensaje y te estoy agradecido por haber desbaratado una conjura que habría podido ocasionar grave daño a nuestra empresa o causar mi muerte. No tenemos, sin embargo, por lo que me ha sido referido, ninguna prueba de que mi primo tuviera intención de aceptar ese dinero y esa propuesta. Te pido, por tanto, que le mantengas bajo arresto hasta que haya llegado yo para interrogarle personalmente. Pero quiero que sea tratado como conviene a su rango y a su grado. Espero que estés bien. Cuídate.»

- Ahora repite -ordenó Alejandro.

Sisine le miró directamente a los ojos y repitió el mensaje palabra por palabra, sin pararse y sin vacilaciones.

-Muy bien -replicó el rey disimulando su asombro-. Ahora ve a divertirte. Te

proporcionarán un alojamiento para la noche. En cuanto te sientas dispuesto y descansado, podrás volver a partir.

-Pediré una alforja con comida y un odre de agua y partiré inmediatamente.

-Espera.

Sisine, que estaba inclinándose para hacer el saludo, enderezó de inmediato la espalda.

-A tus órdenes.

-¿Cuántas jornadas has empleado para llegar aquí desde que dejaste al general?

- Once jornadas a lomo de mulo.

- Dile a Parmenión que me pondré en marcha dentro de cinco jornadas a lo sumo y que le alcanzaré en Gordio en el mismo tiempo que te ha sido necesario a ti para llegar hasta mí.

37

Con la ayuda de Aristandro, Eumenes consiguió estipular en breve tiempo un tratado con una población vecina, las gentes de Selge, acérrimos enemigos de los habitantes de Termeso aunque hablasen la misma lengua y venerasen las mismas divinidades. Les entregó dinero, hizo otorgar de parte de Alejandro a su jefe un título altisonante como «supremo y autócrata dinasta de Pisidia», y tomaron inmediatamente posición en torno a la ciudad organizándose para el cerco.

-Te dije que Termeso estaría a tu merced -recordó Aristandro al soberano, interpretando un poco a su manera la situación.

El rey se aseguró la sumisión de algunas ciudades de la costa no lejanas, como Side y Aspendo, hermosísimas y en parte construidas a la griega, con plazas, columnatas y templos adornados con estatuas, y exigió los tributos que anteriormente pagaban a los persas. Por último dejó a un grupo de oficiales de los hetairoi con una sección de soldados de asalto del cuerpo de los «portadores de escudo» junto con sus aliados los bárbaros bajo las murallas de Termeso y reanudó su marcha hacia el norte.

Las montañas del Tauro estaban cubiertas todas de nieve, pero hacía un tiempo bastante bueno y el cielo, de un intenso azul, estaba despejado de nubes; aquí y allá, grupos aislados de hayas y de robles tenían aún sus hojas de color ocre y rojo y destacaban en medio del blanco cegador cual joyas en una bandeja de plata. A medida que el ejército avanzaba, los tracios y los agrianos, al mando de Lisímaco, eran mandados de avanzadilla a ocupar los pasos para evitar así ataques por sorpresa y para que la marcha no encontrara excesivos peligros.

Eumenes hacía comprar las vituallas en los pueblos para no irritar a las poblaciones indígenas y asegurarse de que el paso del ejército fuera lo más pacífico posible a través de las cumbres inaccesibles de la gran cadena montañosa. Alejandro cabalgaba en silencio solo, delante de todos, montando a Bucéfalo, y no era difícil darse cuenta de qué pensamientos angustiosos tenían ocupada su mente. Calzaba el sombrero macedonio de anchas alas y llevaba sobre los hombros la pesada clámide militar de burda lana. Peritas poco menos que trotaba entre las patas del semental. Se había establecido entre ambos animales desde hacía tiempo un entendimiento amigable, y cuando el perro no dormía a los pies de la cama de Alejandro, se echaba sobre la paja cerca del caballo.

Al cabo de tres días de marcha por las montañas, llegaron ante la meseta interior: una extensión llana y quemada, azotada por un frío viento. En lontananza se veía brillar un espejo de agua límpido y oscuro, rodeado de una extensión de un blanco cegador.

-Más nieve -refunfuñó Eumenes, que sufría de nuevo con el frío y había cambiado definitivamente el corto quitón militar adoptando unos más confortables pantalones frigios.

-No, es sal -le corrigió Aristandro, que cabalgaba a su lado-. Ese es el lago Ascania, más salado que el mar. En verano, su superficie se reduce considerablemente y la extensión de sal

se vuelve enorme. Los habitantes la venden en todo el valle.

Cuando el ejército pasó por la blanca extensión, el sol comenzaba a ponerse tras los montes y la luz radiante refractada por millones de cristales de sal creaba un espectáculo fantasmagórico, una atmósfera mágica e irreal. Los soldados miraron en silencio aquella maravilla sin conseguir apartar la mirada del continuo mudar de los colores, de los rayos de luz descompuestos por las infinitas superficies facetadas en abanicos iridiscentes, en triunfos de chispas de fuego.

-Dioses del Olimpo... -murmuró Seleuco-. ¡Qué esplendor! Ahora puede decirse verdaderamente que estamos lejos de casa.

-Sí -hubo de admitir Tolomeo-. No he visto un espectáculo semejante en toda mi vida.

-Y no es el único que podréis admirar -continuó Aristandro-. Más allá está el monte Argeo, que arroja fuego y llamas por la cima y cubre de cenizas regiones enteras. Dicen que debajo de su mole gigantesca está encadenado el gigante Tifón.

Tolomeo hizo una señal a Seleuco de que le siguiera y espoleó al caballo como si quisiera inspeccionar la columna. Se detuvo a medio estadio de distancia y puso de nuevo el animal al paso.

-¿Qué le pasa a Alejandro? -preguntó.

Seleuco se le acercó.

-No lo sé. Está así desde que llegó ese egipcio.

Alejandro pareció volver a la realidad y levantó el brazo deteniendo a la columna.

-Acamparemos aquí -ordenó-. Mañana nos acercaremos a la ciudad. Es la capital de Frigia y la sede del sátrapa persa. Si todavía no la ha tomado Parmenión, lo haremos nosotros, pues debe de haber mucho dinero en esa fortaleza.

-Parece que haya cambiado de humor -observó Tolomeo.

-En efecto -admitió Seleuco-. Se habrá acordado de lo que decía Aristóteles: «O el problema tiene solución y entonces es inútil preocuparse, o el problema no tiene solución y entonces es inútil preocuparse». Ojalá nos invite también a cenar.

- No me gustan los egipcios -sentenció Tolomeo-. Quién sabe qué le ha metido en la cabeza. No teníamos bastante con ese vidente, el tal Aristandro.

- Creo que Hefestión sabe algo más, pero no se deja sacar ni media palabra.

- Lo creo, pues hace siempre ciegamente lo que quiere Alejandro.

-Por supuesto. Pero ¿de qué puede tratarse? Una mala noticia sin

duda. Y esa prisa por seguir adelante... ¿Le habrá sucedido algo a Parmenión?

Tolomeo echó una mirada a Alejandro, que cabalgaba delante de ellos, a no mucha distancia.

- Nos lo habría dicho. Y además con Parmenión están El Negro, Filotas, Crátero y también su primo Amintas, que manda la caballería tesalia. ¿Es posible que no se haya salvado ninguno?

-¿Quién sabe? Imagina que han sufrido una emboscada... O tal vez esté pensando en Memnón. Ese hombre es capaz de todo. Mientras hablamos, podría estar ya desembarcando en Macedonia o en El Pireo.

- ¿Qué podemos hacer? ¿Se lo preguntamos esta noche si nos invita a cenar?

- Depende de su humor. Tal vez sea mejor consultarlo con Hefestión.

- Sí, es lo mejor. Hagamos eso.

Entretanto el sol se había puesto en el horizonte y los dos amigos pensaban en las muchachas que habían dejado deshechas en lágrimas en sus casas de Piera y de Eordea y que tal vez a aquella melancólica hora les recordaban.

- ¿Se te ha pasado alguna vez por la cabeza casarte? -le preguntó de repente Tolomeo.

-No. ¿Y a ti?

- Tampoco. Pero me habría gustado Cleopatra.

- También a mí.

- También a Pérdicas, si es por esto.

- Por supuesto. También a Pérdicas.

Resonó un grito en la cabeza de la columna, de los exploradores que regresaban al galope de un reconocimiento, antes de que oscureciese.

-¡Celenas! ¡Celenas!

-¿Dónde? -preguntó Eumenes adelantándose.

- A cinco estadios en esa dirección -repuso un explorador señalando una colina en lontananza sobre la cual parpadeaban miles de luces. Era un espectáculo maravilloso: parecía un gigantesco hormiguero iluminado por miles de luciérnagas.

38

Aristóteles desembarcó en Metone con una de las últimas naves que desde el Pireo aún se aventuraban a hacerse a la mar con la mala estación ya muy avanzada. El comandante había decidido aprovechar el viento que soplaba bastante recio y constante del sur para hacer entrega de una partida de aceite de oliva, vino y cera de abeja que de lo contrario habría tenido que aguardar en los almacenes la llegada de la primavera y precios más bajos.

Una vez en tierra, subió a un carruaje tirado por un par de mulos y se hizo llevar a Mieza. Tenía las llaves del complejo entero y la facultad de utilizarlas en cualquier momento. Además, en aquel período, sabía que encontraría a una persona con la que tenía interés en hablar, una persona que le daría noticias de Alejandro: Lisipo.

Le encontró, en efecto, ocupado en la fundición, donde estaba realizando el boceto en arcilla del grandioso grupo escultórico de la cuadrilla de Alejandro en el Gránico, que luego fundiría en sus proporciones definitivas para el monumento. Era casi de noche y había ya luces encendidas tanto en el interior del taller como en el refectorio y en algunas de las habitaciones de los huéspedes.

-¡Bienvenido, Aristóteles! -le saludó Lisipo-. Lo siento, pero no puedo darte la mano, voy todo sucio. Un momento, pronto estaré a tu disposición.

Aristóteles se acercó al boceto: una escultura de veintiséis personajes que se desarrollaba sobre una plataforma de unos ocho o diez pies de largo. Era asombroso: podía verse el remolinear de las olas y poco menos que percibir el ritmo furioso del galope de los jinetes lanzados a la carga. Por encima de todos destacaba Alejandro, revestido con su coraza, con el viento en los cabellos, sobre un furioso Bucéfalo.

Lisipo se enjuagó las manos en una jofaina y se acercó.

- ¿Qué te parece?

- Soberbio. Lo que sorprende en tus obras es el estremecimiento de la energía dentro de las formas, como en cuerpos sumidos en una especie de excitación pánica.

- Se le aparecerán de repente al visitante -explicó Lisipo con una expresión inspirada, levantando sus enormes manos para describir la escena- una vez que haya llegado a lo alto de un pequeño otero. La gente tendrá la impresión de que se les vienen encima, de ser arrollados por ellos. Alejandro me ha pedido que les vuelva inmortales y yo estoy empleando todas mis energías para satisfacer su deseo y compensar a sus padres, al menos en parte, la pérdida que sufrieron.

- Y al mismo tiempo le estás haciendo entrar a él, todavía vivo, en la leyenda -dijo Aristóteles.

-Sucedería de todos modos, ¿no crees? -Lisipo se quitó el mandil de piel y lo colgó de un clavo-. La cena está casi lista. ¿Cenarás con nosotros?

- Con mucho gusto -repuso Aristóteles-. ¿Quién más hay?

-Cares, mi asistente -repuso el escultor señalando al muchacho flaco de pelo rapado que estaba atareado en un rincón con una gubia sobre un modelo de madera y que saludó con un gesto respetuoso de la cabeza-. Y un enviado de la ciudad de Tarento, Evémero de Calípolis,

una buena persona que tal vez nos dé noticias del rey Alejandro de Epiro.

Salieron de la fundición y recorrieron el pórtico interior hacia el refectorio. Aristóteles pensó con melancolía en la última vez que había cenado con el rey Filipo.

-¿Te quedarás por mucho tiempo? -preguntó Lisipo.

- No mucho. Di instrucciones a Calístenes, con mi última carta, de que me responda aquí a Mieza y me urge leer lo que me escriba. Luego proseguiré camino hacia Egas.

- ¿Vas al viejo palacio?

- Llevaré una ofrenda a la tumba del rey y tendré que ver a algunas personas.

Lisipo dudó un momento.

- He oído decir que estás investigando el asesinato del rey Filipo, pero tal vez no sean más que rumores...

-No lo son -confirmó Aristóteles aparentemente impasible.

- ¿Lo sabe Alejandro?

- Creo que sí, aunque en un primer momento le había confiado el encargo a mi sobrino Calístenes.

- ¿Y la reina madre?

-Yo no he hecho nada por hacérselo saber, pero Olimpia tiene escuchas por todas partes. Es bastante probable que esté al tanto. -¿Y no tienes miedo?

-Creo que el regente Antípatro se está asegurando de que no me suceda nada malo. ¿Ves a ese cochero? -dijo señalando al hombre que le había traído a Mieza y que en aquel momento conducía a los mulos hacia las caballerizas-. En la alforja lleva una espada macedonia del tipo de las de la guardia de palacio.

Lisipo echó una ojeada al personaje: una montaña de músculos que se movía como un gato. Saltaba a la vista que era un gastador de la guardia real.

- Por los dioses, podría posar para una estatua de Hércules. Se sentaron a la mesa.

-Nada de lecho para comer -comentó el artista-. Todavía es como en los viejos tiempos, se come sentados.

-Es mejor así -replicó el filósofo-. He perdido la costumbre de comer recostado. Por cierto, ¿qué noticias tienes de Alejandro?

-Imagino que Calístenes te tiene informado.

- Por supuesto. Pero me urge conocer tus impresiones personales. ¿Cómo le has encontrado?

-Está completamente inmerso en su sueño. Nada podrá detenerle hasta que no haya alcanzado su objetivo.

-Y en tu opinión, ¿cuál es su objetivo?

Lisipo permaneció en silencio unos instantes: parecía que mirase a su servidor, que estaba atizando las brasas en el hogar. Luego dijo, sin darse la vuelta:

- Cambiar el mundo.

Aristóteles suspiró.

-Creo que estás en lo cierto. La cuestión es si lo cambiará para mejor o para peor.

Entró en aquel momento el huésped extranjero, Evémero de Calípolis, y se presentó a los comensales mientras era servida la cena: sopa de gallina hervida con legumbres, quesos y huevos duros con aceite y sal. Y vino de Tasos.

-¿Qué noticias hay del rey Alejandro de Epiro? -preguntó Lisipo.

-Magníficas noticias -repuso el huésped-. El soberano está a la cabeza de su ejército y del nuestro y ha ido de victoria en victoria. Ha derrotado a los mesapios y yapigos y toda Apulia está en sus manos, un territorio casi tan grande como su reino.

-¿Y ahora dónde se encuentra? -preguntó Aristóteles.

-Ahora debería encontrarse en sus cuarteles de invierno, en espera de reanudar la acción la próxima primavera contra los samnitas, una población bárbara afincada al norte, en las montañas. Ha establecido una alianza con otros bárbaros llamados romanos que atacarán por el norte, mientras él emprende la marcha desde el sur.

-¿Y en Tarento cómo está considerado?

- No soy un político, pero, por lo que cabe deducir, bien... al menos por el momento.

- ¿Qué pretendes decir?

- Mis conciudadanos son gente extraña. Sus principales pasiones son el comercio y disfrutar de la vida. Por eso no les gusta luchar, y cuando se encuentran en apuros siempre llaman a alguien para que venga a prestarles ayuda. Es lo que hicieron con el rey Alejandro de Epiro. Pero yo juraría que ya hay alguno que comienza a pensar que les está ayudando demasiado y demasiado bien.

Aristóteles sonrió sarcástico.

-¿Acaso creen que ha dejado su tierra y a su joven esposa, que ha arrostrado peligros y penalidades, vigilias, marchas extenuantes y sangrientos combates con el sólo fin de permitirles dedicarse al comercio y a la vida regalada?

Evémero de Calípolis se encogió de hombros.

- Muchas personas creen que se les debe todo, pero siempre llega el momento en que tienen que enfrentarse con la realidad. En cualquier caso, dejad que os exponga el motivo de mi visita. Mi intención era ver a Lisipo y bendigo a la diosa Fortuna que me ha brindado la ocasión de conocer incluso al gran Aristóteles, la mente más penetrante de todo el mundo griego, lo cual significa, qué duda cabe, de todo el orbe.

Aristóteles no mostró ninguna reacción ante la grandilocuencia del cumplido y esperó a que el huésped prosiguiera.

-Un grupo de acaudalados ciudadanos -dijo Evémero- ha concebido la idea de recoger dinero para un grandioso proyecto que vuelva famosa a la ciudad en el mundo.

Lisipo, que había terminado de comer, se enjuagó la boca con una copa de vino rojo y se apoyó contra el respaldo de la silla.

- Continúa -dijo.

- Quieren construir una estatua gigantesca de Zeus, pero no en un templo o en un santuario sino a plena luz, al aire libre, en el centro del ágora.

El joven Cares, al oír aquellas palabras, abrió los ojos. El joven le había expuesto varias veces a su maestro los sueños y las fantasías que acariciaba.

sin duda no dispondré de tiempo para concebir y estudiar una obra semejante. Pero les dirás a tus conciudadanos que, desde este momento, hay una imagen de Zeus en la mente de Lisipo y que podría adquirir forma, antes o después, dentro de un año, dentro de diez, dentro de veinte... ¿quién puede decir cuándo?

Evémero se levantó.

-Entonces, adiós. Si cambias de idea, quiero que sepas que siempre estaremos dispuestos a recibirte.

-Adiós, Evémero. He de volver a mi taller, donde hay una cuadrilla de jinetes petrificados que espera cobrar vida en el bronce fundido, la cuadrilla de Alejandro.

Lisipo sonrió, imaginando los pensamientos de su ayudante; luego observó:

- Lo importante es saber qué entiendes tú por gigantesco. Evémero pareció dudar un momento, luego dejó escapar un bufido.

- Digamos que cuarenta codos.

Cares tuvo un sobresalto y Lisipo apretó los brazos del asiento y enderezó la espalda.

- ¿Cuarenta codos? Dioses del cielo, pero ¿te das cuenta de que estás hablando de una estatua tan alta como el Partenón de Atenas?

-En efecto. Nosotros los griegos de las colonias pensamos en grande. El escultor se volvió hacia su joven ayudante.

- ¡Qué te parece, Cares? Cuarenta codos es un buen tamaño, ¿no es cierto? Por desgracia no hay nadie en el mundo, en estos momentos, capaz de erigir un gigante semejante.

-Los honorarios serían muy generosos -insistió Evémero.

-No es una cuestión de honorarios -rebatió Lisipo-. Con las técnicas de que disponemos actualmente no hay forma de mantener el bronce líquido durante un recorrido tan largo y no es posible aumentar tanto la temperatura exterior del molde sin correr el riesgo de que estalle el material refractario de cobertura. Con esto no quiero decir que no sea posible en absoluto,

tal vez podrías dirigirte a otros artistas... ¿Por qué no a Cares? -propuso desordenando los ralos mechones de su tímido discípulo-. El dice que un día construirá la estatua más grande del mundo.

Evémero sacudió la cabeza.

-Si el gran Lisipo no se ve capaz, ¿qué otros se atreverían a intentarlo?

Lisipo sonrió y apoyó una mano sobre el hombro de su ayudante.

-Cares, tal vez. Quién sabe...

Aristóteles quedó impresionado por la mirada ardiente de fantasía del joven.

- ¿De dónde eres, muchacho?

- De Lindos, en la isla de Rodas.

-Así que eres de Rodas... -repitió el filósofo como si aquel nombre le hubiera traído a la memoria algo que últimamente le era familiar. Luego volvió sobre el tema.

- En tu tierra a las estatuas se las llama «colosos», ¿no es cierto? Un siervo comenzó a retirar la mesa y sirvió un poco más de vino. Lisipo bebió un sorbo, y luego prosiguió:

-Tu idea me fascina, Evémero, aunque la considero irrealizable. No obstante ahora y durante algunos años más estaré muy ocupado y

39

Aristóteles entró en su antigua habitación, encendió los velones y abrió su casilla personal, sacando de ella el correo que esperaba de Calístenes: un rollo de papiro sellado y atado con un lacito de cuero. Estaba todo él escrito en un código reservado y exclusivo, del que sólo él, su sobrino y Teofrasto poseían la clave. El filósofo le puso encima la plantilla que aislaba de forma sucesiva las palabras del texto totalmente arbitrario en el que estaban insertas y comenzó a leer el mensaje.

Cuando hubo terminado, acercó la hoja a la llama de un velón y se quedó observando cómo se retorcía hasta la última esquina, lamida por lenguas azuladas, hasta disgregarse en pequeños fragmentos, al mismo tiempo que el secreto que contenía. Bajó a continuación a las caballerizas y despertó al cochero que le había traído hasta allí. Le entregó un paquete sellado con una carta y, después de muchos ruegos, le ordenó:

-Coge el mejor caballo y parte inmediatamente para Metone. El comandante que me trajo de El Pireo debería estar aún allí. Dile que entregue este paquete a la persona indicada en la dirección de la carta.

-Dudo que quiera partir. El mal tiempo está por llegar.

Aristóteles se sacó de debajo del manto una bolsa de dinero.

-Esto podría convencerle. Y ahora andando, rápido.

El hombre tomó un caballo de batalla de la caballeriza. Sacó de la alforja la espada metiendo en su lugar el paquete del filósofo, se la ciñó y partió al galope.

Lisipo, aunque fuera de noche, seguía ocupado en su trabajo y se acercó a la ventana al oír el ruido, pero vio solamente pasar a Aristóteles a toda prisa por el pórtico del patio interior. A la mañana siguiente, mientras se rasuraba delante del espejo, volvió a ver al filósofo, vestido

de punta en blanco y con la alforja de viaje en bandolera, yendo hacia las caballerizas para que le uncieran los mulos. Se secó el rostro para bajar a saludarle, pero un siervo llamó en aquel mismo momento a la puerta y le hizo entrega de un billete que decía:

Aristóteles a Lisipo, ¡salve!

He de partir de inmediato por un compromiso urgente. Espero volver a verte pronto. Te deseo los mayores éxitos en tu labor. Que te conserves bien.

Aristóteles se alejó, sentado en el pescante del pequeño carruaje, a lo largo del camino que conducía al norte. El cielo estaba gris y la temperatura era fría: habría podido ponerse hasta a nevar. El escultor cerró la ventana y terminó de afeitarse antes de bajar a tomar el desayuno.

El filósofo viajó durante todo el día deteniéndose únicamente para tomar un bocado en una posada de Kition, a mitad de camino. Llegó a Egas cuando estaba ya oscuro y se dirigió hacia la tumba del rey Filipo, ante la cual ardían dos trípodes a los lados de un altar. Derramó el contenido de una ampolleta de un preciado perfume oriental dentro de los trípodes y se recogió en meditación frente al portal de piedra rematado por la hermosísima escena de caza que adornaba el arquitrabe. Le pareció en aquel momento que volvía a ver al soberano mientras desmontaba del caballo en el patio de Mieza, soltando maldiciones por su pierna coja y gritando: «¿Dónde está Alejandro?», y repitió en voz baja, casi para sí:

-¿Dónde está Alejandro?

Se alojó en una casita que poseía aún en la periferia de la ciudad y pasó allí todo el día siguiente leyendo y poniendo en orden algunos apuntes. El tiempo continuaba empeorando y unos oscuros nubarrones se agolpaban en las cimas del monte Bermio ya salpicadas de nieve. Esperó a que cayese la oscuridad, se puso un manto, se cubrió la cabeza con una capucha y se encaminó por las calles casi desiertas.

Pasó por delante del teatro que había visto caer al rey, en el apogeo de su gloria, en medio del polvo y de la sangre, luego prosiguió a lo largo del sendero que llevaba hacia los campos. Buscaba una tumba solitaria.

Delante de él se alzaba un grupo de robles seculares en medio de un claro y Aristóteles se escondió entre los grandes troncos rugosos, confundiéndose con las sombras de la noche. A no mucha distancia

podía distinguirse un modesto túmulo rematado por una tosca piedra a modo de indicación. El filósofo esperó, inmóvil y absorto.

De vez en cuando alzaba los ojos al cielo plúmbeo y apretaba el manto alrededor de los hombros, para protegerse así del aire frío que había comenzado a soplar de las montañas con la caída de la oscuridad.

Finalmente un ligero ruido de pasos por el sendero le hizo volverse hacia la izquierda y vio la diminuta figura de una mujer, que avanzaba presurosa, pasar por su lado y detenerse un poco más allá, delante del túmulo.

La vio arrodillarse y depositar algo sobre la sepultura, luego apoyar las manos y la cabeza en la tosca piedra y cubrirla con su manto, como si quisiera calentarla. La oscuridad comenzaba a estriarse de blancos cristales de nevisca.

Aristóteles trató de abrigarse mejor arrebujándose más aún con el manto, pero en aquel momento una ráfaga de viento más gélido le arrancó un golpe de tos: la mujer se levantó y se volvió bruscamente hacia el bosquecillo de robles.

-¿Quién hay? -preguntó con trémula voz.

-Uno que busca la verdad.

Aristóteles salió de su escondite y avanzó hacia ella.

- Soy Aristóteles de Estagira.

- El gran sabio -asintió la mujer-. ¿Qué te ha traído a este triste lugar?

-Ya te lo he dicho, busco la verdad.

-¿Qué verdad?

- La verdad sobre la muerte del rey Filipo.

La mujer, una joven de grandes ojos oscuros, bajó la cabeza y se inclinó como abrumada por un peso demasiado grande.

- No creo que pueda serte de ninguna ayuda.

-¿Por qué vienes cuando oscurece a rendir homenaje a este túmulo? Aquí esta enterrado Pausanias, el asesino del rey.

-Porque era mi hombre y yo le amaba. Me había hecho ya los regalos de boda y

Librodot

hubiéramos tenido que casarnos.

- Lo oí contar por ahí. Por esto he venido hasta aquí. ¿Es cierto que era el amante de Filipo?

La mujer sacudió la cabeza.

- Yo... no lo sé.

-Dicen que cuando Filipo se casó con su última mujer, la joven Eurídice, Pausanias le montó una escena de celos y que esto hizo enfurecer al padre de la esposa, el noble Átalo. -A Aristóteles no se le pasaba por alto ningún movimiento del rostro de la muchacha, y mientras

evocaba aquella historia infamante le pareció ver relucir unas lágrimas en sus pálidas mejillas-. Siempre según los rumores, Átalo le invitó a su residencia de caza y luego le abandonó a la violencia y a la violación de sus monteros durante toda la noche.

La joven lloraba ahora, desconsoladamente, sin poder ya contenerse, pero ello no sirvió para despertar la piedad del filósofo, que continuó:

-Pausanias le pidió entonces a Filipo que vengara su humillación y, como el rey no consintió en ello, él le mató. ¿Es esto lo que sucedió realmente?

La joven trataba de secarse las lágrimas con el borde del manto.

- ¿Es ésta la verdad?

- Sí -admitió entre sollozos.

-¿Toda la verdad?

La joven no respondió.

- Sé que el episodio del pabellón de caza de Átalo es cierto, pues tengo mis informadores. Pero ¿cuál fue la causa? ¿Se trató únicamente de una turbia historia de amores masculinos?

La joven hizo ademán de irse, como si quisiera cortar la conversación. El mantón que le cubría la cabeza estaba ya blanco de nevisca y también el terreno estaba cubierto por una fina capa blanca. Aristóteles la cogió por un brazo.

-¿Qué tienes que decirme? -insistió clavando en su rostro sus ojillos grises de ave rapaz.

La muchacha sacudió la cabeza.

- Ven -le dijo el filósofo en un tono repentinamente más dulce-. Tengo una casa cerca de aquí y el fuego debe de estar todavía encendido.

La joven pareció seguirle dócilmente y Aristóteles la condujo a su morada, la hizo sentarse al lado de la chimenea y reavivó las llamas.

- No tengo nada que ofrecerte salvo una infusión caliente de hierbas, pues estoy de paso.

Tomó del fuego un hervidor y derramó el contenido humeante en dos tazas de barro.

-Entonces, ¿qué es lo que sabes que yo no sepa?

-Pausanias no fue nunca el amante del rey y no tuvo jamás historias con hombres. Era un muchacho sencillo, de humildes orígenes, y le gustaban las mujeres. En cuanto al rey Filipo, se han oído contar muchos chismes acerca de sus amores masculinos, pero lo cierto es que nadie vio nunca nada.

- Pareces bien informada. ¿Cómo es eso?

-Soy la panadera de palacio.

-Lo que dices no quita que haya habido alguna historia de este tipo, aunque sea ocasional.

-Yo no lo creo.

-¿Por qué?

-Porque Pausanias me contó que había sorprendido por casualidad a Átalo en medio de una conversación muy reservada y peligrosa. -¿Acaso fue allí para escuchar?

-No puedo excluirlo.

-¿Y te dijo de qué se trataba?

-No, pero lo que le hicieron, en mi opinión, tenía que servir para aterrorizarle, para quebrantarle sin acabar con él, pues el asesinato de un guardia personal del rey habría levantado demasiadas sospechas.

-Entonces planteemos una hipótesis. Pausanias sorprende a Átalo en un conversación comprometida, digamos que una conjura, y amenaza con revelarlo todo. Átalo le invita a un lugar apartado fingiendo querer conversar sobre el particular y luego, a fin de darle un escarmiento, le abandona a la violencia de sus monteros. Pero ¿por qué Pausanias tenía que dar muerte al rey Filipo? No tiene sentido.

-¿Y tiene sentido acaso lo que se ha dicho por ahí, es decir, que Pausanias mató al rey porque éste se había negado a vengar el daño sufrido por él? Pausanias era un guardia personal, robusto, hábil con las armas, y podía perfectamente vengarse por sí solo.

-Es cierto -hubo de admitir Aristóteles pensando en la complexión formidable de su cochero-. Entonces, ¿cómo te lo explicas? Si era el joven leal que me has descrito, ¿por qué habría tenido que asesinar a su rey?

-No lo entiendo, pero, de haber querido hacerlo, ¿no crees que un guardia personal habría tenido ocasiones mejores? Podría matarle en su cama, mientras dormía, por ejemplo.

-Siempre lo he pensado. Pero en este punto me parece que ni tú no yo conseguimos encontrar una respuesta a nuestros interrogantes. ¿Conoces a alguien más que pudiera saber algo? Dicen que había cómplices, o en cualquier caso una cobertura. Había hombres que le esperaban con un caballo cerca del bosquecillo de robles donde hace poco nos hemos encontrado.

-También dicen que uno de ellos ha sido identificado -observó la muchacha mirando fijamente a los ojos de su interlocutor.

-¿Y dónde se encuentra este superviviente?

-En una posada de Beroea, a orillas del Haliakmon. Se hace llamar Nicandro, pero seguro que se trata de un nombre falso.

-¿Y cuál es su verdadero nombre? -preguntó Aristóteles.

-No lo sé. Si lo supiera, tal vez estaría más cerca de conocer la razón por la que Pausanias hizo lo que hizo y sufrió lo que sufrió.

Aristóteles cogió una vez más el hervidor del fuego e hizo ademán de poner un poco más de infusión en la taza de la joven, pero ella le detuvo con un ademán y se puso en pie.

-Ya es hora de que me vaya, o alguien vendrá a buscarme.

- Cómo podría darte las gracias por todo lo que... -comenzó diciendo Aristóteles, pero la muchacha le interrumpió.

- Encuentra al verdadero culpable de todo esto y házmelo saber. Abrió la puerta y avanzó presurosa por el desierto camino. Aristóteles la llamó.

-¡Espera, no me has dicho siquiera tu nombre!

Pero la joven había ya desaparecido en medio de remolinear de los blancos copos, por los callejones silenciosos de la dormida ciudad.

40

El regente Antípatro le recibió en el viejo salón del trono, arrebujado con un manto de burda lana y vestido con unos pantalones tracios de fieltro. Un gran fuego ardía en medio de la sala, pero con el humo también una buena parte del calor se iba por el orificio que se abría en el centro del techo.

-¿Cómo estás, general? -preguntó Aristóteles.

- Bien cuando estoy lejos de Pela. El solo hecho de ver a la reina me da dolor de cabeza. ¿Y tú como estás, maestro?

- También yo estoy bien, pero los años comienzan a dejarse sentir. Además, no he podido soportar nunca el frío.

- ¿Cómo es que andas por aquí?

-Quería hacer un ofrenda en la tumba del rey antes de regresar a Atenas.

-Es algo que te honra, pero es también muy peligroso. Si te desembarazas de los guardias que mando detrás de ti, ¿qué puedo hacer para protegerte? Cuidado, Aristóteles, la reina es una verdadera tigresa.

- He estado siempre en buenos términos con Olimpia.

- No basta -comentó Antípatro poniéndose en pie y colocándose frente al fuego con las palmas extendidas hacia delante-. Te juro que no basta. -Tomó una jarra de plata que descansaba en el borde del hogar y un par de copas de buena cerámica ática-. ¿Un poco de vino caliente?

Aristóteles asintió.

- ¿Qué noticias hay de Alejandro?

- El último mensaje de Parmenión le situaba de marcha a través de Licia.

-Por tanto todo anda bien.-Lamentablemente no todo.

-¿Qué es lo que no va bien?

- Alejandro espera refuerzos, y los jóvenes que había mandado de permiso junto con los demás recientemente enrolados están ya en los Estrechos, pero no consiguen pasar porque la flota de Memnón les bloquea. Si mis cálculos son correctos, a estas horas podría encontrarse en la Frigia Mayor, en tierras de Sagalasos o Celenas, y estará seguramente preocupado al ver que no llega nadie.

-¿Y no puede hacerse nada?

- La superioridad de Memnón en el mar es aplastante. Si le mandase mi flota, me la mandaría a pique antes de que pudiera alcanzar alta mar. Estamos en una situación crítica, Aristóteles. Mi única esperanza es que Memnón intente un desembarco en territorio macedonio, pues en ese caso podría esperar pararle. Pero es un hombre astuto y difícilmente se aventurará a dar un paso en falso.

- ¿Qué te propones hacer, entonces?

- Nada, por el momento. Esperaré a que sea él quien se decida a moverse. No puede quedarse eternamente esperando verlas venir. ¿Y tú, maestro? ¿De veras la finalidad de tu viaje era sólo hacer una ofrenda en el altar del rey Filipo? Si no me dices qué haces, me va a resultar difícil brindarte protección.

- Tenía que ver a una persona.

-¿Algo relativo a la muerte del rey?

-Sí.

Antípatro asintió como si se esperara aquella respuesta.

- ¿Y piensas quedarte mucho tiempo aún?

- Regreso mañana. Vuelvo a Atenas, sí encuentro una nave de Metone. De lo contrario iré por tierra.

- ¿Y por Atenas cómo van las cosas?

-Bien, mientras Alejandro venza.

-Por supuesto -dijo Antípatro con un suspiro.

- Por supuesto -repitió Aristóteles.

Alejandro se acuarteló en Celenas, no lejos del nacimiento del Meandro, residencia del sátrapa de la Frigia Mayor. No encontró dificultades porque todos los soldados persas se habían atrincherado en una fortaleza en el punto más alto de la hermosa ciudad: un espolón de roca que descendía en precipicio sobre un pequeño lago de cristalinas aguas que tenía su origen en el río Marsias, un afluente del Meandro. No debían de ser muchos, pues en caso contrario habrían tratado de

defender el recinto amurallado, aunque aquí y allá aparecía más bien en mal estado.

Lisímaco dio una vuelta de reconocimiento alrededor de la fortaleza y volvió de mal humor.

-Es inexpugnable -refirió-. El único acceso es por una poterna a media pendiente, por la parte de poniente, pero la escalinata que conduce hacia la entrada no permite el paso más que a un solo hombre por vez, y está dominada por dos bastiones gemelos. Tendremos que

establecer el cerco confiando en que no hayan acumulado víveres en cantidad suficiente como para resistir largo tiempo. Por lo que se refiere al agua, aquí la hay en abundancia y seguramente tienen algún pozo conectado con el lago.

- ¿Y si les preguntáramos cuáles son sus intenciones? -propuso Leonato.

- No es momento para bromas -rebatió Lisímaco-. No sabemos dónde para Parmenión y en qué condiciones está su contingente. Perdiendo mucho tiempo con un cerco, nos arriesgamos a no encontrarnos nunca.

Alejandro echó una ojeada a los glacis de la fortaleza: los soldados persas no mostraban un aire muy belicoso y parecían más llenos de curiosidad que alarmados. Se agolpaban a lo largo del adarve y miraban hacia abajo apoyados de codos en los baluartes.

- Tal vez la idea de Leonato no sea tan extravagante -observó. Luego se volvió hacia Eumenes-. Prepara una embajada con un intérprete y acércate lo más posible a la poterna. Ellos no conocen nuestras intenciones, pero a buen seguro saben que nada nos ha detenido hasta ahora. Nadie ha dicho que estén muy deseosos de desafiarnos.

- Es cierto -insistió Leonato orgulloso por el hecho de que el rey hubiera tenido en cuenta su propuesta-. De haber querido detenernos, habrían podido atacarnos cien veces mientras subíamos desde Temeso hasta aquí.

- Es inútil perder el tiempo en tantas conjeturas -cortó tajante Alejandro-. Esperemos el regreso de Eumenes y sabremos qué nos aguarda.

-Mientras, me gustaría echar un vistazo a la ciudad, si alguien me acompaña -intervino Calístenes-. Dicen que del otro lado del lago está la cueva donde el sátiro Marsias fue desollado vivo por Apolo por haberle desafiado a un certamen musical y haber perdido, naturalmente.

Lisímaco escogió una docena de «portadores de escudo» para que escoltaran a Calístenes en su paseo por Celenas: era necesario que el historiador de la expedición tuviera ocasión de ver los lugares que iba a tener que describir.

Entretanto Eumenes reunió a su embajada. Quiso consigo a un heraldo y a un intérprete y acto seguido se acercó a la poterna, donde solicitó parlamentar con el comandante de la guarnición.

La respuesta no se hizo esperar: la poterna se abrió chirriando y el comandante hizo acto de aparición acompañado de un grupito de hombres armados. Eumenes se dio inmediatamente cuenta de que no era un persa sino un frigio, casi con certeza del lugar: el sátrapa persa debía de haberse ido hacía tiempo.

El secretario le saludó y hizo traducir a su intérprete:

- El rey Alejandro quiere hacerte saber que si te rindes no se hará ningún daño ni a ti ni a tus hombres, y sobre todo se respetará la ciudad. Si por el contrario tratas de resistir, pondremos cerco a la fortaleza y no dejaremos que salga vivo ninguno de los que contigo se encuentran. ¿Qué debo decirle?

El comandante debía de tener tomada ya su decisión, puesto que respondió sin pensárselo dos veces:

- Puedes decirle a tu rey que no tenemos intención de rendirnos por el momento. Esperaremos dos días, y si no llegan refuerzos de nuestro gobernador, entonces nos rendiremos.

Eumenes se quedó estupefacto por la ingenua sinceridad del comandante, le saludó con gran cordialidad y volvió sobre sus pasos.

- ¡Es absurdo! -exclamó Lisímaco-. Si me lo cuentan, no me lo creo.

- ¿Y por qué no? -rebatió Eumenes-. A mí me parece la decisión más sensata. El hombre ha hecho sus cálculos. Ha pensado que si el gobernador persa contraataca y nos derrota, él tendrá que rendir cuentas del hecho de haberse rendido sin presentar batalla y terminará probablemente empalado. Pero sí el gobernador no da señales de vida dentro de dos días, ello significa que ya no va a venir y entonces es preferible rendirse y evitar problemas por nuestra parte.

- Mejor así -comentó Alejandro-. Los comandantes pueden buscar acomodo en la

ciudad requisando los alojamientos necesarios; los oficiales de graduación inferior permanecerán con la tropa en el campamento. Manda situar a un batallón de pezetairoi alrededor de la ciudadela y a unos centinelas al pie de las peñas, pues no debe salir ni entrar nadie. Y quiero un escuadrón de caballería ligera, tracia y tesalia, en todas las vías de acceso a la ciudad para evitarnos sorpresas. Veamos si esta historia de los dos días es algo serio o una simple broma. Os espero a todos para la cena. He tomado alojamiento en el palacio del gobernador, una residencia muy bella y rica. Espero que pasemos una agradable velada.

A la hora fijada se presentó también Calístenes, que había concluido su visita a la ciudad. Un siervo le trajo todo lo necesario para sus abluciones y luego le hizo acomodarse en uno de los triclinios dispuestos en semicírculo alrededor del de Alejandro. El rey, aquella noche, había invitado también al actor Tésalo, que era su intérprete predilecto, al vidente Aristandro y a su médico personal, Filipo.

-Entonces, ¿qué es lo que has visto? -preguntó el rey mientras los cocineros comenzaban a servir la cena.

- Es como yo había dicho -repuso Calístenes-. Precisamente en la cueva donde nace el río Marsias muestran una piel que dicen es la del sátiro desollado por Apolo. Ya conocéis la historia. El sátiro Marsias desafió al rey Apolo a un certamen musical. El tenía que tocar su flauta de caña, mientras que el dios tenía que tocar la cítara. Apolo aceptó el reto, pero con una sola condición: que si Marsias salía perdedor, tendría que dejarse desollar vivo. Y así sucedió, en parte porque los jueces eran las nueve Musas, que sin duda nunca le hubiera hecho una jugada a su dios.

Tolomeo sonrió.

- No es fácil creer que en la cueva esté la verdadera piel del sátiro.

- Así parece, en cambio -replicó Calístenes-. La parte superior se asemeja en todo a una piel humana, aunque momificada, mientras que la parte inferior es la de una cabra.

- No es algo difícil de realizar -observó el médico Filipo-. Un buen cirujano puede cortar y coser lo que se le antoje. Hay taxidermistas capaces de construir las criaturas más fantásticas; Aristóteles me contó que había visto en cierta ocasión un centauro embalsamado en un santuario del monte Pelio, en Tesalia, pero me aseguró que se trataba del torso de un hombre insertado hábilmente en el cuerpo de un pollino.

El rey se dirigió entonces a Aristandro:

-¿A ti que te parece? ¿Ha visto Calístenes la piel de un sátiro o el hábil truco de los sacerdotes para atraer peregrinos y recoger ricas ofrendas para su santuario?

Muchos se echaron a reír, pero el vidente dirigió a su alrededor una mirada de fuego y muy pronto las risas cesaron, y hasta en la boca de los hombres más fuertes y más seguros de sí.

-Es fácil reírse de estos modestos recursos -dijo-, pero me pregunto si os reiríais también del significado más profundo que hay detrás de estas manifestaciones. ¿Hay alguno entre vosotros, valerosos guerreros, que haya explorado alguna vez la región que se extiende más allá de los límites de nuestra percepción? ¿Hay alguno que estaría dispuesto a seguirme en un viaje hacia las sombras de la noche? Sois capaces de afrontar la muerte en el campo de batalla, pero ¿seríais capaces de afrontar lo desconocido? ¿Seríais capaces de combatir con los monstruos inapresables, invulnerables y evanescentes que nuestra naturaleza más profunda mantiene ocultos hasta para nuestra misma conciencia?

»¿Habéis deseado alguna vez matar a vuestro padre? ¿Habéis deseado yacer con vuestra madre o con vuestra hermana? ¿Qué veis dentro de vosotros cuando os domina la embriaguez o cuando perpetráis una violación con una inocente gozando doblemente con su sufrimiento? ¡He aquí la naturaleza del sátiro o del centauro, la bestia ancestral con la uña hendida y cola de fiera que vive en nosotros y que de pronto nos vuelve semejante a los brutos! ¡Reíos de esto, reíd si sois capaces!

-Nadie quería hacer burla de la religión y de los dioses, Aristandro -trató de calmarle el rey-, sino en todo caso de la mezquindad de ciertos impostores que se aprovechan de la credulidad popular. Vamos, ahora bebamos, estemos alegres. Tenemos que afrontar aún

muchas penalidades antes de descubrir cuál será nuestro destino.

Todos se pusieron de nuevo a beber y a comer y la conversación se reanimó muy pronto, pero desde aquel día nadie ya olvidó la mirada de Aristandro ni sus palabras.

El soberano pensó en la primera vez que le había visto y en cómo el vidente le había hablado de la pesadilla que atormentaba sus noches: un hombre desnudo que ardía, vivo, en su pira funeraria. Y en la confusión de voces y de sonidos del banquete buscó por un instante los ojos de Aristandro para leer en ellos el verdadero motivo por el que le seguía hacia el corazón de Asia, pero vio únicamente un brillo turbio y una expresión ausente. El estaba en otra parte.

41

El comandante de la guarnición de Celenas dejó pasar los dos días convenidos y luego se rindió, y buena parte del tesoro del gobernador pasó a las arcas del ejército macedonio. Alejandro le mantuvo en su puesto y dejó a algunos de sus oficiales, así como a un modesto contingente de soldados para defender la fortaleza. Luego reanudó el camino en dirección al norte.

Al llegar a Gordio, después de cinco jornadas de marcha a través de la meseta cubierta por una leve capa de nieve, encontró a Parmenión esperándole. El general había situado vigías en las colinas en tomo a la antigua ciudad frigia y había sido avisado tan pronto como el estandarte rojo con la estrella argéada dorada había aparecido sobre el blanco cegador.

El anciano general salió al encuentro de Alejandro con una escolta de honor al mando de su hijo Filotas; cuando estuvo a escasa distancia, hizo formar la guardia y avanzó sólo a pie sujetando el caballo por las riendas. También el soberano desmontó y fue a su encuentro a pie, mientras el ejército daba grandes gritos de saludo y de alegría por el feliz encuentro de los dos contingentes del ejército.

Parmenión abrazó y besó al rey en ambas mejillas:

- Señor, no puedes imaginar lo contento que estoy de verte. Estaba muy preocupado porque no logramos comprender los movimientos de los persas.

-También yo estoy muy contento de verte, general. ¿Se encuentra bien tu hijo Filotas? ¿Y tus hombres?

- Están todos bien, señor. Han preparado una fiesta por tu llegada. No faltará de beber ni tampoco diversiones.

Mientras hablaba, echó a andar a pie con Alejandro; Bucéfalo de vez en cuando empujaba a su amo con el morro para llamar su atención. El ejército entero avanzaba detrás de ellos y la caballería al completo, dada la amplitud de la explanada, avanzaba en formación en un vasto frente, en tres únicas filas, de modo que causaba una gran impresión ver a dos hombres a pie que paseaban tranquilamente en medio de aquella inmensa meseta, seguidos por aquella imponente formación y por el ruido de docenas de miles de cascos al paso.

-¿Han llegado nuestros refuerzos? -preguntó el rey.

- Lamentablemente no.

- ¿Sabes por lo menos si están acercándose?

- Todavía no.

Alejandro siguió caminando en silencio porque la pregunta que quería dirigirle en ese momento le violentaba mucho. Parmenión guardaba silencio porque no quería incomodarle.

- ¿Dónde está él? -preguntó de sopetón Alejandro como si se informara acerca de un asunto de nula importancia.

-Sisine volvió con tu mensaje de viva voz y no hice sino cumplir con tus órdenes. Amintas está bajo custodia en su alojamiento y he puesto temporalmente a Filotas al mando de la caballería tesalia.

- ¿Cómo se lo ha tomado?

- Mal, pero era de prever.

-Me parece imposible. Siempre me ha sido fiel. Le he visto arriesgar en muchas ocasiones su vida.

Parmenión sacudió la cabeza.

- El poder corrompe a muchos hombres -observó. Pero para sí pensaba que a «todos»-. No obstante, no tenemos ninguna prueba de que aceptara.

-¿Y el mensajero persa con la carta?

-Le tengo prisionero. Puedo mostrarte la carta que llevaba consigo.

-¿Está en griego o en persa?

-Está en griego, pero lo encuentro normal. El Gran Rey tiene a muchos griegos, entre ellos a no pocos atenienses, en su corte. No tiene ningún problema en mandar redactar una documento de este tipo.

- ¿Y el dinero prometido?

- Ni el menor rastro. Al menos por ahora.

Aparecía ya a la vista el campamento de Parmenión, formado en gran parte por tiendas de campaña, pero también había pequeñas construcciones de madera, señal de que el ejército llevaba establecido allí desde hacía bastante tiempo.

Se oyeron en aquel momento una serie de toques de trompa y al poco el entero contingente salió en orden de batalla a campo abierto para rendir los honores al rey que regresaba.

Alejandro y Parmenión volvieron a montar a caballo y pasaron revista a las tropas que golpeaban las espadas contra los escudos con gran fragor y gritaban rítmicamente:

Aléxandre! Aléxandre! Aléxandre!

El soberano les saludó emocionado con un ademán.

-Controlamos casi la mitad de Anatolia -dijo Parmenión-. Ningún griego había conquistado jamás un territorio tan vasto, ni el mismísimo Agamenón. Lo que me infunde sospechas es la inercia de los persas. En el Gránico fueron los gobernadores de Frigia y de Bitinia quienes nos presentaron batalla, por propia iniciativa. No tuvieron tiempo material de evacuar consultas con el Gran Rey. Pero a estas horas Darío tiene tomadas desde hace tiempos sus decisiones y no logro comprender esta calma. Ningún ataque, ninguna emboscada... y tampoco la menor petición de negociar.

-Mejor -replicó Alejandro-, porque no tengo ninguna intención de entablar negociaciones.

Parmenión guardó silencio: ya conocía demasiado bien el temperamento del rey. Había un único enemigo que él respetaba, Memnón, pero desde hacía tiempo no se sabía ya nada de él. Pero únicamente el retraso de los refuerzos que habían de llegar de Macedonia permitía pensar que el temido adversario tropezara con alguna dificultad.

La conversación continuó en el alojamiento del viejo general, y se unieron a ellos los demás compañeros, El Negro, Filotas y Crátero, pero se veía bien que todos tenían ganas de distraerse y de estar alegres y la discusión no tardó en pasar de los asuntos estratégicos y militares a otros terrenos más gratos, como el vino y las muchachas hermosas. Había ya varias de ellas, traídas algunas por organizadores de espectáculos, otras que se habían sumado espontáneamente a las tropas, convencidas de recibir regalos y promesas de matrimonio, y otras compradas como esclavas por uno de los muchos mercaderes que seguían al ejército como las pulgas siguen a los perros.

Alejandro se quedó a cenar, pero apenas dio comienzo la fiesta y un determinado número de muchachas y efebos se pusieron a danzar desnudos entre las mesas se levantó de

su lecho y se alejó. Había una bonita luna afuera y hacía una noche fresca y serena. Se acercó a un oficial de Parmenión que estaba inspeccionando los cuerpos de guardia y le preguntó:

-¿Dónde está prisionero el príncipe Amintas?

El oficial se puso firmes al reconocer al rey que paseaba solo por el campamento a aquellas horas de la noche y le acompañó personalmente ante una de las casas de madera que habían sido construidas aquí y allá. Los guardias abrieron los cerrojos y le dejaron entrar.

Amintas velaba a la luz de un velón en aquel ambiente desnudo, hecho de toscos troncos y estaba leyendo un rollo de papiro que tenía abierto sobre una mesita no menos tosca, con dos piedras que debía de haber recogido del suelo. Levantó los ojos apenas se dio cuenta de que había alguien en el vano de la puerta y se restregó los párpados para ver mejor. Cuando hubo comprendido quién tenía delante de él, se puso en pie y retrocedió contra la pared.

- ¿Has sido tú quien me ha hecho encarcelar? -preguntó.

- Sí -contestó Alejandro.

- ¿Por qué?

- ¿No te lo dijo Parmenión?

-No. Me arrestaron delante de mis hombres en pleno día y fui encerrado en esta topera.

- Pues interpretó mal mis órdenes y sin duda se equivocó por exceso de prudencia.

-¿Y cuáles eran tus órdenes?

- Mantenerte arrestado hasta que llegara yo, no deshonrarte delante de tus tropas.

- ¿Y la razón? -insistió Amintas.

Tenía un aspecto horrible: no se había peinado durante tiempo, ni afeitado, ni cambiado de ropas.

- Interceptaron a un emisario del Gran Rey que te traía una carta en la que se te prometía dos mil talentos de oro y el trono de Macedonia si me eliminabas.

- Nunca la he visto, y de haber querido darte muerte habría tenido cien oportunidades desde el día que mataron a tu padre.

-No puedo correr ningún riesgo.

Amintas sacudió la cabeza.

-¿Quién te aconsejó actuar de este modo?

-Nadie. Fue una decisión mía.

Amintas agachó la cabeza y se apoyó en la pared de madera. La luz del velón llegaba a iluminar únicamente la parte inferior de su rostro, de modo que los ojos estaban sumidos en la sombra. Pensaba en aquel momento en el día en que el rey Filipo había sido asesinado y él había optado por apoyar a Alejandro para no desencadenar una guerra dinástica. Había estado entre aquellos que le habían acompañado, armados, a palacio, y que luego habían combatido en todo momento a su lado.

-Me has hecho encarcelar sin ver siquiera las pruebas contra mí... -murmuró con voz trémula-. Y yo que he arriesgado tantas veces mi vida por ti en la batalla...

-Un rey no tiene elección -replicó Alejandro-. Especialmente en momentos como éste. -Y volvía a ver a su padre caer de rodillas en medio de un charco de sangre, mortalmente pálido-. Tal vez tengas razón. Probablemente este asunto no tiene ningún sentido, pero no puedo fingir que no ha sucedido. Tú hubieras hecho lo mismo en mi lugar. Únicamente puedo acortar lo más posible tu humillación. Pero primero he de saber. Te mandaré un siervo para que te prepare un baño y un barbero para que te lave el pelo y te rasure. Tienes un aspecto horrible.

Dio orden a los centinelas de ocuparse de que alguien se cuidara de la persona del príncipe Amintas y luego se dirigió hacia la tienda de Parmenión, donde tenía lugar el banquete. Se oían gritos y alboroto, ruido de vajilla, gemidos y gruñidos y el sonido, más bien desentonado, de flautas y otros instrumentos bárbaros que no habría sabido reconocer.

Entró y atravesó la tienda pasando en varias ocasiones por encima del revoltijo de cuerpos desnudos y jadeantes ayuntados de todas las formas posibles sobre las esteras que cubrían el terreno. Fue a recostarse cerca de Hefestión y se puso a beber. Y siguió bebiendo durante toda la noche, hasta el embrutecimiento y la inconsciencia.

42

Calístenes llegó poco antes de mediodía y entró acompañado de uno de los guardias. Alejandro estaba sentado en su mesa de trabajo y en su rostro se notaban las señales de la orgía de la noche precedente, pero estaba sobrio y vigilante. Tenía una hoja de papiro desplegada sobre la mesa y una copa humeante en la mano, probablemente una infusión que el médico Filipo debía de haberle prescrito para que se le pasaran los últimos efluvios de la melopea.

- Acércate -le invitó-. Quisiera que le echaras una ojeada a este documento.

-¿De qué se trata? -preguntó Calístenes aproximándose a la mesa.

-Es una carta que llevaba encima un enviado del Gran Rey, dirigida a mi primo Amintas. Quisiera que la examinaras y me dijeras qué piensas tú.

Calístenes leyó de corrido el texto sin dar muestras visibles de sorpresa, luego preguntó:

- ¿Qué es lo que quieres saber?

-No sé... Quién puede haberla escrito, por ejemplo.

Calístenes la leyó de nuevo, más atentamente.

-Es de buena mano, de una persona sin duda culta y más bien refinada. Además el papiro es de primera calidad, así como también la tinta. Es más...

Alejandro le miró con cierta sorpresa mientras se humedecía la punta del dedo con saliva, la apoyaba en la escritura y luego se la llevaba a la boca.

- Puedo decirte también que este tipo de tinta se hace en Grecia con jugo de saúco y negro de humo.

-¿En Grecia? -le interrumpió el rey.

-Sí, pero esto no significa gran cosa. La gente lleva consigo su propia tinta a todas partes. También yo la empleo, tal vez también tus compañeros...

- ¿Te ves capaz de sacar otras informaciones del documento? Calístenes sacudió la cabeza.

- No creo.

- Si se te ocurriera algo, no dejes de venir enseguida a decírmelo -le pidió Alejandro.

Luego le dio las gracias y le despidió.

Apenas había salido Calístenes, el rey mandó llamar a Eumenes. Mientras le esperaba, tomó su frasquito de tinta, se manchó la punta del dedo con ella, la probó, luego repitió la misma operación que había visto hacer al historiador y notó que el sabor de ambas tintas era idéntico.

El secretario llegó casi de inmediato.

-¿Me necesitas?

- ¿Has visto por casualidad al egipcio por el campamento? -preguntó Alejandro.

-Parmenión dijo que, después de haberle dado tu respuesta, partió de nuevo.

- También esto resulta extraño. Trata de averiguar más cosas, si lo consigues.

- Haré lo que pueda -repuso Eumenes-. ¿Hay noticias de nuestros refuerzos? -preguntó acto seguido antes de salir.

Alejandro sacudió la cabeza.

-Nada aún, desgraciadamente.

Cuando el secretario apartó la cortina de entrada del pabellón real para irse, entró una ráfaga de viento que hizo volar los papeles de encima de la mesa del rey. Leptina añadió entonces carbón al brasero que calentaba malamente el ambiente, y Alejandro tomó una hoja y se puso a escribir.

Alejandro, rey de los macedonios, a Antípatro, regente del trono y custodio de la casa real, ¡salve!

Me congratulo contigo por la prudencia con que llevas el gobierno de la patria mientras nosotros combatimos en lejanas regiones contra los bárbaros.

En estos últimos días, Parmenión ha hecho prisionero a un enviado del Gran Rey portador de una carta para mi primo Amintas en la que se le prometía el trono de Macedonia así como una suma de dos mil talentos de oro si me daba muerte.

La cosa fue descubierta gracias a un egipcio de nombre Sisine que afirma haber sido amigo de mi padre Filipo. Este, sin embargo, ha desaparecido. Es un hombre de cerca de sesenta años, y tiene un lunar en la mejilla izquierda. Deseo que indagues acerca de él y me tengas informado si le vieras por la ciudad o por palacio.

Que tengas buena salud.

Alejandro selló la carta e hizo que saliera inmediatamente con un correo personal; a continuación se acercó a la tienda de Parmenión. El general estaba echado en su catre de campaña y un siervo le estaba masajeando con aceite de oliva y jugo de ortiga el hombro izquierdo, que con el mal tiempo le producía siempre agudos dolores a causa de una vieja herida recibida, combatiendo en Tracia de joven. Se levantó enseguida y se puso una sobreveste.

- Señor, no esperaba tu visita. ¿Qué puedo ofrecerte? ¿Un poco de vino caliente?

-General, quisiera ver al prisionero persa para interrogarle. ¿Puedo conseguir un intérprete?

- Sin duda. ¿Ahora?

- Sí, tan pronto como te sea posible.

Parmenión se vistió deprisa, dio orden al siervo de que fuera en busca del intérprete y condujo a Alejandro hacia el alojamiento donde el mensajero capturado estaba bajo custodia.

-Supongo que le interrogaste -observó el rey de camino.

- Sí -fue la respuesta de Parmenión.

- ¿Y qué dijo?

- Simplemente lo que sabemos. Que el Gran Rey le confió un mensaje personal para un jefe yauna de nombre Amintas.

-¿Y nada más?

-Nada más. Pensé someterle a tortura, pero luego lo juzgué inútil, puesto que nadie revelaría nunca a un simple enviado detalles importantes de carácter reservado.

- ¿Y cómo hiciste para interceptarle?

- Fue mérito de Sisine.

- ¿El egipcio?

- Sí. Llegó un día y contó que había visto a un individuo sospechoso en el campamento de los mercaderes y de las mujeres.

-Pero ¿tú le conocías?

-Por supuesto. Había trabajado para nosotros como informador la primera vez que desembarqué en Asia por orden de tu padre, pero desde entonces no le había vuelto a ver.

- ¿Y esto no te infundió sospechas?

- No, no hay motivo para ello, pues siempre se ha revelado un informador digno de confianza y ha sido siempre recompensado de acuerdo a lo convenido, y también esta vez.

-Hubieras tenido que retenerle -rebatió Alejandro evidentemente contrariado-. Al menos hasta mi llegada.

- Lo siento -dijo Parmenión bajando la cabeza-. No lo consideré oportuno, en parte porque me dio a entender que estaba tras los pasos de otro espía persa y así... Pero si me he equivocado, ruego me perdones, yo...

-No importa. Has actuado como considerabas oportuno. Ahora veamos a este prisionero.

Mientras tanto, habían llegado al barracón en el que era tenido bajo custodia el

Librodot

mensajero persa y Parmenión ordenó al guardián que descorriera el cerrojo.

El soldado obedeció y fue el primero en entrar, para cerciorarse de que todo estaba en orden. Se echó para atrás desconcertado.

- ¿Qué sucede? -preguntó el general.

- Está... está muerto -balbuceó el soldado señalando el interior del barracón.

Alejandro entró y se arrodilló junto al cadáver.

-Haz llamar enseguida a mi médico -mandó. Luego, vuelto hacia Parmenión, agregó-: Es evidente que este hombre sabía más de lo que te dijo; de lo contrario no le habrían matado.

-Lo siento, señor... -replicó el general, incómodo-. Yo... yo soy un soldado. Ponme a prueba en un plan de batalla, confíame una tarea, aunque sea la más dura, en el campo de batalla y siempre sabré cómo moverme, pero en estas intrigas me veo en dificultades. Lo siento...

- No importa -dijo el rey-. Veamos qué piensa de esto Filipo.

El médico llegó y se puso inmediatamente a examinar el cuerpo del mensajero.

-¿Hay algún indicio? -le preguntó Alejandro al cabo de poco.

- Casi con toda seguridad ha sido envenenado, y casi me atrevería a decir que con la comida de ayer noche.

-¿Serías capaz de descubrir con qué tipo de veneno?

Filipo se puso en pie y pidió que le trajeran agua para lavarse las manos.

- Creo que sí, pero debería abrirle...

-Haz lo que tengas que hacer -ordenó el rey-, y cuando hayas terminado ordena celebrar sus exequias por el rito persa.

Filipo miró a su alrededor.-Pero no hay torres del silencio aquí.

- Entonces, haz construir una -dispuso el rey vuelto hacia Parmenión-. La piedra no falta y tampoco los hombres.

- Está bien, señor -asintió el general-. ¿Alguna orden más? Alejandro se quedó un momento absorto en sus pensamientos, luego respondió:

- Sí, haz liberar a Amintas y reintégralo a su graduación. Sólo estáte... atento.

- Por supuesto, señor.

-Bien. Y ahora vuelve a tus masajes, Parmenión, y cuida de tu hombro. El tiempo está a punto de cambiar -añadió mirando el cielo-, y no precisamente para mejor.

43

Una noche, hacia mediados del invierno, el comandante Memnón se sintió indispuesto: notaba una profunda sensación de náusea, un fuerte dolor en las articulaciones y en los riñones y tuvo en poco tiempo una fiebre muy alta. Se encerró en su camarote en el castillo de popa, temblando y castañeteándole los dientes, y comenzó a rechazar la comida que le traían.

Únicamente conseguía beber un poco de caldo caliente de vez en cuando, pero no siempre lo retenía. Su médico le suministró fármacos para aliviarle el dolor y le hizo beber lo más posible para que recuperara los líquidos que perdía de continuo con la copiosa sudoración, pero no consiguió encontrar ningún remedio que pudiera curarle.

La enfermedad de Memnón sumió a todo el mundo en la más profunda consternación, pero muchos notaron la frialdad demostrada en cambio por el nuevo vicecomandante, un persa de nombre Tigranes que había mandado hasta aquel momento la flota del mar Rojo. Era éste un hombre ambicioso e intrigante, que no había ocultado jamás en la corte su desaprobación por la decisión del rey Darío de confiar el mando general a un mercenario yauna.

Fue él quien ocupó el puesto de Memnón cuando estuvo claro que el griego no se

encontraba en condiciones ya de hacer frente a sus responsabilidades. Su primera orden fue levar anclas y poner rumbo hacia el sur, abandonando el bloqueo de los Estrechos.

En aquel momento Memnón pidió ser inmediatamente desembarcado en tierra firme, cosa a la que Tigranes no se opuso. Pidió también que le fuera concedido llevarse consigo a cuatro de sus mercenarios, sus soldados más leales, para que le ayudaran en el viaje que tenía el propósito de emprender. El nuevo comandante le miró no sin una cierta conmiseración, convencido de que el enfermo no podría ciertamente llegar lejos, postrado tal como estaba; le deseó de todos modos en persa toda clase de venturas y se despidió de él.

Y así, en medio de la noche, una chalupa fue descendida por un flanco de la nave capitana con cinco hombres a bordo y se deslizó, empujada por vigorosos golpes de remo, hasta una calita desierta en la costa oriental del Helesponto. Aquella misma noche los cinco comenzaron el viaje porque Memnón quería ser llevado al lado de su mujer y de sus hijos.

-Quiero verles antes de morir -dijo apenas hubo tocado tierra.

-Tú no morirás, comandante -replicó uno de sus mercenarios-. Las has pasado peores. Pero sólo tienes que mandar y nosotros te llevaremos adonde quieras, aunque sea a los confines del mundo, aunque sea incluso al infierno. Te llevaremos a cuestas, si preciso fuera.

Memnón asintió con una cansada sonrisa, pero el pensamiento de volver a ver a su familia parecía devolverle una energía misteriosa, una fuerza insospechada. Uno de sus hombres fue en busca de un medio de transporte porque, en cualquier caso, el enfermo no estaba en condiciones de cabalgar y volvió al día siguiente con una carreta tirada por dos mulos y cuatro caballos que había comprado en una alquería.

De camino, los mercenarios habían celebrado consejo y decidido que uno de ellos iría por delante hasta encontrar el camino real y que desde allí haría llegar un mensaje a Barsine, de modo que ésta pudiera venir a su encuentro. De otro modo no había esperanza de que el comandante consiguiera llegar con vida hasta la residencia real de Susa, distante casi un mes de camino.

Durante algún tiempo la enfermedad pareció concederle una tregua y Memnón volvió a comer algo, pero cuando llegaba la noche la fiebre le subía hasta hacerle arder las sienes y la misma mente. Entonces se ponía a delirar y salían de sus labios los gritos de toda una vida de enfrentamientos, de dolores espantosos infligidos y sufridos, los gemidos y el llanto de esperanzas perdidas y de sueños desvanecidos.

El jefe de su pequeña escolta, un hombre de Tegea que había luchado siempre a su lado, le miraba entonces con angustia y desconcierto, le pasaba un paño mojado por la frente y murmuraba:

-No es nada, comandante, no es nada. Una tonta fiebre no puede acabar con Memnón de Rodas, no puede...

Y parecía que quisiera convencerse a sí mismo de ello.

El hombre que había enviado por delante llegó al camino real en el puente del río Halls, que se decía había sido construido por Creso de Lidia, y tuvo allí noticia de que no era preciso ir hasta Susa. El rey Darío

había decidido por fin darle un escarmiento a aquel pequeño insolente yauna que había osado invadir sus provincias occidentales y avanzaba hacia las Puertas Sirias a la cabeza de medio millón de hombres, cientos de carros de guerra y docenas de miles de jinetes. La corte entera le seguía, y seguramente también Barsine. Así la súplica de Memnón viajó rápido como la luz de los fuegos y el reflejo de los espejos de bronce de montaña en montaña, rápida como. el galope desenfrenado de los caballos de batalla niseos hasta llegar al Gran Rey bajo su pabellón de púrpura y de oro. Y el Gran Rey mandó llamar a Barsine.

- Tu esposo está gravemente enfermo -le anunció- y te reclama. Avanza a lo largo de nuestro camino real con la esperanza de verte por última vez. No sabemos si te dará tiempo de alcanzarle antes de que muera, pero si quieres ir a su encuentro te ofreceremos diez Inmortales de nuestra guardia como escolta.

Barsine sintió morir su corazón en el pecho, pero no pestañeó ni derramó tampoco una sola lágrima.

- Gran Rey, te agradezco por haberme avisado y dado permiso para partir. Iré enseguida al encuentro de mi esposo y no tendré paz, ni dormiré ni descansaré mientras no me haya reunido con él y le haya abrazado.

Volvió a su tienda y se vistió como una amazona poniéndose un corpiño de fieltro y unos pantalones de cuero, cogió el mejor caballo que pudo encontrar y se lanzó al galope, seguida a duras penas por los soldados de la guardia que el Gran Rey le había asignado de escolta.

Viajó durante días y noches descansando solamente unas pocas horas de vez en cuando, mientras tomaba un caballo de refresco o cuando no sentía ya los miembros por el cansancio, hasta que una noche, a la hora del ocaso, vio en lontananza a un pequeño convoy avanzar con paso desigual por el semidesierto camino: una carreta cubierta tirada por dos mulos, escoltada por cuatro hombres armados a caballo.

Espoleó su cabalgadura hasta encontrarse al lado de la carreta. Saltó a tierra y miró adentro: el comandante Memnón yacía moribundo sobre una capa de pieles de oveja. Tenía la barba larga y los labios agrietados, los cabellos sin arreglar y desgreñados. El que había sido hasta hacía poco antes el más poderoso hombre del mundo después del Gran Rey estaba reducido a una sombra de sí mismo.

Pero estaba aún vivo.

Barsine le acarició y le besó cariñosamente en la boca y en los ojos sin poder saber si él la reconocía; luego miró en torno angustiada, en busca de un refugio. Vio en lontananza, en una colina, una casa de piedra, acaso la morada de un hacendado, y les pidió a los hombres de su guardia que solicitaran hospitalidad a su propietario durante algunos días, o durante algunas horas, no habría sabido decir cuánto.

-Quiero una cama para mi esposo, quiero lavarle y cambiarle las ropas, quiero que muera como un hombre y no como una bestia -dijo.

El jefe de la guardia obedeció y poco después Memnón fue trasportado al interior de la casa, acogido con grandes honores por su dueño persa. Fue calentado el baño y Barsine le desnudó, le lavó y le volvió a vestir con ropas limpias. Los siervos le cortaron el pelo, ella le perfumó, le aplicó en la frente un ungüento refrescante y luego le puso en la cama y se sentó cerca de él sosteniéndole la mano.

Era ya tarde y el dueño de casa vino a preguntar si la bella señora quería bajar a cenar con los hombres que la habían acompañado, pero Barsine rehusó cortésmente.

-He cabalgado día y noche para poder reunirme con él y no le dejaré un solo instante mientras siga con vida.

El hombre salió volviendo a cerrar la puerta tras de sí y Barsine volvió a sentarse al lado de la cama de Memnón, acariciándole y mojándole los labios de vez en cuando. Era ya pasada medianoche cuando, vencida por la fatiga y el agotamiento, se amodorró en el asiento y se quedó así, en duermevela, durante un rato.

De golpe le pareció oír la voz de su marido y creyó que era en el sueño, pero la voz seguía repitiendo su nombre, con insistencia:

-Bar...si...ne...

Volvió a la realidad y abrió los ojos: Memnón se había despertado de su amodorramiento y la miraba con sus grandes ojos azules enfebrecidos.

- Amor mío -murmuró ella alargando la mano para acariciarle el rostro.

Memnón le miraba fijamente con una intensidad alucinada y parecía querer decir algo.

-¿Qué quieres? Habla, te lo ruego.

Memnón abrió de nuevo los labios: parecía que una cierta vitalidad hubiera refluido a sus miembros y que su rostro hubiera casi readquirido la viril belleza de otro tiempo. Barsine acercó el oído a su boca para no perderse una palabra de lo que decía.

- Quiero...

-¿Qué quieres, amor mío? Lo que quieras... lo que quieras, adorado mío.

-Quiero... verte.

Y Barsine recordó la última noche que habían pasado juntos y comprendió. Se levantó

con gesto resuelto del asiento, se echó atrás de modo que su persona pudiera verse iluminada lo más posible por la luz de las dos lámparas que pendían del techo de la habitación y comenzó a desnudarse. Se liberó del corpiño, desató los cordones que sujetaban los calzones escitas de cuero, liberándose al mismo tiempo de todo su innato pudor, y se quedó desnuda y majestuosa delante de él.

Vio que sus ojos se humedecían, que dos grandes lágrimas le surcaban las demacradas mejillas y se dio cuenta de que había conseguido interpretar su deseo. Sintió que su mirada le acariciaba lenta, dulcemente, el rostro y el cuerpo, y sintió que aquél era su modo de hacer el amor con ella una última vez.

Memnón dijo, con un hilillo de voz:

-Mis chicos...

Buscó de nuevo sus ojos para transmitirle, en una última mirada ardiente y desesperada, cuanto quedaba de su vida y de su pasión por ella, luego recostó la cabeza sobre la almohada y expiró.

Barsine se recubrió con el manto y se dejó caer sobre su cuerpo inerte sollozando, cubriéndole de besos y de caricias. No se oía otro sonido en toda la casa que su llanto desconsolado y los mercenarios griegos que velaban afuera, en torno al fuego, comprendieron. Se pusieron en pie y rindieron en silencio honores al comandante Memnón de Rodas, a quien una suerte aciaga le había negado morir como soldado, empuñando la espada.

Esperaron al amanecer para subir a su aposento y tomar bajo su custodia el cuerpo para las exequias.

-Le pondremos en la pira de acuerdo con nuestra costumbre -dijo el mayor de ellos, el originario de Tegea-. Para nosotros abandonar un cuerpo a fin de que sea pasto de perros y aves es una vergüenza insoportable. Esto te dice lo distintos que somos.

Y Barsine comprendió. Comprendió que en aquella hora suprema tenía que permanecer al margen y permitir que Memnón volviera entre su gente y recibiese los honores fúnebres según el rito griego.

Levantaron una pira en medio de un prado blanqueado por la escarcha y depositaron sobre ella el cuerpo de su comandante, revestido con su armadura y el yelmo adornado con la rosa de plata de Rodas.

Y le prendieron fuego.

El viento que barría la meseta alimentó las llamas que crepitaban voraces consumiendo en poco tiempo los restos mortales del gran guerrero. Sus soldados, formados con la lanza empuñada, gritaron diez veces su nombre al frío y plúmbeo cielo que recubría aquella landa desierta como un sudario, y cuando el último eco de su grito se hubo apagado, se dieron cuenta de que se habían quedado completamente solos en el mundo, de no tener ya padre ni madre, ni hermano ni casa, ni un lugar adonde ir.

-Yo juré seguirle a todas partes -dijo entonces el mayor de ellos-, incluso a los infiernos.

Se arrodilló, desenvainó la espada apuntándosela contra el corazón y se arrojó sobre ella.

-También yo -repitió su compañero sacando a su vez el acero.

-Y nosotros también -dijeron los otros dos.

Se desplomaron uno tras otro en medio de su sangre, mientras el primer canto del gallo rompía el silencio espectral del alba como un toque de trompa.

44

El médico Filipo le refirió a Alejandro los resultados de sus exámenes en el cadáver del persa que había sido encontrado en posesión de la carta del Gran Rey para el príncipe

Amintas.

- Ha sido envenenado con toda seguridad, pero se trata de un tipo de veneno que no conozco. Por eso considero inútil interrogar al cocinero, que es un buen muchacho incapaz de prepararlo. Ni yo mismo sería capaz, así que figúrate él.

-¿Es posible que se tomara el veneno él mismo? -preguntó Alejandro.

- Sin duda es posible. Hay hombres entre los soldados de la guardia del Gran Rey que juran servirle hasta inmolarse por él. Mucho me temo que por ahora sea difícil saber más acerca de este asunto.

Transcurrieron varios días más sin que se recibieran noticias de los refuerzos que habían de llegar de Macedonia y la moral de los soldados comenzó a flaquear en medio del ocio y del tedio. Una mañana Alejandro decidió subir al santuario de la Gran Madre de los dioses en Gordio, que se decía había sido erigido por el rey Midas.

Le acompañaron los amigos y los sacerdotes, que, apenas enterados de su visita, se habían reunido al completo poniéndose sus paramentos de ceremonia.

El templo era un antiquísimo santuario indígena que albergaba un simulacro de la diosa esculpido en madera y roído por la carcoma, adornado de una increíble cantidad de joyas y de talismanes, ofrendados por la piedad multisecular de los fieles. De las paredes colgaban reliquias y presentes votivos de todo género así como representaciones de miembros humanos en terracota y madera que testimoniaban que habían tenido lugar curaciones o súplicas para obtenerlas.

Había pies y manos con las señales de la sarna representadas en vivos colores, ojos, narices y orejas, úteros sin duda estériles que imploraban la fertilidad y miembros viriles que tampoco estaba en condiciones de desempeñar sus funciones.

Cada uno de aquellos objetos era el signo de las numerosas miserias, enfermedades y dolores que desde el origen de los tiempos afligían al género humano, después de que el necio Epimeteo hubiera abierto la caja de Pandora dejando salir todos los males que habían invadido el mundo.

-Dejando sólo dentro la esperanza -recordó Eumenes volviendo la mirada en torno-. ¿Y qué son estos objetos si no una manifestación de la esperanza casi siempre defraudada y sin embargo compañera inestimable, cuando no indispensable, para nosotros los hombres?

Seleuco, que estaba a su lado, le observó perplejo por aquellas imprevistas manifestaciones de pedantería filosófica, pero mientras tanto los sacerdotes le estaban conduciendo a una habitación lateral donde se conservaba el objeto más precioso: el carro del rey Midas.

Se trataba de un extraño vehículo de cuatro ruedas de tipo bastante primitivo, con un antepecho semicircular en su parte superior. El sistema giratorio estaba constituido por una lanza que terminaba en una barra unida al eje del tren delantero de las ruedas, mientras que el yugo estaba fijado a la lanza por medio de una soga retorcida en un nudo muy complicado, de hecho inextricable.

Un antiguo oráculo decía que quien desatara aquel nudo obtendría el dominio sobre Asia, y Alejandro había decidido aventurarse a la empresa. Tanto Eumenes como Tolomeo y el propio Seleuco habían insistido para que lo hiciera.

- No puedes negarte -le había hecho notar Eumenes-. Todos han oído hablar de este oráculo. Si evitaras la prueba, los hombres pensarían que no tienes confianza en ti mismo, que no crees poder vencer al Gran Rey.

-Eumenes tiene razón -había aprobado Seleuco-. Ese nudo es un símbolo. Indica el cruzarse de muchos caminos y caravaneros en la ciudad de Gordio, vías que llevan hasta los extremos confines del mundo. De hecho tú ya controlas ese nudo porque lo has conquistado con la fuerza de las armas, pero debes desatar también el símbolo, de lo contrario ello no bastaría.

Alejandro se había vuelto entonces hacia Aristrando y le interpeló:

- ¿Y tú qué dices, vidente?

Aristrando se había mostrado parco en palabras:

-Ese nudo es el signo de una perfección absoluta, de una armonía

acabada, del entrecruzarse de las energías primigenias que crearon la vida sobre la tierra. Tú desatarás ese nudo y dominarás Asia y el mundo entero.

Aunque dicha respuesta había confortado a todos, Eumenes no quería correr ningún riesgo y había hecho venir a un oficial del almirante Nearco que conocía toda clase de nudos en uso en las naves de guerra y de carga para que le enseñara al rey sus secretos, de modo que Alejandro estaba muy confiado en poder superar la prueba.

Además, era previsible que los sacerdotes del santuario hicieran todo lo posible con tal de simplificar las cosas al nuevo amo y señor y no le expondrían a la humillación de un fracaso.

-Aquí tienes el carro del rey Midas -anunció uno de ellos indicándole al soberano el arcaico vehículo roído por la carcoma- y aquí el nudo. -Lo dijo con una sonrisa, de modo que los presentes, sobre todo Eumenes, Seleuco y Tolomeo, estuvieron seguros de que toda saldría a pedir de boca. Acto seguido hicieron llamar también a los oficiales de graduación inferior para que entraran y asistieran a la proeza del rey.

Pero cuando Alejandro se inclinó y comenzó a atarearse en torno al nudo, se dio cuenta de que había sido en exceso optimista. La soga estaba apretada de forma increíble, y por si fuera poco no se veía ninguna punta, ni por encima ni por debajo ni por ningún lado, por donde empezar a desatar el enredijo. Entretanto el gentío se había vuelto enorme y no cabía un alfiler en el interior de la sala: los mismo sacerdotes, embutidos en sus vestidos de ceremonia, estaban apretujados sudando a mares.

El rey sentía que se sofocaba y fue presa de la ira: advertía que, en cuestión de poco tiempo, su prestigio personal conquistado en el campo de batalla con la lanza y la espada podría verse puesto en entredicho por aquella situación aparentemente sin salida.

Miró a Eumenes, que se encogió de hombros como queriendo hacerle comprender que esta vez no tenía ninguna solución que sugerirle, y acto seguido a la máscara de piedra de Aristandro de Termeso, el vidente que había hablado una vez y no hablaría una segunda.

Miró a Seleuco y a Tolomeo, a Crátero y a Pérdicas, y vio únicamente desconcierto y embarazo en sus ojos. Mientras se arrodillaba nuevamente al lado del inextricable nudo, sintió sin embargo la empuñadura de su espada que le oprimía contra el costado y pensó que aquélla era una señal de los dioses. Al mismo tiempo, en efecto, por un tragaluz del techo penetró un rayo de sol que hizo resplandecer sus cabellos cual una nube dorada e hizo centellear las gotas de sudor que perlaban su frente.

En el profundo silencio que se había hecho en la sala, se oyó el susurro metálico de la espada del rey al ser desenvainada; luego la hoja destelló cual un rayo en el haz luminoso para abatirse con fuerza desmesurada sobre el nudo gordiano.

La soga, limpiamente cortada, soltó su presa y el yugo, libre de la atadura, cayó a tierra con un seco ruido.

Los sacerdotes se miraron pasmados a la cara y acto seguido miraron fijamente a Alejandro, que se había puesto en pie y volvía a envainar la espada. Cuando levantó la cabeza, vieron que su ojo izquierdo se había ensombrecido, brillaba entre la luz y la sombra del rayo que caía de lo alto, negro como la noche.

Tolomeo gritó:

-¡El rey ha desatado el nudo gordiano! ¡El rey es señor de Asia!

Todos los compañeros le aclamaron a grandes voces y la ovación fue oída también desde afuera, por los soldados del ejército que se habían congregado en torno al templo. Estaban exultantes también ellos, dando rienda suelta al entusiasmo que hasta aquel momento el temor y la superstición habían refrenado, y acompañaron su grito golpeando ruidosamente las armas contra los escudos hasta hacer temblar los muros del antiguo santuario.

Cuando apareció el soberano, rutilante en su armadura de plata, le alzaron en hombros y le llevaron al campamento en triunfo, como a la estatua de un dios. Nadie miró a Aristandro, que se alejaba totalmente solo con una expresión de desconsuelo en el rostro.

45

Pocos días después llegaron los tan esperados refuerzos, tanto las nuevas levas como los jóvenes esposos que habían partido para Halicarnaso con el fin de pasar el invierno con sus mujeres. Estos últimos fueron recibidos con una rechifla y mugidos por sus camaradas, que habían afrontado en cambio los rigores de la guerra y de la estación fría y ahora gritaban todo tipo de obscenidades. Algunos, agitando unos enormes palos de madera, vociferaban a voz en cuello:

- ¿Le habéis dado gusto al canario, eh? ¡Ahora tendréis que soltar prenda!

El oficial que estaba a su mando era un hombre de Antípatro, un comandante de batallón natural de Oréstide que se llamaba Trasilo. Se presentó ante el rey para hacer inmediatamente su informe.

-¿Por qué habéis empleado tanto tiempo? -preguntó Alejandro.

-Porque la flota persa mantenía el bloqueo de los Estrechos y el regente Antípatro no quería arriesgar nuestra escuadra en un choque abierto con Memnón. Luego, un día, las naves enemigas levaron anclas y pusieron vela hacia el sur aprovechando un viento de Bóreas, y nosotros partimos.

- ¡Qué extraño es eso! -observó Alejandro-. Y, en cualquier caso, no hace presagiar nada bueno. Memnón no dejaría escapar a su presa, si no es para asestar un golpe en otro punto más vulnerable aún. Presagio que Antípatro...

- Corre el rumor de que Memnón ha muerto, señor -le interrumpió el oficial.

- ¿Qué?

- Es lo que hemos oído decir a nuestros informadores en Bitinia.

- ¿Y de qué habría muerto?

-Esto nadie lo sabe. Dicen que de una extraña enfermedad...

- ¿Una enfermedad? Es difícil de creer.

-No es una noticia segura, señor. Se trata, como he dicho, de rumores que habrá que confirmar.

- Sí, por supuesto. Pero ahora ve y busca acomodo con tus hombres, pues partiremos lo más pronto posible. Tendréis como máximo un día de descanso. Hemos esperado incluso demasiado.

El oficial se despidió y Alejandro se quedó solo en su tienda reflexionando sobre aquella inesperada noticia que no le reportaba el menor alivio ni satisfacción. En su fuero interno consideraba ahora ya a Memnón como el único adversario digno de él, como el único Héctor capaz de batirse con el nuevo Aquiles, y desde hacía tiempo se había preparado para enfrentarse a él un día en duelo, como un campeón homérico. Ni siquiera la idea de enfrentarse personalmente con el Gran Rey tenía el mismo significado.

Recordaba perfectamente la figura imponente del comandante, con el yelmo cubriéndole el rostro, el timbre de su voz y la sensación de oscura opresión que le producía saberle siempre vigilante y dispuesto a asestar el golpe, infatigable, inapresable. Una enfermedad... No era esto lo que él hubiera querido, no era éste el epílogo que se esperaba del enfrentamiento implacable que había entablado.

Convocó a Parmenión y a Clito El Negro para preparar la partida para al cabo de dos días y les comunicó también la noticia que había recibido.

-El comandante del contingente de refuerzo me ha dicho que según algunos rumores Memnón ha muerto.

- Sería una gran ventaja -replicó el viejo general sin disimular su propia satisfacción-. Tener su flota controlando el mar entre nosotros y Macedonia era una amenaza gravísima. Los dioses están de tu lado, señor.

- Los dioses me han privado de un enfrentamiento leal con el único adversario digno de mí -le rebatió Alejandro con expresión sombría.

Pero en aquel momento, de improviso, pensó en Barsine, en su belleza morena e inquietante, y cayó en la cuenta de que si la suerte había querido que la vida de Memnón se apagara como consecuencia de una enfermedad tal vez permitiera que Barsine no le odiase. Habría estado dispuesto en aquel momento a quitar de en medio cualquier obstáculo que se interpusiera entre ella y el, con sólo que hubiera sabido dónde se encontraba.

-Parece que se encuentra en alguna parte entre Damasco y las Puertas Sirias -le hizo volver a la realidad la voz de El Negro.

Alejandro se volvió de golpe hacia él como si el oficial le hubiese leído el pensamiento. El Negro le miró a su vez, asombrado por aquella reacción.

- ¿De qué estás hablando, Negro? -preguntó el soberano.

-Hablaba del despacho que nos ha hecho llegar Eumolpo de Solos.

- Así es -intervino Parmenión-. Nos ha hecho llegar un correo con un mensaje de viva voz.

- ¿Cuándo?

- A eso de media mañana. Ha pedido hablar contigo, pero tú estabas fuera con Hefestión y la guardia pasando revista a los reclutas, de modo que le he recibido yo.

-Has hecho muy bien general -replicó Alejandro-. Pero ¿estamos seguros de que venía de parte de Eumolpo?

- El correo tenía su santo y seña que tú bien conoces.

Alejandro sacudió la cabeza.

- ¡«Sesos de cordero»! ¿Has oído alguna vez un santo y seña más tonto?

-Es su plato preferido -comentó El Negro abriendo los brazos.

-Como te decía -prosiguió Parmenión-, parece que el Gran Rey

marcha con todo su ejército en dirección al vado de Tápsaco.

- El vado de Tápsaco... -repitió el soberano-. Tal como imaginaba, entonces. Darío trata de impedirme el paso en las Puertas Sirias.

- Creo que tienes razón -asintió El Negro.

- ¿Y cuántos son? -preguntó Alejandro.

-Muchos -repuso Parmenión.

-¿Cuántos? -insistió el rey perdiendo la paciencia.

-Cerca de medio millón, si la información es exacta.

-Uno contra diez. Muchos, en efecto.

- ¿Qué piensas hacer?

- Seguir adelante, pues no tenemos otra elección. Preparad la partida.

Los dos oficiales saludaron y se encaminaron hacia la salida, pero Alejandro retuvo a Parmenión.

- ¿Qué sucede, señor? -preguntó el general.

-También nosotros deberíamos establecer un santo y seña para el intercambio de mensajes de viva voz, ¿no crees?

Parmenión bajó la cabeza.

- No tenía elección cuando te mandé a Sisine. No habíamos previsto una eventualidad semejante antes de separarnos.

-Es cierto, pero ahora tenemos necesidad de un santo y seña para nuestros mensajes de viva voz. Puede producirse de nuevo una situación de este tipo en el futuro.

Parmenión sonrió.

-¿Por qué sonríes?

-Porque me acaba de venir a la mente la cantinela que canturreaba siempre de niño. Te la había enseñado la vieja Artemisia, la nodriza de tu madre, ¿recuerdas? «¡El viejo soldado que va a la guerra cae por tierra, cae por tierra!» Y luego te revolcabas por el suelo.

- ¿Y por qué no? -comentó Alejandro-. Seguro que nadie sospecha de que se trata de un santo y seña.

-Y no tenemos necesidad de mandar memorizarla. Entonces me voy.

-General -le llamó aún Alejandro.

-¿Señor?

-¿Qué hace Amintas?

- Cumplir con su deber.

- Bien. Pero sigue vigilándole, sin que él lo advierta. Y trata de saber si Memnón está verdaderamente muerto y, en caso afirmativo, de qué ha muerto.

-Haré lo posible, señor. El correo de Eumolpo de Solos está aún en el campamento. Le transmitiré la orden de indagar.

Al día siguiente, el correo partió y el ejército se organizó para levantar las tiendas al amanecer. Todo fue preparado por anticipado: los animales cargados, los carros llenados de provisiones y de armas, mientras que los oficiales encargados del itinerario preparaban las etapas que habían de llevar al ejército, en siete días de marcha, hasta las Puertas de Cilicia, un paso entre las montañas del Tauro tan angosto que no permitía el paso juntos de dos animales de carga.

Aquella misma noche uno de los soldados que habían llegado con el contingente de los refuerzos se presentó en la tienda de Calístenes para hacerle entrega de un pliego sellado. El historiador, enfrascado en escribir, se levantó para entregarle una recompensa y luego, no bien hubo salido, abrió el pliego y vio que contenía un texto genérico: un pequeño tratado de apicultura que no había pedido y que por tanto debía ser leído seguramente en clave. El mensaje cifrado decía:

He enviado a Teofrasto el fármaco para que se lo entregue al médico de Lesbos, pero hace mal tiempo y difícilmente una nave partirá en los próximos días. Todo es incierto, también el resultado.

Seguía una carta en claro:

Aristóteles a su sobrino Calístenes, ¡salve!

Tuve un encuentro con una persona que conocía a Pausanias, el hombre que diera muerte al rey Filipo, y la historia que él nos contó y su relación con el soberano resulta difícil de creer porque casi nada parece verosímil. He identificado a uno de los cómplices supervivientes y me vi con él en una posada de Beroea. Era muy desconfiado y seguía negándolo todo mientras yo trataba por todos los medios de tranquilizarle. No hubo nada que hacer. Lo único que pude saber fue su verdadera identidad, corrompiendo con dinero a una esclava que es también su concubina. Ahora sé que tiene una joven hija, a la que adora y mantiene oculta entre las vírgenes de un templo de Artemisa en los confines con Tracia.

He de partir para Atenas, pero proseguiré en mi búsqueda y te mantendré informado. Cuida de tu salud.

Guardó los documentos en una pequeña arqueta y se acostó a fin de estar preparado, al día siguiente, para partir al amanecer.

Le despertaron Eumenes y Tolomeo cuando aún estaba oscuro.

- ¿Te has enterado de la noticia? -le preguntó Eumenes.

-¿De qué noticia? -preguntó Calístenes restregándose los ojos.

-Parece que Memnón ha muerto. De una enfermedad repentina.

-E incurable -añadió Tolomeo.

Calístenes se levantó sobre el borde del camastro y puso un poco de aceite en el velón que ya languidecía.

- ¿Muerto? ¿Y cuándo?

- La noticia ha llegado con uno de los oficiales que mandaba los refuerzos. Calculando el tiempo que han empleado en alcanzarnos, yo diría que podría haber sucedido hace quince días o un mes. Las cosas han sucedido tal como yo había planeado.

Calístenes se acordó de la fecha que figuraba en la carta de su tío Aristóteles e hizo él también un rápido cálculo mental, llegando a la conclusión de que no se podía estar seguro de que aquel acontecimiento estuviera provocado, pero tampoco podía excluirse. Se limitó a res-

ponder:

-Mejor así.

Luego, mientras terminaba de vestirse, llamó a una esclava y ordenó: -Sirve algo caliente al secretario y al comandante Tolomeo.

46

- Sesos de cordero -anunció el cocinero persa depositando un plato de buñuelos sobre la mesa delante de Eumolpo de Solos.

Y mientras pronunciaba aquella palabras descubría, en una poco tranquilizadora sonrisa, sus treinta y dos dientes blanquísimos bajo los mostachos negros como ala de cuervo.

El gobernador de Siria, el sátrapa Ariobarzanes, recostado en el lecho de enfrente, sonrió de modo aún más inquietante.

-¿No es tu plato preferido?

- Oh, sí, por supuesto, luz de los arios e invicto caudillo. ¡Ojalá pueda el futuro reservarte el honor de calzar la tiara rígida si un día, que Ahura Mazda no lo quiera, el Gran Rey ha de subir a la torre del silencio para reunirse con sus gloriosos antepasados!

-El Gran Rey goza de una excelente salud -replicó Ariobarzanes-. Pero te ruego que comas. ¿Cómo están esos sesos de cordero?

-Mmh... -bramó Eumolpo torciendo los ojos para simular el más intenso disfrute.

- ¿Y es también tu santo y seña cuando intercambias mensajes reservados con nuestros enemigos, no es así? -preguntó Ariobarzanes sin dejar en modo alguno de sonreír.

Eumolpo tosió convulsamente por el bocado que se le había atragantado.

- ¿Un poco de agua? -preguntó solícito el cocinero poniéndole una poca de una jarra de plata, pero Eumolpo, amoratado, hizo un gesto con la mano de que no, de que no tenía necesidad.

Cuando se hubo recuperado, volvió a adoptar su aire imperturbable y su sonrisa más cautivadora.

-No he comprendido la simpática broma.

- Pues no es una broma -replicó graciosamente el sátrapa arrancando el ala de un tordo a la parrilla y mordiendo la carne con la punta de sus incisivos-. Es la pura verdad.

Eumolpo contuvo el pánico que le atenazaba las tripas, cogió un buñuelo y dio muestras de que le encantaban, luego observó, con una expresión de condescendencia:

- Pero, vamos, mi ilustre anfitrión, no puedes en serio dar importancia a unos comentarios que pueden ser seguramente hasta graciosos, con tal de que no lleguen a arrojar ninguna sombra sobre la reputación de un caballero que...

Ariobarzanes le paró con un ademán amable, se secó las manos en el delantal del cocinero, posó los pies en el suelo y se dirigió hacia la ventana, haciendo un gesto a Eumolpo de que se acercara.

-Te lo ruego, mi buen amigo.

Eumolpo no tuvo otro remedio que seguirle y mirar abajo. Los pocos bocados que había ingerido se le indigestaron y su rostro adquirió una palidez cérea.

Su correo estaba colgado desnudo de un poste, por los brazos, y largas tiras de piel le colgaban de varias partes del cuerpo descubriendo los haces sanguinolentos de la musculatura. En algunos puntos la carne le había sido arrancada hasta dejar al descubierto los huesos, mientras que los testículos los tenía colgados a modo de grotesco collar. No daba la menor señal de vida.

- Ha sido él quien ha hablado -explicó Ariobarzanes impasible.

A escasa distancia, un esclavo hircanio le estaba sacando punta a un palo de acacia con

un cuchillo afiladísimo y luego lo frotaba con piedra pómez para que su superficie afilada se volviera lisa y casi brillante.

Ariobarzanes miró al palo y luego fijamente a Eumolpo a los ojos, haciendo al mismo tiempo un gesto muy elocuente con las manos.

El pobre tragó saliva, sacudiendo convulsivamente la cabeza.

El sátrapa sonrió.

-Sabía que nos entenderíamos, viejo amigo.

- ¿En qué... en qué puedo serte útil? -balbuceó el informador sin conseguir apartar la mirada de la aguzada punta del palo mientras el ano instintivamente se le contraía, en el inconsciente y espasmódico intento de impedir el paso a un tan temible intruso.

Ariobarzanes volvió a la mesa y se recostó en el lecho invitando a Eumolpo a acomodarse a su vez. El pobre respiró y confió que lo peor hubiera pasado.

- ¿Qué respuesta esperaba el pequeño yauna? -preguntó el sátrapa indicando con ese nombre despectivo al invasor que se había apoderado ya de toda Anatolia.

-El rey Alejandro... es decir, el pequeño yauna -corrigió Eumolpo-, quería saber dónde le esperaría el Gran Rey para entablar batalla con su ejército.

- ¡Muy bien! Entonces mandarás un correo tuyo, no éste, que temo este fuera de uso, a decirle al pequeño yauna que el Gran Rey le esperará al pie de las Puertas Sirias con la mitad de su ejército, habiendo dejado la otra defendiendo el vado de Tápsaco. Esto le incitará a atacar.

-Oh, sí, sin duda -asintió apresuradamente el informador-. Ese necio y presuntuoso muchacho, que, te ruego que me creas, siempre me ha resultado antipático, se lanzará adelante a ciegas, convencido de salir vencedor, e irá a echarse en la boca del lobo entre el monte Amanos y el mar, mientras vosotros, en cambio...

-De nosotros en cambio nada -cortó tajante Ariobarzanes-. Haz lo que te he dicho, hoy mismo. Convocarás a tu hombre y le mandarás inmediatamente adonde está el pequeño yauna. Después de nuestra victoria, decidiremos acerca de ti. Ten por seguro que si llevas a cabo una contribución determinante ese palo que has visto abajo en el patio podría ser destinado a un uso distinto. Pero si algo fuera mal... zas!

Y ensartó el dedo índice de su mano derecha dentro del índice de la izquierda cerrado en anillo.

Eumolpo se dispuso a hacer lo que se le había pedido, mientras ojos y oídos le miraban y le escuchaban por una gran cantidad de orificios seguramente bien camuflados alrededor, en las paredes decoradas y llenas de frescos.

Y se lo explicó todo cuidadosamente al nuevo correo.

- Di que tu colega no se ha sentido bien y que por eso te he mandado a ti. Y cuando te pidan el santo y seña di... -carraspeó- «sesos de cordero».

-¿«Sesos de cordero», mi señor? -preguntó estupefacto el correo.

-Sí, señor, «sesos de cordero». ¿Qué pasa? ¿Hay algo que te parece mal?

-No, no, todo está muy bien. Así pues, parto enseguida.

- Sí, bien, parte enseguida.

Eumolpo de Solos salió por una portezuela del lado opuesto de la sala, donde le esperaba Ariobarzanes.

-¿Puedo irme? -preguntó no sin ansiedad.

-Puedes irte -repuso el sátrapa-. Por ahora.

Alejandro, desde Gordio, atravesó la Frigia Mayor hasta la ciudad de Ancira, una pequeña población asentada sobre un grupito de colinas al fondo de una cuenca neblinosa, y volvió a confirmar en su cargo al sátrapa persa que residía allí, dejando con él a algunos oficiales macedonios al mando de la guarnición.

Luego reanudó la marcha hacia oriente y llegó a orillas del Halls, el gran río que desembocaba en el mar Negro y que durante siglos había sido la línea divisoria entre el mundo egeo y anatolio y Asia, el confín extremo al cual se consideraba que los griegos no habrían podido llegar jamás. El ejército lo bordeó hasta su meandro meridional, después de

que avanzara a lo largo de la orilla de dos grandes lagos salados rodeados por vastas extensiones blanquecinas.

Alejandro confirmó en su cargo también al sátrapa persa de Capadocia, que le juró fidelidad, y a continuación se dirigió resueltamente hacia el sur sin encontrar la menor resistencia. Se adentró en la vasta meseta dominada por la mole del monte Argeo, un volcán dormido de nieves eternas que se veía aparecer por la mañana entre las nieblas del amanecer como un fantasma. Los campos estaban a menudo cubiertos de escarcha a las primeras horas del día, pero luego, a medida que el sol ascendía por el horizonte, se volvían de un color pardo rojizo.

Eran muchos los campos arados y sembrados, mientras que aquí y allá, donde el arado no había pasado aun, veíase el amarillo de los rastrojos, pastos para pequeños rebaños de ovejas y cabras. Al cabo de dos días de marcha apareció ante su vista la imponente cordillera del Tauro con sus blancas cumbres que centelleaban bajo el sol o se teñían de rojo al ocaso.

Parecía imposible que aquel inmenso territorio se abriera delante de ellos casi espontáneamente y que tantas tribus, pueblos y ciudades se sometiesen sin oponer resistencia.

La fama del joven caudillo se había difundido ya por doquier y había corrido también la noticia de la muerte del comandante Memnón, el único, aparte del Gran Rey, que podía detener su avance.

Después de cinco días en la altiplanicie, el sendero comenzó a ascender cada vez más pronunciadamente hacia el paso que conducía a la llanura costera de Cilicia. A cada parada nocturna, Alejandro se sentaba en su tienda a solas o con Hefestión y los otros amigos a leer la Anábasis de Jenofonte, el diario de la expedición de los diez mil que setenta años antes había pasado del otro lado. El historiador ateniense describía el desfiladero como un paso bastante angosto y difícil de atravesar si alguien lo defendía.

Alejandro quiso guiar personalmente la columna en marcha. Los guardianes del paso le vieron y le reconocieron inmediatamente a la salida del sol, por el estandarte rojo con la estrella argéada de oro, por el gigantesco caballo negro que montaba y por la armadura de plata que despedía destellos con cada uno de sus movimientos.

Vieron también la interminable serpiente de hombres y caballos que ascendían a paso lento pero inexorable, consideraron que eran demasiado pocos para hacerles frente y se dieron a la fuga precipitadamente, de modo que el desfiladero pudo ser atravesado sin ninguna dificultad.

Seleuco reconoció, en la pared izquierda del paso, unas inscripciones grabadas en la roca viva que habrían podido ser trazadas por alguno de los diez mil de Jenofonte y se las mostró a Alejandro, que las observó lleno de curiosidad. Luego reanudaron su camino y se asomaron al valle del Cidno y a la gran llanura verdeante de Cilicia.

-Estamos en Siria -dijo Eumenes-. Anatolia está a nuestras espaldas.

- ¡Esto es otro mundo! -exclamó Hefestión dirigiendo la mirada hacia la fina línea azul que orlaba al fondo la llanura-. ¡Y allí está el mar!

-¿Dónde estará Nearco con nuestras naves? -preguntó Pérdicas.

- En alguna parte de allí -repuso Leonato-. Tal vez esté escrutando esas montañas y refunfuñe: «¿Dónde se habrán metido esos condenados? ¿Por qué demonios no se les ve el pelo?».

-Es lo más probable -repuso Alejandro-. Por eso no estará de más que nos apresuremos a ocupar los puertos de la costa. Así, si él quiere llegar podrá echar el ancla tranquilamente, sin temer emboscadas.

Espoleó a Bucéfalo y comenzó a descender.

Lisímaco le dijo a Leonato que cabalgaba ahora a su lado:

-Si hubiesen puesto una guarnición aguerrida en aquellas cumbres de lo alto del desfiladero no habría pasado una mosca.

- Tienen miedo -replicó su amigo-. Escapan como conejos. Ahora ya nadie nos podrá detener.

Lisímaco sacudió la cabeza.

-Eso te lo crees tú. Toda esta calma no me gusta nada. En mi opinión, nos estamos metiendo en las fauces del león, que nos está esperando con la boca abierta.

Leonato refunfuñó:

- Y yo le arrancaré la lengua.

Y acto seguido volvió atrás para controlar la columna de la retaguardia.

En unas pocas docenas de estadios el clima había cambiado por completo, de fresco y seco como era en la meseta a cálido y húmedo; todos sudaban a mares, embutidos en sus armaduras.

En tan sólo dos etapas llegaron a la ciudad de Tarso, a escasa distancia del mar, que les abrió sus puertas después de que el sátrapa de Cilicia se hubiera dado a la fuga, prefiriendo alcanzar al ejército del Gran Rey que seguía avanzando inexorable. Alejandro hizo acampar al ejército en la llanura, mientras que él, las secciones elegidas y los oficiales superiores se aposentaban en las mejores casas de la ciudad. Fue allí donde les fue anunciada una visita.

- Hay un correo que insiste en hablar contigo personalmente, señor -dijo uno de los soldados de la guardia que vigilaban en la entrada.

-¿Quién le manda?

-Dice que viene de parte de un tal Eumolpo de Solos.

-Entonces debería tener un santo y seña.

El soldado de la guardia salió y al cabo de poco oyó que se echaba a reír. Debía de tratarse precisamente del correo de Eumolpo.

-El santo y seña es... -comenzó a decir el miembro de la guardia logrando contener a duras penas la risa.

-No seas payaso -cortó tajante el rey.

- El santo y seña es «sesos de cordero».

- Es él. Hazle pasar.

El guardia se alejó carcajeándose de nuevo y hizo entrar al mensajero.

-Señor, me manda Eumolpo de Solos.

-Lo sé, sólo él sabe un santo y seña tan tonto. ¿Cómo es que no ha venido el otro correo? No te había visto nunca hasta ahora.

-El otro correo se hizo daño al caerse del caballo.

- ¿Qué es lo que tienes que decirme?

- Cosas importantes, mi señor. El Gran Rey está ya muy cerca y Eumolpo ha conseguido corromper al ayuda de campo de Darío y saber dónde tendrá lugar la batalla con la que trata de aniquilarte.

-¿Dónde?

El correo miró a su alrededor y vio fijado sobre un caballete el mapa que Alejandro llevaba siempre con él. Apuntó con el dedo en un punto de la llanura entre el monte Carmelo y el monte Amanos.

- Aquí -dijo-. En las Puertas Sirias.

47

La noticia corrió como un rayo por el campamento, de boca en boca, sembrando el pánico:

- ¡Ha muerto el rey! ¡Ha muerto el rey!

-¿De qué?

- ¡Se ha ahogado!

- No, le han envenenado.

-Un espía persa.

-¿Y dónde está?

- No se sabe. Ha huido.

-Entonces, persigámosle. ¿De qué lado se ha ido?

- ¡Esperad, esperad, ahí vienen Hefestión y Tolomeo!

-Y está también con ellos Filipo, el médico del rey.

-¡Entonces no ha muerto!

-¿Y yo qué sé? A mí me han dicho que había muerto.

Los soldados se agolparon enseguida en torno a los tres que trataban de abrirse paso entre el gentío en dirección a la puerta del campamento.

Un grupo de «portadores de escudo» de guardia formó para permitirles recorrer rápidamente el espacio que separaba la tienda de Filipo de la puerta.

.-¿Qué ha sucedido? -preguntaba el médico.

- Acabábamos de comer -comenzó diciendo Hefestión.

- Y hacía un calor insoportable -continuó Tolomeo.

- ¿Y bebisteis también? -preguntó Filipo.

- El rey estaba de buen humor y se mandó al coleto «la copa de Hércules».

-Media ánfora de vino -rezongó el médico.

- Sí -hubo de admitir Tolomeo-. Luego dijo que no podía so

portar más ese calor y, al ver por la ventana la corriente del Cidno, va y grita: «¡Me voy a dar un baño!».

-¿Con el estómago lleno y caliente? -exclamó fuera de sí Filipo.

Mientras tanto habían llegado hasta los caballos. Montaron y los espolearon a toda velocidad hacia el río que distaba un par de estadios.

El soberano yacía en tierra a la sombra de una higuera. Le habían echado sobre una estera y cubierto con una manto. Estaba de un color terroso, tenía ojeras negras y las uñas azuladas.

-¡Maldición! -gritó Filipo saltando al suelo-. ¡Por qué no se lo habéis impedido! Este hombre está más muerto que vivo. ¡Apartaos, apartaos!

-Pero si nosotros... -balbuceó Hefestión.

Y no consiguió acabar la frase. Se volvió hacia el tronco del árbol para ocultar sus lágrimas.

El médico desnudó a Alejandro y aplicó su oído en el pecho. Se oía latir el corazón, pero muy débilmente y con latido inseguro. Le volvió a cubrir enseguida.

-¡Rápido! -ordenó vuelto hacia uno de los «portadores de escudo»-. Corre a casa del rey, y avisa a Leptina de que prepare un baño caliente y dile que ponga a calentar agua metiendo en ella estas hierbas que voy a darte y en estas exactas proporciones. -Tomó de la bolsa una tablilla y un estilo y garrapateó apresuradamente una receta-. ¡Y ahora, vamos! ¡Corre como el viento!

Hefestión se adelantó.

-¿Qué podemos hacer nosotros?

-Preparad enseguida un armazón de cañas y sujetadlo a los arreos de dos acémilas. Hemos de llevarle a casa.

Los soldados desenvainaron sus espadas, cortaron un haz de cañas en la orilla del río e hicieron lo que se les había ordenado. A continuación levantaron con delicadeza al rey y le acomodaron sobre las angarillas cubriéndole con un manto.

El pequeño cortejo se puso en movimiento con Hefestión a la cabeza, que sujetaba los dos caballos por el ronzal para marcar el paso.

Leptina les recibió con ojos abiertos como platos y llenos de angustia, sin atreverse a preguntar nada a nadie; vio al soberano y le bastó una mirada para darse cuenta de su estado. Se dirigió a toda prisa hacia la estancia del baño seguida por los porteadores, mordiéndose los labios para no llorar.

El rey no daba casi señales de vida: hasta sus labios estaban ahora lívidos y las uñas casi negras.

Hefestión se arrodilló y le levantó: la cabeza y los brazos volvieron a caer hacia atrás

como los de un cadáver.

Filipo se acercó.

-Depositadlo en la pila. Despacio. Sumergidlo poco a poco. Hefestión barbotó algo entre dientes, tal vez juramentos, o maldiciones.

Entretanto habían llegado todos los compañeros y se habían colocado alrededor, manteniéndose un tanto distantes para no estorbar la labor de Filipo.

-Yo le dije que no se echara al agua tan acalorado y atiborrado, pero él no me hizo el menor caso -bisbiseó Leonato a Pérdicas-. Me respondió que lo había hecho mil veces y que nunca le había pasado nada.

-Siempre hay una primera vez -replicó Filipo volviéndose hacia atrás-. Sois unos desgraciados, unos canallas. ¿Queréis enteraros de una vez por todas que ahora sois adultos? ¿Que tenéis la responsabilidad de una nación entera? ¿Por qué no se lo habéis impedido? ¿Por qué?

-Pero si nosotros intentamos... -trató de justificarse Lisímaco.

-¡No habéis intentado nada, que un mal rayo os parta a todos! -imprecó entre dientes Filipo poniéndose a masajear el cuerpo del rey-. ¿Sabéis por qué ha pasado esto, eh? ¿Lo sabéis? No, no lo sabéis. -Los jóvenes estaban con la cabeza gacha, como niños delante del preceptor-. Este río corre lleno de agua de las nieves del Tauro que se derriten con los calores del verano, pero su curso es tan corto y tan pronunciado su cauce que no les da tiempo de calentarse y llegan al mar heladas, como recién salidas del ventisquero. ¡Es como si se hubiera sepultado desnudo en medio de la nieve!

Entretanto Leptina se había arrodillado al lado de la pila y esperaba a que el médico le diera órdenes.

-Sí, magnífico, ayúdame también tú. Masajéalo así, desde el estómago hacia arriba, despacio. Tratemos de volver a activarle la digestión. Hefestión se acercó y apuntó contra él con el dedo.

-Escucha, él es el rey, hace lo que se le antoja y tú debes curarle. ¿Has comprendido? ¡Debes curarle y sanseacabó!

Filipo le miró directamente a los ojos.

-No me hables en ese tono porque no soy tu criado. Yo hago lo que hay que hacer y lo hago como me parece, ¿está claro? ¡Y ahora apártate y no molestes, vamos! -Luego, mientras todos se alejaban, agregó-: Menos uno. Basta que me ayude uno.

Hefestión se volvió.

- ¿Puedo quedarme yo?

-Sí -gruñó Filipo-, pero quédate en ese asiento y no me molestes.

Entretanto el rey había recuperado un poco de color, pero seguía inconsciente y no abría los ojos.

- Hay que vaciarle el estómago -afirmó Filipo-. Enseguida. De lo contrario no saldrá de ésta. Leptina, ¿has preparado lo que te pedí?

-Sí.

- Entonces, tráemelo. Ya continúo yo con el masaje.

Leptina llegó con un recipiente lleno de un líquido de color verde intenso.

- Perfecto, ahora ayúdame -ordenó Filipo-. Tú. Hefestión, manténle abierta la boca, pues tiene que beberse esta decocción.

Hefestión se mostró muy solícito y el médico vertió el líquido en la boca a Alejandro, gota a gota.

El soberano no manifestó ningún signo de reacción durante un momento, pero acto seguido se estremeció y tuvo un conato de vómito.

- ¿Qué le has dado? -preguntó Leptina espantada.

- Un vomitivo que está haciendo efecto y también un fármaco que provoque en su organismo ya resignado a la muerte una reacción.

Alejandro vomitó un buen rato, mientras Leptina le aguantaba la frente y los siervos, que habían acudido rápidamente, limpiaban el suelo bajo el baño. Luego cayó presa de

violentas convulsiones que le sacudieron el pecho con ruidos y estertores.

El medicamento de Filipo era un potente fármaco: provocó una reacción violenta en el cuerpo del rey, pero le debilitó considerablemente. Salió del trance, pero hubo de someterse a una interminable convalecencia con frecuentes recaídas, acompañadas de fiebres pertinaces y dañinas que le consumían lentamente durante días y días.

Hicieron falta meses para ver una mejora y entretanto los hombres habían perdido los ánimos y decían que el soberano estaba muerto, aunque ninguno osaba darles la noticia. Finalmente, a comienzos del otoño, Alejandro pudo levantarse y aparecer ante sus tropas para infundirles ánimos, pero luego hubo de volver de nuevo a guardar cama.

Por fin comenzó a pasear por la habitación; Leptina iba detrás de él con la taza de caldo suplicándole:

- Bebe, mi señor, bebe que te sentará bien.

Filipo pasaba normalmente para su visita diaria al final de la jornada. El resto del tiempo se quedaba en el campamento porque varios soldados se habían enfermado por el cambio de clima y de alimentación. Muchos sufrían de diarrea, otros de fiebres, vómitos y náuseas.

Estaba una noche Alejandro sentado ante su mesa, donde había vuelto a despachar la correspondencia que le llegaba de Macedonia y de las provincias sometidas, cuando entró un correo y le entregó un mensaje sellado y reservado de parte del general Parmenión. El rey lo abrió, pero en aquel momento llegó Filipo.

-¿Cómo vamos hoy, señor? -le preguntó poniéndose inmediatamente a preparar la poción que tenía propósito de suministrarle. Alejandro leyó de corrido el billete del viejo general que decía:

Parmenión al rey Alejandro, ¡salve!

Según informaciones llegadas a mi poder, tu médico Filipo ha sido corrompido por los persas y te está envenenando. Manténte en guardia.

Respondió:

- Bastante bien.

Y alargó la mano para tomar la copa con la medicina.

Con la otra alargó el billete a Filipo, que lo leyó mientras él ingería la poción.

El médico no se descompuso lo más mínimo, y cuando el rey hubo terminado puso el resto de la medicina en un vaso y dijo:

-Beberás otra dosis esta noche antes de irte a la cama. Mañana podrás empezar a comer algo sólido. Dejaré a Leptina las prescripciones para tu dieta. Síguelas escrupulosamente.

- Así lo haré -le aseguró el rey.

- Entonces, yo me vuelvo al campamento. Hay bastante gente enferma, ¿lo sabías?

- Sí, lo sé -repuso Alejandro-. Es un problema. Darío se está

acercando, lo presiento. He de recuperar mis fuerzas sin falta. -Luego, mientras Filipo se despedía, preguntó-: ¿Quién crees que ha sido? Filipo se encogió de hombros.

- No tengo ni idea. Pero hay algunos jóvenes cirujanos muy buenos

y muy ambiciosos que pueden aspirar al cargo de médico privado del

rey. Si me sucediera algo a mí, alguno de ellos podría ocupar mi puesto.

-Con sólo que me digas quiénes son, yo...

- Mejor no, señor. Dentro de no mucho tendremos necesidad de todos nuestros cirujanos y no sé siquiera si serán suficientes. Gracias, en cualquier caso, por la confianza -añadió, y salió cerrando la puerta detrás de sí.

48

La escuadra de Nearco echó el ancla frente a Tarso hacia mediados de otoño y el almirante bajó a tierra a saludar y abrazar a Alejandro, que se había restablecido por completo.

-¿Sabías que Darío trata de interceptarnos en las Puertas Sirias? -le dijo el rey.

- Pérdicas me ha informado de ello. Por desgracia tu enfermedad le habrá dado todo el tiempo de consolidar sus posiciones.

- Sí, pero escucha mi plan. Bajaremos a lo largo de la costa, subiremos hacia el desfiladero y luego mandaremos unos exploradores para que descubran dónde está Darío. Habrá que desalojar a su guarnición con un ataque por sorpresa y descender a continuación con todo el ejército y atacar a sus fuerzas en la llanura. De todos modos, cuentan con una aplastante superioridad numérica de uno contra diez.

- Uno contra diez?

- Estas son las noticias. Dejaré a los enfermos y a los convalencientes en Issos y a continuación iniciaré la marcha hacia el paso. Partiremos mañana. Tú nos seguirás con la flota. De ahora en adelante nos mantendremos a una distancia que permita la señalización directa.

Nearco volvió a su nave y al día siguiente levó anclas poniendo proa hacia el sur, mientras el ejército avanzaba a lo largo de la costa en la misma dirección.

Llegaron a Issos, una pequeña ciudad que se extendía a los pies de las montañas que se abrían en torno como la gradería de un teatro, y el rey dio orden de aposentar en ella a los hombres que no estaban en condiciones de combatir; luego reanudó la marcha hacia el paso de las Puertas Sirias.

A la noche siguiente mandó en avanzadilla a unos exploradores, mientras desde la nave capitana Nearco señalaba que el mar se embravecía y que llegaría una tormenta.

-¡Sólo nos faltaba esto! -maldijo Pérdicas.

Sus hombres trataban de montar las tiendas, que el viento cada vez más fuerte hacía chasquear y ondear como las velas de una nave en medio de la tempestad.

Cuando finalmente al caer la noche el campamento estuvo listo, se desencadenó el temporal, con aguaceros y cegadores rayos y truenos que retumbaban contra las laderas de las montañas.

Nearco había abordado justo a tiempo y sus tripulaciones plantaban a mazazos las amarras en la arena de la playa a fin de asegurar en ellas los cabos de las maromas que otros lanzaban de popa.

Finalmente pareció que la situación estaba bajo control y el Estado Mayor al completo se reunió en la tienda de Alejandro para tomar una frugal colación y discutir los planes para el día siguiente. Se acercaba la hora de ir a acostarse cuando llegó un correo de Issos; calado hasta los huesos y todo embarrado, se presentó sin resuello ante el rey. Todos se pusieron en pie.

- ¿Qué sucede? -preguntó Alejandro.

-Señor -comenzó diciendo el hombre apenas hubo recuperado el aliento-, el ejército de Darío está a nuestras espaldas, en Issos.

- ¿Qué has dicho? ¿Estás borracho acaso? -gritó el soberano.

- Por desgracia, no. Se nos han echado encima de repente al oscurecer, han sorprendido a los centinelas fuera de la ciudad y han hecho prisioneros a todos los soldados enfermos o convalecientes que dejaste atrás.

Alejandro descargo un puñetazo sobre la mesa.

-¡Maldición! Ahora tendremos que negociar con Darío para conseguir que nos los devuelva.

-No tenemos elección -dijo Parmenión.

-Pero ¿cómo es posible que les tengamos a nuestras espaldas? -preguntó Pérdicas.

-Por aquí no pueden haber pasado, pues estamos nosotros -observó Seleuco con tono desapasionado, como si quisiera llamar a todos a la calma-. Por el mar tampoco, pues Nearco les habría visto.

Tolomeo se acercó al correo.

- ¿Y si fuera una trampa para alejarnos del paso y dar al Gran Rey tiempo de subir y acometernos desde lo alto? Yo no conozco a este hombre. ¿Vosotros le conocéis?

Todos se acercaron y miraron al correo, que retrocedió atemorizado.

- Yo no le he visto en mi vida -dijo Parmenión.

- Tampoco yo -confirmó Crátero mirándole fijamente con desconfianza.

-Pero, señor... -imploró el correo.

-¿Tienes algún santo y seña? -preguntó Alejandro.

- Yo... no ha habido tiempo, rey. Mi comandante me ha dicho que corriera, y yo he montado a caballo y en marcha.

-¿Y quién es tu comandante?

-Es Amintas de Lincéstide.

Alejandro se quedó sin habla e intercambió una breve mirada de inteligencia con Parmenión. En ese mismo instante, un relámpago tan intenso que su luz penetró hasta el interior de la tienda iluminó los rostros de los presentes con una reverberación espectral. Inmediatamente después, estalló un trueno ensordecedor.

- No hay más que un modo de saber qué demonios está sucediendo -dijo Nearco apenas el fragor se hubo apagado a lo lejos, hacia el mar.

-¿Es decir? -preguntó el rey.

-Me volveré atrás a ver. Con mi nave.

-¡Pero tú estás loco! -exclamó Tolomeo-. Te irás a pique.

- No es seguro. El viento está soplando del sur. Con un poco de suerte puedo salir bien parado. No os mováis de aquí mientras yo no haya regresado o haya mandado a alguien. El santo y seña será «Poseidón».

Se echó el manto sobre la cabeza y corrió afuera bajo la lluvia que azotaba.

Alejandro y sus compañeros le siguieron llevando con ellos unos faroles. Nearco subió a bordo de la nave capitana y dio orden de soltar las amarras y de echar los remos al mar. Poco después la nave viró apuntando en dirección norte y, mientras se alejaba de la playa, desplegó en la proa el blanco fantasma de una vela.

-Está loco -murmuró Tolomeo tratando de protegerse los ojos del azote de la lluvia-. Ha puesto también una vela.

-De loco nada -rebatió Eumenes-. Es el mejor marino que haya navegado nunca de aquí a las columnas de Hércules y él lo sabe.

La mancha blancuzca de la vela de proa fue pronto tragada por las tinieblas y todos volvieron bajo la tienda del rey para calentarse un poco alrededor del brasero antes de ir a descansar. Alejandro estaba demasiado alterado para dormir y se quedó largo rato bajo el toldo de la entrada contemplando cómo arreciaba el temporal, echando de vez en cuando una ojeada a Peritas, que ladraba lastimeramente a cada trueno. De golpe, vio caer un rayo sobre un roble en lo alto de una colina y quebrarlo.

El tronco gigantesco se incendió y en la reverberación de las llamas descubrió por un momento el manto blanco de Aristandro y la figura del vidente, inmóvil en medio del viento y de la lluvia, con las manos alzadas hacia el cielo. Alejandro notó un largo estremecimiento helarle el espinazo y le pareció oír los gritos de muchos hombres que morían, el lamento desolado de muchas almas que se precipitaban antes de hora a los infiernos; luego su mente pareció hundirse en una especie de oscura inconsciencia.

El temporal arreció durante el resto de la noche y sólo al inicio de la mañana las nubes comenzaron a aclararse mostrando algún retazo de azul. Cuando el sol se asomó finalmente por los picos del Tauro, había retornado la calma y el mar rompía contra la playa con largas olas festoneadas de blanca espuma.

Antes de mediodía llegaron los exploradores que habían sido enviados al sur hacia el paso de las Puertas Sirias y se presentaron a informar al rey:

- Señor, no hay nadie allí abajo, y tampoco en la llanura.

- No comprendo -dijo el rey-. No comprendo. También los Diez mil pasaron por aquí. No existe otro paso...

La respuesta llegó con la nave de Nearco a la caída de la noche: los hombres se habían deslomado remando contra viento y marea para traer la noticia que Alejandro esperaba. Apenas el navío fue avistado, el rey se precipitó a la carrera a la playa a recibir al almirante, que se había hecho descender en una chalupa.

-¿Qué pasa, entonces? -le preguntó tan pronto como hubo puesto pie en tierra.

- Lamentablemente el correo no te ha dicho más que la pura verdad. Están a nuestras espaldas y son cientos de miles. Tienen caballos, carros de guerra, arqueros, honderos, lanceros...

-Pero cómo...

-Hay otro desfiladero, las Puertas Ammaníes, a cincuenta estadios en dirección norte.

- ¡Eumolpo nos la ha jugado! -maldijo Alejandro-. Nos ha atraído hasta este callejón entre los montes y el mar mientras Darío bajaba a nuestras espaldas situándose entre nosotros y Macedonia.

-No es seguro que lo haya hecho expresamente -observó Parmenión-. Tal vez fuera descubierto y se haya visto obligado. O tal vez Darío esperaba sorprenderte todavía en tu cama de enfermo en Tarso.

- Esto no cambia nuestra situación -comentó Tolomeo.

- Por supuesto -recalcó Seleuco-. Estamos en serios apuros.

-¿Qué podemos hacer? -preguntó Leonato alzando el pecoso

rostro que había mantenido hasta ese momento inclinado sobre su pecho.

Alejandro se quedó en silencio rumiando para sí; luego dijo:

-Llegados a este punto, Darío sabe sin duda dónde estamos. Si nos quedamos aquí, nos aplastará.

49

Alejandro convocó al Consejo en su tienda antes de la salida del sol. Había dormido poquísimo, pero parecía lúcido y en perfectas condiciones físicas.

Expuso su plan en pocas palabras:

-Amigos, el ejército persa es superior con mucho a nosotros en cuanto a número y por tanto hemos de alejarnos de aquí, puesto que estamos demasiado expuestos. Tenemos a nuestras espaldas una llanura bastante amplia y delante las montañas. Darío nos aplastaría después de habernos cercado por completo. Hemos, por tanto, de volver atrás y enfrentarnos a él en un lugar estrecho donde no pueda desplegar su superioridad.

»Darío no se espera que volvamos atrás y, por tanto, le cogeremos por sorpresa. ¿Recordáis el punto en que el río Píramo desemboca en el mar? Bueno, pues ése sería el lugar adecuado. Los oficiales de marcha me dicen que allí el espacio entre las colinas y el mar es a lo sumo de diez o doce estadios, pero el terreno libre de obstáculos no es más ancho de tres estadios y, por tanto, a nosotros nos va bien. La formación será la más segura. En el centro los batallones de la falange de los pezetairoi y los aliados griegos; a la derecha, del lado de la colinas, estaré yo con La Punta a la cabeza de los escuadrones de la caballería de los hetairoi; en el ala izquierda, el general Parmenión nos cubrirá del lado del mar con el resto de la infantería pesada y la caballería de los tesalios. Los tracios y los agrianos estarán conmigo en segunda línea como reserva.

»La falange atacará de frente y la caballería por los flancos, como en Queronea, como en el Gránico.

»Esto es cuanto tenía que deciros. ¡Que los dioses nos sean propicios! Ahora reunid al ejército y formadlo en orden de batalla para que yo le pase revista.

Era aún noche cerrada cuando el rey, revestido con la armadura de combate, el pecho cubierto con una coraza de hierro con guarniciones de plata y una gorgona de bronce repujada sobre el corazón, arengó a sus tropas montando a Bucéfalo. A derecha e izquierda estaba flanqueado por los guardias personales y sus compañeros: Hefestión, Lisímaco, Seleuco, Leonato, Pérdicas, Tolomeo y Crátero, todos ellos cubiertos de hierro y de bronce de la cabeza a los pies, los yelmos adornados de altas cimeras que ondeaban al viento frío de la mañana otoñal.

-¡Soldados! -gritó-. Por primera vez, desde que pusimos pie en Asia, tenemos delante al ejército persa al mando del Gran Rey en persona. Nos ha sorprendido por la espalda y su ejército corta nuestra retaguardia. Sin duda piensa avanzar a lo largo de la costa y aplastarnos contra estas montañas, confiando en su superioridad numérica. Pero nosotros no nos quedaremos esperándole, nosotros iremos a su encuentro, le sorprenderemos en un lugar estrecho y le derrotaremos. ¡No tenemos alternativa, soldados! Sólo nos sirve la victoria, pues de lo contrario seremos aniquilados. ¡Recordad! El Gran Rey está siempre en el centro de su formación. Si conseguimos darle muerte o hacerle prisionero, habremos ganado la guerra y conquistado todo su imperio en un sólo instante. ¡Y ahora quiero oír vuestra voz, soldados! ¡Haced que oiga el fragor de vuestras armas!

El ejército respondió con un bramido, luego todos los oficiales y soldados desenvainaron sus espadas y comenzaron a golpear rítmicamente contra los escudos inundando la llanura de un estruendo ensordecedor. Alejandro alzó la lanza y espoleó a Bucéfalo, que avanzó con paso majestuoso, flanqueado por los demás jinetes embutidos en sus armaduras. Detrás de ellos resonó muy pronto el pesado y cadencioso paso de la falange y el ruido de miles de cascos.

Avanzaron hacia el norte durante unas horas sin que sucediera nada especial, pero a media mañana un grupo de exploradores que había ido en avanzadilla regresaron a galope tendido.

-¡Rey! -gritó su comandante con expresión horrorizada-. Los bárbaros nos han devuelto a nuestros hombres que habíamos dejado en Issos.

Alejandro le miró sin comprender.

-Los han mutilado a todos, señor, les han cortado las manos. Muchos de ellos han muerto desangrados, otros se arrastran penosamente por el camino lanzando gritos y lamentos de dolor. Es espantoso.

El soberano cabalgó hasta encontrarse delante de sus soldados torturados con saña. Al verlo, ellos le tendieron sus brazos sangrientos, muñones envueltos lo mejor posible en asquerosos jirones.

El rostro del rey se desfiguró en una mueca de horror; luego saltó del caballo y, gritando y llorando como fuera de sí, comenzó a abrazarlos uno por uno.

Un veterano se arrastró hasta sus pies para decirle algo, pero le fallaron las fuerzas y cayó moribundo en el barrizal.

Alejandro se puso a vociferar:

-¡Llamad a Filipo, llamad a los médicos, rápido! ¡Rápido! Que atiendan a estos hombres. -Luego, vuelto hacia las tropas, agregó-: ¡Ved lo que les han hecho a vuestros compañeros! Ahora sabéis qué os espera si somos derrotados. ¡Ninguno de nosotros conocerá la paz hasta que haya sido vengado este cruel suplicio!

Filipo preparó el socorro para los heridos, les hizo poner en carros que debían de llevarles al campamento y acto seguido se reunió nuevamente con el ejército, sabiendo positivamente que antes de la puesta del sol se requerirían sus servicios.

El ejército de Darío fue avistado hacia mediodía, desplegado en un vasto frente en la orilla septentrional del río Píramo. Era un espectáculo impresionante: por lo menos doscientos

Librodot

mil guerreros formados en línea de combate, dispuestos en varias filas y precedidos por carros de guerra armados de hoces que sobresalían amenazantes de los cubos de las ruedas. En los flancos iban los jinetes medos, ciseos, sacas, hircanios; en el centro, detrás de los carros, se encontraba la infantería de los Inmortales, la guardia de Darío, con las aljabas de plata, las lanzas de punta dorada y los largos arcos de doble curvatura en bandolera.

-¡Dioses del Olimpo, pero cuántos son! -exclamó Lisímaco.

Alejandro no dijo nada, miraba fijamente el centro de la formación enemiga tratando de descubrir el carro del Gran Rey. Le devolvió a la realidad Tolomeo.

-¡Mira! ¡Los persas giran hacia la derecha!

El rey se volvió hacia las colinas y vio que un escuadrón de caballería se lanzaba hacia las alturas en una maniobra envolvente.

-No podemos hacerles frente a esa distancia. Mandad a los tracios y a los agrianos a detenerles. No deben pasar a ninguna costa. ¡Dad la señal, estamos a punto de atacar!

Tolomeo se lanzó al galope hacia el contingente de los tracios y de los agrianos y les expidió hacia las colinas, Hefestión hizo una señal a los trompeteros y éstos hicieron sonar las trompas. Otros toques respondieron desde el ala izquierda y el ejército se puso en movimiento, infantería y caballería, al paso.

- ¡Y mirad allí! -observó Hefestión-. ¡La infantería pesada griega! Los han formado en el centro.

-Y allí -intervino Pérdicas- están clavando unos palos puntiagudos en el terreno.

- Y el río está en crecida -añadió Lisímaco-. Con la lluvia de esta noche...

Alejandro permanecía en silencio y miraba fijamente a los agrianos y a los tracios que habían obligado a los persas a entablar combate y les estaban repeliendo. Ahora faltaba ya poco para llegar a la orilla del Píramo. El río no era profundo, pero bajaba crecido de un agua turbia entre dos orillas fangosas. El rey levantó de nuevo la mano y las trompas dieron la señal de ataque.

La falange abatió las sarisas y cargó, la caballería tesalia por la izquierda se lanzó al galope y Alejandro espoleó a Bucéfalo al mando de sus hetairoi. Se extendió lo más que pudo hacia la derecha, empujó el caballo al río por donde era más angosto seguido por el entero escuadrón antes de que los persas consiguieran impedírselo, luego llevó a cabo una conversión y se arrojó con la lanza empuñada sobre el flanco de la formación enemiga.

En el mismo instante la falange entró en el Píramo y comenzó a remontar la orilla derecha, pero se encontró de frente a la infantería griega mercenaria en orden completamente compacto. El terreno accidentado y resbaladizo, la presencia de rocas en el arenal y en la orilla hicieron disgregarse la formación macedonia y los griegos se arrojaron por las fisuras dejadas entablando combate con los pezetairoi en un furibundo cuerpo a cuerpo.

Crátero, que luchaba a pie a la derecha de la falange, vio el peligro mortal e hizo sonar las trompas para llamar de refuerzo a los «portadores de escudo» y llenar así las brechas. Muchos de los pezetairoi, en efecto, se habían visto obligados a abandonar sus sarisas y a desenvainar las espadas cortas a fin de defenderse del asalto furioso de los mercenarios griegos, pero estaban en serios apuros.

En la izquierda, entretanto, Parmenión había lanzado a sus jinetes tesalios contra el ala derecha persa a oleadas, escuadrón tras escuadrón. Cada oleada lanzaba una nube de jabalinas y luego se replegaba, mientras la segunda y tercera oleada se arrojaban hacia delante a breves intervalos. Los hircanios y los sacas reaccionaron a su vez con cargas llenas de rabia, cubiertos por nutridos lanzamientos de flechas de los arqueros ciseos; también un escuadrón de carros se vio mezclado en la lid, pero el accidentado terreno no era favorable: muchos volcaron y los caballos huyeron aterrados y arrastraron detrás de sí a los aurigasatados por las muñecas a las bridas, haciéndolos pedazos contra las rocas.

La batalla se recrudeció durante horas y horas, con los persas que lanzaban hacia adelante tropas cada vez frescas de sus inagotables reservas. En un determinado momento, un grupo de «portadores de escudo» guiado por Crátero consiguió infiltrarse por la espalda de la infantería griega mercenaria, aislándola de la formación persa y rompiendo su formación

compacta.

Exhaustos por el largo esfuerzo, oprimidos por el peso de sus macizas armaduras, atrapados entre dos líneas de enemigos, los infantes mercenarios comenzaron a ceder y a dispersarse y fueron eliminados por la caballería tesalia. Entonces los «portadores de escudo» tomaron por los lados, la falange recuperó su formación compacta, abatió las sarisas y avanzó hacia el vasto frente de los diez mil Inmortales de Darío que avanzaban con paso pesado, escudo contra escudo, con las lanzas apuntadas. Sonó aguda una trompa de la retaguardia y se oyó un trueno dominar aquel infierno de gritos, de relinchos, de fragor de armas que entrechocaban: ¡era el trueno de Queronea!

El gigantesco tambor transportado a piezas había sido vuelto a montar y había alcanzado, tirado por ocho caballos, la línea de combate para unir su potente voz a los gritos de los guerreros.

Los pezetairoi gritaron:

Alalaláí!

y se arrojaron hacia delante casi a la carrera, sin preocuparse del esfuerzo ni del dolor de sus heridas. Sucios de barro y de sangre hasta el pecho, aparecían como furias infernales desencadenadas, pero los Inmortales del Gran Rey no se espantaron y atacaron a su vez con energía aún intacta. Ambas formaciones fluctuaron en el espantoso choque y el frente avanzó y retrocedió varias veces bajo el empuje alterno de unas cargas furibundas.

En el ala derecha Alejandro, siempre en primera línea, precedido por su abanderado, que empuñaba el estandarte rojo con la estrella argéada de dieciséis puntas, lanzaba ataque tras ataque, pero los escuadrones de jinetes árabes y asirios contraatacaban cada vez con denodado valor, apoyados por los continuos y nutridos lanzamientos de flechas de los arqueros medos y armenios. Cuando el sol comenzaba ya a declinar hacia el mar, los tracios y los agrianos dieron finalmente buena cuenta de la caballería persa a la que habían presentado batalla, se reunieron y fueron en apoyo de las secciones de infantería enzarzadas en un áspero cuerpo a cuerpo. Su inesperada llegada infundió renovado vigor a los pezetairoi agotados por la interminable batalla y Alejandro repitió la carga de La Punta lanzado un aullido salvaje y espoleando a Bucéfalo. El generoso animal advirtió el ardor de su jinete, se encabritó con un relincho y acto seguido se arrojó hacia delante apoyándose en sus poderosos corvejones, hendiendo la aglomeración de los enemigos con imparable potencia.

El carro de guerra de Darío estaba ya visible a menos de cien pies de distancia, lo cual multiplicó enormemente las energías de Alejandro, que se abrió paso abatiendo uno tras otro, a mandobles, a cuantos trataban de detenerle.

De pronto, casi alucinado por el esfuerzo, el soberano macedonio se encontró frente a su adversario y, por un instante, los dos reyes se miraron a los ojos. En aquel momento, sin embargo, Alejandro sintió un dolor lancinante en un muslo y vio que una flecha se le había clavado de costado por encima de la rodilla. Apretó los dientes y se la arrancó reprimiendo el dolor desgarrador, pero cuando levantó la mirada Darío no estaba ya: su auriga había hecho volver grupas a sus caballos y los azotaba salvajemente incitándoles en dirección a la colina, por el sendero que conducía hacia las Puertas Ammaníes.

Pérdicas, Tolomeo y Leonato rodearon al rey herido e hicieron el vacío en torno a él, mientras Alejandro gritaba:

-¡Darío huye! ¡Perseguidle! ¡Perseguidle!

Abrumados por el ataque concéntrico de los escuadrones adversarios, los persas comenzaron a vacilar y a dispersarse. Tan sólo los Inmortales permanecieron en sus puestos, se cerraron en cuadro y continuaron rechazando los ataques enemigos replicando golpe contra golpe.

Alejandro desgarró un trozo de su manto, se vendó con él el muslo y a continuación se lanzó de huevo en su persecución. Un jinete de la guardia real se paró delante de él con el sable desenvainado, pero él se desprendió de la trabilla el hacha de doble filo y asestó un gran golpe quebrando en dos la espada de su adversario, que quedó aturdido y desarmado. El rey levantó de nuevo el arma para acabar con él, pero en aquel instante, por un extraño juego de luces del moribundo sol, le reconoció.

Reconoció el rostro moreno y la barba de ala de cuervo de un arquero gigantesco que había abatido desde cien pasos, de un sólo flechazo, a la leona que se había abalanzado sobre él muchos años antes. Un día lejano, un día de caza y de fiesta en la llanura florida del Eordea.

También el persa le reconoció y se quedó mudo al verle, como si le hubiera golpeado un rayo.

-¡Que nadie toque a este hombre! -gritó Alejandro, y se lanzó al galope detrás de sus compañeros.

La persecución de Darío se prolongó durante horas. La cuadriga real a veces aparecía en lontananza para luego desaparecer de nuevo por escondidos senderos entre la tupida vegetación que cubría las cimas de las colinas. De repente, detrás de un recodo del camino, Alejandro y sus amigos se toparon de frente, con el carro abandonado del Gran Rey, con las vestiduras reales colgando de un borde, la aljaba de oro, la lanza y el arco.

-Es inútil proseguir -observó Tolomeo-. Ahora está oscuro y Darío huye con un caballo de refresco, no le cogeríamos nunca. Y tú estás herido -añadió mirando el muslo ensangrentado de Alejandro-. Volvamos, pues los dioses nos han concedido ya mucho en este día.

50

Alejandro regresó al campamento siendo noche cerrada, sucio de sangre y manchado de barro hasta el pelo, tras haber atravesado la llanura sembrada de fuegos, cadáveres y carroñas de animales. También Bucéfalo estaba cubierto de un lodo sanguinolento medio seco, que le daba el color espectral de una aparición de pesadilla.

Sus compañeros cabalgaban a su lado y detrás arrastraban, enganchado a los arreos de sus corceles, el carro de guerra del Gran Rey.

El campamento persa había sido ya completamente expoliado y sometido a pillaje por los soldados macedonios, pero los pabellones reales no habían sido tocados porque pertenecían por derecho a Alejandro.

La tienda de Darío era gigantesca, toda de cuero adamascado y decorado, con los cortinajes de púrpura y oro. Los palos de sujección eran de madera de cedro tallado y chapado en oro puro, El suelo estaba cubierto por las más preciosas alfombras que imaginarse pueda. En el interior, pesadas cortinas de biso blanco, rojo y azul separaban los diferentes ambientes, como si se tratase de un edificio estable, con la sala del trono para las audiencias, el comedor, el tálamo con un monumental lecho con baldaquino y la estancia del baño.

Alejandro miraba a su alrededor sin hacerse casi a la idea de que tanta riqueza y tan increíble lujo estaban a su entera disposición. La pila de baño, las ánforas, los cubos para el agua eran de oro macizo y las doncellas y los jóvenes eunucos de Darío, todos de una maravillosa belleza, habían preparado el baño para el nuevo amo y se disponían, temblando de miedo, a obedecer a cada una de sus indicaciones.

Dirigió una vez más su mirada estupefacta a su alrededor y murmuró, casi para sí:

-Así que esto, a lo que parece, significa ser rey.

Habituado a la austera sencillez de la residencia real de Pela, aquella tienda se le

antojaba la residencia de un dios.

Se acercó, renqueando por el dolor de la pierna herida, e inmediatamente las mujeres se le mostraron solícitas, le desnudaron y le ayudaron a tenderse. Pero mientras tanto se había presentado a todo correr Filipo para visitarle y atenderle: fue el médico quien se encargó de instruir a las doncellas de cómo bañarle sin provocarle otra hemorragia. Luego hizo tumbarse al rey encima de una mesa y con la ayuda de sus ayudantes le operó. Limpió y drenó la herida, luego la cosió y la vendó con sumo cuidado. Alejandro no emitió un solo gemido, pero aquel enorme esfuerzo, sumado al sobrehumano cansancio de la jornada, le dejó completamente postrado y, apenas Filipo hubo terminado su intervención, el rey cayó en un sueño profundo.

Leptina mandó salir a todo el mundo, le hizo acostarse y se echó desnuda a su lado para darle calor en medio de la fría noche otoñal.

Le despertó al día siguiente un llanto desesperado procedente de la tienda vecina. Instintivamente puso el pie fuera de la cama y contrajo enseguida el rostro en una mueca de dolor. Tenía dolorida la pierna, pero el drenaje que Filipo le había aplicado con una cánula de plata impidió que se hinchara. El rey estaba débil pero, a pesar de ello, en condiciones de moverse y de transgredir la orden de su médico que le había prescrito no levantarse por espacio de una semana.

Se hizo vestir a toda prisa y sin siquiera probar la comida salió cojeando para descubrir el origen de aquellos lamentos. Hefestión, que había dormido en el vestíbulo juntamente con Peritas, se acercó a él para darle el brazo, pero Alejandro rehusó.

-¿Qué pasa? -preguntó-. ¿Qué son esos gemidos?

-En aquella tienda está la reina madre, la mujer de Darío y algunas de sus trescientas sesenta y cinco concubinas. Las otras se quedaron en Damasco. Al ver el carro de guerra de Darío, su manto y su aljaba, han creído que estaba muerto.

-Entonces vamos a tranquilizarlas.

Se hicieron anunciar por un eunuco para no ser causa de embarazo y entraron juntos. La reina madre, que tenía el rostro bañado en lágrimas y manchado de bistre, tuvo un momento de extravío y de vacilación y acto seguido se arrojó a los pies de Hefestión creyendo que el rey era él, ya que era el más alto y el más imponente de los dos. El eunuco, que había comprendido perfectamente la situación, palideció y le murmuró en persa que el soberano era el otro.

La reina sacudió la cabeza confusa y se postró ante Alejandro gimiendo más fuerte aún e implorándole que la excusara, pero el rey se

inclinó, la ayudó a incorporarse y, mientras el eunuco traducía a su lengua, le dijo:

- No importa, señora mía, también él es Alejandro. -Y viendo que la señora recobraba un poco la presencia de ánimo, agregó-: No llores y no desesperes, te lo ruego. Darío está con vida. Abandonó su cuadriga y su manto real y escapó a caballo para ir más ligero y veloz. A estas horas está sin duda en lugar seguro.

La reina madre se inclinó de nuevo para tomarle la mano y no paraba de besársela. También la mujer del Gran Rey se acercó a rendirle el mismo homenaje y el soberano quedó deslumbrado por su increíble belleza. Pero luego, volviendo la mirada a su alrededor, se dio cuenta de que también las restantes mujeres estaban de muy buen ver, tanto que le susurró al oído a Hefestión:

- ¡Por Zeus, estas mujeres son un tormento para los ojos! Pero se veía perfectamente que buscaba con la mirada un rostro en especial.

- ¿No hay otras mujeres en el campamento? -preguntó. -No -respondió Hefestión.

-¿Estás seguro?

-Absolutamente seguro. -Y luego, creyendo intuir en el amigo un impulso de desilusión, agregó-: Pero en Damasco está el séquito entero del rey. Tal vez encuentres allí lo que andas buscando.

- Yo no ando buscando nada -replicó Alejandro bruscamente. Se volvió acto seguido hacia el eunuco-: Dile a la reina madre, a la esposa de Darío y todas las demás que serán tratadas con todo miramiento y que no tienen nada que temer. Que pidan libremente lo que

Librodot

necesiten y, dentro de nuestras posibilidades, se las complacerá.

-La reina y la reina madre te dan las gracias, señor -tradujo el eunuco-, y por tu piedad y bondad de espíritu invocan sobre ti la bendición de Ahura Mazda.

Alejandro hizo un gesto con la cabeza; después salió, seguido por Hefestión, y dio orden de recoger a los caídos y de celebrar para ellos unas solemnes exequias.

Aquella noche Calístenes escribió en su relación que habían muerto tan sólo trescientos nueve macedonios, pero el balance fue bastante más amargo. El rey se arrastró cojeando por entre los cuerpos exánimes horriblemente desgarrados y mutilados y se dio cuenta de que eran miles. El mayor número de bajas se había producido en el centro, en el punto en que estaba formado el contigente de los mercenarios griegos.

Fueron taladas docenas de árboles en las colinas y levantadas piras gigantescas sobre las cuales fueron quemados los cadáveres, delante de todo el ejército formado. Una vez concluidas las exequias, Alejandro pasó revista a sus soldados, precedido por el estandarte rojo y con el muslo vistosamente vendado y manchado también de color rojo. Para todas las secciones tuvo una palabra de elogio y de estímulo, así como para todos los hombres que él mismo había visto luchar con valor. A muchos les hizo un regalo personal, un objeto que pudieran conservar como recuerdo.

Al final gritó:

- ¡Estoy orgulloso de vosotros, soldados! Habéis derrotado al más poderoso ejército de la tierra. ¡Ningún griego o macedonio había conquistado nunca hasta ahora un territorio tan vasto! ¡Sois los mejores, sois invencibles! ¡No hay fuerza en el mundo que se os resista!

Los soldados respondieron con un coro de vítores frenéticos, mientras el viento dispersaba las cenizas de sus compañeros caídos y arrastraba miles de pavesas hacia el cielo gris de otoño.

Cuando cayó la tarde, Alejandro se hizo conducir adonde estaba retenido prisionero el guerrero persa al que había ordenado perdonar la vida en el campo de batalla. El hombre estaba sentado en el suelo, atado de pies y manos, pero apenas el rey le vio se arrodilló a su lado y desató personalmente sus ataduras. Luego le preguntó, ayudándose de gestos:

-¿Te acuerdas de mí?

El hombre comprendió y asintió.

-Me salvaste la vida.

El guerrero sonrió e indicó que había otro muchacho, en aquel tiempo, que cazaba el león.

- Hefestión -explicó Alejandro-. Está por ahí en algún sitio. Es el mismo.

El hombre sonrió de nuevo.

-Estás libre -dijo Alejandro, y acompañó las palabras con un gesto elocuente-. Puedes volver con tu pueblo y con tu rey.

El guerrero parecía no haber comprendido, pero lo que el rey hizo traer un caballo y le puso las bridas en la mano.

- Puedes irte. Seguro que tienes a alguien esperándote en casa. ¿Tienes niños? -preguntó indicando con la mano hacia abajo la altura de un niño.

El hombre levantó la palma a la altura de un adulto y Alejandro sonrió.

- Por supuesto, cómo pasa el tiempo...

El persa le miró de hito en hito con una expresión grave e intensa y sus ojos negrísimos relucieron de emoción mientras se llevaba una mano al corazón y luego tocaba el pecho de Alejandro.

- Vete -le incitó el soberano-, antes de que sea noche cerrada. El guerrero murmuró algo en su lengua; luego saltó sobre el caballo y desapareció en lontananza.

Aquella misma noche fue encontrado en el campamento persa el egipcio Sisine, que el año anterior había hecho encarcelar con su testimonio al príncipe Amintas de Lincéstide haciendo creer que podía haber sido corrompido por Darío con el fin de dar muerte a Alejandro y sustituirle en el trono. Tolomeo instruyó un breve proceso que le reconoció sin ninguna duda como espía persa, pero antes de pasarle por las armas mandó llamar a

Calístenes, porque sin duda tendría preguntas que hacerle.

El egipcio, tan pronto como le vio, se arrojó a sus pies.

-¡Ten piedad! Los persas me hicieron prisionero para obligarme a dar información sobre vuestro ejército, pero yo no he dicho ni media palabra, no he...

Calístenes le detuvo con un gesto de la mano.

- No cabe duda de que los persas tratan muy bien a los prisioneros, toda vez que tenías una tienda lujosa, dos esclavos y tres doncellas. ¿Y dónde están las señales de las sevicias a que te sometieron? Tienes, sin duda, un aspecto muy lozano.

-Pero yo...

- La única posibilidad que tienes de salvarte es hablar -le instó el historiador-. Quiero saberlo todo, sobre todo acerca del asunto del príncipe Amintas, de la carta de Darío, del dinero que le había prometido por dar muerte a Alejandro y demás.

Sisine recobró un poco los colores.

-Ilustre amigo -comenzó diciendo-, mi intención era no revelar aspectos reservados y muy delicados de mi trabajo, pero estando en juego mi vida he de decidirme muy a pesar mío... -Calístenes le hizo una señal de que no estaba para perder el tiempo-. Decía, así pues, que puedo demostrarte que no he hecho más que servir fielmente al trono macedonio. Fue por orden de la reina madre Olimpia por lo que concebí toda esta historia.

Calístenes volvió a pensar en el sabor que le había encontrado a la tinta de aquella carta, un sabor bastante familiar.

-Prosigue -le ordenó.

- Pues bien, la reina madre Olimpia estaba muy preocupada porque Amintas se volviera más pronto o más tarde una amenaza para su hijo Alejandro. Sabe que está lejos, en tierras extranjeras, expuesto a mil riesgos. ¿Qué habría sucedido de haber sido derrotado Alejandro? Las tropas habrían podido proclamar rey a Amintas y obtener a cambio el regreso a la patria y una vida menos dura. Mandó, pues, escribir la carta a un esclavo persa que Filipo le había regalado, haciendo imitar perfectamente los sellos de los bárbaros de misivas archivadas en la cancillería de palacio, y me honró a mí con su confianza a fin de que...

-Ya entiendo -cortó tajante Calístenes-. Pero... ¿y el mensajero persa?

Sisine se aclaró la voz.

-Mi delicada misión me ha obligado a menudo a frecuentar los ambientes persas, donde tengo amistades influyentes. No resultó demasiado difícil convencer al gobernador de Nisibis para que me confiara un mensajero persa y le encargara la entrega del documento.

-Y luego quitarle de en medio con el veneno cuando temías que pudiera hablar.

- Es siempre mejor asegurarse -replicó impasible el egipcio-. Aunque ese pobre hombre no habría tenido gran cosa que decir.

«De este modo -pensó para sus adentros Calístenes- tú sigues siendo el único depositario de la verdad. Pero ¿cuál?»

Dijo al poco:

- Todo ello explica muchas cosas, pero no tu presencia aquí, rodeado de lujos y atenciones. En realidad nada impide pensar que la carta fuera auténtica.

-Estoy de acuerdo contigo de que podría tratarse de una eventualidad digna de ser tenida en cuenta.

El historiador calló nuevamente absorto en sus pensamientos: quedaba, en cualquier caso, una posibilidad de que el Gran Rey hubiera querido corromper a Amintas, pero no había ningún indicio que probara que el príncipe estaba en connivencia con él, aparte de la insinuación de Sisine. Decidió que asumiría él la responsabilidad de tomar una decisión. Miró a su interlocutor directamente a la cara:

- Es mejor que me digas la verdad. Eres un informador del reino macedonio encontrado en un campamento persa y en una situación comprometida. Tolomeo no tiene la menor duda de que eres un espía.

-Mi noble señor -repuso el egipcio-, doy gracias a los dioses de que me hayan mandado a un hombre inteligente y razonable con el que poder discutir. Dispongo de una notable

cantidad de dinero depositada en Sidón y, si pudiéramos ponernos de acuerdo, te proporcionaría una versión de los hechos aceptable que podrías acreditar ante el comandante Tolomeo.

- Es mejor que me digas la verdad -repitió Calístenes sin prestar oídos.

- Digamos que he querido llevar la cosa personalmente y, dadas mis relaciones, el Gran Rey pensaba que podría volver a Anatolia para convencer a los gobiernos de algunas ciudades de volver a abrir sus puertos a su flota y...

-Y cortar nuestras comunicaciones con Macedonia.

- ¿Serían suficientes quince talentos para convencerte de mi inocencia?

El historiador le miró fijamente con una mirada ambigua. -¿Y otros veinte para el comandante Tolomeo?

Calístenes dudó un poco antes de responder.

- Creo que bastarán.

Luego salió de la tienda y fue a ver a Tolomeo.

- Cuanto antes lo hagas, mejor -le dijo-. Aparte de ser un espía, guarda también secretos más bien embarazosos que implican a la reina y...

-Ni una palabra más. Además los egipcios nunca me han gustado.

-Espera a decirlo -replicó Calístenes-. Dentro de algún tiempo conocerás a muchos. Corre el rumor de que Alejandro desea apoderarse de Egipto.

51

Desde Damasco, donde había sido enviado a marchas forzadas, Parmenión hizo saber que había ocupado las residencias reales y había echado mano a las reservas de dinero y al séquito del Gran Rey:

En total dos mil seiscientos talentos de plata en monedas y quinientas minas en lingotes, aparte de trescientas cincuenta concubinas, trescientas veintinueve tocadoras de flauta y de arpa, trescientos cocineros, setenta catadores de vino, trece pasteleros y cuarenta perfumistas.

- ¡Por Zeus! -exclamó Alejandro cuando hubo terminado de leer-. ¡A esto sí que se lo llama saber vivir!

- Tengo también un mensaje personal que referir de viva voz -añadió el correo una vez que el rey hubo enrollado la carta.

- Habla. ¿De qué se trata?

-El general Parmenión quiere que sepas que hay una noble dama en Damasco que traerá consigo de regreso junto con sus dos hijos. Se llama Barsine.

Alejandro sacudió la cabeza como si no creyera lo que estaba oyendo. -No es posible -murmuró.

- Oh, sí -replicó el correo-. El general me ha dicho que un viejo soldado te traerá el santo y seña, si no te fías.

- Entendido -le interrumpió Alejandro-. Entendido. Puedes irte.

La volvió a ver ocho días después, un tiempo que le pareció una eternidad. La miró confuso entre los soldados mientras pasaba a caballo en el cortejo del séquito real, en medio de dos filas de hetairoi de la guardia de Parmenión. Calzaba pantalones escitas de cuero y un

jubón de fieltro gris, llevaba el cabello recogido en la nuca, sostenido con dos alfileres, y estaba, de haber sido posible, más bella aún que cuando la había conocido.

Su rostro había adquirido una ligera palidez y sus facciones se habían afinado, de modo que sus negros ojos resaltaban más aún si cabe y brillaban con una luz intensa y vibrante como la de las estrellas.

Se presentó ante ella muy tarde, cuando el campamento estaba sumido en el silencio y el primer turno de guardia había ocupado ya sus posiciones. Llevaba únicamente un quitón militar, tenía sobre los hombros el manto de lana gris y se hizo anunciar por una doncella.

Barsine se había dado un baño y cambiado de traje: llevaba una ligero vestido persa que le llegaba hasta los pies y que le moldeaba apenas las formas; su tienda estaba perfumada de nardo.

- Mi señor -murmuró bajando la cabeza.

-Barsine...

Alejandro se acercó unos pocos pasos.

-He esperado este momento desde la última vez que te vi. -Mi ánimo está lleno de dolor.

- Lo sé. Perdiste a tu esposo.

- El hombre mejor, el padre más afectuoso, el esposo más dulce.

- Era el único enemigo al que yo he respetado, y quizá también temido.

Barsine tenía los ojos bajos porque sabía perfectamente que era una prisionera, sabía que la mujer del enemigo es el premio más codiciado por el vencedor que ha luchado soportando el dolor y las heridas, la fatiga y el horror de la sangre, de los alaridos, de las matanzas, pero le habían dicho también que aquel joven se había apiadado de la vieja reina madre, de la esposa y de los hijos de Darío, y los había respetado.

Alejandro alargó la mano para rozarle la barbilla y ella levantó la cabeza e hizo frente a su mirada, al color cambiante de sus ojos. Vio el azul intenso del cielo calmo, el azul que tenía la mirada de Memnón, y vio el color oscuro de la muerte y de la noche y se sintió absorbida como en una vorágine, fue presa de una profunda sensación de vértigo como si hubiera mirado a un dios o a una criatura fantástica.

- Barsine... -repitió Alejandro, y el sonido de su voz vibraba de una pasión profunda, de un deseo ardiente.

-Puedes hacer conmigo cuanto desees, puesto que eres el vencedor, pero yo tendré siempre ante mis ojos la imagen de Memnón.

- Los muertos están con los muertos -replicó el rey-. Tú me tienes ante tus ojos y yo no te dejaré ya partir porque he visto que en ti la vida quiere olvidar a la muerte. Y en este momento yo soy la vida. Mírame. Mírame, Barsine, y dime que no es verdad.

Barsine no respondió, pero le miró fija y directamente a los ojos con una expresión desesperada y perdida al propio tiempo. Dos gruesas lágrimas brillaron entre sus párpados como agua pura de fuente, descendieron lentamente por sus mejillas y se detuvieron a humedecerle los labios. Alejandro se le acercó hasta sentir en su rostro la caricia de su respiración, hasta sentir las puntas de sus senos rozarle el pecho.

-Tú serás mía -le susurró.

Luego se volvió de golpe y se fue.

Unos instantes después, se oyó el relincho de Bucéfalo, un pisoteo excitado y acto seguido el ruido martilleante de un galope desenfrenado rompía el profundo silencio de la noche.

Al día siguiente Calístenes recibió otra carta codificada de su tío, con el correo que llevaba la correspondencia de Antípatro desde Macedonia.

He descubierto dónde se encuentra la hija de Nicandro, el hombre que fue cómplice de Pausanias en el asesinato de Filipo. La niña está bajo la protección del sacerdote del templo de Artemisa en los confines con Tracia. Pero el sacerdote es de origen persa y pariente del sátrapa de Bitinia, que en el pasado le mandó dinero y presentes bastante ricos para el

Librodot

santuario. Esto me ha hecho pensar que el rey Darío está implicado en la muerte de Filipo y he conseguido leer a escondidas una carta conservada en el templo que parece confirmar ésta como la explicación más probable.

Calístenes se fue a ver a Alejandro.

-Las indagaciones sobre la muerte de tu padre avanzan y hay noticias importantes. Parece que los persas están implicados directamente y que todavía protegen a alguno de los que tomaron parte en la conjura.

-Esto explicaría muchas cosas -comentó el rey-. ¡Y pensar que Darío se atreve a escribirme una carta de este tipo!

Le puso delante el mensaje que una embajada le acababa de traer de parte del Gran Rey.

Darío, Rey de Reyes, señor de los cuatro rincones de la tierra, luz de los arios, a Alejandro, rey de los macedonios, salve!

Tu padre Filipo fue el primero en causar ofensa a los persas en tiempos del rey Arses, aunque no había sufrido ningún daño por su parte. Cuando yo me convertí en rey, tú no enviaste ninguna embajada para ratificar la vieja amistad y alianza, y has invadido Asia causándonos gran perjuicio. He tenido, por tanto, que presentarte batalla para defender a mi país y reconquistar mis antiguos dominios. El resultado del enfrentamiento ha sido el que los dioses han decidido que sea, pero me dirijo a ti de soberano a soberano al objeto de que liberes a mis hijos, a mi madre y a mí esposa. Estoy dispuesto a estipular un tratado de amistad y de alianza. Por eso te ruego que mandes a un enviado tuyo juntamente con mi embajada a fin de que podamos fijar los términos de la negociación.

Calístenes enrolló la carta.

-En resumidas cuentas, te echa la culpa de todo, revindica su derecho a defenderse, pero admite la derrota y está dispuesto a convertirse en tu amigo y aliado a condición de que tú le devuelvas a su familia. ¿Qué piensas hacer?

Entró en aquel momento Eumenes con la copia de la respuesta que había preparado para el rey y Alejandro le pidió que la leyera. El secretario se aclaró la voz y comenzó:

Alejandro, rey de los macedonios, a Darío, rey de los persas, ¡salve!

Tus antepasados invadieron Macedonia y el resto de Grecia causándonos gran daño sin motivo alguno. Yo he sido elegido comandante supremo de los griegos y he invadido Asia para vengar vuestra agresión. Fuisteis vosotros quienes prestasteis auxilio a Perinto contra mi padre e invadisteis Tracia, que es territorio nuestro.

Alejandro la firmó.

-Añade lo que te voy a dictar ahora:

El rey Filipo fue muerto por una conjura que contó con vuestro apoyo y tenemos las pruebas en cartas que vosotros escribisteis.

Eumenes miró sorprendido tanto a Alejandro como a Calístenes y éste dijo:

-Después te lo explicaré.

El secretario entonces prosiguió:

Además has conquistado el trono mediante el engaño, has corrompido a los griegos para que me hicieran la guerra y has hecho todo lo posible para destruir la paz que había conseguido con grandes esfuerzos. Yo he derrotado a tus generales y te he derrotado a ti en campo abierto con la ayuda de los dioses y tengo por tanto la responsabilidad de aquellos de entre tus soldados que se han pasado a mi bando así como también de los otras personas que están conmigo. Eres tú, por tanto, quien debes dirigirte a mí como al señor de Asia. Pide lo que consideres oportuno, bien viniendo tú personalmente o bien mandando a tus enviados. Reclamas a tu mujer, a tus hijos y a tu madre y lograrás obtenerlos si consigues convencerme. En el futuro, cuando quieras dirigirte a mí, deberás hacerlo al rey de Asia y no a tu par, y deberás pedir cuanto desees a quien está ahora en posesión de todo cuanto antes era tuyo. Si no lo haces, tomaré medidas respecto a ti como si se tratara de alguien que ha violado las reglas y las leyes de las naciones. Pero si reivindicas tu condición de soberano, entonces acepta el desafío, combate para defenderla y no huyas, porque yo te perseguiré hasta donde sea necesario.

-No le dejas muchas alternativas -comentó Calístenes.

-No, en efecto -replicó Alejandro-, y si es un verdadero hombre y un verdadero rey deberá reaccionar.

52

El ejército se puso en camino a comienzos del invierno en dirección al sur, hacia la costa de Fenicia. Alejandro había decidido, en efecto, que completaría la conquista total de todos los puertos que permanecían accesibles a los persas para así impedir cualquier acción del enemigo en el Egeo y hasta en Grecia.

La ciudad de Arados le dispensó un recibimiento con grandes honores y Sidón incluso prometió retirar sus cincuenta naves de la flota imperial para ponerlas a su disposición. La excitación de los macedonios estaba en su punto álgido: hubiérase dicho que los mismos dioses allanaban el camino delante del joven caudillo y la conquista parecía resultar poco menos que un viaje lleno de aventuras hacia el descubrimiento de nuevos mundos, de gentes distintas, de lugares maravillosos.

Llegó también a Sidón todo el resto del séquito del Gran Rey que Parmenión había capturado en Damasco: un desfile increíble de esclavos, músicos, cocineros, catadores, eunucos, maestros de ceremonias, danzarinas, tocadoras de flauta, magos, adivinos, prestigiditadores que provocaban la hilaridad de los soldados y de los oficiales de Alejandro. El rey, en cambio, les recibió con gran humanidad, se interesó muchísimo por su suerte y sus peripecias personales y quiso que fueran tratados con respeto.

Cuando ya parecía que el entero cortejo había desfilado en presencia del soberano y de sus compañeros, se presentó otro pequeño grupo escoltado por una escuadra de agrianos.

-A éstos les hemos encontrado en el cuartel general del sátrapa de Siria -explicó el oficial que estaba al mando del pelotón.

-Pero a ése yo le conozco -observó Seleuco señalando a un hombre corpulento y con un cerco de cabellos grises en torno a la calva cabeza.

-¡Pero si es Eumolpo de Solos! -exclamó Tolomeo-. ¡Qué sorpresa!

- ¡Señores míos, señor! -saludó el informador postrándose en el suelo.

-Mira, mira... No sé por qué, pero me da en la nariz que... -ironizó Pérdicas.

- También a mí -intervino Seleuco-. Aquí tienes la repuesta de cómo Darío consiguió

sorprendernos por la espalda en Issos. Di, Eumolpo, ¿cuánto te dieron para que nos traicionaras?

El hombre estaba blanco como el papel y trataba de esbozar una agria sonrisita.

- Pero, señor, señores míos, no iréis a creer de veras que yo pude...

- Oh, claro que pudo -afirmó el oficial que le tenía bajo su custodia dirigiéndose a Alejandro-. Me lo ha contado el sátrapa de Siria que está por llegar para jurar fidelidad.

-¡Llevadle dentro! -ordenó el rey mientras entraba en su tienda-. Será juzgado inmediatamente.

Se sentó rodeado de sus compañeros y preguntó al informador:

-¿Quieres decir algo antes de morir?

Eumolpo bajó la mirada y no pronunció palabra. Aquel silencio le revistió de una inesperada dignidad, le volvió de golpe distinto del hombre jovial y de broma fácil que todos conocían.

- ¿No tienes nada que decir? -repitió Eumenes-. ¿Cómo pudiste hacerlo? Habrías podido hacernos pedazos del primero al último. El mensaje de tu correo nos había atraído a una trampa sin salida.

- ¡Buen cerdo que estás hecho! -maldijo Leonato-. Si por mí fuera, no te saldrías ciertamente con una muerte rápida. Antes te haría arrancar todas las uñas y luego...

Eumolpo levantó la mirada acuosa hacia el rostro de sus jueces.

- ¿Qué tienes que decir, entonces? -le apretó las clavijas Alejandro.

-Señor... -comenzó diciendo el informador-, yo he hecho siempre de espía. Hasta de niño me ganaba la vida espiando a mujeres infieles por cuenta de sus maridos cornudos. No sé hacer otra cosa. Siempre he andado detrás del dinero, del mejor postor. Sin embargo...

- ¿Sin embargo qué? -le instó Eumenes, que había asumido el papel de instructor.

- Sin embargo, desde el día que entré al servicio de tu padre, el rey Filipo, no hice de espía más que para él, lo juro. ¿Y sabes por qué, mi señor? Porque tu padre era un hombre extraordinario. Oh, sin duda, me pagaba bien, pero no se trataba sólo de esto. Cuando me encontraba con él para darle cuenta de mis informes, me hacía sentir como un viejo

amigo, me ponía él mismo de beber, me preguntaba cómo me encontraba de salud y cosas por el estilo, ¿comprendes?

-¿Qué pasa? ¿Acaso yo no me he portado bien contigo? -le preguntó Alejandro-. ¿No te he tratado siempre también yo como a un viejo amigo más que como a un espía a sueldo?

- Es cierto -hubo de admitir Eumolpo- y por eso te he sido fiel. Pero lo habría sido en cualquier caso, aunque sólo fuera por el hecho de que eres hijo de tu padre.

-Y, entonces, ¿por qué me has traicionado? ¡Tiene que haber una razón para traicionar a un amigo!

- El temor, mi señor. El sátrapa que vendrá ahora a jurarte fidelidad, faltando a la palabra dada a su rey me asustó mortalmente mirándome a los ojos mientras se comía la carne de un tordo como diciendo: «Este es el fin que vas a tener tú. Te arrancaremos la carne pedazo a pedazo como a este tordo». Y luego me hizo acercarme a la ventana para echar un vistazo al patio.

»Allí estaba mi correo, aquel buen muchacho que siempre te mandaba. Le habían desollado vivo, le habían castrado y le habían puesto las pelotas de collar. -La voz le temblaba ahora, y los ojos acuosos de pescado viejo se le habían henchido de verdaderas lágrimas-. Le habían arrancado la carne hasta desnudarle los huesos... Y no acaba aquí la cosa. Había un bárbaro ocupado en afilar un aguzado palo de acacia y en alisarlo con piedra pómez. Lo estaba preparando para mí, de no haber hecho lo que me pedían. ¿Has visto empalar alguna vez a un hombre, mi señor? Yo sí. Le introducen un palo en el cuerpo, pero sin matarle, y se queda allí sufriendo todo lo que un ser humano puede sufrir durante horas, a veces durante días. Te he traicionado porque tenía miedo, porque nadie en toda mi vida ha esperado de mí tanto valor.

»Ahora, si quieres matarme, me lo merezco, pero que sea una muerte rápida, por favor. Sé que has perdido a muchos hombres y que has tenido que afrontar una durísima batalla,

pero yo presentía que vencerías, lo presentía. Y, en cualquier caso, ¿qué sacarías con torturar a un pobre anciano como yo que no te habría hecho ningún daño de haber dependido de él y que ha sufrido por traicionarte mucho más de lo que tú puedas imaginarte, mi querido muchacho?

No dijo nada más y se sorbió ruidosamente los mocos.

Alejandro y los compañeros se miraron a la cara y se dieron cuenta de que ninguno de ellos tendría el valor de pronunciar un veredicto de condena para Eumolpo de Solos.

-Debería mandarte a la muerte -dijo el rey-, pero tienes razón. ¿Qué ganaríamos con ello? Y además... -Eumolpo levantó la cabeza

que tenía inclinada sobre el pecho-. Por otro lado, sé que el valor es una virtud que los dioses conceden sólo a unos pocos. A ti no te lo han concedido, pero te han dispensado otros dones, como la astucia, la inteligencia, y acaso también la fidelidad.

-¿Quieres decir que no moriré? -preguntó Eumolpo.

- No.

- ¿No? -repitió el informador incrédulo.

- No -rebatió Alejandro sin conseguir contener una media sonrisa.

- ¿Y podré seguir trabajando para ti?

-¿Vosotros qué decís? -preguntó el rey a los compañeros.

- Yo le daría una segunda oportunidad -propuso Tolomeo.

- ¿Por qué no? -le apoyó Seleuco-. Después de todo, ha sido siempre un excelente espía. Y además, ahora, ganamos nosotros.

-Entonces, estamos de acuerdo -decidió el rey-. Pero deberás

finalmente cambiar ese maldito santo y seña, en vista de que lo revelas

te al enemigo.

- Oh, sí, por supuesto -dijo Eumolpo visiblemente aliviado.

-¿De qué santo y seña se trataba? -preguntó lleno de curiosidad Seleuco.

- Sesos de cordero -repuso Alejandro impasible.

- Yo lo habría hecho cambiar de todos modos -observó Seleuco-, pues me parece el santo y seña más tonto que he oído en toda mi vida.

-En efecto -hubo de admitir Alejandro, e hizo un gesto a Eumolpo de que se acercara-. Y ahora dime el nuevo.

El informador le susurró al oído:

- Tordo a la parrilla.

Luego se inclinó y saludó a todos respetuosamente.

- Quisiera expresaros mi gratitud, señores míos, mi rey, por vuestro buen corazón.

Y se alejó temblándole aún las piernas por el susto pasado. -¿Cómo es el nuevo santo y seña? -preguntó Seleuco apenas hubo salido.

Alejandro sacudió la cabeza.

- Una bobada.

53

Los habitantes de Sidón, que habían sufrido una feroz represión por parte de la guarnición persa sólo unos pocos años antes, aceptaron con entusiasmo la llegada de Alejandro y su promesa de restaurar sus instituciones. Pero la dinastía reinante estaba extinguida desde hacía un tiempo y había que elegir a un nuevo rey.

-¿Por qué no te ocupas tú? -le propuso Alejandro a Hefestión.

-¿Yo? Pero si yo no conozco a nadie, ni siquiera sé dónde buscar y además...

-Entonces, de acuerdo -cortó tajante el rey-. Te ocuparás tú de ello. Yo he de tratar con

las otras ciudades de la costa.

Hefestión se buscó, así pues, un intérprete y comenzó a dar paseos por Sidón de incógnito, mirando en torno en los mercados, comiendo en los figones o aceptando las invitaciones a las comidas oficiales en las casas de más abolengo. Pero no conseguía encontrar a nadie que fuera digno de aquel cargo.

-Entonces, ¿nada? -le preguntaba Alejandro cuando se lo encontraba en los Consejos de guerra.

Y Hefestión sacudía la cabeza.

Un día, acompañado en todo momento por su intérprete, pasó cerca de un pequeño muro de piedra seca que serpenteaba en dirección a las colinas un largo trecho y del que asomaba el follaje de toda clase de árboles: majestuosos cedros del Líbano, higueras seculares que expandían sus ramas grises y rugosas, cascadas de pistachos y de melilotos. Echó un vistazo a hurtadillas al otro lado de la verja y se quedó estupefacto de las maravillas que se presentaron ante sus ojos: árboles frutales de toda especie, arbustos maravillosamente cuidados y podados, fuentecillas y arroyuelos, rocas entre las que crecían plantas grasas y espinosas que no había visto jamás en su vida.

-Son originarias de una ciudad de Libia llamada Lixos -explicó el intérprete.

De repente apareció un hombre con un asnillo que tiraba de un pequeño carro cargado de estiércol. Se puso a abonar sus plantas una por una, y lo hacía con tanto amor y cuidado que asombraba.

-Cuando se produjo la sublevación contra el gobernador persa, los rebeldes decidieron incendiar este jardín -siguió contando el intérprete-, pero ese hombre se puso delante de la verja y dijo que si querían cometer semejante atropello primero tendrían que pasar por encima de su cadáver.

-El será el rey -afirmó Hefestión.

-¿Un jardinero? -preguntó asombrado el intérprete.

-Sí. Un hombre que está dispuesto a morir por salvar las plantas de un jardín que no es siquiera el suyo, ¿qué no haría por proteger a su gente y para hacer crecer pujante su ciudad?

Y así fue. El humilde jardinero vio un día llegar una procesión de dignatarios escoltados por la guardia de Alejandro y fue conducido con gran pompa al palacio real para ser entronizado. Tenía unas grandes manos callosas que le recordaban al soberano las de Lisipo y una mirada tranquila y serena. Se llamaba Abdalonimos y fue el mejor rey que recuerde memoria humana.

De Sidón el ejército avanzó aún hacia el sur en dirección a Tiro, donde existía un grandioso templo de Melkart, el Hércules de los fenicios. La ciudad estaba constituida por dos partes: un barrio antiguo tierra adentro y una ciudad nueva en una isla situada a un estadio de distancia de la costa. Había sido construida recientemente y era increíble ver lo imponente y grandioso de sus estructuras. Tenía dos puertos fortificados y un recinto amurallado de unos ciento cincuenta pies de altura, el más alto que mano humana hubiera construido jamás.

-Esperemos que nos reciban como en Biblos, Arados y Sidón -comentó Seleuco-, pues esta fortaleza es inexpugnable.

-¿Qué piensas hacer? -le preguntó Hefestión a Alejandro observando el formidable recinto amurallado reflejarse en las aguas azules del golfo.

-Aristandro me ha aconsejado ofrecer un sacrificio en el templo de mi antepasado Hércules, que los habitantes de Tiro llaman Melkart -repuso Alejandro-. He aquí nuestra embajada que parte -añadió luego indicando una chalupa que atravesaba lentamente el breve brazo de mar que separaba la ciudad de tierra firme.

La respuesta llegó a primeras horas de la tarde e hizo enfurecer al rey.

- Dicen que si quieres hacer un sacrificio a Hércules hay un templo en el barrio antiguo que está en tierra firme.

- Lo sabía -observó Hefestión-. Esos están en su nido de piedra en aquel maldito islote y pueden burlarse de quien quieran.

- No de mí -dijo Alejandro-. Preparad otra embajada. Esta vez seré más claro.

Los nuevos enviados partieron al día siguiente con un mensaje que decía: «Si queréis, podéis tener un tratado de paz y de alianza con Alejandro. Si rehusáis, el rey os hará la guerra porque sois aliados de los persas».

La respuesta, por desgracia, fue no menos explícita: los miembros de la embajada fueron arrojados desde lo alto de las murallas y acabaron reventados contra las rocas. Entre ellos había amigos y compañeros de infancia y de juegos del rey, y su muerte le sumió en un estado de sombrío abatimiento, encendiendo además en él el más ciego furor. Se encerró durante dos días en su cuartel sin ver a nadie: únicamente Hefestión se atrevió a entrar la noche del segundo día y le encontró extrañamente sereno.

Alejandro velaba a la luz del velón enfrascado en la lectura. -¿Es tu acostumbrado Jenofonte? -preguntó Hefestión. -Jenofonte no tiene ya nada que enseñarnos desde que dejamos las

Puertas Sirias. Estoy leyendo a Filisto.

-¿No es un escritor siciliano?

- Fue el historiador de Dionisio de Siracusa, que hace setenta años conquistó una ciudad fenicia construida en una isla, precisamente como Tiro: Motya.

- ¿Y cómo?

- Siéntate y mira. -Alejandro tomó una pluma de caña y comenzó a trazar signos en una hoja-. Ésta es la isla y esto tierra firme. El construyó un muelle hasta la isla y seguidamente hizo pasar por encima las máquinas de guerra. Y cuando la flota cartaginesa se presentó para desalojarles del muelle, formó una fila de lanzadoras de saetas de nuevo cuño, agujereó las naves mandándolas a pique y las quemó arrojando proyectiles inflamables.

- ¿Quieres construir un muelle hasta Tiro? Pero si hay una distancia de dos estadios...

- Como en Motya. Si lo consiguió Dionisio, lo conseguiré yo también. A partir de mañana comenzaréis a demoler la ciudad vieja y emplearéis los materiales para construir el muelle. Deben comprender enseguida que no bromeo.

Hefestión tragó saliva.

-¿Demoler la ciudad vieja?

- Has entendido perfectamente. Demoledla y arrojadla al mar.

- Como quieras, Alejandro.

Hefestión salió a transmitir la orden a sus compañeros y el rey se enfrascó nuevamente en la lectura.

Al día siguiente convocó a todos los ingenieros y mecánicos que seguían la expedición. Llegaron con sus instrumentos y con todo lo necesario para dibujar y tomar apuntes. Les guiaba Diadés de Larisa, un discípulo de Failo, que había sido el ingeniero jefe de Filipo y había construido las torres de asalto que demolieron las murallas de Perinto.

-Señores técnicos -comenzó diciendo el rey-, ésta es una guerra que no va a poder ser ganada sin vuestro concurso. Derrotaremos a los enemigos en vuestra mesa de dibujo antes que en el campo de batalla. En buena parte porque no existe un campo de batalla.

Desde la ventana podía verse el mar resplandeciente alrededor de los bastiones escarpados de Tiro y los ingenieros comprendieron perfectamente qué trataba de decir el soberano.

-Así pues, mi plan es el siguiente -prosiguió Alejandro-. Mientras nosotros construimos un muelle hasta la isla, vosotros proyectaréis unas máquinas más altas que las murallas.

- Señor -le hizo notar Diadés-, estás hablando de torres de ciento cincuenta pies de alto.

- Imagino que sí -replicó el rey sin inmutarse-. Estas máquinas deberán ser invulnerables y estar equipadas con arietes y catapultas de concepción completamente nueva. Necesito máquinas capaces de lanzar piedras de doscientas libras de peso a ochocientos pies de distancia.

Los ingenieros se miraron unos a los otros con una expresión de extravío. Diadés se quedó en silencio trazando signos aparentemente sin sentido en una hoja que tenía delante, mientras Alejandro le miraba fijamente; todos sentían que aquella mirada pesaba más que los pedruscos que deberían arrojar sus catapultas. Al final, el técnico levantó la cabeza y dijo:

-Es factible.

- Muy bien. Entonces podéis poneros manos a la obra.

Entretanto, afuera, la ciudad antigua resonaba de los lamentos de la gente que era echada de sus propias casas y del fragor de los tejados y de las paredes que se venían abajo. Hefestión había hecho montar ligeros arietes basculantes y los utilizaba para las labores de demolición. En los días siguientes, unas partidas de leñadores escoltadas por incursores agrianos subieron a las montañas a cortar cedros del Líbano con el fin de transformarlos en tablones de construcción.

En el muelle se trabajaba día y noche, por turnos, utilizando carros tirados por bueyes y asnos para transportar los materiales que arrojaban al fondo del mar. Desde sus altísimas murallas los habitantes de Tiro se reían y bromeaban, mofándose del monstruoso esfuerzo de sus enemigos, pero al expirar el cuarto mes dejaron de reír.

Una mañana, al despuntar el día, los centinelas que hacían la ronda en adarves se quedaron sin respiración al ver a dos colosos de más de ciento cincuenta pies de altura avanzar entre crujidos por el nuevo terraplén. Eran las más grandes máquinas de asedio que se hubieran construido jamás, y tan pronto como llegaron al extremo del muelle fueron puestas en funcionamiento. Enormes pedruscos y proyectiles inflamables silbaron por los aires, se abatieron sobre los adarves y el interior de la ciudad sembrando la destrucción y el terror.

Los habitantes de Tiro respondieron casi de inmediato montando otras catapultas en lo alto de las murallas y disparando contra los trabajadores que estaban construyendo el muelle y contra las mismas máquinas de guerra.

Alejandro hizo preparar entonces unas defensas y unas techumbres de madera protegidas por pieles no curtidas de animales, resistentes al fuego. El trabajo en el muelle prosiguió de este modo casi sin molestias. Las máquinas fueron empujadas de nuevo adelante y su disparo resultó cada vez más preciso y mortífero. De seguir las cosas de aquel modo, en poco tiempo las murallas se verían amenazadas de cerca.

Mientras tanto habían llegado las flotas de Sidón y Biblos y las naves de Chipre y de Rodas que se habían puesto a las órdenes de Nearco. Pero la flota de Tiro, encerrada en sus puertos inaccesibles, no presentaba batalla: preparaba un contraataque inesperado y devastador.

En una noche sin luna, tras una jornada de incesantes ataques, dos trirremes salieron del puerto tirando a remolque un brulote: un casco enorme y completamente hueco lleno de material inflamable. De su proa sobresalían dos largos maderos de los que colgaban dos recipientes llenos de. pez y de petróleo. Cuando estuvieron a escasa distancia del muelle, los trirremes aumentaron al máximo el ritmo de la boga, luego desengancharon el brulote tras haberle prendido fuego y haber incendiado asimismo los maderos.

El casco, envuelto en una vorágine de llamas, siguió adelante por la fuerza de la inercia, mientras que los dos trirremes viraban de bordo hacia los lados, y acabó encallándose en uno de los lados del muelle a escasa distancia de las torres de asalto. Los palos de proa, devorados por el fuego, se quebraron y los recipientes incendiarios se fragmentaron estallando en dos globos de fuego que prendieron las bases de las torres.

Desde los puestos de guardia acudieron al punto pelotones de macedonios a fin de apagar la hoguera, pero desde los trirremes enemigos desembarcaron grupos de atacantes que entablaron batalla con los recién llegados, de suerte que la refriega, en la claridad sanguinolenta del incendio, se volvió encarnizada en medio del humo y del remolinear de las pavesas, del aire que se había vuelto irrespirable a causa de las exhalaciones de petróleo y de pez. El brulote quedó hecho pedazos con una última y espantosa deflagración y las dos torres quedaron completamente envueltas por el fuego.

Su misma altura alimentaba desmesuradamente el tiro interior por el que las llamas y las pavesas salían disparadas más de cien pies por encima del remate de los enormes armazones, iluminando como si fuera de día la bahía entera y arrojando una reverberación de sangre contra los bastiones de la ciudad.

Desde lo alto de las murallas llegaban los gritos de júbilo de los habitantes de Tiro; para

los macedonios fue una pobre satisfacción el exterminio del contingente de desembarco, aplastado por un contraataque furibundo contra las piedras del muelle, y la destrucción de los dos trirremes. El trabajo de meses y meses, el genio constructor de los mejores ingenieros del mundo se había echado a perder en cuestión de pocas horas.

Alejandro llegó al galope a lo largo del muelle sobre Bucéfalo, pasó a través de los fuegos como un furia infernal y se detuvo a escasa distancia de las torres justo en el momento en que se desmoronaban, en medio de una explosión de llamas, humo y chispas.

Acudieron enseguida detrás de él sus compañeros y, al cabo de un rato, también los ingenieros y mecánicos que habían construido aquellas maravillas. El ingeniero jefe, Diadés de Larisa, miraba el desastre con ojos llenos de rabia impotente, pero sin dejar traslucir en su rostro la más mínima emoción.

Alejandro bajó del caballo y se quedó mirando fijamente las murallas de la ciudad y a continuación sus máquinas destruidas y, por último, a sus ingenieros, que parecían paralizados ante aquel espectáculo, y ordenó:

-Reconstruidlas.

54

Pocos días después, mientras los ingenieros de Alejandro trataban de encontrar la manera de reconstruir lo más pronto posible las máquinas destruidas, una violenta marejada dañó irreparablemente el muelle creado a costa de tantos esfuerzos: parecía que de repente los dioses hubieran dado la espalda a su predilecto, y también la moral de los hombres se vio sometida a dura prueba por aquella serie de reveses.

El rey se volvió intratable e inabordable: cabalgaba a solas por la orilla del mar mirando la isla amurallada que se mofaba de sus esfuerzos o bien se sentaba en una piedra a contemplar durante largas horas el romper de las olas en la orilla.

También Barsine acostumbraba a cabalgar por la orilla del mar al rayar el alba, antes de encerrarse en su tienda con sus doncellas y la nodriza, y un día se lo encontró: caminaba seguido por Bucéfalo y tenía el muslo resentido aún por la herida sufrida en Issos; los largos cabellos agitados por el viento le tapaban casi el rostro. De nuevo, como la última vez que le había visto, Barsine tuvo un estremecimiento, como si estuviera delante de un ser irreal.

El la miró, pero no dijo nada y ella se apeó del caballo para no sobrepasarle. Agachó la cabeza y murmuró:

-Señor.

Alejandro se le acercó, le rozó la mejilla con la palma de la mano y la miró con fijeza reclinando ligeramente la cabeza sobre el hombro derecho como tenía por costumbre hacer cuando le embargaban sentimientos intensos y profundos. Ella cerró los ojos sin conseguir resistirse a la fuerza de su mirada que relampagueba entre sus cabellos agitados por el viento.

El rey la sorprendió con un beso repentino y apasionado, luego saltó

sobre el caballo y lo espoleó a lo largo de la espumosa orilla. Cuando Barsine se volvió para mirarle, estaba ya lejos, envuelto en la nube de iridiscentes salpicaduras levantadas por los cascos de Bucéfalo.

Volvió a su tienda y se dejó caer, llorando, en la cama.

Una vez pasada la cólera, Alejandro volvió a coger las riendas de la situación y reunió a un Consejo de guerra ampliado: convocó a sus generales, a los arquitectos, técnicos, ingenieros y a Nearco con los capitanes de la flota.

- Lo que ha sucedido no es debido a la ira de los dioses, sino a nuestra necedad. Le

pondremos remedio y Tiro no tendrá escapatoria. Lo primero de todo es el muelle. Nuestros capitanes deberán estudiar los vientos y las corrientes en este brazo de mar e instruir a los arquitectos para que puedan proyectar una nueva estructura que aproveche su fuerza y dirección más que presentarles resistencia.

»En segundo lugar, las máquinas -dijo volviéndose hacia Diadés y sus ingenieros-. Si esperamos a completar el nuevo muelle, perderemos demasiado tiempo. Hemos de arreglárnoslas de manera que los habitantes de Tiro no tengan tregua ni descanso. Deben saber que no podrán permanecer tranquilos ni de día ni de noche. Tendremos, por tanto, dos grupos que trabajarán simultáneamente. Unos proyectarán y construirán las máquinas que habrán de avanzar por el muelle apenas esté listo, los otros por el contrario proyectarán máquinas de asalto flotantes.

- ¿Flotantes, señor? -preguntó Diadés poniendo unos ojos como platos.

- Exactamente. No sé cómo lo haréis, pero estoy seguro que seréis capaces de lograrlo y pronto. A mis compañeros les corresponderá la tarea de pacificar a las tribus que pueblan las montañas del Líbano para que nuestros leñadores puedan trabajar sin problemas. Al llegar la primavera entraremos en Tiro, estoy convencido de ello, y os diré por qué. Esta noche he tenido un sueño. Me parecía que Hércules se me aparecía sobre las murallas de la ciudad y haciendo un gesto con los brazos me invitaba a reunirme con él.

»Le he contado mi sueño a Aristandro, que lo ha interpretado sin la menor vacilación. Entraré en Tiro y ofreceré un sacrificio al héroe en su templo de la ciudad. Quiero que esta noticia sea referida a nuestros soldados para que también ellos estén convencidos de la victoria.

- Así se hará, Alejandro -dijo Eumenes, y pensó que aquel sueño había llegado muy oportunamente.

Los trabajos se reanudaron de forma inmediata: se emprendió la reconstrucción del muelle de acuerdo con las indicaciones de los marinos de Chipre y de Rodas, que conocían como la palma de su mano aquellas aguas, mientras Diadés, al que correspondía la tarea más pesada, proyectó unas torres de asalto montadas cada una de ellas sobre una plataforma fijada en la cubierta de dos naves de guerras unidas. A la vuelta de un mes estuvieron listas dos estructuras completas, y tan pronto como se presentó un día de mar calma comenzaron a acercarse a fuerza de remos al recinto de la ciudad. Cuando estuvieron muy cerca, los cascos fueron anclados y los arietes entraron en actividad comenzando a machacar incesantemente las murallas.

Los habitantes de Tiro reaccionaron con presteza y por la noche mandaron buceadores que cortaron las amarras de las anclas dejando las embarcaciones derivando hacia los escollos. Nearco, que vigilaba al mando del quinquerreme real, dio inmediatamente la señal de alarma y se lanzó con una decena de naves hacia las plataformas flotantes que no conseguían ya maniobrar a causa del viento. Las protegió, las inmovilizó arrojando sobre los parapetos amarras con ganchos y las remolcó nuevamente a su posición a fuerza de remos. Las cuerdas de las anclas fueron sustituidas por cadenas de hierro y el batir volvió a comenzar, pero entretanto los habitantes de la ciudad habían forrado los muros con sacos llenos de algas para amortiguar así los golpes de los arietes. La obstinada resistencia de Tiro parecía no conocer límites.

Un buen día, mientras Alejandro se hallaba en la montaña ocupado en la lucha contra las tribus del Líbano cada vez más agresivas, atracó en el nuevo muelle una nave procedente de Macedonia con víveres y mensajes y a Parmenión le fue anunciada una visita especial: el viejo maestro del soberano, Leónidas, ya octogenario, después de haber oído hablar de las gestas de su discípulo había exigido embarcarse a fin de verle, felicitarle y congratularse con él antes de abandonar este mundo. Cuando la noticia se difundió, también el resto de sus discípulos quisieron verle. Seleuco, Leonato, Crátero, Pérdicas, Filotas, Tolomeo, Hefestión y Lisímaco llegaron alborotando como niños y gritando a coro la vieja cantinela que hacía que se le llevaran todos los demonios.

Ek kori kori koróne!
Ek kori kori koróne!

«¡Que llega, que llega la corneja!»
Luego comenzaron a batir palmas diciendo:

Didáskale! Didáskale! Didáskale!

Al oírse llamar «¡Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro!» como cuando le saludaban por la mañana sentados en el aula con las tablillas sobre las rodillas, el viejo Leónidas se emocionó, pero no lo dejó traslucir y les metió enseguida en cintura.

-¡Silencio! -masculló con su boca desdentada-. ¡Seguís siendo unos díscolos! Y apuesto lo que queráis a que no habéis leído ni un solo libro desde que os fuisteis de casa.

-¡Bueno, maestro! -le gritó Leonato-. Supongo que no te pondrás ahora a interrogarnos, ¿no ves que tenemos cosas que hacer?

-No hubieras tenido que afrontar un viaje semejante -dijo Tolomeo- en invierno y con este tiempo. ¿Cómo es que has venido hasta aquí?

-Porque he oído hablar de las gestas de mi discípulo y me gustaría volver a verle antes de diñarla.

-¿Y nosotros qué? -preguntó Hefestión-. También nosotros hemos sino unos valientes.

-En cuando a lo de diñarla, maestro, siempre está uno a tiempo -comentó Pérdicas-. Habrías podido esperar al buen tiempo.

- ¡Ah! -replicó Leónidas-. Sé lo que me hago, no tengo ninguna necesidad del parecer de unos críos como vosotros. ¿Dónde está Alejandro?

-El rey se encuentra en la montaña -explicó Hefestión- luchando contra las tribus del Líbano que siguen leales a Darío.

-Entonces llevadme a la montaña.

-Pero, digo... -comenzó Tolomeo.

- En la montaña hay nieve, maestro -dijo maliciosamente Leonato-. Vas a coger un resfriado.

Leónidas, sin embargo, se mostró intransigente:

- Esta nave vuelve a partir dentro de cinco días y habré hecho este

largo viaje en vano. Quiero ver a Alejandro. Y esto es una orden. Leonato sacudió su cabezón desgreñado y se encogió de hombros.

-Sigue siendo el de siempre -refunfuñó-. No ha cambiado ni pizca.

-¡A callar, so bestia! Aún me acuerdo, ¿sabes?, que me metías ranas en la sopa -graznó el viejo.

- Entonces, ¿quién le va llevar hasta allá arriba? -preguntó Leonato.

Se adelantó Lisímaco.

-Ya le llevaré yo, así de paso haré entrega también de los mensajes. Partieron al día siguiente con una escolta de hetairoi y alcanzaron a Alejandro por la noche. El rey se quedó asombrado y emocionado por

aquella visita que no se hubiera esperado jamás; tomó bajo su custodia al anciano y despidió a Lisímaco, que volvió al campamento junto al mar.

-Has sido muy imprudente, didáskale, de venir hasta aquí arriba. Por si fuera poco, es peligroso. Hemos de seguir subiendo para reunirnos con nuestras tropas auxiliares, los agrianos que defienden el paso de montaña.

-Yo no le temo a nada. Y esta noche charlaremos un poco, pues seguro que tienes

muchas cosas que contarme.

Se pusieron en camino, pero el mulo de Leónidas no aguantaba el paso de los caballos de los demás soldados y así Alejandro les dejó ir por delante y se quedó atrás con su viejo maestro. En un determinado momento, tras caer la noche, se encontraron ante una encrucijada: en ambas direcciones el terreno tenía pisadas de cascos de caballos, de modo que Alejandro eligió por intuición uno de los senderos, pero pronto se encontró en unos parajes solitarios y desérticos que no había visto nunca.

La oscuridad entretanto se había vuelto más cerrada y con las tinieblas se había alzado también un viento gélido que soplaba del norte. Leónidas estaba aterido y trataba de envolverse lo mejor posible sobre los hombros la capa de burda lana. Alejandro le miró, lívido como estaba, con los ojos lacrimosos llenos de cansancio, y sintió una profunda compasión. El pobre viejo, que había cruzado el mar para verle, no superaría la noche con aquel viento gélido. Era evidente que habían tomado el sendero equivocado, pero era demasiado tarde para volver atrás y alcanzar a los demás y, por si fuera poco, ya no se veía casi nada. Tenía que encender necesariamente un fuego, pero ¿cómo? No tenía con qué hacerlo ni veía tampoco leña seca a su alrededor: toda la madera estaba húmeda y cubierta de nieve y el tiempo empeoraba.

De pronto vio resplanceder un fuego en la oscuridad, a no mucha distancia, y luego otro y otro. Dijo:

- Maestro, no te muevas de aquí, vuelvo enseguida. Dejo contigo también a Bucéfalo.

El caballo protestó con un bufido, pero se dejó convencer para quedarse con Leónidas, y el rey reptó en medio de la oscuridad hasta los fuegos. Eran guerreros enemigos que se preparaban para pasar allí la noche y habían encendido hogueras para calentarse y cocinar.

Alejandro se acercó a un cocinero que estaba ensartando carne en un asador; apenas éste se alejó para coger algo, se deslizó rápidamente hasta el fuego, se apoderó de un tizón, se lo escondió debajo del manto y volvió sobre sus pasos, pero un ruido de ramas rotas reveló su presencia. Uno de los guerreros gritó:

- ¿Quién va?

Y se acercó con la espada desenvainada al lugar donde el intruso se había escondido detrás de un árbol con los ojos que le lagrimeaban a causa del humo y conteniendo el aliento para no toser o estornudar. Por suerte, otro soldado que se había alejado un poco para orinar volvió en aquel momento hacia el campamento.

- Ah, eres tú -dijo el hombre a pocos pasos ya de Alejandro-. Vamos, que está casi listo.

El rey se escabulló procurando no hacer el más mínimo ruido y llegó paso a paso al sendero, manteniendo en todo momento escondido el humeante tizón. Comenzaba a neviscar y soplaba un viento helado, cortante como una hoja: el viejo debía de estar en las últimas.

Le alcanzó poco después.

- Aquí estoy, didáskale. Te he traído un regalo -dijo mostrando el tizón.

A continuación buscó un lugar resguardado bajo una roca oculta y comenzó a soplar sobre el tizón hasta reanimar la llama. Luego le añadió ramiza y más madera hasta que tuvo más brasas que humo y suficiente calor.

Leónidas recobró los colores y algo de vitalidad. Alejandro se acercó hasta la alforja que colgaba de la silla de Bucéfalo, sacó de ella pan, lo desmenuzó para su desdentado maestro y luego se sentó a su lado, al amor del fuego.

Leónidas comenzó a masticar con dificultad su pan.

- Entonces, hijo, ¿es cierto que te apoderaste de las armas de Aquiles, y que el escudo es tal como lo describe Homero? ¿Y Halicarnaso? Dicen que el Mausoleo es tan alto como el Partenón y el templo de Hera en Argos superpuestos, ¿es posible? ¿Y el Halls? Tú lo has visto, hijo. A mí se me hace difícil creer que ese río sea tres veces del ancho de nuestro río Haliakmon, pero, digo yo, tú lo has visto y sabrás la verdad. ¿Y las amazonas? ¿Es cierto que la tumba de Pentesilea está cerca del Halis? Además me preguntaba si las Puertas de Cilicia son tan estrechas como cuentan y...

-Didáskale -le paró Alejandro-, quieres saber muchas cosas. Mejor será que responda a

una pregunta tras otra. Por lo que se refiere a las armas de Aquiles, las cosas fueron más o menos del siguiente modo...

Habló con su maestro toda la noche y compartió con él su manto, tras haber arriesgado su vida para protegerle del hielo de la montaña.

Se reunieron de nuevo sanos y salvos con los demás al día siguiente y Alejandro le pidió a Leónidas que se quedara: no quería exponerle a los riesgos de un viaje invernal. Partiría con la vuelta del buen tiempo.

55

A finales del invierno el nuevo muelle estuvo ya listo y su parte superior fue nivelada con mantillo apisonado, de modo que permitiera el paso a las dos nuevas torres de asalto que Diadés había preparado en un tiempo increíblemente corto. En los pisos correspondientes al nivel de las murallas había situado baterías de catapultas con resortes de torsión que disparaban en sentido horizontal pesados dardos de acero y en lo alto, en posición dominante, había montado unas balistas que lanzaban pedruscos en sentido parabólico y proyectiles incendiarios impregnados de pez, aceite y petróleo.

Otras dos plataformas montadas sobre parejas de trirremes y rematadas por torres con arietes se arrimaron a los muros para abrir una brecha y unas naves se acercaron a la orilla desembarcando algunos miles de atacantes que debían establecer una cabeza de puente delante de una de las puertas de la ciudad.

La reacción de los defensores fue de rabia; los adarves hervían de combatientes, como la parte superior de un hormiguero que un niño hubiera revuelto con su palo: también ellos habían montado en los parapetos docenas de catapultas y respondían golpe por golpe. Cuando vieron a los que trataban de quemar la puerta, lanzaron desde lo alto arena que habían puesto incandescente sobre el fuego dentro de escudos de bronce.

La arena ardiente se introducía entre las ropas y bajo las corazas haciendo enloquecer de dolor a los atacantes y obligándoles a arrojarse al mar entre aullidos a causa del insoportable tormento. Otros se despojaban de sus corazas y eran inmediatamente traspasados por los arqueros, y otros eran asidos por garfios y ganchos lanzados desde las murallas por medio de máquinas nunca vistas antes y luego arrastrados hacia arriba

para quedar colgados dando gritos hasta morir. Sus desgarradores alaridos atormentaban al rey, que no podía descansar ni de día ni de noche y daba vueltas como un león hambriento en torno a un aprisco. Los soldados se mostraban cada vez más feroces al ver aquellos horrores.

Pero Alejandro era reacio a lanzar el ataque final, que concluiría con una matanza, y pensaba otras soluciones menos drásticas que salvasen su honor y dejaran una salida a los habitantes de Tiro, cuyo valor y extraordinario tesón le provocaba admiración.

Pidió consejo a Nearco, el hombre más adecuado para comprender la situación y la mentalidad de una ciudad de navegantes.

- Escucha -le dijo el almirante-. Hemos perdido ya casi siete meses aquí y sufrido pérdidas de consideración. Yo creo que deberías partir con el ejército y dejarme a mí manteniendo el bloqueo. Ahora cuento con cien naves de guerra y llegarán otras de Macedonia. No dejaré entrar ni salir a nadie hasta que no se rindan, y entonces les ofreceré unas condiciones de paz honorables.

»Tiro es una ciudad maravillosa desde cualquier punto de vista; sus marinos han navegado hasta las columnas de Hércules y más allá incluso. Se dice que han visitado tierras que ningún ser humano ha visto jamás y que conocen hasta la ruta que conduce a las islas de los Bienaventurados situadas allende el Océano. Reflexiona, Alejandro. Desde el momento

que esta ciudad forme parte de tu imperio, ¿no es mejor para ti conservarla que destruirla?

El rey meditó sobre aquellas palabras, pero luego se acordó de otras noticias que había recibido en los días precedentes.

- Eumolpo de Solos me ha hecho saber que los cartagineses han ofrecido ayuda a Tiro y que la llegada de una flota suya podría ser inminente. Y no olvidemos que los persas merodean también por el Egeo y podrían caer sobre ti en el momento menos pensado si yo partiera. No, tienen que rendirse. Pero les dejaré una última posibilidad.

Decidió, así pues, enviar una embajada y eligió a los más ancianos y prudentes de sus consejeros. Habiendo oído hablar de esta embajada, el viejo Leónidas se presentó ante el rey.

- Mi querido muchacho, deja que vaya yo también. Tú no lo sabes, pero tu padre Filipo me confió muchas veces misiones secretas y extremadamente delicadas que yo siempre desempeñé, permíteme que lo diga, con gran pericia.

Alejandro sacudió la cabeza.

-Ni hablar de ello, didáskale. Este es un asunto muy arriesgado y no quiero exponerte inútilmente a...

Leónidas se puso en jarras.

-¿Inútilmente? -rebatió-. No sabes lo que dices, hijo. Esta misión no tiene ninguna posibilidad de éxito sin tu viejo Leónidas. Yo soy el hombre más experto y capaz que tienes a tu disposición, y deja que te diga que mojabas aún tu cama cuando yo encabecé una embajada por orden de tu padre, cuyo nombre viva eternamente, entre los feroces y bárbaros tribalos y logré bajarles los humos sin necesidad de combate. ¿Lees aún la Ilíada?

-Claro que la leo, didáskale -respondió el rey-. Todas las noches.

-¿Y entonces? ¿Quién mandó Aquiles en embajada a los jefes de los aqueos? ¿No mandó acaso a su viejo maestro Fénix? Y en vista de que tú eres el nuevo Aquiles, ni que decir tiene que yo soy el nuevo Fénix. Déjame ir, te digo, y te garantizo que haré razonar a esos malditos testarudos.

Leónidas estaba tan decidido que Alejandro no se vio con valor de negarle aquel momento de gloria y le confirió el encargo. Mandó, por tanto, al grupo de embajadores, en una nave con las enseñas de la tregua, al objeto de negociar la rendición de la ciudad, y se encerró en su tienda, en el extremo del muelle, a esperar, presa de la ansiedad, el resultado de la misión. Pero las horas pasaban sin que nada sucediese.

Hacia mediodía entró Tolomeo con expresión sombría.

-¿Qué hay? -preguntó Alejandro-. ¿Qué han respondido?

Tolomeo le hizo una señal de que le siguiera al exterior y señaló las torres más altas que dominaban el recinto amurallado de Tiro: en las torres, cinco cruces con cinco cuerpos clavados y cubiertos de sangre. El de Leónidas se distinguía claramente por la cabeza calva y los miembros esqueléticos.

-Les han torturado y crucificado -dijo.

Alejandro se quedó pálido y paralizado al ver aquello. Mientras el cielo se adensaba de negros nubarrones, su mirada se ensombreció cada vez más y su ojo izquierdo se volvió un abismo de tinieblas.

Luego, de repente, soltó un grito, un alarido no humano que parecía salido de las mismísimas entrañas. La cólera furibunda de Filipo y la ferocidad bárbara de Olimpia estallaron en el mismo instante en su espíritu liberando una ciega furia de devastación, pero el rey se recobró poco después y adoptó una calma sombría e inquietante, como la del cielo antes de una tempestad.

Llamó a su lado a Hefestión y a Tolomeo.

-¡Mis armas! -ordenó, y Tolomeo hizo un gesto a sus ayudantes que respondieron:

-;A tus órdenes, rey!

Y acudieron a revestirle con su más reluciente armadura, mientras que otro llevaba el estandarte real con la estrella argéada.

-¡Trompas! -ordenó también Alejandro-. Tocad para que todas las torres ataquen.

Las trompas sonaron y poco después el fragor de los arietes que martilleaban las

murallas y el silbido de los proyectiles arrojados por las catapultas y las balistas hicieron resonar la bahía entera. Alejandro se volvió acto seguido hacia su almirante:

-¡Nearco!

-¡A tus órdenes, rey!

Alejandro indicó una de las torres de asalto, la más cercana a las murallas.

-Llévame a aquella plataforma, pero mientras tanto haz salir a la flota, entra en todos los puertos y manda a pique a todas las naves que encuentres.

Nearco miró el cielo cada vez más negro, pero obedeció y se hizo llevar juntamente con el rey y sus compañeros a la nave capitana quinquerreme. Transmitió al punto la orden de arriar todas las velas y desarbolar todas las naves, luego izó el estandarte de combate y levó anclas. Desde las cien naves de la flota ascendió el estruendo de los tambores que marcaban el compás de la boga al unísono y el mar rebulló de espuma bajo la fuerza del viento y el empuje de miles de remos.

La nave capitana alcanzó la plataforma bajo una lluvia de proyectiles lanzados desde lo alto de las murallas. Alejandro saltó del parapeto seguido por sus compañeros y todos se introdujeron en la torre, trepando deprisa las escaleras entre piso y piso en medio de un infierno de polvo y gritos, del fragor ensordecedor de los arietes que batían las murallas, de la llamada alta, estridente, continua, acompasada de los hombres que se tomaban su tiempo para el impulso.

De repente apareció en lo alto de la torre, mientras el cielo, negro como la pez, era asaeteado por un rayo cegador que iluminó por un instante la palidez espectral de los crucificados, la armadura dorada de Alejandro y la mancha bermeja de su estandarte.

Un puente descendió sobre el adarve y el rey, seguido por sus compañeros, se lanzó al asalto flanqueado por Leonato armado con su hacha, por Hefestión con la espada desenvainada, por Pérdicas que manejaba una lanza enorme, y por Tolomeo y Crátero, cubiertos de esplendente acero. Inmediatamente reconocible por el fulgor de la armadura, los blancos penachos sobre el yelmo, el estandarte rojo y dorado, Alejandro se convirtió de inmediato en el blanco de los disparos de los arqueros y del asalto compacto de los defensores. Uno de los atacantes, un lincéstida de nombre Admetos, se arrojó hacia delante deseoso de demostrar su valor a los ojos del rey, y su vida quedó segada, pero Alejandro le reemplazó haciendo molinetes con la espada y abatiendo a los enemigos con el empuje del escudo, en tanto Leonato creaba el vacío en su flanco derecho con los golpes devastadores de su hacha.

El soberano, ya en el adarve, arrojaba murallas abajo a un defensor, abría en canal a otro, precipitaba a un tercero desde los glacis sobre los tejados de las casas de abajo, mientras Pérdicas ensartaba a un cuarto en la punta de su lanza, alzándole como un pez arponeado y lo estampaba contra los adversarios. Alejandro gritaba, cada vez más fuerte, arrastrando tras él al río creciente de sus soldados, y su furia alcanzaba el culmen, como si se viera alimentada por la fuerza de los ríos y por el retumbar de los truenos, que hacían estremecerse cielo y tierra hasta los mismos abismos. Avanzaba por el adarve, imparable; corría ahora, sin preocuparse de la lluvia de flechas y de los dardos de acero disparados por las catapultas, corría hacia la cruz de Leónidas, ya a escasa distancia. Los defensores formaron una barrera para rechazarle, pero él los derribó como si de muñecos se tratara, uno tras otro, mientras Leonato, con una increíble energía, golpeaba a la masa con el hacha, haciendo saltar cascadas de chispas de los escudos y de los yelmos, haciendo pedazos espadas y lanzas.

Finalmente el rey pudo llegar al pie de la cruz donde había emplazada una catapulta con unos servidores. Gritó:

-¡Tomad el control de la catapulta y volvedla contra las demás! ¡Descolgad a este hombre! Descolgadle.

Y mientras sus compañeros tomaban la plazoleta, vio también una caja de utensilios junto a la máquina y cogió un par de tenazas dejando caer el escudo al suelo.

Uno de los enemigos le apuntó con el arco desde veinte pasos y tensó la cuerda, pero en ese mismo instante resonó una voz en los oídos del rey: era la voz de su madre, llena de

angustia, que le llamaba:

Aléxandre!

El soberano se dio cuenta, casi milagrosamente, del peligro que le amenazaba: a la velocidad del rayo sacó su puñal del cinto y lo lanzó contra el arquero clavándoselo entre las clavículas.

Mientras sus compañeros formaban un valladar con los escudos, él arrancó los clavos, uno tras otro, de los martirizados miembros de su maestro. Tomó en brazos el cuerpo desnudo y esquelético y lo acomodó en el suelo. Volvió a ver en aquel momento los miembros desnudos de otro anciano en una tarde dorada en Corinto, Diógenes, el sabio de mirada serena, y la congoja que sentía en el pecho se liberó. Murmuró: -Didáskale...

Y a aquella palabra, la débil vida de Leónidas, ya apagada, tuvo un último y breve despertar y el maestro abrió los ojos.

-Mi querido muchacho, no lo conseguí...

Luego se distendió en sus brazos, exánime.

El cielo descargó sobre la ciudad y fustigó el mar, la tierra y la pequeña isla llena de gritos y de sangre con una lluvia repentina, con una tempestad de viento y granizo. Pero la furia guerrera no se apagó por ello: si fuera del puerto, entre las encrespadas olas, la flota tiria hacía frente en desesperado duelo a los poderosos quinquerremes de Nearco, en el interior de la ciudad los defensores se defendían casa por casa, calle por calle, para combatir ante las mismas puertas de sus hogares hasta su último aliento de vida.

Por la tarde, cuando el sol asomó por un jirón de las nubes iluminando las lívidas aguas, las murallas desmochadas, los restos de las naves a la deriva y los cuerpos de los ahogados, los últimos reductos de resistencia fueron aniquilados.

Muchos de los supervivientes buscaron refugio en los santuarios aferrándose a las imágenes de sus divinidades y el rey ordenó perdonarles la vida. Pero no fue posible frenar la sed de venganza del ejército sobre aquellos que fueron apresados por la vía pública. Dos mil prisioneros fueron crucificados a lo largo del muelle. El cuerpo de Leónidas fue colocado sobre una pira y sus cenizas enviadas a la patria para que fueran sepultadas bajo el plátano a la sombra del cual, en la época del buen tiempo, acostumbraba a impartir sus enseñanzas a sus discípulos.

56

Alejandro dio orden a la flota de avanzar hacia el sur y de transportar las máquinas de guerra desmontadas hasta Gaza, la última plaza fuerte antes del desierto que separaba Palestina de Egipto.

Diez naves fueron enviadas, en cambio, a Macedonia para alistar nuevos efectivos que reemplazaran a los caídos. Precisamente en aquel período el soberano recibió una segunda carta del rey Darío.

Darío, rey de los persas, luz de los arios y señor de los cuatro confines de la tierra, a Alejandro, rey de los macedonios, ¡salve!

Deseo que sepas que reconozco tu valor, así como también la fortuna que los dioses te han prodigado. Te propongo, una vez más, que te conviertas en mi aliado; es más, que

estreches conmigo vínculos de parentesco.

Te ofrezco como esposa a mi hija Estatira y te concedo el dominio de los territorios que se extienden desde Éfeso y Mileto, ciudad de los yauna, hasta el río Halis, aparte de un presente de dos mil talentos de plata.

Te exhorto a no seguir probando fortuna, que podría volverte la espalda en cualquier momento, pues recuerda que, de querer proseguir con tu expedición, te volverías viejo antes de haber logrado recorrer toda la extensión de mi Imperio, aun cuando no tuvieras nunca que combatir. Mi territorio está, por otra parte, defendido por grandes ríos como el Tigris, el Éufrates, el Araxes y el Hidaspes, imposibles de cruzar.

Reflexiona, pues, y toma la decisión más prudente.

Alejandro hizo leer la misiva delante de su Consejo de guerra reunido al completo y por último preguntó:

-¿Qué os parece? ¿Qué debería responder?

Nadie osaba sugerir al rey lo que debía hacer y por tanto nadie dijo

esta boca es mía, a excepción de Parmenión, que por su edad y prestigio pensaba tener credenciales suficientes como para poder expresar su punto de vista. Se limitó a decir:

-Yo aceptaría, si fuese Alejandro.

El rey bajó la cabeza como si quisiera reflexionar sobre aquella afirmación y luego replicó con frialdad:

-También yo, si fuese Parmenión.

El viejo general se le quedó mirando fijamente y con expresión de dolida sorpresa; veíase que se sentía herido en su dignidad. Se levantó y se fue en silencio. También los compañeros se miraron a la cara unos a otros cortados, pero el soberano prosiguió, en tono calmo:

-Aunque el punto de vista del general Parmenión es comprensible, me imagino que todos vosotros os dais perfecta cuenta de que Darío no me ofrece nada, aparte de su hija, que yo no haya ya conquistado. Es más, me pide implícitamente que renuncie a todas las provincias y ciudades al este del Halis que tantos sacrificios nos han costado. Trata únicamente de meternos miedo porque es él quien está aterrorizado. Nosotros seguiremos adelante. Tomaremos Gaza y luego Egipto, el país más antiguo y rico de todo el orbe.

Respondió, por tanto, al Gran Rey con un rechazo despectivo y puso en marcha a su ejército a lo largo de la costa, mientras la flota, al mando de Nearco y Hefestión, avanzada conjuntamente con ellos.

Gaza era una fortaleza perfectamente fortificada, pero sus murallas eran de adobe y se alzaba sobre una colina arcillosa a unos quince estadios del mar. El comandante de la plaza fuerte era un eunuco negro de nombre Batis, muy valiente y leal al rey Darío; se negó a rendirse.

Alejandro decidió entonces atacar y dio una vuelta de reconocimiento alrededor de las murallas para ver dónde era posible excavar minas y dónde podrían arrimarse las máquinas a los bastiones, problema de no fácil solución debido al terreno arenoso que rodeaba casi la colina entera.

Mientras reflexionaba, pasó un cuervo volando por encima, dejó caer sobre su cabeza un poco de hierba que llevaba entre las garras y fue a posarse sobre los murallas de la ciudad, donde quedó atrapado en el bitumen que las recubría y que se había reblandecido por efecto del calor del sol.

El rey se quedó impresionado por esta escena y preguntó a Aristandro, que le seguía ya como si fuera su sombra:

-¿Qué significa todo esto? ¿Qué presagio me mandan los dioses?

El vidente levantó la mirada hacia el disco de fuego del sol y acto seguido miró con las pupilas convertidas en dos puntos al cuervo que se debatía desesperadamente con las alas atrapadas en el bitumen. El pájaro dio algún tirón más y finalmente consiguió liberarse,

Librodot

arrancándose de las alas las plumas prisioneras.

- Tomarás Gaza, pero si lo haces hoy serás herido.

Alejandro decidió combatir a pesar de los pesares a fin de que el ejército no creyera que le temía a un presagio de dolor y, mientras sus zapadores comenzaban a excavar galerías bajo las murallas para hacerlas venirse abajo, él atacó frontalmente por la rampa que subía hacia la ciudad.

Batis, confiando en la posición favorable, salió con el ejército y contraatacó con violencia formando a sus guerreros persas y a diez mil mercenarios árabes y etíopes, hombres de piel negra que los soldados de Alejandro no habían visto jamás antes.

El rey, a pesar de que la vieja herida de Issos todavía le doliese, ocupó su sitio en primera línea en medio de sus infantes y buscó el enfrentamiento directo con Batis, un gigante negro y reluciente de sudor que hacía estragos a la cabeza de sus etíopes.

- ¡Por los dioses! -gritó Pérdicas-. ¡Ese hombre tiene ciertamente unas buenas pelotas aunque sea un castrado!

Alejandro abatió a golpes de espada a los enemigos que se habían lanzado contra él, pero en aquel momento un guerrero en lo alto de una torre descubrió su estandarte rojo, los penachos de su yelmo y la esplendente coraza y le apuntó con su catapulta.

Lejos, en otra torre, en el palacio de Pela, Olimpia advirtió el peligro mortal y trató desesperadamente de llamar:

Aléxandre!

Pero su voz no podía atravesar el éter, bloqueada como estaba por un presagio adverso, y el dardo fue disparado. Hendió silbando el aire detenido y fue a dar en el blanco: traspasó el escudo y la coraza y se clavó en el hombro de Alejandro, que cayó al suelo. Una nube de adversarios se arrojaron hacia delante para acabar con él y despojarle de sus armas, pero Pérdicas, Crátero y Leonato formaron una barrera rechazándoles con el empuje de sus escudos y traspasando a muchos con las lanzas.

El soberano, que se retorcía de dolor, gritó:

-¡Llamad a Filipo!

Inmediatamente acudió el médico.

-¡Rápido! ¡Sacadle de aquí! ¡Sacadle de aquí!

Y dos porteadores pusieron al rey en unas angarillas y se lo llevaron lejos de la refriega.

Sin embargo, muchos le habían visto mortalmente pálido, con el pesado dardo clavado en el hombro e inmediatamente corrió el rumor de que estaba muerto y la formación comenzó a vacilar bajo el empuje de los enemigos.

Alejandro se dio cuenta de lo que estaba sucediendo por los alaridos que llegaban hasta sus oídos, tomó la mano de Filipo, que corría a su lado, y dijo:

- He de volver inmediatamente a la línea de combate. Sácame la flecha y cauterízame la herida.

-¡Pero eso no será suficiente! -exclamó el médico-. Señor, si vuelves allí morirás.

- No. Ya he resultado herido. La primera parte del presagio se ha cumplido. Queda la segunda, que entraré en Gaza.

Estaban ya en la tienda real y Alejandro repitió:

- Extráeme inmediatamente la flecha. Te lo ordeno.

Filipo obedeció y, mientras el rey mordía el cuero de su cinto para no aullar de dolor, el médico sajó el hombro con un instrumento quirúrgico y extrajo la punta. Un gran chorro de sangre brotó de la herida, pero inmediatamente Filipo tomó una hoja candente de un brasero y la hundió en el corte. La tienda se llenó de un olor nauseabundo a carne quemada y el rey dejó escapar un largo aullido de dolor.

- Cose -aulló entre dientes.

El médico suturó, tapó y aplicó un estrecho vendaje, cruzado por delante y por detrás.

-Y ahora volverás a ponerme la armadura.

- Señor, te lo suplico -le imploró Filipo.

-¡Vuelve a ponerme la armadura!

Los hombres obedecieron y Alejandro regresó al campo de batalla, donde su ejército, desalentado, estaba perdiendo terreno ante el acoso de los enemigos, por más que Parmenión hubiera hecho salir a otros dos batallones de la falange de refuerzo.

-¡El rey está vivo! -gritó Leonato con voz estentórea-. ¡El rey está vivo! Alalaláí!

Alalaláí! -respondieron los guerreros y volvieron a batirse con renovado vigor.

Alejandro atacaba de nuevo en primera fila a pesar del dolor desgarrador de su herida y arrastraba tras de sí al resto del ejército, estupefacto por aquella repentina aparición, como si los mandara no un ser humano sino un dios invencible e invulnerable.

Los adversarios fueron arrollados y repelidos hacia la puerta de la ciudad. Muchos cayeron muertos sin conseguir refugio en el interior del recinto amurallado.

Pero mientras las puertas se cerraban de nuevo con gran esfuerzo y los macedonios lanzaban gritos de victoria hasta el cielo, un guerrero que parecía muerto arrojó de repente el escudo que le cubría e hirió a Alejandro en el muslo izquierdo.

El rey le clavó en el suelo con la jabalina, pero se desplomó inmediatamente después, roto por el dolor de las heridas que le martirizaban.

Durante tres días y tres noches deliró, devorado por una fiebre altísima, mientras sus hombres seguían excavando sin descanso en las entrañas del gran túmulo sobre el cual se alzaba la ciudad de Gaza.

Barsine fue a hacerle una visita al cuarto día y le miró largamente, conmovida por el loco coraje que había llevado a aquel joven a afrontar tamaño dolor. Vio a Leptina que lloraba quedamente en un rincón, luego se acercó y la besó ligeramente en la frente antes de salir, silenciosa, igual que había entrado.

Al atardecer, Alejandro recobró la conciencia, pero el dolor le resultaba insoportable. Miró a Filipo, que estaba sentado a un lado con los ojos enrojecidos por muchas horas de vela y dijo:

-Dame algo que me calme el dolor... pues no lo resisto, me hace enloquecer.

El médico dudó; luego, viendo las facciones del rey contraídas y casi deformadas por las punzadas desgarradoras, se dio cuenta de lo grande que era su sufrimiento:

- El fármaco que voy a suministrarte -dijo- es una poderosa droga de la que, sin embargo, no conozco aún del todo sus efectos, pero no puedes resistir ya por más tiempo con este dolor sin perder la razón. Tenemos que arriesgarnos.

De lejos se oía en aquel momento el fragor de las murallas de Gaza que se hundían a causa de las minas y el grito de los guerreros que se enfrentaban en un combate furibundo. El rey comenzó a murmurar, como fuera de sí:

- Tengo que ir... Tengo que ir... Dame cualquier cosa que me calme el dolor.

Filipo desapareció y volvió poco después con una pequeña jarra de la que extrajo una sustancia oscura y de intenso olor. Tomó un poco y se la alargó al rey.

-Traga -le ordenó no sin cierta aprensión en la mirada.

Alejandro se tragó la sustancia que le había dado su médico y aguardó, esperando que el dolor le concediera una tregua. El fragor del combate que llegaba de las murallas le causaba una extraña y creciente excitación y, poco a poco, su mente se pobló de los fantasmas guerreros del poema homérico que cada noche leía desde su adolescencia. De

pronto se levantó: el dolor persistía, pero había cambiado, era algo distinto e indefinible, una fuerza cruel que le hinchaba el pecho de una cólera sombría y despiadada. La cólera de Aquiles.

Se levantó del catre igual que en un sueño y salió de su tienda. En sus oídos resonaban las palabras del médico que le suplicaba: «No vayas, señor... estás mal. Espera, te lo ruego».

Pero eran palabras sin sentido. El era Aquiles y tenía que correr a la batalla donde sus

compañeros tenían una desesperada necesidad de su ayuda.

-Preparad mi carro -ordenó, y los ayudantes, estupefactos, obedecieron.

Tenía la mirada vidriosa y perdida, su voz era metálica y casi átona. Montó en el carro y el auriga fustigó a los caballos hacia las murallas de Gaza.

Todo cuanto siguió lo vio como en una pesadilla: únicamente era consciente de ser Aquiles que en aquel momento corría con el carro una, dos, tres veces alrededor de las murallas de Troya, arrastrando por el polvo el cadáver de Héctor.

Cuando recobró la conciencia de lo que le rodeaba, vio a su auriga que tiraba de las riendas deteniendo el carro delante de las filas del ejército formado. Detrás, atado con dos correas al cajón, descubrió un cadáver reducido a una papilla sanguinolenta. Alguien le explicó que era el cadáver de Batis, el heroico defensor de Gaza, que le habían traído prisionero.

Bajó la mirada lleno de horror y huyó lejos, hacia el mar, donde el dolor se despertó de nuevo más cruel que nunca desgarrándole los martirizados miembros. Volvió a entrar en su tienda ya de noche cerrada trastornado por la vergüenza, el remordimiento, y atormentado por dolorosísimas punzadas en el hombro, en el tórax y en las piernas.

Barsine le oyó gemir de un dolor tan profundo y desesperado que no pudo dejar de ir a verle. A su llegada, Filipo salió e hizo una señal también a Leptina de que se retirase.

Ella se sentó en el catre, le acarició la frente perlada de gotas de sudor y le mojó los labios con agua fresca. Cuando él la abrazó y estrechó contra sí presa del delirio, ella no osó rechazarle.

57

Filipo se lavó las manos y comenzó a cambiar los tapones y vendajes de las heridas de Alejandro. Habían pasado cinco días desde su cruel ensañamiento con Batis y el rey estaba aún trastornado por lo que había hecho.

- Creo que actuaste bajo los efectos del fármaco que te había administrado. Es probable que te quitara el dolor, pero desencadenó en ti otras fuerzas que no fuiste capaz de controlar. Yo no podía prever... nadie hubiera podido hacerlo.

-Me he ensañado con un hombre que no estaba en condiciones de defenderse, un hombre que merecía respeto por su valor y fidelidad. Seré juzgado por esto...

Eumenes, sentado al lado de Tolomeo en un escabel en el otro lado del catre, se puso en pie y se acercó.

- No puedes ser juzgado como cualquier otro mortal -dijo-. Has ido más allá de todo límite, has recibido unas heridas espantosas, has soportado dolores que nadie habría sido capaz de soportar, has vencido en enfrentamientos en los que ningún otro hubiera osado comprometerse.

- Tú no eres como el resto de los mortales -continuó Tolomeo-. Eres como Hércules y Aquiles. Has dejado atrás todas las condiciones y reglas que rigen la vida de los demás humanos. No te atormentes, Alejandro. Si Batis te hubiera tenido en su poder, te habría reservado padecimientos más atroces aún.

Entretanto Filipo había terminado de limpiar sus heridas y de cambiar el vendaje y le suministraba una infusión para calmarle y aplacar su dolor. Tan pronto como Alejandro se hubo amodorrado, Tolomeo se sentó cerca de él, mientras que Eumenes siguió a Filipo fuera de la tienda. El médico comprendió enseguida que tenía algo que decirle en privado.

- ¿Qué sucede? -preguntó.

- Ha llegado una mala noticia -repuso el secretario-. El rey Alejandro de Epiro cayó en una emboscada en Italia y fue muerto. La reina Cleopatra está destrozada y no sé si entregarle

su misiva al rey.

- ¿La has leído?

-No abriría jamás una carta sellada destinada a Alejandro. Pero el mensajero estaba enterado y me ha puesto al corriente.

Filipo meditó unos momentos.

- Es mejor que no. Su estado de ánimo y físico es aún muy delicado. Esta noticia le hundiría en el más sombrío desconsuelo. Es mejor esperar.

- ¿Hasta cuando?

-Ya te lo diré yo, si confías en mí.

- Confío. ¿Cómo está?

- Sufre espantosamente, pero se curará. Tal vez tengas tú razón y no sea un hombre como los demás.

También Barsine sufría en aquellos días, presa del remordimiento de haber traicionado la memoria de su esposo. No se resignaba a la idea de haber cedido ante Alejandro, pero al mismo tiempo sabía lo mucho que padecía y habría deseado estar con él. Tenía una nodriza, una buena anciana de nombre Artema que había estado siempre a su lado y que había notado lo mucho que había cambiado últimamente y lo alterada que parecía.

Una noche se le acercó y le preguntó:

- ¿Por qué te atormentas, hija mía?

Barsine bajó la cabeza llorando en silencio:

- Si no quieres decírmelo, no puedo obligarte a hacerlo -observó la anciana, pero Barsine sentía el deseo de confiarse con una persona amiga y terminó diciendo:

-He cedido a Alejando, nodriza. Cuando volvió del campo de batalla, le oí gritar y gemir atormentado por un sufrimiento atroz y no fui capaz de resistir. Ha sido bueno conmigo y con mis hijos y sentía que tenía que ayudarle en ese momento... Me acerqué a él y le limpié el sudor de la frente, le acaricié... Para mí no era nada más que un muchacho encendido por la fiebre, trastornado por pesadillas espantosas, por imágenes de sangre y de horror. -La mujer le escuchaba, atenta y pensativa-. Pero de repente me atrajo hacia sí, me abrazó con una fuerza irresistible y yo no fui capaz de rechazarle. No sé cómo pasó... -murmuró con voz que le temblaba-. No sé. Su cuerpo martirizado emanaba una especie de perfume misterioso y su mirada enfebrecida tenía una intensidad insoportable.

Estalló en lágrimas.

-No llores, niña mía -la consoló la nodriza-. No has hecho nada malo. Eres joven, y la vida reclama en ti sus derechos. Además, eres una madre que ha caído con sus hijos en poder de unos enemigos extranjeros. Tu instinto te impulsa a unirte al hombre que tiene poder sobre todos y puede proteger a tus hijos contra quien sea.

»Este es el destino de toda mujer hermosa y deseada. Sabe que será presa y sabe que únicamente ofreciendo amor y sufriendo el acoso del varón puede esperar salvación y protección para sí y para sus criaturas. -Barsine seguía llorando cubriéndose el rostro con las manos-. Pero el hombre que te ha hecho suya es un joven de gran apostura, que siempre te ha dado muestras de gentileza de espíritu y de respeto, que ha demostrado ser merecedor de tu amor. Por esto sufres, porque conviven en ti, al mismo tiempo, dos sentimientos profundos y terribles: el amor por un hombre que no existe ya, y que por tanto no tendría razón de ser pero que se niega a morir, y el amor inconsciente por un hombre al que rechazas, porque es un enemigo y en cierto modo causa de la muerte del marido que amabas. No has hecho nada malo. Si ves nacer un sentimiento, no lo reprimas, porque nada sucede en el corazón humano que no sea por voluntad de Ahura Mazda, el fuego eterno, origen de todo fuego celestial y terreno. Pero recuerda, Alejandro no es como los demás hombres. Es como el viento que pasa y se va. Y nadie puede aprisionar el viento. No cedas al amor, si sabes que no puedes soportar la separación.

Barsine se secó las lágrimas y salió al aire libre. Hacía una bonita noche de luna, y la irradiación del astro dibujaba una larga estela plateada sobre las tranquilas aguas. A no mucha distancia se alzaba el pabellón del rey y las llamas de los velones proyectaban sobre las

Librodot

tiendas su sombra inquieta y solitaria. Se fue hacia el mar hasta que le llegó el agua a las rodillas y de pronto le pareció percibir su perfume y oír su voz que susurraba:

- Barsine.

No era posible, y sin embargo estaba detrás de ella, tan cerca como para rozarla con su respiración.

-He soñado, no sé cuándo -le dijo quedamente-, que me concedías tu amor, que acariciaba todo tu cuerpo, que te poseía dulcemente. Pero al despertar me he encontrado esto en mi lecho. -Dejó caer un pañuelo de biso azul que se confundió con las olas-. ¿Es tuyo?

- No era un sueño -respondió Barsine sin volverse-. Entré porque te oía gritar a causa del sufrimiento y me senté cerca de ti. Tú me abrazaste con una fuerza invencible y yo no fui capaz de rechazarte.

Alejandro le apoyó las manos en los costados y la hizo volverse hacía él. La luz lunar le bañaba el rostro de una palidez marfileña y centelleaba en el fondo de la sombra de su mirada.

-Ahora puedes, Barsine. Ahora puedes rechazarme mientras te pido que me recibas entre tus brazos. En pocos meses he sufrido e infligido toda suerte de heridas, he traicionado todos mis pensamientos de la adolescencia, he tocado el fondo de todos los abismos, he olvidado que una vez fui niño, que tuve un padre, una madre. El fuego de la guerra me ha abrasado el corazón y yo vivo viendo a cada instante la muerte que cabalga a mi lado sin conseguir nunca asestarme el golpe. En esos momentos siento qué significa volverse inmortal y esto me llena de espanto y temor. No me rechaces, Barsine, ahora que mis manos acarician tu rostro, no me niegues tu calor, tu abrazo.

Su cuerpo estaba marcado como un campo de batalla: ni una sola parte de su piel se hallaba libre de arañazos, cicatrices, escoriaciones. Únicamente su rostro estaba maravillosamente intacto, y los largos cabellos le caían blandamente sobre los hombros encuadrándoselo con una gracia triste e intensa.

- Ámame, Barsine -le dijo atrayéndola hacia sí, estrechándola contra su pecho.

La luna se ocultó detrás de las nubes que avanzaban por poniente y él la besó con pasión. Barsine respondió a aquel beso como si de repente se hubiera visto envuelta por las llamas de un incendio, pero en aquel mismo momento advirtió en el fondo de su corazón la mordedura de una oscura desesperación.

El ejército se puso nuevamente en marcha, en dirección al desierto, tan pronto como el rey estuvo en condiciones de viajar. Después de siete días llegaron a la ciudad de Pelusio, en la entrada de Egipto, en la margen este del delta del Nilo. El gobernador persa, sabedor de que estaba completamente aislado, hizo acto de sumisión y puso la región y el tesoro real a disposición de Alejandro.

- ¡Egipto! -exclamó Pérdicas contemplando desde las torres de la fortaleza los inmensos campos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, las lentas aguas del río, los penachos oscilantes de los papiros a lo largo de los taludes de los canales, las palmeras cargadas de dátiles, gruesos ya como nueces.

- Yo no creía siquiera que existiera en realidad -observó Leonato-. Pensaba que era una de tantas fábulas que nos contaba el viejo Leónidas.

Una muchacha con la cabeza cubierta por una peluca negra y con los ojos pintados con bistre, envuelta en un vestido de lino tan ceñido que hubiérase dicho que estaba desnuda, sirvió a los jóvenes conquistadores vino de palma y dulces.

- ¿Sigues convencido de no soportar a los egipcios? -preguntó Alejandro a Tolomeo que seguía con ojos admirativos a la muchacha.

- Tan convencido ya no -replicó Tolomeo.

- ¡Mira, mira allí, en medio del río! ¿Qué son esos monstruos? -gritó de pronto Leonato señalando un rebullir de agua y de lomos escamosos que relucían al sol unos pocos instantes antes de desaparecer.

- Cocodrilos -explicó el intérprete, un griego de Naucratis llamado Aristoxenos-. Los

hay por todas partes, no lo olvidéis. Bañarse en estas aguas puede ser extremadamente arriesgado. Por ello andaos con mucho cuidado porque...

- ¿Y ésos? ¡Mirad ésos! -gritó de nuevo Leonato-. ¡Parecen cerdos enormes!

-Ippopotamoi; nosotros los griegos les llamamos así -explicó de nuevo el intérprete.

- «Caballos de río» -observó Alejandro-. Por Zeus, creo que Bucéfalo se ofendería si supiera que llaman «caballos» también a esas bestias.

- Es una forma de hablar -replicó el intérprete-. No son peligrosos porque se alimentan de hierbas y algas, pero son capaces de derribar una barca con su enorme mole y entonces quien cae en el agua puede ser presa de los cocodrilos.

- Un país peligroso -comentó Seleuco, que hasta aquel momento había admirado en silencio el espectáculo-. Y ahora ¿qué crees que sucederá? -preguntó luego vuelto hacia Alejandro.

-No lo sé, pero creo que podremos ser recibidos amistosamente, si somos capaces de comprender a esta gente. Me han dado la impresión de ser un pueblo amable y prudente, pero muy orgulloso.

-Así es -confirmó Eumenes-. Egipto no ha tolerado jamás a ningún dominador y los persas nunca lo han entendido. Han puesto siempre un gobernador con sus tropas mercenarias en Pelusio y esto no ha provocado más que revuelta tras revuelta, todas reprimidas sangrientamente.

- ¿Y por qué habría de ser distinto con nosotros? -preguntó Seleuco.

-Habría podido serlo también para los persas, de haber respetado su religión y si el Gran Rey se hubiera hecho aceptar como faraón de Egipto. En un cierto sentido, es una simple cuestión de forma.

- ¿Una cuestión... de forma? -repitió Tolomeo.

-Por supuesto -apostilló Eumenes-. De forma. Un pueblo que vive para los dioses y para el Más Allá, un pueblo que gasta su enorme riqueza exclusivamente en importar incienso que quemar en los templos concede seguramente muy alto valor a las formas.

- Creo que tienes razón -aprobó Alejandro-. En cualquier caso, pronto lo descubriremos. Mañana debería llegar nuestra flota, tras lo cual remontaremos el Nilo hasta Menfis, la capital.

Las naves de Nearco y de Hefestión echaron el ancla en la entrada del ramal oriental del Delta dos días después y el soberano y sus compañeros viajaron por el Nilo hasta alcanzar Heliópolis y luego Menfis, mientras el ejército seguía por vía terrestre.

Avanzaron en fila por el gran río delante de las pirámides, que relucían cual diamantes bajo el sol que caía a plomo, y delante de la gigantesca esfinge, echada desde hacía milenios vigilando el sueño de los grandes reyes.

- Según Heródoto, treinta mil hombres emplearon treinta años en erigirla -explicó Aristoxenos.

-¿Y crees que es cierto? -preguntó Alejandro.

- Yo creo que sí, aunque en este país se cuentan más historias que en cualquier otra parte del mundo, simplemente porque se han acumulado muchas en el curso de los años.

- ¿Es cierto que en el desierto oriental hay serpientes aladas? -preguntó de nuevo Alejandro.

-No lo sé -respondió el intérprete-. No he estado nunca allí, pero es ciertamente uno de los lugares más inhóspitos de la tierra. Pero, mira, nos estamos acercando al embarcadero. Aquellos que ves delante de todos con la cabeza rapada son los sacerdotes del templo de Zeus Amón. Trátalos con respeto, pues podrían evitarte muchos esfuerzos y mucha sangre.

Alejandro asintió y se preparó para bajar. Apenas hubo desembarcado, se acercó a los sacerdotes en actitud de reverencia y pidió ser conducido enseguida al templo para rendir culto al dios.

Los sacerdotes se miraron unos a otros intercambiando unas pocas palabras en voz baja, luego respondieron con una cortés inclinación y se encaminaron en procesión hacia el grandioso santuario, entonando un himno religioso acompañado del sonar de las flautas y de las arpas. Una vez llegados delante del atrio con columnas, se abrieron en abanico como para

invitar a Alejandro a entrar. Y Alejandro entró, solo.

Los rayos del sol que penetraban por un orificio del techo atravesaban una densa nube de incienso que ascendía de un pebetero de oro situado en el centro, pero el resto del santuario apenas si se distinguía en la oscuridad. En un pedestal de granito se alzaba la estatua del dios con la cabeza de carnero, los ojos de rubí y los cuernos chapados en oro. Alejandro miró a su alrededor: el templo parecía completamente desierto y en el silencio del mediodía el alboroto que llegaba del exterior parecía perderse enseguida en medio del bosque de columnas que sostenían el techo de madera de cedro.

De pronto pareció que la estatua se moviera: los ojos de rubí brillaron como animados por una luz interior y una voz profunda y vibrante resonó en la gran sala hipóstila.

-El último soberano legítimo de este país hubo de refugiarse en el desierto veinte años atrás para no regresar jamás. ¿Eres acaso tú su hijo, que se dice nació lejos del Nilo y al que esperamos desde hace años?

Alejandro comprendió en aquel momento todo lo que había oído decir sobre Egipto y sobre el alma de su pueblo y respondió con voz firme:

-Lo soy.

-Si lo eres -prosiguió entonces la voz-, demuéstralo. -¿Cómo? -preguntó el soberano.

-Sólo el dios Amón puede reconocerte como hijo, pero él habla únicamente a través del oráculo de Siwa, que se alza en el corazón del desierto. Es allí a donde deberás ir.

«Siwa», pensó Alejandro. Y recordó una historia que le contaba su madre de niño, la historia de dos palomas liberadas por Zeus al comienzo de los tiempos: una había ido a posarse sobre un roble en Dodona y la otra sobre la palma de Siwa, y desde entonces había comenzado a pronunciar profecías. También le había dicho que le había sentido moverse por primera vez en su vientre al dirigirse al oráculo de Dodona y que su próximo nacimiento, un nacimiento divino, se produciría cuando visitara el otro oráculo, el de Siwa.

La voz se apagó y Alejandro salió de la gran sala oscura, reapareciendo a la luz del sol en medio del alborozo de cantos e himnos sacros.

Fue conducido a su presencia el toro Apis y le rindió homenaje coronándole la frente de guirnaldas; luego ofreció él mismo el sacrificio de un antílope al dios Amón.

Los sacerdotes, admirados por su piedad, se le acercaron y le ofrecieron las llaves de la ciudad y Alejandro ordenó que se pusieran inmediatamente en marcha los trabajos de restauración del templo, que aparecía dañado en varios puntos.

58

El viaje hacia el oasis lejano y solitario de Siwa se inició pocos días después, cuando las heridas de Alejandro parecieron definitivamente cicatrizadas. El ejército marchó hacia el norte, mientras que una parte seguía con la flota. El lugar de encuentro era en una laguna no lejos del brazo más occidental del delta del Nilo.

Pero cuando Alejandro se encontró en el lugar, se quedó fascinado por la amplitud de la bahía, por la isla llena de palmeras que la resguardaban de los vientos del norte y por la amplia franja casi llana que rodeaba la playa.

Decidió acampar allí y dio una fiesta para celebrar con sus compañeros y el ejército el éxito de la empresa y la pacífica acogida que habían recibido en Egipto. Antes de que la cena degenerase en orgía, como siempre sucedía en aquellos casos, Alejandro quiso que sus amigos escucharan algunas ejecuciones musicales de artistas griegos y egipcios y asistieron a una exhibición de buen hacer de Tésalo, su actor favorito, que interpretó magistralmente el monólogo de Edipo en Edipo en Colona.

No se había apagado aún el aplauso de los presentes cuando le fue anunciada una visita al rey.

-¿Quién es? -preguntó Alejandro.

-Un tipo extraño -repuso Eumenes perplejo-, pero afirma conocerte muy bien.

-¿Ah sí? -dijo el rey, que estaba de buen humor-. Entonces hazle pasar, pero ¿qué tiene de tan extraño?

-Tú mismo lo verás -replicó Eumenes y se alejó para introducir al visitante.

A su aparición, la sala fue recorrida por cuchicheos y también por algunas risotadas, y todas las miradas se centraron en el recién llegado. Era un hombre de unos cuarenta años, revestido únicamente con una piel de león igual que Hércules y con una clava en la mano derecha.

Alejandro contuvo a duras penas la risa por aquel singular homenaje a la figura de su antepasado y, esforzándose por mantener la seriedad, preguntó:

- ¿Quién eres, huésped forastero que tanto te asemejas al héroe Hércules, mi antepasado?

- Soy Dinócrates -repuso el hombre-. Un arquitecto griego.

- Una extraña vestimenta para un arquitecto -comentó Eumenes.

- Lo que cuenta -sentenció el hombre- no es el modo de vestir, sino los proyectos que está uno en condiciones de proponer y eventualmente de realizar.

- ¿Y tú qué proyecto tendrías que proponerme? -preguntó el soberano.

Dinócrates dio una palmada y entraron dos jovencitos que desenrollaron una gran hoja de papiro a los pies de Alejandro.

- ¡Por Zeus! -exclamó el rey-. Pero ¿qué es?

Dinócrates parecía visiblemente satisfecho por haber conseguido llamar la atención de Alejandro y se puso a explicar:

-Se trata de un proyecto ambicioso, sin duda, pero digno de tu grandeza y de tu gloria. Lo que trato de hacer es esculpir el monte Athos en la figura de un coloso con tus rasgos, o sea, éste que ves representado aquí en el dibujo. Y el gigante sostendrá en su mano abierta una ciudad que fundarás tú personalmente. ¿No es extraordinario?

- Ah, extraordinario, lo que se dice extraordinario, lo es sin duda -comentó Eumenes-. Pero me pregunto si es realizable.

Alejandro observó el delirante proyecto que le reproducía con la altura de una montaña y con una ciudad entera en una mano y dijo:

- Mucho me temo que sea un tanto excesivo para mis posibilidades... Y además, si mi intención fuera mandar hacer una estatua tan enorme, me dirigiría a un excelente muchacho al que conocí cuando estudiaba yo en Mieza con Aristóteles. Un discípulo de Lisipo llamado Cares y que sueña con construir algún día un gigante de bronce de ochenta codos de alto. ¿Le conoces?

- No.

-De todos modos, si te parece, tendría yo un proyecto que proponerte.

- Entonces, ¿no te gusta éste, señor? -preguntó desilusionado el arquitecto.

-No es que no me guste. Simplemente me parece un tanto excesivo... Mi proyecto, en cambio, es posible realizarlo a partir de mañana mismo, si estás dispuesto a ello.

- Sin duda que lo estoy, señor. No tienes más que decirme de qué se trata.

- Entonces sígueme -le invitó el rey.

Y salió al aire libre encaminándose hacia la orilla del mar. Hacía una bonita noche de verano y la hoz de la luna se reflejaba en el agua tranquila de la bahía.

Alejandro se quitó el manto y lo extendió por tierra.

- Bueno, quiero que me proyectes una ciudad en forma de manto macedonio, así, alrededor de la bahía que tenemos delante.

- ¿Aquí mismo? -preguntó Dinócrates.

- Aquí mismo -repuso el rey-. Quiero que comiences mañana mismo, a las primeras luces del alba. He de partir para un viaje y cuando esté de vuelta quiero ver levantarse ya las casas, pavimentar las calles, construir los muelles del puerto.

- Haré lo posible, señor. Pero ¿quién me dará el dinero?

Librodot

- Te lo dará Eumenes, mi secretario. -Se dio la vuelta para volver a entrar en su tienda dejando al extraño arquitecto en medio de la llanura desierta, con su clava y su piel de león-. ¡Y que sea un buen trabajo! -le rogó.

- ¡Una última cosa, señor! -gritó Dinócrates antes de que el rey regresase a su banquete y con sus amigos-. ¿Cómo deberá llamarse la ciudad?

-Alejandría. Deberá llamarse Alejandría y ser la ciudad más bella del mundo.

Los trabajos se iniciaron muy pronto y Dinócrates, una vez abandonada la piel de león y ataviado con una vestimenta decente, demostró estar plenamente a la altura de la tarea, por más que los demás arquitectos que seguían desde hacía tiempo la expedición se mostraron más bien celosos del hecho de que el rey confiara un encargo de aquel tipo a un desconocido. Pero Alejandro actuaba a menudo por intuición y raramente se equivocaba.

Hubo sólo un episodio que arrojó cierta sombra sobre la empresa. Dinócrates, tras levantar la planta de la ciudad, había situado los instrumentos para exponer el plan de construcción sobre el terreno y comenzado a señalar con yeso el perímetro, las calles principales, las secundarias, las áreas destinadas a la plaza principal, al mercado y a los santuarios. En un determinado momento, sin embargo, el yeso se acabó y, no pudiendo completar su trabajo, había pedido a la intendencia del ejército unos sacos de harina con los que había podido completar su obra. Tras lo cual había mandado llamar al rey a fin de que pudiera hacerse una idea por lo menos de cómo sería Alejandría, pero, mientras el soberano se acercaba en compañía de su adivino Aristandro, una bandada de pájaros había descendido a tierra y comenzado a picotear la harina haciendo casi desaparecer una buena parte del trazado.

El vidente notó enseguida una cierta turbación en la mirada de Alejandro, como si viera en aquel episodio un mal augurio, pero le tranquilizó:

-No te preocupes, rey, que hasta esto es un excelente augurio. Significa que la ciudad será tan rica y próspera que vendrán gentes de todas partes para encontrar en ella trabajo y sustento.

También Dinócrates se sintió aliviado por aquella interpretación y reanudó el trabajo con renovado ahínco, tanto más cuanto que en el ínterin había llegado el yeso.

Aquella noche el rey tuvo un hermosísimo sueño. Soñó que la ciudad había crecido, que por todas partes se alzaban casas y palacios con jardines maravillosos. Soñó que la bahía, protegida por la larga isla. hervía de navíos en el fondeadero que descargaban mercancías de todo género procedentes de todos los países del mundo conocido. Y vio un muelle extenderse hasta la isla y una torre alzarse sobre ella, gigantesca, que difundía luz en la noche para las naves que se acercaban. Pero le parecía oír su misma voz que preguntaba: «¿Veré alguna vez todo esto? ¿Cuándo volveré a mi ciudad?»

Le contó el sueño a Aristandro al día siguiente y le repitió la misma pregunta:

-¿Cuándo volveré a mi ciudad?

Aristandro le volvía la espalda en aquel momento porque su corazón se debatía contra un triste presagio, pero se dio la vuelta con expresión serena:

-Volverás, señor, te lo juro. No sabría decirte cuándo, pero volverás...

59

Reanudaron la marcha hacia occidente teniendo el mar a la derecha y el desierto infinito a la izquierda hasta que llegaron, al cabo de cinco etapas, a Paretonio, un puesto avanzado que hacía las veces de lugar de encuentro para los habitantes, en parte egipcios y en parte griegos procedentes de Cirene, y las tribus nómadas del interior: los nasamones y garamantes.

Estos se habían repartido la costa en sectores, y cuando una nave naufragaba, era

saqueada por las tribus en cuyo sector habían embarrancado los restos del naufragio. Los náufragos eran vendidos como esclavos en el mercado de Paretonio. Decíase que los nasamones habían atravesado dos siglos antes el gran mar de arena cuya extensión nadie conocía y que habían llegado, del otro lado, a un lago enorme, poblado de cocodrilos y de hipopótamos con árboles de toda especie que daban fruto en todas las estaciones. Igualmente se decía que en aquellos lugares tenía su caverna Proteo, el dios multiforme que vivía en compañía de las focas y que sabía predecir el futuro.

Alejandro dejó una parte del ejército en Paretonio, bajo el mando de Parmenión, a quien confió asimismo la custodia de Barsine. Fue a saludarla la noche antes de partir llevándole un regalo: un collar de oro y esmaltes que había pertenecido a una reina del Nilo.

- No existe joya digna de adornar tu belleza -dijo ciñéndole el cuello con el maravilloso collar-. No hay esplendor que pueda desafiar la luz de tus ojos, no hay esmalte que iguale la magnificencia de tu sonrisa. Yo daría cualquier riqueza para poder sentarme enfrente de ti y verte sonreír. Me sería más placentero que besar tus labios, que acariciar tu vientre y tu seno.

- La sonrisa es un don que Ahura Mazda me ha arrebatado desde

hace tiempo, Alejandro -replicó Barsine-, pero ahora que te vas, afrontando un largo viaje lleno de peligros, siento que estaré ansiosa durante todo el tiempo que te halles ausente y siento que sonreiré cuando te vea reaparecer. -Le rozó los labios con un beso y añadió-: Vuelve a mí, Aléxandre.

La marcha prosiguió con un contingente reducido, y Alejandro, seguido por sus compañeros, se adentró en el desierto en dirección al santuario de Zeus Amón después de haber cargado agua y víveres en cantidad suficiente en un centenar de camellos.

Todos habían desaconsejado al rey emprender un viaje semejante en pleno verano porque la canícula resultaría insoportable, pero él estaba ya convencido de poder afrontar y superar cualquier obstáculo, de poder curar de cualquier herida, de poder desafiar cualquier peligro y quería que sus hombres fueran conscientes de ello. Tras las primeras etapas, sin embargo, el ardor del sol se volvió insoportable y el consumo de agua por parte de los hombres y de los animales se hizo cada vez mayor, hasta el punto de despertar una seria preocupación sobre las probabilidades de superar sin riesgo el camino que quedaba aún por recorrer.

Por si fuera poco al tercer día se desencadenó una tempestad de arena que sometió a durísima prueba la resistencia de hombres y animales y borró por completo el camino. Cuando al cabo de horas y horas de insoportable tormento la calina se disipó, no se vio nada más alrededor que la extensión infinita y ondulante de aquel desierto ilimitado: no se distinguía ya el camino ni ninguno de los cipos de señalización. Y los hombres se hundían en las arenas cada vez más ardientes hasta el punto de que se lesionaban pies y piernas no lo bastante protegidos por el calzado. Tuvieron que fajarse, con la tela de sus quitones y mantos, hasta las rodillas para proseguir en aquella marcha extenuante.

Al cuarto día muchos empezaron a desesperar y únicamente el ejemplo del rey, que marchaba a la cabeza, a pie, como el más humilde de sus soldados, que bebía siempre el último y se contentaba por la noche con unos pocos dátiles preocupándose en cambio de que todos tuvieran el mínimo indispensable, infundía a todos la energía y la determinación suficientes para seguir adelante.

Al quinto día el agua se había ya acabado y el horizonte estaba vacío como siempre: ni un signo de vida ni una brizna de hierba, ni la sombra de un ser vivo.

-Y sin embargo lo hay -afirmó el guía, un griego de Cirene negro como un tizón, hijo sin duda de una madre libia o etíope-. Si sucumbiéramos, el horizonte se animaría de golpe como por ensalmo, los hombres aparecerían de repente como hormigas por todas partes y en poco

tiempo nuestros sufridos cuerpos serían abandonados, desprovistos de todo, para secarse al sol del desierto.

-Una perspectiva seductora -comentó Seleuco, que se arrastraba a cierta distancia cubierto con el sombrero macedonio de alas anchas.

Librodot

En aquel momento Hefestión advirtió algo y llamó la atención de sus compañeros:

- ¡Mirad eso!

- Se dirían pájaros -confirmó Pérdicas.

-Cuervos -explicó el guía.

-¡Ay! -exclamó lacónico Seleuco en tono lastimero.

- En cambio es una buena señal -replicó el guía.

- De que nuestros sufridos cuerpos no serán desaprovechados -comentó de nuevo Seleuco.

-No, todo lo contrario. Significa que estamos cerca de un lugar habitado.

- Cerca para uno que tenga alas, pero para nosotros, a pie, sin agua y sin comida...

Aristandro, que caminaba a escasa distancia, se detuvo de improviso.

-Para -ordenó.

-¿Qué sucede? -preguntó Pérdicas.

También Alejandro se detuvo y se volvió hacia el vidente, que se había sentado en el suelo y se había echado el manto sobre la cabeza. Una ráfaga de aire se insinuó entre las dunas relucientes cual bronce ardiente.

-Está cambiando el tiempo -dijo Alejandro.

- ¡Por Zeus, otra tempestad de arena no! -suplicó desconsolado Seleuco.

Pero la ráfaga de viento se hizo más fuerte despejando la atmósfera sofocante y trayendo un vago olor a mar.

- Nubes -dijo de nuevo Aristandro-. Se acercan nubes.

Seleuco intercambió una mirada con Pérdicas como queriendo decir: «Fantasías». Pero el vidente sentía verdaderamente acercarse nubes y al cabo de una hora un frente nuboso y oscuro hizo acto de presencia por el norte entenebreciendo el horizonte.

-No te hagas ilusiones -rogó el guía-. Aquí no llueve jamás, que yo sepa. Pongámonos de nuevo en camino.

La columna reanudó el avance en medio del resplandor cegador, en dirección sur, pero los hombres se volvían de continuo para mirar el frente nuboso que avanzaba, cada vez más negro, recorrido por el palpitar convulso de los relámpagos.

-Quizá no llueva nunca -observó Seleuco-. Pero tronar, sí que truena.

-Tienes buen oído -replicó Pérdicas-. Yo no oigo nada.

-Es cierto -asintió el guía-. Truena. En cualquier caso no lloverá, pero por lo menos las nubes nos protegerán del sol y así podremos marchar a la sombra y con una temperatura soportable.

Una hora después las primeras gotas de lluvia se zambullían en la arena y el aire se llenó del olor intenso y agradable del polvo mojado. Los hombres, ya agotados, con la piel quemada y los labios agrietados, parecían enloquecidos, gritaban, arrojaban al aire los sombreros, abrían las bocas resecas para capturar aunque no fuera más que unas pocas gotitas, para no dejar que se disolvieran en la arena ardiente.

El guía sacudió la cabeza.

-Es mejor decirles que ahorren el aliento. La lluvia se evapora por efecto del calor antes incluso de llegar al suelo y retorna hacia el cielo en forma de ligera calina. Eso es todo.

Pero no había terminado de hablar cuando las escasas gotas se transformaron en una llovizna y luego en un crujir continuado entre relámpagos y truenos estruendosos.

Los hombres clavaron las lanzas en el suelo y ataron los mantos a sus astas para recoger la mayor cantidad de agua posible, pusieron yelmos y escudos en el suelo con las cavidades vueltas hacia arriba y muy pronto pudieron beber. Cuando el aguacero cesó, las nubes comenzaron a recorrer el cielo, menos densas y compactas pero suficientes como para tapar el sol y proteger a los soldados en marcha.

Alejandro no había dicho nada hasta aquel momento y seguía avanzando absorto, como si siguiera una voz misteriosa. Todos volvieron la mirada hacia él, convencidos ya de ser conducidos por un ser sobrehumano que podía sobrevivir a heridas que hubieran acabado con cualquier otro, que podía hacer llover en el desierto y acaso también hacer crecer en él flores

con sólo quererlo.

El oasis de Siwa apareció en el horizonte dos días después al amanecer: una franja de un verde increíblemente lujuriante que atravesaba el reflejo cegador de las arenas. Los hombres gritaron de entusiasmo ante aquella vista, muchos llorando de emoción al ver asimismo triunfar la vida en medio de la extensión infinita y árida, otros elevando expresiones de agradecimiento a los dioses por haberles salvado de una muerte atroz, pero Alejandro proseguía su marcha silenciosa como si no hubiera dudado nunca de poder alcanzar la meta.

El oasis era inmenso, y estaba cubierto de palmeras cargadas de dátiles y alimentada por la fuente maravillosa que brotaba en el centro.

Cristalina, reflejaba el verde oscuro de las palmeras y los monumentos milenarios de su antiquísima y misteriosa comunidad. Los hombres se arrojaron a ella a la carrera, pero el médico Filipo comenzó a gritar:

- ¡Deteneos! ¡Deteneos! El agua está muy fría. Bebed despacio, despacio y a pequeños sorbos.

Alejandro fue el primero en obedecer dando ejemplo.

Lo que pareció increíble a todos fue el ver que les esperaban. Estaban los sacerdotes alineados en las escalinatas del santuario, precedidos por sus acólitos, que agitaban turíbulos humeantes de incienso, pero ya aquel viaje les había hecho a la idea de que en aquella tierra todo era posible.

El guía, que hacía las veces de intérprete, le tradujo las palabras del sacerdote que le acogió con una copa de agua fresca y una cesta de dátiles maduros.

- ¿Qué pides, huésped que viene del desierto? Si pides agua y comida las encontrarás porque la ley de la hospitalidad es sagrada en este lugar.

- Pido conocer la verdad -contestó Alejandro.

-¿Y a quién pides palabras de verdad? -le interrogó de nuevo el sacerdote.

-Al más grande de los dioses, al sumo Zeus Amón que habita este templo solemne.

-Entonces vuelve esta noche y sabrás lo que deseas saber.

Alejandro se inclinó y se reunió con sus compañeros, que estaban acampando cerca de la fuente. Vio a Calístenes que sumergía sus manos en el agua y se mojaba la frente.

-¿Es cierto lo que se cuenta? ¿Que hacia la noche se calienta y que luego a medianoche se pone tibia incluso?

-Yo me he hecho otra idea. En mi opinión, la fuente tiene siempre la misma temperatura. Es la temperatura externa la que varía de modo increíble, por lo que por la mañana, cuando afuera la temperatura es altísima, el agua parece helada, mientras que hacia la noche, cuando comienza a refrescar, el agua parece más caliente y a medianoche se diría incluso tibia. Todo es relativo, cómo diría mi tío Aristóteles.

-Por supuesto -asintió Alejandro-. ¿Has tenido noticias de sus investigaciones?

-No, desde las últimas cosas que te conté. Pero sin duda tendré otras cuando vuelvan las naves con los nuevos reclutas. Por ahora parece que ha encontrado pistas de una responsabilidad persa, pero ya sé qué diría de estar aquí.

-También yo. Diría que los persas estaban interesados sin duda en hacer asesinar a mi padre, pero que habrían hecho correr de todos modos la noticia de haber sido ellos, aunque ello no fuera cierto, para que los futuros reyes de Macedonia se guardaran mucho de emprender acciones hostiles contra ellos.

- Es muy probable -hubo de admitir Calístenes, y sumergió de nuevo sus manos en el agua de la fuente.

En aquel momento llegó el médico Filipo.

-Mira lo que han encontrado los hombres -dijo agitando una gruesa serpiente de cabeza rugosa y forma triangular-. Una picadura suya puede matar en breves instantes.

Alejandro la miró.

- Manda avisar a los soldados de que estén atentos y luego hazla embalsamar y que se la

manden a Aristóteles para su colección. Y haz lo mismo si ves hierbas interesantes o con propiedades desconocidas. Te daré una carta para acompañar cada cosa.

Filipo asintió y se alejó con su serpiente, mientras Alejandro esperó, sentado cerca de la fuente, a que cayera la noche. De golpe vio la imagen de Aristandro reflejarse en el agua detrás de él.

- ¿Sigues teniendo esa pesadilla? -preguntó el rey-. ¿Sigues soñando con ese hombre desnudo que arde vivo?

- ¿Y tú? -preguntó Aristandro-. ¿Qué pesadillas son las que agitan tu mente?

- Muchas... tal vez demasiadas -repuso el rey-. La muerte de mi padre, la muerte cruel de Batis, al que arrastré vivo aún detrás de mi carro alrededor de las murallas de Gaza, el fantasma de Memnón que se interpone entre Barsine y yo cada vez que la estrecho entre mis brazos, el nudo gordiano que corté con la espada más que desatarlo y...

Se detuvo como reacio a proseguir.

- ¿Y alguna cosa más? -inquirió Aristandro mirándole fijamente a los ojos.

-Una cantinela -repuso Alejandro bajando la mirada.

- ¿Una cantinela? ¿Cuál?

El rey canturreó en voz baja:

¡El viejo soldado que va a la guerra
cae por tierra, cae por tierra!

Luego le volvió la espalda.

-¿Significa algo para ti?

-No, no es nada más que una cantinela que cantaba de niño. Me la había enseñado la nodriza de mi madre, la vieja Artemisia.

-Entonces no pienses en ello. En cuanto a tus pesadillas, no hay más que una salida -afirmó Aristandro.

-¿Y cuál es?

-Convertirse en un dios -replicó el vidente.

Y apenas hubo hablado, su imagen desapareció disuelta por la caída de un insecto que rizó el agua con sus desesperados intentos de escapar a la muerte.

Al caer la noche, Alejandro traspuso el umbral del gran templo iluminado en el interior por una doble fila de velones que colgaban del techo y por una gran lámpara apoyada en el pavimento, que difundía un palpitar luminiscente sobre los miembros colosales del dios Amón.

Alejandro volvió la mirada hacia el rostro de fiera del gigante, sus enormes cuernos retorcidos de carnero, el pecho amplio, los fuertes brazos que colgaban a los lados del cuerpo con los puños cerrados. Pensó de nuevo en las palabras que un día le dijera su madre antes de partir: «El oráculo de Dodona ha marcado tu nacimiento, otro oráculo, en medio del ardiente desierto, marcará para ti otro nacimiento para una vida no perecedera».

-¿Qué deseas preguntarle al dios? -resonó de repente una voz en aquel bosque petrificado de columnas que sostenían el techo. Alejandro miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Clavó su mirada en la enorme cabeza de carnero con los grandes ojos amarillos atravesados por una negra hendidura: ¿era, pues, aquel ser un dios?

-¿Hay todavía alguien... -comenzó diciendo.

Y el eco le respondió:

-... alguien...

-¿Hay todavía alguien entre aquellos que dieron muerte a mi padre al que yo no haya

castigado?

Sus palabras se apagaron repercutidas y deformadas por mil superficies curvas y se produjo un momento de silencio. Luego la voz vibrante y profunda resonó nuevamente desde dentro del pecho del coloso:

-Cuidado con hablar de ese modo, pues tu padre no es un mortal. ¡Tu padre es Zeus Amón!

El rey salió del templo cuando era ya noche cerrada, tras haber oído las respuestas a sus interrogantes, pero no quiso volver a su tienda en medio de los soldados. Atravesó los jardines de palmeras hasta encontrarse totalmente solo en las márgenes del desierto, bajo el infinito cielo estrellado. Oyó que se acercaban unos pasos y se volvió para ver quién era. Se encontró enfrente a Eumenes.

- No me apetece hablar en estos momentos. -Eumenes no se movió-. Pero si hay algo importante que tengas que decirme, te escucharé.

-Por desgracia es una mala noticia, que me guardo desde hace algún tiempo, en espera del momento propicio...

- ¿Y tú crees que éste es el momento propicio?

- Tal vez. En cualquier caso, no puedo guardármela por más tiempo. El rey Alejandro de Epiro murió combatiendo como un valiente, superado por una multitud de bárbaros.

Alejandro asintió seriamente, y mientras Eumenes se alejaba se volvió de nuevo para mirar la infinidad del cielo y del desierto, llorando en silencio.

NOTA DEL AUTOR

En el momento en que la peripecia vital del caudillo macedonio se adentra en la parte más propiamente histórica, he tenido que llevar a cabo opciones narrativas que se traducen, en realidad, en opciones históricas, a veces incluso al margen de las interpretaciones tradicionales. Como en el caso de la descripción de la batalla del Gránico, para la que he preferido la reconstrucción a mi parecer más realista, al margen de las páginas laudatorias de Calístenes.

He reunido a dos personajes distintos, Alejandro de Lincéstide y Amintas, en la sola persona de Amintas para evitar así confusiones en el lector que conoce ya a dos Alejandros, pero he conservado no obstante las situaciones problemáticas (dinásticas, políticas, psicológicas) que se produjeron en torno a ellos. La reconstrucción topográfica, táctica y estratégica de los asedios de Mileto, Halicarnaso y Tiro fue efectuada con atención meticulosa, así como también la de la batalla de Issos, que es fruto de un reconocimiento directo sobre el terreno. Las fuentes literarias son en su conjunto las ya citadas en el primer volumen con el añadido de referencias herodotianas (las serpientes voladoras) y citas homéricas y hesiódicas, aparte de alguna que otra referencia a las páginas técnicas del estratega Eneas y de los Stratagemata de Frontino. También los testimonios materiales son numerosos y no pocas escenas podrán ser reconocidas por el lector versado en obras de arte, monedas, mosaicos. También la retratística ha sido tenida ampliamente en cuenta, junto con los más recientes datos de excavaciones en las diversas localidades mencionadas. En todas ellas se han realizado, en diferentes ocasiones, levantamientos topográficos exhaustivos.

Valerio Massimo
MANFREDI

Librodot